

Silvia
Bleichmar
La fundación
de lo
inconciente

Destinos de pulsión,
destinos del sujeto



Amorrortu/editores

De Silvia Bleichmar en esta biblioteca

En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia

Clínica psicoanalítica y neogénesis

La fundación de lo inconciente

Destinos de pulsión, destinos del sujeto

Silvia Bleichmar

Amorrortu editores

Biblioteca de psicología y psicoanálisis

Directores: Jorge Colapinto y David Maldivsky

La fundación de lo inconciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto, Silvia Bleichmar

© Silvia Bleichmar, 1993

Primera edición, 1993; primera reimpresión, 1998; segunda reimpresión, 2002

Unica edición en castellano autorizada por la autora y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7° piso (1057) Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-536-7

150.195 2 Bleichmar, Silvia

BLE La fundación de lo inconciente : destinos de pulsión, destinos del sujeto.- 1a ed. 2a reimp.- Buenos Aires : Amorrortu, 2002.

304 p. ; 23x14 cm.- (Biblioteca de psicología y psicoanálisis)

ISBN 950-518-536-7

I. Título - 1. Psicoanálisis-Sistema Freudiano

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en junio de 2002.

Tirada de esta edición: 1.500 ejemplares.

150.195
5646

A mi padre: por el escepticismo de la inteligencia.

A mi madre: por el optimismo de la voluntad.

150.195 2 Bleichmar, Silvia. "Fundación de lo inconciente". 2002.

Indice general

- 11 Introducción

- 17 1. Primeras inscripciones, primeras ligazones

- 69 2. Lo arcaico, lo originario

- 99 3. Lo arcaico, lo originario, en situaciones de adopción

- 131 4. Del irrefrenable avance de las representaciones, en un caso de psicosis infantil

- 177 5. El concepto de infancia en psicoanálisis (prerrequisitos para una teoría de la clínica)

- 217 6. Hacia una teoría traumática de las neurosis. Correlaciones entre la estructura edípica, de partida, y la historia significativa

- 255 7. El psicoanálisis «de frontera»: clínica psicoanalítica y neo-génesis

Introducción

En las fronteras de la tópica psíquica, en las fronteras de la intersubjetividad, allí se juegan los movimientos fundacionales de lo originario.

Nuestro pensamiento se despliega, también, en las fronteras de sus propios límites. Para que pensar lo impensable no devenga delirio, lo impensado se organiza siempre en los márgenes de otros pensamientos previos; lectura de los textos escritos acompañando nuestra lectura de una realidad que está insidiosamente marcando las limitaciones de una praxis que pretende permanentemente un forzamiento del real existente.

Los temas que desarrollamos en este libro son un nuevo recorrido por cuestiones que marcan nuestro eje de investigación desde hace ya veinte años. Dar cuenta de la constitución de la subjetividad en los comienzos, de la instalación de las representaciones que dan origen al inconciente, de las transformaciones a las cuales están sujetas en el procesamiento que transforma a la cría humana en ser humano sexualizado y atravesado por la cultura, capturado por el malestar que a ello es inherente y presto siempre a dar el salto para disminuir sus costos. Este es todo el secreto que encierra el concepto de «economía libidinal»: la difícil tensión existente entre el placer diferido y el goce que se agota en el objeto mismo, inmediato y actual. ¿No es todo este siglo un paradigma, en el nivel de la Historia, de tales oscilaciones llevadas a sus polos de máxima tensión?

De allí que los posicionamientos del sujeto se jueguen en una doble intersección: respecto de sus mociones pulsionales, reprimidas, atravesadas por una ajenidad radical a partir de la instalación de la tópica que las sepulta al fondo del inconciente; respecto del semejante, cuyo estatuto de tal sólo puede constituirse a partir de una diferenciación que dejara incognoscido para siempre el carácter residual de sus

marcas diferenciales en un psiquismo destinado a recomposiciones temporales y saltos estructurales.

Extrañamiento, *Entfremdung* consecutivo a la represión, entre el yo y la sexualidad, pero también *Entfremdung* respecto del mundo exterior, de las personas del entorno infantil. Se trata de un proceso por el cual algo o alguien deviene extraño, o por el cual dos objetos o dos sujetos devienen extraños el uno al otro. En esto radica la diferenciación que se establece a partir de que una parte de uno mismo devenga extranjera, ajena: la pulsión y el territorio en el cual se inscribe, el inconciente; pero también el otro, el «semejante» materno, que deja de ser una contigüidad del propio ser. A partir de esto habrá encuentro, habrá «intersubjetividad», signada siempre por la «inquietante extrañeza» de lo ajeno-propio reencontrado.

El otro está siempre en el horizonte. Sea como instituyente de la sexualidad o como propiciante de las ligazones capaces de producir derivados; en ello reside la paradoja que inaugura la madre al introducir, en el momento de alivio mismo de las tensiones biológicas, otras tensiones, del orden sexual, no resolubles ya por medios simplemente físico-químicos, quedando estas abiertas a todo tipo de simbolizaciones, constituyéndose en «motor del progreso psíquico».

Al igual que ocurre en la economía política, el intercambio es impensable sin un plus. La conocida definición de sexualidad en términos de «plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo» rige los intercambios entre la madre y su bebé.

Esto hace que el niño sea, a su vez, pensable, vale decir, fantasmaticable, del lado de la madre. Ser pensado por el otro es condición de la vida en su persistencia. Ser amado y ser pensado implica una no apoderación del cuerpo por parte del otro: el cuerpo propio sólo llega a ser propio en razón de que alguien, generosamente, ha cedido una propiedad sobre una parte de sí mismo que deviene ajena. De esto hablamos cuando decimos «narcisismo trasvasante» de la madre, un narcisismo que no se agota en la madre misma, ni en el otro concebido simplemente como metonimia carnal del cuerpo propio.

El narcisismo materno, capaz de investir a la cría relegando aquello que la madre misma desliga cuando ejerce los

cuidados primordiales que implantan la pulsión y dan origen a los objetos-fuente internos —para seguir esta propuesta fecunda de Jean Laplanche—, es el único receptáculo posible del amor del yo, aun antes de que este se estructure como instancia en el niño y antes de que la represión originaria fije al inconciente las representaciones que lo constituyen.

Que en ello estén presentes desde el comienzo las vicisitudes de la sexuación, que ellas desprendan al niño de esta madre y le permitan circular por la diferencia, no nos debe llevar a confundir los tiempos de constitución del sujeto con una suerte de asincronía en la cual todo lo dado de inicio en la estructura estará para siempre dado en el sujeto.

¿Cuál es el estatuto del objeto cuando lo inscrito no ha logrado aún su estatuto de inconciente, reprimido, originario? ¿De qué modo se define por relación a ello el método? El inconciente no es algo dado; se instaura en el movimiento de instalación de la tópica, y este es impensable sin el ejercicio de la represión que marca un *topos* definitivo para la fijación de las representaciones al inconciente.

Sin embargo, el inconciente no se crea de la nada. Tampoco el yo. Primeras inscripciones, primeras ligazones, los fundamentos de la tópica se asientan sobre estos procesos complejos que vemos emerger en los primeros tiempos de la vida.

Nuestra investigación intenta establecer los recorridos que allí se producen. La función materna ocupa un lugar princeps en su doble carácter: en tanto es capaz de generar un plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo mediante los procesos de pulsación que dan origen a las inscripciones de los objetos originarios, y en sus aspectos ligadores, de apertura de los sistemas deseantes a partir de nuevas vías de placer que no queden reducidas ni fijadas a la satisfacción pulsional más inmediata.

Trastornos severos de la primera infancia, traumatismos graves en el sujeto ya constituido, modos de estructuración de los sistemas representacionales de base y destinos de pulsión como destinos del sujeto; sobre esto trabaja nuestra búsqueda intentando dar cuenta, a partir de un recorrido teórico-clínico, de la instalación de lo originario como paradigma de base del psicoanálisis en su conjunto.

La ubicación de las funciones sexualizantes y narcisizantes de la madre como premisas de partida para la estructuración de los sistemas psíquicos del niño permiten un reposicionamiento, en nuestra opinión, del narcisismo como tiempo segundo de la sexualidad humana, tiempo abierto, a su vez, sobre el Edipo complejo y las instancias ideales que de él derivan.

Que el narcisismo sea, en nuestra clínica, el suelo por el cual circulan los abrochamientos pasionales que capturan al yo, en el cual se instalan los encegucimientos defensivos que obturan los movimientos deseantes del sujeto, no puede llevarnos a desconocer el hecho de que su introducción en la vida psíquica es premisa necesaria para el funcionamiento de los sistemas diferenciados y para el contrainvestimento del autoerotismo, sin el cual el sujeto quedaría librado al ejercicio de la pulsión sexual de muerte.

Desde esta perspectiva la madre no «decodifica» nada. Codifica, mediante una inscripción en otro registro, fenómenos que devienen «signos» en razón de que un lector puede otorgar un sentido. La madre se otorga entonces, temporariamente, la función de un Lector Supremo. Que su lectura se atenga a algún código que la trascienda, que esté atravesada por un método de desciframiento que la cultura ofrece, garantiza las posibles descapturas futuras del niño de los excesos de sentido que podrían destinarlo a la paranoia.

El trabajo solitario de la escritura también «se apunala» en los otros, que incitan nuestro pensamiento y nos ofrecen a su vez un sostén donde afirmar la pluma. Un fragmento de la literatura, del cuento intitolado «Coloquio con la madre. Novelas para un año», de Luigi Pirandello —que conocimos, al ser trasladadas al cine por los hermanos Taviani, bajo el nombre de *Kaos*—, puede servir de puente entre estas ideas generales acerca de mi procesamiento teórico-clínico y el agradecimiento hacia quienes han permitido la evolución de mi trabajo:

«(Pirandello ha vuelto a la casa de la infancia, y dialoga con su madre, ya muerta, sentada en un sillón:)

P: Y esta es tu música, la reconozco. Recuerdo cuando nos la cantabas.

M: Te llamé para decirte todo lo que no pude por tu ausencia... antes de dejar la vida...

P: ...Ser fuerte, ¿no, mamá?... Hoy, como ayer, como siempre...

M: Te ríes de mí... ¿eh?

P: No, mamá, dímelo, lo necesito. Por esto he venido.

M: Debes relajarte... ser fuerte no significa tener que vivir siempre así (aprieta el puño), significa saber vivir también así... (la mano se abre, suave, relajada).

P: Dios, madre, tus dedos...

M: ¿Ves, Luigi, cómo el cuerpo se había reducido? Por eso vino la muerte; debía venir. (Luigi se queda en silencio, llora, agarrándose la cabeza.)

M: No, no llores, Luigi... Si me quieres tanto, debes pensarme como me ves aquí, ahora, viva...

P: No, mamá, no llores por eso...

Te recuerdo, madre, siempre te veo como estás ahora. Siempre te imaginé como lo hago ahora, viva, sentada aquí, en tu sillón. Lloro por otra cosa, mamá. Lloro porque tú no puedes pensar en mí. Cuando estabas sentada aquí, yo decía: "si desde lejos me piensa, yo estoy vivo para ella". Esto me sostenía y me confortaba. Ahora que tú estás muerta y no me piensas más, yo ya no estoy vivo para ti y no lo estaré nunca más...

M: Ah... me cuesta mucho, hijo, seguir tus pensamientos, se volvieron demasiado difíciles para mí. Sin embargo, siento que puedo decirte una cosa todavía. Mira las cosas con los ojos de los que ya no ven. Sentirás el dolor, es cierto, pero ese dolor las hará más sagradas y más hermosas... Quizá te llamé para decirte eso...».

Mirar las cosas con los ojos de los que ya no ven, o de los que ya no pueden ver; ser pensado por otros que nos otorgan su mirada; imaginar la mirada de los otros sobre nuestros pensamientos mientras escribimos... La escritura se ejerce siempre en el horizonte de los ojos de todos aquellos que nos ayudan a pensar y a pensarnos en nuestro derrotero.

De uno u otro modo un libro es siempre entonces una obra colectiva, y no por gentileza de agradecimiento o por afán de socialización, sino porque el pensamiento es impensable sin el pensamiento de los otros.

Sin las ideas matriciales de Jean Laplanche no existirían las líneas de base en las cuales fundar mi investigación: su obra fecunda y la generosidad con la cual somete nuestros acuerdos y disensos al entusiasmo crítico de un pensador desatrapado de sí mismo, han posibilitado mi propia evolución sin que ello entre en colisión con la necesaria circulación libidinal entre maestro y discípulo.

Colegas e instituciones abrieron —en un mundo que algunos pretenden homogéneamente signado por la lucha despiadada y el individualismo degradado— un espacio para que mis ideas pudieran desplegarse. Discípulos y amigos críticos generaron ámbitos compartidos en los cuales confrontar y articular posiciones, no sólo en el cerrado reducto de mi consultorio sino en el infinito mundo de sus lugares de pertenencia y más allá de las fronteras de la Argentina misma.

La estimulación constante y el intercambio enriquecedor con Luis Hornstein y Rafael Paz a partir de mi retorno al país ayudaron a paliar el desgarramiento de un reencuentro anhelado y temido con mi entorno de origen. Mi editor en castellano, Horacio Amorrortu, y José Luis Etcheverry —lector agudo, traductor y conocedor notable del psicoanálisis— me otorgaron las garantías necesarias para que mi trabajo encontrara un destino signado por el respeto y el cuidado.

Carlos Schenquerman, quien participa hace ya muchos años de sostener una vida en la cual la renuncia a la utopía no quede signada por el abandono de la esperanza, así como mis hijos —que con el tiempo han devenido interlocutores no sólo amorosos sino intelectualmente fecundos— y mi sobrina Andrea Bleichmar y su pequeño Seth, acompañaron los complejos movimientos en los cuales la producción fue posible.

Todos ellos son parte de este libro, en cuya escritura confluyen los discursos y representaciones de mis propios pacientes y de sus padres —ellos permitieron que sus hijos accedieran a una exogamia productiva en el interior de circulaciones libidinales en las cuales, inevitablemente, quedamos recíprocamente implicados.

1. Primeras inscripciones, primeras ligazones

Los problemas que se ofrecen al psicoanálisis de niños plantean, desde sus comienzos, en el campo específico de la clínica, aquellas cuestiones que remiten a lo fundacional del psiquismo. Debido a ello, el psicoanálisis de niños se revela como un espacio en el cual, al ponerse a prueba en él las hipótesis sobre *lo originario*, se abre un campo fecundo para pensar nuevas vías con respecto al psicoanálisis en su conjunto.

Por mi parte, hace años que sustento un eje de investigación que se dirige a definir, a partir de la reubicación de este paradigma de *lo originario* —que subyace a toda propuesta psicoanalítica— los movimientos de fundación del inconciente con vistas no sólo a ampliar los límites de la analizabilidad sino a contribuir, a partir del campo específico, a definir las líneas posibles hacia una teoría de los orígenes. Ello desde una perspectiva que considera al inconciente como no existente desde los comienzos de la vida, sino como un producto de cultura fundado en el interior de la relación sexualizante con el semejante, y, fundamentalmente, como producto de la represión originaria que ofrece un *topos* definitivo a las representaciones inscritas en los primeros tiempos de dicha sexualización.

En esta dirección, la de explorar las relaciones entre la represión originaria y los movimientos previos y posteriores que la fundan y consolidan, los trastornos precoces vinieron a plantear interrogantes y a propiciar la formulación de problemas que se ofrecían como cruciales para ahondar en la investigación de los tiempos de fundación del inconciente. Y aun más, a poner de relieve que, cuando uno se encuentra con un trastorno muy precoz en la constitución psíquica, esta constitución, considerada en tanto *real*, y no como mítica, concebida como «tiempos de fundación del inconciente», debe ser exhaustivamente revisada.

Las páginas que siguen tienden a desarrollar las premisas y las condiciones en las que es necesario, desde nuestra perspectiva, reinscribir hoy dicha fundación.

Modos de circulación de la economía libidinal en un trastorno precoz del sueño

Fui consultada hace unos meses por una joven pareja que se presentó a la entrevista con un bebé de cinco semanas que, al decir de los padres, «no dormía nada». Despierto casi veinte de las veinticuatro horas del día, los sometía a una situación desesperante al punto de que la consulta fue requerida con una urgencia inusual cuando se trata de trastornos precoces.

No estamos ya en aquellos tiempos en los cuales un analista se hubiera sentido inclinado a «interpretarle» al bebé la fantasía inconciente. Más aún, ni siquiera quienes adscribieron a una propuesta del inconciente como existente desde los orígenes aceptaron nunca totalmente llevar hasta las últimas consecuencias la premisa técnica que de ello pudiera haberse derivado, es decir, la interpretación como modo de resolución de patología en bebés muy pequeños. Por mi parte, sabía que la estrategia de abordaje terapéutico dependía del modo en que se conciba el funcionamiento psíquico precoz, ya que una técnica no puede ser sino la resultante, en tanto método, de la concepción que «de la cosa misma» se tenga.

En primer lugar se trataba, antes de encarar ninguna opción, de definir el tipo de trastorno ante el cual nos encontrábamos. Y, de hecho, la definición misma de *trastorno* se inscribe en una propuesta que he desarrollado hace ya algunos años, en la cual diferencio, siguiendo para ello la perspectiva freudiana, entre *síntoma*, en tanto formación del inconciente, producto transaccional entre los sistemas psíquicos efecto de una inlograda satisfacción pulsional, y algo de otro orden, algo que no puede ser considerado como tal en sentido estricto, en la medida en que el funcionamiento pleno del comercio entre los sistemas psíquicos no está operando —sea por su no constitución, como en el caso que

veremos, sea por su fracaso, parcial o total (como ocurre en ciertas producciones psicóticas).

Si no consideramos entonces esta perturbación del dormir como un síntoma, como formación transaccional efecto de la represión del inconciente funcionando en el interior de la tópica constituida, ¿en qué orden definir lo psíquico existente? ¿Desde qué perspectiva puede un trastorno del sueño generado en los primeros meses de vida ser abordado como algo «de origen psíquico»? Y si así fuera, ¿a qué tipo de psiquismo respondería en sus determinaciones? Para extendernos entre dos opciones cuya fuerza no deja de sostener una cierta tensión en el campo de la clínica de niños: ¿expresa una fantasía inconciente que perturba al lactante en sus modos de relación con el objeto? ¿Es, por el contrario, algo puramente «somático» de lo cual hay que dar cuenta en el nivel biológico? Entre interpretación y medicación, parecerían definirse dos polos —uno tan insatisfactorio como el otro, en nuestra opinión— que implican abordajes diferentes y también modos distintos de concebir la constitución psíquica.

En primer lugar, señalamos que hemos tomado la dirección teórica que sostiene que el inconciente no es un existente desde los orígenes, sino efecto de una fundación operada por la represión originaria; ello nos plantea entonces el problema de definir a qué tipo de orden psíquico responden estas inscripciones precoces que no son, desde el punto de vista metapsicológico, inconcientes en sentido estricto —dado que para que haya inconciente es necesario que el clivaje psíquico se haya producido, no pudiendo el inconciente ser concebido sino como el efecto de la diferenciación de ese otro sistema que constituye el preconciente-conciente, regido por una legalidad que es la del proceso primario y sostenido, en el interior del aparato psíquico, por la represión.

En segundo lugar, y recuperando toda una tendencia del psicoanálisis contemporáneo, que plantea la estrecha interrelación existente entre el psiquismo infantil incipiente y el inconciente materno, concebir el trastorno del sueño como efecto de una perturbación en el vínculo primordial con la madre no deja de someternos a interrogantes tales como: ¿cuáles serían las vías de pasaje, y a partir de qué premisas metapsicológicas tanto del psiquismo materno como del

aparato psíquico en estructuración del niño, una perturbación de este tipo se constituiría?

Expondré a continuación el material clínico de las entrevistas realizadas con vistas a encarar este trastorno del sueño, para realizar luego un breve recorrido por las opciones metapsicológicas en juego. Entrevistas que se ejercieron bajo cierta perspectiva teórica, es decir, bajo un modo de lectura «no ingenuo», pero que permitieron afinar y corroborar hipótesis en ese interjuego que se nos abre en el campo de la praxis cuando intentamos efectivizar nuestro accionar práctico y, al mismo tiempo, someter a la metapsicología a la prueba de la clínica.

La primera cuestión se inscribe en la preocupación por diferenciar entre constitución del inconciente, efecto de la represión originaria, e inscripciones sobre las cuales esta represión se establece. En trabajos anteriores he intentado dar cuenta del modo de fundación de la represión originaria a partir de la instalación de contrainvertimientos de los representantes pulsionales que culminan en las representaciones totalizantes del narcisismo y en la instauración del yo, tema que retomaré más adelante; mi preocupación consiste ahora en abordar el modo de instalación del autoerotismo y de la circulación de la economía libidinal antes de que esto se estructure.

Se trataría, en realidad, de formular, para los primeros tiempos de la vida —tiempos en los cuales ya las inscripciones sexualizantes que dan origen a la pulsión se han instaurado, pero cuya fijación al inconciente aún no se ha producido porque la represión no opera—, siguiendo los modelos freudianos de las formas de circulación de la economía libidinal, un *Más acá del principio de placer*.

El trastorno precoz del sueño, una estrategia de abordaje

No es frecuente que los padres consulten *motu proprio* algo de este orden. En general, son los pediatras quienes se hacen cargo de una situación tal, y, de no mediar la intervención de otro terapeuta, es posible que esta consulta nunca se hubiera realizado. Me preguntaba, y no sin cierta in-

quietud, de qué modo una intervención definida desde una perspectiva analítica podía ayudar a encontrar una vía de resolución para el trastorno del sueño, motivo de la consulta, pero, aún más, cómo evitar que aquello que daba origen a una perturbación de este tipo derivara, *a posteriori*, en una evolución patológica de consecuencias severas para un sujeto en estructuración que tan precozmente se veía afectado.

Expondré a continuación algunos de los elementos tal como se presentaron a la consulta, para, a partir de ahí, retomar las cuestiones teóricas que de ello se desprenden. Los padres, con el bebé en un moisés, llegaron a la entrevista, aclarando que este se había dormido profundamente durante el viaje en coche desde la casa hasta el consultorio, luego de una noche y un día infernales en los cuales los tiempos en que lograron que dormitara no pasaron de diez o quince minutos seguidos. El resto del tiempo trascurrió entre mamadas, cambio de pañales, intento de aliviarlo paseándolo en brazos y maniobras diversas, todas ellas fallidas.

El pediatra había descartado cualquier perturbación de tipo orgánico, y se los veía confusos y deprimidos, con la sensación de algo profundamente fallido en el vínculo con este primer hijo al cual no encontraban forma de apaciguar. El bebé continuaba, entretanto, dormido en su moisés —que habían depositado sobre el diván—, no dejando de quejarse, moverse con intranquilidad y someternos a todos a una tensión a la cual yo misma no escapaba.

Habían decidido realizar la consulta bajo la indicación de la analista del padre, quien consideraba que algo merecía ser revisto en el vínculo con este hijo; más allá de sus esfuerzos por resolver la cuestión en el interior del proceso de la cura del cual se hallaba a cargo, pensaba que algo específico se escapaba y requería atención especializada.

La impresión general que esta joven pareja me transmitía era de profundo desconcierto. Decían «no poder acertar» acerca de lo que el niño requería, y me formularon extensas preguntas sobre las diferentes propuestas que las abuelas habían realizado: una de ellas opinaba que el bebé podía perfectamente estar en un medio ruidoso, con la luz prendida y soportando todos los estímulos; la otra consideraba que era necesario que se le diera el chupete y se lo dejara

llorar hasta que se fatigara lo suficiente para dormir. Me sorprendió, de algún modo, el hecho de que no hubiera una referencia en la generación de los abuelos que permitiera ubicar a alguien capaz de manifestar algún tipo de empatía hacia el bebé, y el hecho de que este fuera emplazado en el lugar de un enemigo molesto y perturbador, a quien «había que domar» y del cual había que conseguir que ocupara una posición al servicio de los adultos. Ambos padres se resistían a ello y, al mismo tiempo, se veían impotentes para encontrar una alternativa apaciguante.

La madre relató las terribles sensaciones que había sufrido en el posparto: dejada durante una hora en la sala de posquirúrgico —dado que hubo que esperar que se desocupara una habitación en la cual ubicarla—, había llorado largamente sin tener muy claro qué sentía, con una mezcla de tristeza y furor que se le hacía incomprensible.

El bebé, por su parte, desde que volvieron del hospital y hasta la actualidad, había comido en forma desesperada; se abalanzaba sobre el pecho y, aún habiendo terminado de alimentarse, no se lo veía reposar ni tranquilizarse. El circuito de la alimentación se repetía como en un sinfín; ni bien terminaba de comer —lo cual le llevaba a veces hasta una hora—, mientras se lo cambiaba —ejercicio siempre displacentero porque no lograban aplacar el malestar— y luego de tratar de dormirlo, habían pasado casi tres horas y todo empezaba de nuevo. El baño era también una situación desesperante: lloraba desde el momento en que lo desvestían, mientras lo sumergían en el agua y cuando lo sacaban. No había, realmente, un solo instante de placer.

Suponiendo que había algo que imposibilitaba «un buen encuentro» entre ella y su hijo, propuse, para la misma tarde, una entrevista madre-hijo, otorgando una explicación a ambos padres acerca de por qué, en este caso, el papá no participaría. Les hablé de la diferencia que hay entre el parto real y el parto simbólico, de cómo ella necesitaba un espacio en el cual entender qué le pasaba con su hijo, y aclaré al padre que, de algún modo, yo me haría cargo circunstancialmente, en la entrevista, del lugar que él ocupa en la realidad, en aras de detectar qué era lo que estaba ocurriendo para luego poder hablarlo entre los tres.

La madre me relató la irritación que sentía ante su propia madre y su suegra cuando intervenían en la relación con

su hijo; señalé que, de hecho, también yo me estaba entrometiendo. Respondió con una sonrisa: «sí, yo tenía miedo de venir, pero al menos le puedo decir lo que siento; creo que puedo aceptar que usted participe».

La única indicación que di, antes de la consulta de la tarde —fijada para las 16 h—, fue que si el bebé llegaba a manifestar hambre un rato antes de la hora propuesta, trataran de hacerlo esperar para que se le diera de comer durante su trascurso; consideraba importante que pudiéramos hablar todo esto «en presencia» de la situación que de hecho se generaba durante la mamada.

A la hora indicada llegaron los tres; el padre acompañó a la madre hasta la puerta del consultorio y luego se retiró dejándonos a solas. La joven comenzó diciendo que hacía más de media hora que Daniel —así se llamaba el niño— había comenzado a tener hambre, pero siguiendo mi consejo había prolongado la espera para poder darle el pecho en la entrevista. Se sentó, traté de que se ubicara lo más cómodamente posible, y comenzó la mamada. Lo primero que noté era que sostenía al bebé con cierta dificultad: la cabecita no encajaba correctamente en el hueco del brazo, las manitas no encontraban una posición que le permitiera ubicarse cómodamente alrededor del pecho. Le pregunté cómo se sentía al sostenerlo, las manos cruzadas bajo el niño, no había un brazo que rodeara el cuerpecito, la mano no estaba libre para acomodarlo, eventualmente acariciarlo. Me contó que no podía agarrarlo bien; «no sabía qué quería él». Le pregunté si pensaba que él podía saber qué quería; sonrió con timidez, me contó lo difícil que había sido para ella pensar en tener un hijo; había pasado siete años de matrimonio sin decirse porque estaba muy ocupada con su trabajo; pensaba que un hijo iba a llenar todo su tiempo. Le dije si no creía que tal vez esa sensación la tenía muy atrapada; con un monto de angustia intenso me confesó que se sentía muy culpable de la hostilidad que emergía, en muchos momentos, hacia su bebé. Hice una construcción del siguiente orden: si ella sentía que no podía descapturarse de esa relación, ¿cómo no iba a estar furiosa, si lo que me transmitía era como si no viviera sino «parasitada» por el niño? Que tal vez siempre había tenido relaciones de dos: con su marido, con su trabajo, y ahora con Dani, pero que nunca se había senti-

do tan atrapada, tan despojada de su propia vida como en este momento.

Mientras hablábamos, le señalé que el bebé no estaba bien encajado en el ángulo interior del brazo, y pregunté si no se atrevía a sostenerlo con firmeza, y si no tenía ganas de acariciarlo. Le rozó la cabeza con un dedo, como con temor; a medida que hablábamos comenzó a tocarlo despacito, a acomodarle las piernitas, a reubicar la cabecita. Le dije si no pensaba que estaba incómodo con la posición de los bracitos, uno de los cuales, doblado, le obstaculizaba en el contacto con el pecho. Me dijo: «¿Sabe? siempre le agarro una mano mientras come, creo que necesita mi mano». Le dije, con suavidad: «Creo que usted necesita la de él». «Sí, puede ser, pasamos tanto tiempo juntos...». Le expliqué que él necesitaba poder agarrarse del pecho, que a partir de ese pecho él iba a ir entendiendo que ella era su mamá, que algún día ella sería una mamá con una teta, pero que por ahora ella era una teta calentita y cariñosa que representaba a una mamá. Que ese pecho que ella le ofrecía, que le daba de a ratos, era algo importante, profundo, que él se metía adentro y lo hacía sentir llenito. Tenía, yo misma, la sensación de estar asistiendo a algo inaugural; una envoltura narcisizante nos capturaba a todos.

En tanto, la mamá me preguntaba cosas tales como si todos los bebés se quejaban mientras comían —ella, que era médica, manifestando un no saber que trascendía, evidentemente, lo obvio del conocimiento demandado—. Me contó de las dificultades de la relación con su propia madre: cómo su madre siempre había rivalizado con ella, y, entre pícara y avergonzada, cómo había sido la favorita del padre. Luego de un rato dijo: «Sabe, hay algo que me angustia terriblemente desde que me di cuenta: a veces lo llamo a Dani con el nombre de Ale, mi sobrino de cinco años, hijo de mi hermano». No sabía bien por qué, suponía que el sobrino había sido durante mucho tiempo su favorito, y que como tal había deseado mucho que fuera su hijo...

Cuando Dani terminó de comer, la mamá lo cambió. Yo me limité a hacer aquello que habitualmente hace un papá: le corrí la colchoneta para que lo apoyara, retiré los pañales sucios mientras ella colocaba otros limpios, ayudé a poner la manta luego que ella lo cubrió. En ningún momento toqué al bebé ni intenté mostrarle, con actos, de qué modo

hacer las cosas. Dani se dejó cambiar sin problemas; la sorpresa de ella era enorme. En ese momento le propuse incluir el chupete; tenía uno, pero, al decir de ella, lo rechazaba. Insistí en que se lo sostuviera con la mano durante unos minutos, en la convicción de que en algún momento terminaría por aceptarlo.¹ Había un remanente excitatorio que no cedía, y sostuve la necesidad de ofrecerle algo que no fuera alimenticio para evacuarlo. Al cabo de un rato el niño se había dormido profundamente, y la joven madre manifestaba su sorpresa y cierta desconfianza maravillada. La entrevista había durado una hora cuarenta, y ambos se fueron a encontrar con el papá.

Al día siguiente tuvimos una entrevista similar, en la cual Daniel comió, fue cambiado por su mamá, y ella fue agregando nuevos elementos a lo que ya me había relatado. Se sentía aliviada y agradecida, y al mismo tiempo un tanto desconfiada de que esto pudiera sostenerse. Había tenido, desde hacía años, severas contracturas que la dejaban, de tanto en tanto, paralizada. Le era muy difícil tolerar el odio: ni podía reconocer el que ella sentía, ni se daba mucha cuenta de los actos hostiles de los otros. Siempre pensó que sería mejor madre que su madre, a la cual le reconocía muchas falencias —cierto infantilismo, actitudes competitivas con los hijos—, y en este momento la invadía una sensación profunda de derrota. La hostilidad hacia su madre —que recién empezaba a detectar en su propio análisis— le hacía temer ser odiada por su hijo, al cual sentía que «no podía satisfacer». Su rigidización era efecto de un monto de contrainvestimento masivo que le imposibilitaba reconocer la ambivalencia, en riesgo de devenir odio expulsivo en cualquier momento, y paralizaba su capacidad de ternura al encontrarse inhibida de sostener con tranquilidad a su bebé.

Me relató que, cuando el niño tenía diez días, había tenido una lesión en los pezones, lo cual le producía un dolor in-

¹ En el capítulo 6 damos más referencias acerca de esta dificultad de algunos niños de aceptar el chupete. Una reflexión, sin embargo: el chupete es un antecesor importante del objeto transicional. A diferencia del dedo, no constituye una parte del propio cuerpo, siempre a disposición del niño. En tal medida, siendo un objeto autoerótico, se abre, a la vez, sobre el horizonte de los objetos perdibles y reencontrables; siendo otorgado por el otro humano, al igual que el pecho, puede ser considerado un precursor de lo objetual sobre cuyo horizonte se instala.

tenso cuando amamantaba, e intentó usar pezonera. Dani se rehusó, y logró, con pomadas adecuadas, sortear la situación. Pensé que tal vez eso tendría alguna relación con el rechazo del chupete: en las incipientes huellas psíquicas, establecidas aun con el modelo de una lógica binaria, la goma equivalía a la pezonera que se interponía con el pecho. El rechazo al chupete era el rechazo a todo aquello que implicara una sustitución del objeto; del lado de la madre, por su parte, la intolerancia a aceptar cualquier mediación entre ella y su hijo se manifestaba al modo de una no insistencia con el chupete: si el bebé quería succionar, qué mejor que su propio pecho... Así se había producido un acoplamiento displacentero que no encontraba solución.

Mis intervenciones tenían el carácter de permitir que esto fuera puesto de manifiesto y, al mismo tiempo, simbolizado en el intercambio discursivo mismo. A una intervención de ella del tipo: «Y siempre tuve miedo de manifestarle a mi madre mi enojo», yo agregaba: «Tal vez por eso se asusta tanto cuando Dani llora, piensa que ese enojo que usted guarda adentro puede ser tan poderoso que le da terror no satisfacerlo a él, como si entre ambos se pudiera entablar una batalla mortal».

A medida que hablábamos, la torpeza de la joven madre disminuía, era como si se pudiera ir «apropiando» de su hijo. En la tercera entrevista, cuando me relataba que el niño se dejaba cambiar ya sin problemas, y pasaba algunas horas durmiendo y algunos momentos despierto pero sin llorar, le dije: «Usted pudo agarrarlo», y ella me contestó: «Sí, pero creo que también pude soltarlo», es decir, reconocerlo como otro, como un alguien a quien no podía satisfacer omnipotentemente y, a partir de ello, soportar mejor sus tensiones.

Luego de las tres entrevistas, realizamos una nuevamente con el padre presente. La demanda había partido de la madre misma: sentía que ahora se arreglaba mucho mejor, pero su marido necesitaba compartir esto nuevo que se estaba produciendo. El, por su parte, no soportaba el llanto del niño, le impedía a ella intentar aliviarlo si no lo lograba de inmediato, quitándole al niño de los brazos e intentando una cantidad de maniobras que dejaban a Dani más excitado que antes.

En la entrevista conjunta que realizamos, Alberto, el papá de Dani, manifestó su dificultad para soportar que la

madre insistiera con el chupete. El era hijo de una madre intrusiva, una madre que le había insistido toda la infancia y la adolescencia en que comiera lo que ella cocinaba para satisfacerla más allá del deseo de su hijo; aún de joven, cuando ya cursaba el segundo año de ingeniería, su madre le espetaba frases del siguiente estilo: «¿Por qué estudias ingeniería? Yo siempre quise un hijo médico». Le irritaba profundamente esa violencia materna, y cuando señalé que en el momento en que su esposa introducía el chupete en la boca de Dani —chupete rechazado de inicio pero aceptado y saboreado *a posteriori*— parecía que veía a su madre ejerciendo esa violencia intrusiva que tanto sufrimiento le había provocado, me respondió: «Mi padre nunca se opuso a esa violencia de mi madre... yo siento que no quiero que a mi hijo le pase lo mismo». De múltiples maneras vimos cómo él, identificado con su propio hijo —en tanto hijo de una madre posesiva y narcisista—, obstaculizaba la posibilidad de que su esposa pudiera ejercer la función de madre, temeroso de que operara en el niño la misma violencia y produjera el mismo sufrimiento al cual él se había sentido sometido.²

Por su parte, la joven madre, con su tendencia a establecer relaciones duales, oscilaba entre defender su posición materna o someterse al hombre amado —quien, ante su propia dificultad para triangular los enlaces amorosos, evitaba su exclusión en los primeros tiempos de la vida de su primer hijo, invirtiendo la situación, introduciéndose en la relación entre la madre y su hijo no para sostenerla a esta en tanto madre sino para adueñarse, él mismo, fálicamente, del bebé.

Era imposible que tal cantidad de cuestiones, como las someramente esbozadas, pudieran ser desarrolladas en el interior de una intervención como la que a mí se me requería. A modo de ejemplo, veamos el lapsus que cometía esta mujer en los momentos en que llamaba a su hijo por el nombre de su sobrino, hijo de su hermano. Hubiera sido demasiado sencillo, hasta caricaturesco, pensar que estaba determinado por un deseo de hijo del hermano, un remanente li-

² Un ejemplo más que da cuenta de cómo la fácil homologación que ha realizado cierto lacanismo entre función paterna y autoridad deja de lado que en la crianza del niño son los fantasmas parentales los que operan, y no funciones matemáticas despojadas del inconciente de proveniencia.

neal de la historia edípica. Diversos elementos que surgían a lo largo de las entrevistas, por relación a su posicionamiento femenino y a la estructura de su narcisismo, llevaban más bien a pensar que esta mujer no había logrado producir el desplazamiento pene-niño que inaugura en la mujer el deseo de hijo. Tener un hijo había sido el tributo que ella brindaba para poder seguir recibiendo un pene del marido —el cual, a esta altura, con un bebé de dos meses, me preguntaba, ante la mirada horrorizada de su esposa, cuál pensaba yo que era el mejor momento para encargar otro, ya que quería por lo menos cuatro hijos—. No era una mujer que intercambiaba hijos por falos simbólicos —para tomar esta dirección fecunda que Lacan recupera de Freud—, sino una mujer que intercambiaba un hijo real por un pene fantasmático del cual se sentía frustrada.³ De ahí que los productos de su cuerpo no pudieran ser valorizados, en tanto ser castrado, y sí los de su hermano, objeto fálico envidiado durante toda la infancia.

Su no deseo de tener un hijo, porque le obstaculizaba su trabajo, daba cuenta de esa dificultad para pasar por las ecuaciones simbólicas. En este sentido, el parto no había producido sólo una depresión posterior por haberse desprendido de un producto valorizado de su cuerpo, sino por la sensación de encadenamiento que le producía ese ser extraño del cual se veía obligada a hacerse cargo. El extrañamiento ante su hijo era lo que le impedía tener la convicción delirante que toda madre tiene, en los comienzos de la vida, de que, de uno u otro modo, sabe qué es lo que su bebé necesita: eso que vulgarmente se llama empatía, y cuyo exceso puede conducir a la psicosis paranoica.

Esa falla en la narcisización era la que producía en ella la sensación de estar ante un extraño al cual no sabía cómo agarrar, o ante un pedazo de sí misma —parcial— que no sabía cómo soltar. La ambivalencia ante la cual nos encontrábamos no era sólo aquella que se juega entre el amor y el odio, sino entre dos sistemas de representaciones opuestos e inconciliables, ambos del lado del yo, no clivados tópicamente por líneas que separan sistemas psíquicos, sino en el inte-

³ Las categorías de castración, frustración y privación que nos fueran ofrecidas por Lacan siguen constituyendo un ordenador fecundo para diferenciar diversos modos de inscripción de la carencia.

rior de un mismo sistema. Este emplazamiento tópico determinaba los micromomentos de despersonalización que me describía —luego de varias entrevistas, luego de la seguridad de que yo no estaba para enjuiciarla ni despojarla desde mi posición de mujer adulta—: no saber quién era el bebé, no saber quién era ella, no saber qué estaba haciendo allí —en su casa, en ciertos momentos—, no soportar la presencia de la mucama, no soportar la ausencia de la mucama.

Por otra parte, evidentemente, lo que ocurría a esta mujer no daba cuenta de una ausencia de narcisización primaria, de una estructuración psicótica coagulada a lo largo de los años. No nos encontrábamos ante una madre psicótica en la cual el inconciente, falto de diques de contención a nivel de la represión originaria, «pasara» sin más trámite.⁴ Estábamos, en este caso, más a nivel de una dificultad de estructuración del narcisismo secundario, en el cual la castración femenina posibilitara el pasaje «trasvasante» al hijo como posicionamiento narcisista.

En esta dificultad de «trasvasamiento» narcisista era donde radicaba, de hecho, la posibilidad de alternancia generacional: el riesgo futuro de una psicosis infantil; «un niño que nunca pude entender», dirá después la madre, cuando en realidad fue un niño al que nunca se pudo transcribir a un registro que lo capturara en un sistema de signos; sistema alienante, sin duda, pero constituyente en la medida en que se propician las ligazones que dan origen al yo futuro.⁵

En las semanas siguientes, las entrevistas se espaciaron. Daniel empezó a dormir, e incluso a dormirse sobre el pecho, en medio de la mamada. La madre lo relataba con

⁴ Debo, una vez más, señalar, que el nacimiento de un primer hijo produce en la mujer un incremento de ansiedades profundas, de las cuales no es causa menor el hecho de activar fantasmas infantiles de omnipotencia respecto del poder ilimitado que la maternidad ofrece sobre la vida —y en consecuencia sobre la muerte— de otro ser humano. Los primeros tiempos de un primer hijo son una situación límite, traumática, cuyo saldo no depende sólo del equilibrio psíquico previo de la mujer que por ella atraviesa, sino también de las intervenciones simbolizantes y continentes de quienes la rodean.

⁵ Debemos a Piera Aulagnier el hecho de haber puesto de relieve, en los años más duros de la estigmatización del narcisismo materno, la función instituyente de la subjetividad de este procedimiento que acuñó, definitivamente, con el nombre de «violencia primaria».

placer: «¿Sabe? se duerme un ratito y luego se despierta y me mira, con cara de desconcierto, como si se preguntara "¿qué estaba haciendo?" y luego es como si se acordara, y sigue comiendo». Por primera vez esta madre *atribuía pensamiento* a su hijo, lo imaginaba como a un ser pensante, un homúnculo al cual suponemos poseedor de los mismos atributos de nuestro psiquismo. Por fin ese *transitivismo* que permite, como decía Freud, al modo del primitivo, atribuir una conciencia como la nuestra a un otro. Esta capacidad, esta potencialidad estructurante, era lo que daría algún día a su hijo la posibilidad de sentirse humano, de establecerse en el interior de su propia piel mediante lo que Margaret Mahler denominó *Apersonierung*, muy cercano a lo que Winnicott consideró como «el sentimiento de sí». Era necesaria una madre que, como un demiurgo, insuflara amor en su aliento para que el cachorro humano deviniera realmente humanizado, con «conciencia de sí» y posibilidad de mitificarse a sí mismo.

En su análisis, entretanto, esta joven prosigue elaborando los elementos que en las entrevistas que realiza periódicamente conmigo descubre.

Ha podido empezar a dejar al niño algunas horas sea con su madre, sea con la niñera, y la alivia poder empezar a sentirse mejor tanto consigo misma como con su hijo. Hemos tomado la decisión común, los padres y yo, de que me llamen cuando algo los inquiete, cuando se sientan desconcertados ante los pasos a seguir. Daniel aún presenta cólicos —tiene nueve semanas—, cólicos que los pediatras conocen como «del primer trimestre», pero que tienden a espaciarse y, sabemos, desaparecen en el plazo previsto. De todos modos, no ignoramos las consecuencias de un trastorno de este tipo si no se siguen los pasos necesarios para evitarlas: hiperkinesia y trastornos de la simbolización, ambas no como consecuencia del insomnio originario, sino de las fallas en la matriz simbólica que dan origen tanto al trastorno del sueño como a los síntomas posteriores —y sobre ello volveremos más adelante.

Un modelo de los orígenes del psiquismo (puesta a prueba de la Metapsicología en la clínica)

Señalamos de inicio que el abordaje mediante el cual realizamos el procesamiento clínico de este trastorno precoz del sueño se sostenía en una lectura «no ingenua» del fenómeno. Los modelos freudianos, aquellos que dan cuenta tanto del funcionamiento psíquico como de su constitución, sirven como guía y posibilitan definir campos de operancia en los cuales los conceptos se enraízan «en la cosa misma». Cuestiones teóricas, aparentemente muy alejadas de la clínica, tales como las planteadas en el *Proyecto de psicología*, se nos ofrecían, sin embargo, como vías de acceso para desentrañar los determinantes que generaban el malestar específico al cual nos enfrentábamos.

Retomemos entonces este texto, de 1895, en el cual se esboza aquello que parece culminar, en 1920, con *Mas allá del principio de placer*, como modo de circulación y ligazón de una cierta energía. Veamos cómo propone Freud abordar la cuestión del dormir. Se trata, en el apartado en el cual se analiza la relación entre procesos primarios y sueños,⁶ de discernir las condiciones que permiten tanto el dormir como el soñar. Diferenciando «vivencia de dolor» —cantidades que irrumpen desde el exterior— y «afectos» —cantidad endógena desprendida o desligada desde el interior—, dice: «La *condición esencial* del dormir se discierne con claridad en el niño. El niño se duerme siempre que no lo moleste ninguna necesidad o estímulo exterior (hambre y mojadura) [es indudable que acá exterior e interior remiten a exterior al psiquismo e interior a este, dado que coloca al hambre como interior al organismo pero exterior al aparato que debe cerrarse sobre sí mismo]. Se adormece con la satisfacción (al pecho). También el adulto se duerme fácilmente *post coenam et coitum*. Condición del dormir, entonces, es el *descenso de la carga endógena en el núcleo ψ* , que vuelve superflua la función secundaria. En el dormir, el individuo se encuentra en el estado ideal de la inercia, aligerado del reservorio de $Q\eta$ [cantidad endógena]. [...] De las peculiari-

⁶ Sigmund Freud, *Proyecto de psicología*, en *Obras completas*, 25 vols., 1978-1985, Buenos Aires: Amorrortu editores (en adelante AE), vol. I, 1982, págs. 381-2.

dades del dormir se deducen muchas cosas que no se habrían podido colegir. El dormir se singulariza por una *parálisis motriz* [...] Es en extremo interesante que el estado del dormir se inicie y sea provocado por el cierre de los órganos sensoriales clausurables».

Es necesario, para seguir este razonamiento freudiano, no perder de vista la función que el procesamiento de cantidades, en el marco del principio de constancia, cumple en este modelo de aparato psíquico. Recordemos rápidamente que él se compone de tres sistemas de neuronas que implican a su vez formas de circulación de la energía, de las $Q\eta$: neuronas de pasaje, de ligazón y de percepción. Y si estos sistemas son descritos de inicio como constelaciones existentes, a medida que el proceso teórico avanza vemos a Freud preocupado por establecer diferenciaciones funcionales que son efecto de los modos de pasaje de la cantidad: es así como las neuronas impasaderas pueden devenir pasaderas cuando irrumpen grandes cantidades (insuficiencia de la sola diferenciación tópica, al igual que lo propondrá después para abordar, en la *Metapsicología*, los sistemas inconciente y preconciente-conciente, regidos por modos de circulación de los investimentos y no sólo por su posicionamiento respecto a la conciencia).

Un cierto tipo de estímulo hará variar, de inicio, el destino de la descarga, oponiéndose al principio de inercia: «Sin embargo, el principio de inercia es quebrantado desde el comienzo por otra constelación. Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. [...] De estos estímulos el organismo [el aparato] no se puede sustraer como de los estímulos exteriores, no puede aplicar su Q para huir del estímulo».

Que el principio de inercia, principio de la tendencia a la descarga a cero de la cantidad, sea quebrantado desde el comienzo, inaugura algo de fundamental importancia, y ello no sólo para la delimitación teórica, sino por las profundas implicancias psicopatológicas y clínicas que pone en marcha.

La propuesta que vemos esbozarse, a través de la formulación de que hay estímulos endógenos de los cuales no se puede huir, no es otra que aquella que Freud conceptualiza más adelante como pulsión. Si el principio de inercia es que-

brantado por la intromisión de algo endógeno de lo cual la fuga está impedida, es inevitable que pensemos que el principio de inercia —lo que luego fue definido como «principio de Nirvana», como tendencia al desinvertimiento absoluto— no rige fundamentalmente los destinos de la vida psíquica en tanto vida sexual, sino los modos de evacuación de lo autoconservativo, de las necesidades que se plantean al viviente en aras de mantenerse con vida biológica. La necesidad nutricia puede ser descargada a cero —se puede obtener un nivel de saciedad desde el punto de vista biológico—, pero aquello desgajado de la necesidad biológica, aquello que constituye un plus irreductible y que obliga a modos de derivación de otro orden, aquello que puede ser reprimido, sublimado, vicariado en sus destinos, aquello que se rehúsa a la descarga a cero, irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento.

Es el hecho de que haya ciertos estímulos endógenos, de los cuales la fuga motriz está impedida, lo que definirá que el principio de inercia se vea perturbado. Es el hecho de que haya algo de lo cual la fuga está impedida lo que producirá las variaciones que llevarán de la inercia (tendencia a la descarga absoluta, al cero) a la constancia, una constancia que se inscribe en el interior de las series placer-displacer. Queda sin embargo por definir a qué llamamos endógeno y a qué exógeno, en este movimiento que va de lo autoconservativo a lo sexual, para que podamos explayar, a pleno, esa conocida fórmula de Freud que nos plantea que la pulsión será, a partir de la complejización de sus destinos, «el verdadero motor del progreso psíquico».

En un psiquismo en vías de constitución para el cual cantidad en ϕ deviene complejidad en ψ , se trata de explorar de qué modo se resuelven las tensiones a las cuales está sometido. «Para consumir esta acción [la que facilita la evacuación], que merece llamarse “específica”, hace falta una operación que es independiente de $Q\eta$ endógena [...] pues el individuo está puesto bajo unas condiciones que uno puede definir como *apremio de la vida*».

¿Qué ocurre cuando este incremento de cantidad se produce? Es necesaria una acción específica, pero una acción específica imposible de ser realizada por el viviente en sus comienzos: «El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene me-

diante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, de la comunicación (*Verständigung*), y el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los motivos morales.⁷

Es en esta fisura que Freud marca, por la cual el otro humano se introduce, donde se inaugura el pasaje que produce el *décalage* del incipiente sujeto sexuado a partir del real biológico: imaginemos la aparición de un «apremio de la vida» («tensión de necesidad», será denominada en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*): estímulos corporales, *endógenos al organismo pero exógenos al sistema neuronal o aparato del alma*, ingresan al psiquismo en estructuración. Tenemos derecho a preguntarnos a qué se debe esta conversión de la energía Q —exterior— en energía Q₁ —interna al aparato—. Esta es una cuestión del mismo orden de aquella que se propone en «Pulsiones y destinos de pulsión»: ¿Qué es lo que hace que un estímulo (*Reiz*) —exterior— devenga excitación (*Erregung*) —interior—? La diferencia es supuesta de inicio, a partir de que el mundo exterior opera como un *continuum* y lo que ingresa al aparato tiene el carácter de lo limitado y lo discontinuo.

«La excitación interna —nos recuerda Freud— es aquello a lo cual uno no se puede sustraer mediante la motilidad». Definición indeneable, pero la cuestión permanece, de inicio, *abierto*: ¿aquello a lo cual uno no se puede sustraer por la motilidad es el cuerpo?, ¿es el investimento de la reminiscencia por el cuerpo?, ¿es el cuerpo extraño interno mismo, es decir, la reminiscencia misma? Existe otra palabra en las *Cartas a Fliess*, es la palabra *Impulse*... Ninguna duda, no se trata de fuerzas corporales ni tampoco de investimentos de fantasmas. Estos *Impulse*, estas impulsiones en el sentido en que se hablaría en física o en electrónica, son la acción misma de recuerdos reprimidos y de fantasmas que de ella nacen, lo que de ella se desprende como de su fuente. Encontrarán ustedes esto en el Manuscrito N en particular. Estos textos, con este empleo anterior al *Trieb*, se sitúan de pleno en lo que llamamos teoría de la *seducción*, y

⁷ En *Proyecto de psicología*, op. cit., págs. 362-3. Apartado «La vivencia de satisfacción».

es decir que el modelo freudiano que intento hacer funcionar, en los orígenes de la pulsión es aquel *de la seducción y de la represión originarias*», dice Jean Laplanche en «La pulsión y su objeto-fuente».⁸

El principio de inercia, tendencia a la descarga a cero, es perturbado a partir de algo que tiene que ver con las transformaciones mediante las cuales este incipiente aparato queda librado a inscripciones que son efecto de la impulsión del semejante; «vivencia de satisfacción» en la cual el otro, o, para ser más precisos, restos desgajados de la sexualidad del otro, están, necesariamente, inscritos: «Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica [es decir, si ha otorgado un objeto capaz de permitir la satisfacción de esta tensión] en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. *El todo* constituye entonces una *vivencia de satisfacción*, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo».⁹ Subrayamos «el todo» porque lo que se inscribe no es la disminución de la tensión de necesidad, sino la experiencia en la cual el objeto ofrecido por el otro humano es inscrito. A partir de esta vivencia de satisfacción se generan entonces conexiones entre *imágenes-recuerdo*, que serán activadas a partir del reaflorescimiento del estado de esfuerzo: de deseo.

En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* esto es retomado en los siguientes términos: «La acumulación de excitación es percibida como *displacer*, y pone en actividad al aparato a fin de producir de nuevo el resultado de la satisfacción. [...] A una corriente de esa índole producida dentro del aparato, que arranca del *displacer* y apunta al *placer*, la llamamos *deseo*». El deseo nos es propuesto entonces como un *movimiento ligador* a un conglomerado representacional, en el momento en el cual el *displacer* que es producto de la excitación emerja. Se trata de un movimiento que tiende, mediante un trabajo, a ligar la energía sobrante a una representación o conjunto de representaciones.¹⁰

⁸ Jean Laplanche, *La révolution copernicienne inachevée*, Paris: Aubier, 1992, pág. 239.

⁹ *Proyecto de psicología*, en *AE*, vol. I, 1982, pág. 363.

¹⁰ *La interpretación de los sueños*, en *AE*, vols. IV-V, 1979, págs. 556-8.

Por el contrario, la vivencia de dolor es el efecto de la irrupción de cantidades hipertróficas que perforan los dispositivos-pantalla —dispositivos cuya función es filtrar las cantidades para evitar el anegamiento del sistema—, y así como la vivencia de satisfacción proporciona el enlace con representaciones apaciguantes, la vivencia de dolor favorece el reinvestimiento de la imagen mnémica del objeto hostil: «Si la imagen mnémica del objeto (hostil) es de algún modo investida de nuevo (v. gr., por nuevas percepciones), se establece un estado que no es dolor, pero tiene semejanza con él. Este estado contiene displacer y la inclinación de descarga correspondiente a la vivencia de dolor».¹¹

Vivencia de dolor y reactivación del displacer, ambas producidas por grandes cantidades inmetabolizables por el psiquismo incipiente. Vertiente seguida por Freud veinticinco años después, en *Más allá del principio de placer*, donde veremos cómo es la capacidad de ligazón del aparato la que definirá las posibilidades del dominio de esta energía. El traumatismo es propuesto como una relación entre cantidades que ingresan y capacidad de ligazón en el interior del sistema en cuestión.

¿De qué dependería —se trata de buscar líneas de trabajo fecundas para el tema que nos ocupa— que un aparato en constitución, en los primeros tiempos de la vida, se viera imposibilitado de encontrar las descargas y modos de ligazón necesarios para llegar al reposo, y estuviera permanentemente sometido a vivencias traumáticas que no posibilitaran el reposo? ¿Cuáles serían las consecuencias futuras de este modo de funcionamiento precoz?

El conmutador está en el otro humano

Volvamos entonces, a partir de los modelos teóricos propuestos, al recién nacido en el momento de constituir sus primeras inscripciones. Supongamos ahora un cachorro humano en los primerísimos tiempos de la vida, y exploremos los modos de establecerse de este movimiento de liga-

¹¹ *Proyecto de psicología*, en *AE*, vol. I, 1982, pág. 365. Apartado «La vivencia de dolor».

zón psíquica; incluyamos, desplegando este esquema en el cual hemos seguido a Freud, los movimientos por los cuales el semejante materno instala ciertas representaciones. La vivencia de satisfacción no se constituye por la mera aportación de elementos nutricios, sino por el hecho de que ese elemento nutricio es introducido por el otro humano. Desde la perspectiva que hemos escogido en nuestro encaminamiento teórico, por otro humano sexuado, provisto de inconciente y cuyos actos no se reducen a lo autoconservativo.

Pensemos en el viviente en el momento del desbordamiento biológico que llamamos, siguiendo a Freud, «apremio a la vida». Si se le provee el alimento necesario, si se le posibilita mantenerse libre de estímulos dolorosos, la evacuación de la energía exterior que irrumpe podría seguir fácilmente la vía de la descarga a cero. De eso se trata cuando nos enfrentamos a ciertos cuadros, autismos extremos o niños ferales, en los cuales la disminución de las tensiones autoconservativas no propicia, en modo alguno, que un sistema de representaciones se complejice e independice de la inmediatez de la necesidad. Desde esta perspectiva, justamente, se puede retomar aquello de lo cual Freud habla cuando propone la existencia de un «yo real», un organismo viviente anterior a toda instauración pulsional; momento mítico en el recién nacido sexualizado, pero posibilidad real en el caso de que esta instauración no se produjera.

El hecho de que haya una energía somática que deviene energía psíquica —en principio sexual— es efecto de la intervención de un conmutador no existente en el organismo como tal, sino en el encuentro con el objeto sexual ofrecido por el otro. El conmutador está en el movimiento que lleva a que, a la búsqueda de lo nutricio, el bebé se encuentre con el pecho —objeto sexual de inicio en la medida en que es ofrecido por el otro humano provisto de inconciente—. Es este objeto, en principio, el que inunda de una energía no calificada propiciando, en el real viviente, un traumatismo, en el sentido extenso del término, dado que efracciona algo del orden somático por las líneas de lo sexual. Sólo concibiendo a la fuente de la pulsión en el objeto —objeto sexual ofrecido por el semejante—, y a la meta, en el placer de órgano, es posible intercalar la zona erógena como esa zona de apertura por la cual la cantidad exterior, estímulo, logra conmutarse en excitación, en cantidad endógena.

Siguiendo a Laplanche diremos que es del lado de la seducción originaria donde hay que buscar el origen de la pulsión, teniendo en cuenta que esta seducción implica que el niño sea sometido a una intrusión representacional y económica, que da origen al objeto-fuente, a partir de que la madre propone mensajes descualificados, con «un sentido a sí mismo ignorado» en razón de que se sustraen a su propio yo, en razón de que son efecto de su propio inconciente —inconciente cuyas inscripciones pulsantes la madre misma desconoce.

Nos detendremos en este punto: surgimiento y destino del autoerotismo —destino de pulsión, destino del aparato psíquico—, para analizar algunos párrafos que, en su texto «La pulsión y su objeto-fuente», destina Jean Laplanche al respecto.

«Al pasar, y sin detenerme en ello, aprovecho la oportunidad para decir unas palabras de la teoría del “apuntalamiento”. Teoría puesta en primer plano, dejada de lado, retomada, por Freud, luego por nosotros. Esta teoría del apuntalamiento afirma el surgimiento de la pulsión sexual en apoyo sobre (*in Anlehnung an*) la función de autoconservación. Este apoyo se traduce por el hecho de que ellas nacen en un mismo lugar, sobre la misma fuente, en una misma actividad, luego que el objeto y la meta se ponen a diverger en un movimiento de clivaje progresivo; porque el objeto, ustedes lo saben, sufre una derivación de tipo metonímico, por contigüidad: el pecho por la leche; y la meta diverge de manera metafórica por relación a la meta de la alimentación, es decir, se modela en analogía con la incorporación. “Apuntalamiento” ha devenido un término muy bastardeado actualmente. Se lo ha convertido en el apoyo del espíritu sobre el cuerpo, se ha hablado de contra-apuntalamiento, etc. Pero incluso tomado en su mejor sentido (en su sentido freudiano), no es sino el extremo emergente de una concepción fisiológica de la pulsión sexual, que debe ser reinvertida y virada. Es inconcebible que la sexualidad emerja biológicamente de la auto-conservación, aun cuando sólo fuera por *décalage* [desajamamiento] de la meta y del objeto. En el extremo, se trata del *ne plus ultra* de la robinsonada; entiéndase por ello la tentativa de reconstruir el mundo cultural a partir de recursos endógenos del bebé solo, Robinson. Mi fórmula será en-

tonces: *la única verdad del apuntalamiento es la seducción originaria*. Es porque los gestos auto-conservativos del adulto son portadores de mensajes sexuales inconcientes para él mismo, e indomeñables para el niño, que producen, sobre los lugares llamados erógenos, el movimiento de clivaje y de deriva que desemboca eventualmente en la actividad auto-erótica. Pero el vehículo obligado del auto-erotismo, lo que lo estimula y lo hace existir, es la intrusión y luego la represión de significantes enigmáticos aportados por el adulto».¹²

«La única verdad del apuntalamiento es la seducción originaria», subrayemos. Fórmula que resitúa, de manera inédita, la cuestión esbozada hace ya más de veinte años con *Vida y muerte en psicoanálisis*. Nuestras observaciones confirman, en el plano de la clínica, esta cuestión. Podríamos agregar incluso que ciertas experiencias límites, como aquellas producidas en autismos extremos o con los niños ferales, reducidos a la inmediatez de lo autoconservativo, ponen en evidencia que no es la alimentación, el objeto auto-conservativo incorporado, aquel capaz de dar surgimiento a ningún tipo de enlace por «contingencia» de ningún tipo de pulsión innatamente adquirida y a la espera de su «modelación» por el objeto.

Teoría que estamos en vías de corroborar a partir de toda nuestra investigación, y que nos obliga, por otra parte, a realizar algunas precisiones al respecto, con vistas a reubicar estos problemas —eje de una metapsicología de lo originario.

«Es necesario entonces hablar aquí de la represión originaria. Porque es de un solo movimiento que esta cliva del psiquismo un inconciente primordial que *deviene* por eso mismo un ello, y que constituye los primeros objetos-fuente, fuentes de la pulsión. Conforme a la teoría freudiana del *après-coup*, concebimos la represión originaria como en dos tiempos, al menos. El primer tiempo, pasivo, es como la implantación, la primera inscripción de los significantes enigmáticos, sin que estos sean aún reprimidos. Ellos tienen una suerte de estatuto en espera, estatuto de externo-inter-

¹² *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., págs. 238-9.

no o incluso (según otra expresión de Freud) de sexual-presexual. El segundo tiempo está ligado a una reactualización y a una reactivación de estos significantes, a partir de allí atacantes-internos, y que el niño debe intentar ligar. Es la tentativa por ligar, por simbolizar significantes peligrosos y traumatizantes lo que desemboca en lo que Freud llama la teorización del niño (las teorías sexuales infantiles), y en el fracaso parcial de esta simbolización o de esta teorización, o sea, en la represión de un resto indomeñable, incercable. Son estas representaciones de cosa, devenidas representaciones-cosa, las que toman un estatuto aislado, fuera de la comunicación y fuera de la significancia, en eso que se llama el ello.

»La pulsión no es entonces ni un ser mítico, ni una fuerza biológica, ni un concepto límite. Ella es el impacto sobre el individuo y sobre el yo de la estimulación constante ejercida, desde el interior, por las representaciones-cosa reprimidas, que podemos designar como objetos-fuente de la pulsión»,¹³ concluye Laplanche en este texto que ahora revisamos.

Propuesta que compartimos, estableciendo la salvedad de que los procesos que estamos en vías de explorar ponen de relieve que el surgimiento de la pulsión debe ser situado en un tiempo muy anterior a aquel en el cual ocurre el ataque producido por la estimulación ejercida, desde el interior, sobre el yo, por las representaciones-cosa reprimidas.

A partir del momento mismo en que hay inscripción, y aún antes de que la represión fije la pulsión al inconciente, su operancia atacante propicia movimientos compulsivos, evacuativos, necesariamente fallidos en razón de que su energía es inevacuable —dado que su carácter no es ya somático y no puede resolver sus tensiones mediante el objeto autoconservativo.

Antes de que se instituya la represión originaria, antes de que el yo cumpla sus funciones de inhibición y de ligazón, la intrusión de lo sexual deja a la cría humana librada a remanentes excitatorios cuyo destino deberá encontrar resolución a partir de conexiones y derivaciones que constituirán modos defensivos precoces.

¹³ *Ibid.*, pág. 239.

Imaginemos entonces al bebé en el momento de la lactancia: el pecho, objeto del apaciguamiento de la necesidad, irrumpe, al mismo tiempo, como objeto sexual traumático excitante, pulsante. El remanente excitatorio, producto de ese encuentro, deberá encontrar una vía de descarga por medio de un investimento colateral de representaciones (vías de facilitación conexas). El autoerotismo, succión de la mano, del chupete, cumple una función de ligazón, organizadora de esta excitación sobrante (el kleinismo tuvo al respecto una intuición verdaderamente genial al considerar la masturbación compulsiva como un síntoma relacionado con la pulsión de muerte, vale decir, desde la perspectiva que estamos trabajando, con cantidades de excitación indomeñables que deben ser evacuadas o ligadas de algún modo). El remanente excitatorio, producto de este encuentro, tenderá a la descarga o a la ligazón bajo el modo de un investimento colateral de representaciones (vías de facilitación conexas).

Una sola energía, del lado del psiquismo incipiente —por otra parte, todo el modelo del *Proyecto* cabalga sobre la idea de una sola energía que se organiza bajo formas de pasaje diferentes—, encuentra modos de ligazón a través de investimentos colaterales que la reparten.

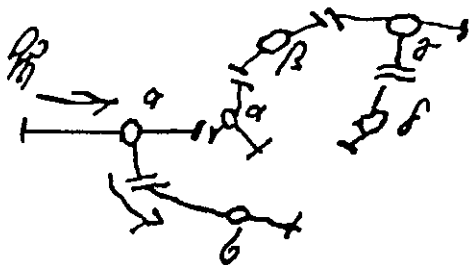
¿Cómo se propician esos investimentos colaterales? O aún más, ¿qué es lo que impediría su establecimiento? ¿Qué es lo que haría que una corriente excitatoria encontrara una forma de decurso directa, incapaz de derramarse sobre representaciones colaterales, de investir representaciones colaterales, articuladoras en estos primerísimos tiempos de la vida, y dejara al bebé sometido al traumatismo constante, al dolor reactivado del cual la fuga está impedida?

Supongamos a una madre con su aparato psíquico clivado, que conserva del lado inconciente las representaciones deseantes, potencialmente autoeróticas, capaces de transmitir una corriente libidinal que «penetra» traumáticamente al viviente haciéndose portadora de un deseo inconciente, deviniendo, entonces, soporte material de un mensaje enigmático a ser transmitido al bebé; un mensaje que lo parasita sexualmente y lo somete a un aflujo que debe encontrar vías de evacuación. Esta madre, atravesada por su inconciente —inconciente que agita a su vez a la cría—, posee al mismo tiempo las representaciones yoico-narcisistas que le hacen

ver a su bebé —del lado del preconciente— como un todo, como una *Gestalt* organizada, como un «ser humano». La libido desligada, intrusiva, que penetra, será ligada de inicio por vías colaterales, mediante el recogimiento que propicia este narcisismo estructurante de un vínculo amoroso.

«Una *investidura colateral* es entonces una *inhibición para el curso de Q_h*. Representémonos al yo como una red de neuronas investidas, bien facilitadas entre sí, de la siguiente manera [véase figura más abajo]: Una Q_h que desde fuera (φ) penetra en [la neurona] α , y que en ausencia de influjo habría ido a la neurona b , es influida de tal modo por la investidura colateral en α , α , que sólo libra hacia b un cociente, y eventualmente no llega nada a b . Por tanto, si existe un yo, por fuerza *inhibirá* procesos psíquicos primarios». ¹⁴

En el momento del amamantamiento la madre, *provista de un yo, capaz de investir narcisísticamente al bebé y no sólo de propiciar la introducción de cantidades sexuales puntuales, no ligadas, acariciará las manitas, sostendrá la cabeza con delicadeza, acomodará las piernas del cachorro, generando a partir de esto vías colaterales de ligazón de la Q_h que ingresa. El modelo que Freud ofrece para estos investimentos colaterales es del siguiente orden:*



Será la representación totalizante que adquiere el bebé en el interior de los sistemas del narcisismo yoico materno lo que permitirá que la pulsión, intrusiva, atacante, encuentre de inicio formas de ligazón por vías colaterales. La red

¹⁴ *Proyecto de psicología*, en AE, vol. I, 1982, págs. 368-9. Apartado «Introducción del “yo”».

que a partir de ello se sostenga posibilitará, del lado del incipiente sujeto, siguiendo a Freud, un sistema de ligazones que, en ψ , permita luego la constitución del yo. Sistema de ligazones que posteriormente, cuando se instale la represión originaria, ofrecerá el entramado de base, las ligazones que posibiliten que la represión no quede puntualmente operando como contrainvestimento del inconciente, sino sostenida por un conjunto de representaciones mediadoras. Una metapsicología de formaciones psicopatológicas que forman parte hoy de nuestra clínica cotidiana: pseudo *self* winnicottiano, trastornos narcisistas de Kohut, puede ser repensada desde la óptica que estamos proponiendo.

Defensas precoces se constituyen en esta etapa. «Atracción de deseo primaria»: tendencia a la reanimación de la huella de la vivencia de satisfacción, modelo del deseo tal como se despliega también en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*; y «defensa primaria»: tendencia a un apartamiento de la huella mnémica hostil, que Freud denomina, de modo extenso, «represión», *Verdrängung*. No hay, sin embargo, tónica en la cual establecer los procesos clásicos de la represión: no hay sistemas en pugna ni contrainvestimientos capaces de fijar en su lugar la huella mnémica del objeto hostil. En esta etapa, defensa y represión quedan equiparadas, separándose luego más nitidamente en otros momentos de la obra.

Defensas precoces que parecen otorgar, por el contrario, el fundamento metapsicológico a muchos de los desarrollos posteriores de Klein: investimento de la huella deseante como modo de «fugar» de la huella dolorosa, sin que ello implique, necesariamente, diferenciación sistémica, sino modos de *disociación* capaces de ser ejercidos en el interior del mismo sistema. ¹⁵ Modos de funcionamiento, en nuestra opinión, anteriores a la represión originaria, pero cuya persistencia coexiste en ciertos procesos patológicos con mecanismos neuróticos efecto de la represión.

Y Freud concluye:

¹⁵ Volveremos sobre este concepto kleiniano de «disociación». Sólo puntualicemos, por el momento, que consideramos que esta idea de un objeto que se disocia implica una unificación previa, la cual es impensable salvo desde el punto de vista biológico y a nivel del viviente, no del incipiente sujeto psíquico que está siempre «atomizado» por la sexualización precoz.

«con el supuesto de la "atracción de deseo" y de la inclinación a reprimir [a la defensa], hemos tocado ya un estado de ψ no elucidado; en efecto, estos dos procesos indican que en ψ se ha formado una organización cuya presencia perturba decursos que la primera vez se consumaron de manera definida. Esta organización se llama "yo", y se la puede figurar fácilmente si se reflexiona en que la recepción, repetida con regularidad, de $Q\eta$ endógenas en neuronas definidas, y el efecto facilitador que de ahí parte, darán por resultado un grupo de neuronas que está constantemente investido, y por tanto corresponde al portador del reservorio requerido por la función secundaria. Cabe entonces definir al yo como la totalidad de las respectivas investiduras ψ , en que un componente permanente se separa de uno variable» [...] «Una investidura colateral es entonces una inhibición para el decurso de $Q\eta$ [...] Por tanto, si existe un yo, por fuerza inhibirá procesos psíquicos primarios».¹⁶

Tenemos aquí la función inhibidora del investimento colateral, con la indicación de que este es condición de la ligazón. Ello constituye el prerequisite sobre el cual el yo se asentará, cuando la identificación primaria lo «molde» en tanto instancia otorgándole una forma capaz de cercar la estagnación libidinal en vías de articularse.

Del narcisismo materno a los modos de constitución del yo en el niño

Me detendré brevemente para encarar esta cuestión desde un ángulo que hace a nuestra preocupación por recomponer ciertos nexos teóricos en la ampliación de perspectivas clínicas. Hace casi veinte años, cuando realizaba mis primeras lecturas de la obra de Lacan, me formulé una pregunta que, pienso, recién hoy puede encontrar vías de resolución.

Leyendo y releendo los textos acerca de la formación del yo, tanto en los seminarios sobre *Los escritos técnicos de*

¹⁶ Proyecto de psicología, en AE, vol. I, 1982, pág. 368. Apartado «Introducción del "yo"».

Freud como en *El estadio del espejo...*, y acordando con la propuesta acerca de que una matriz simbólica precipita de la insuficiencia a la anticipación a partir del agente narcisizante que constituye la madre, me preguntaba sobre qué vías de pasaje, a partir de qué modos de transmisión material, se vehiculizaba entre la madre y el niño esta función pregnante que la mirada establece en la constitución del yo.

Posiblemente, me faltaban nexos teóricos para su resolución, ya que mi pregunta no era una pregunta estructuralista: hacía a los modos en que se establece la génesis de la estructura, y a las vías de pasaje entre condiciones de partida estructurales y condiciones de constitución y aparición de una nueva estructura de llegada. Entraban en contradicción dos vertientes formativas de mi pensamiento: por un lado, aquella que, desde una perspectiva materialista, ponía el eje en la imposibilidad de transmitir ningún tipo de mensaje que no estuviera constituido sobre un soporte material; por otra, el avance arrollador del estructuralismo formalista que dejaba sometido todo soporte material al monismo del significante, el cual se me revelaba insuficiente para la transmisión de mensajes entre la madre y el niño en los primeros tiempos de la vida.

Fue necesario un largo proceso para encontrar otra vía de resolución de la cuestión. No me explayaré aquí al respecto sino para señalar, simplemente, que era necesario romper con la homogeneización del agente materno en su función narcisizante e introducir las categorías del autoerotismo y del inconciente para encontrar una vía de resolución de aquella cuestión.

Entre una teoría de la identificación —que pone el acento en la función narcisizante del semejante en la constitución del yo— y una teoría genético-evolutiva de las instancias secundarias como contrapuesta a la anterior, se establece, en mi opinión, una *impasse*, lo cual nos indica que ello debe ser replanteado en otros términos.

Es en estas direcciones que sigo sosteniendo —apoyándome en cierta vertiente de la obra freudiana y en desarrollos posteriores del psicoanálisis francés contemporáneo— la función del narcisismo en la estructuración del yo y su derivación del semejante materno, pero, al mismo tiempo, comienzo a trabajar las premisas de su constitución a partir de los modos de inscripción y ligazón que dan el entramado

de base para que la identificación no caiga en el vacío. Dicho de otro modo, el famoso «acto único» que propicia el pasaje del autoerotismo al narcisismo, no puede ser concebido sino como momento de salto estructural cuyos prerrequisitos están ya en funcionamiento a partir de los cuidados tempranos que la madre prodiga, de las ligazones que ella propicia a partir de la disrupción misma que su sexualidad instaaura. Pero para ello, es necesario considerarla como un ser en conflicto, provisto de inconciente y agitado por mociones de deseo enfrentadas que abren la posibilidad de clivaje en la tónica del cachorro humano cuya humanización tiene a cargo.

Por esa razón retomaré algunos elementos de la propuesta de Lacan para establecer por relación a esta los elementos que considero de fundamental avance y aquellos que quedan sometidos a discusión. Sigamos por un instante su pensamiento en algunos de los párrafos con los cuales nos propone, en su *Seminario de la Etica*, una relectura del *Proyecto*: «(Freud) parte de un sistema que, por su propia inclinación, se dirige esencialmente al señuelo y el error. Este organismo parece hecho enteramente no para satisfacer la necesidad sino para alucinarla». Estamos de acuerdo en la concepción del modelo: se trata de un sistema que se dirige hacia el señuelo, hacia los indicios de percepción, hacia los *Wz* —como los llama Freud en la carta 52¹⁷—, pero no podemos coincidir, siguiendo a Freud, en que se trate de alucinar la necesidad. Lo que se alucina, como hemos visto, son los indicios de percepción, los que acompañan la experiencia de satisfacción, y es ello lo que permite que lo autoconservativo y lo sexual no entren de inicio en contraposición, sino que lo sexual pueda investir, libidinizar, lo autoconservativo, hasta su vicariancia.

Y continúa un poco más adelante: «El conflicto, aquí, es introducido en la base, en el principio mismo de un organismo que parece, después de todo, digámoslo, más bien destinado a vivir». Un organismo destinado a vivir que comienza a ser perturbado por algo que se le ofrece como señuelo, es decir, como indicios, símbolos de una sexualidad que se instala y lo toma a su cargo; y continúa: «Nadie había extrema-

do tanto la explicación del organismo en el sentido de una inadecuación radical, en la medida en que el desdoblamiento de los sistemas está hecho para ir contra la inadecuación fundamental de uno de los dos...». Se trata, para Freud, de explicarnos cómo se opera la actividad de retorno y de contención, es decir, cómo el aparato que sostiene los procesos segundos contornea los desencadenamientos de catástrofes que acarrea fatalmente un tiempo de más o de menos, el dejar librado a sí mismo al aparato del placer. ¿Y cómo se puede producir esta contención, este contorno? Pensemos, propone Lacan, en la *Bahnung*, aquello que los ingleses han traducido —nos dice— incorrectamente como *facilitation*: «Es claramente evidente que la palabra tiene un alcance estrictamente opuesto. *Bahnung* evoca la constitución de una vía de continuidad, una cadena, y pienso incluso que esto puede ser comparado con la cadena signifiante, en la medida en que Freud dice que la evolución del aparato ψ reemplaza la cantidad simple por la cantidad más la *Bahnung*, es decir, su articulación...». «El misterio no es aquí tan grande si vemos que este estado de hecho está sostenido en que la experiencia de satisfacción del sujeto está enteramente suspendida del otro... el *Nebensch*. Tendré la oportunidad de hacerles algunas citas para mostrar que es por intermedio de ese *Nebensch*, en tanto que sujeto hablante, como todo lo que se relaciona con los procesos de pensamiento puede adquirir forma en la subjetividad del sujeto».

Desglosemos con cuidado lo que Lacan nos propone. En principio, el intento de diferenciar *facilitation* de *Bahnung* sólo cobra sentido en la medida en que se intente distinguir una energía que corre en forma directa de una que lo haga en forma articulada, y Lacan se inclinaría, de inicio, por descartar la posibilidad de una energía que se instituya en forma no articulada, no equivalenciable a la cadena signifiante. Para ello, el semejante, el *Nebensch*, será definido como sujeto hablante —y sujeto hablante no quiere decir capaz de emitir palabras, sino de establecer un discurso articulado por el doble eje de la lengua—. Y esto es indudablemente válido cuando nos encontramos, de inicio, con que la sexualización precoz se instaaura a partir de los cuidados de una madre con los dos sistemas psíquicos constituidos. Pero aun en un caso tal, aun cuando la madre poseyera am-

¹⁷ Es la carta 112 en la nueva numeración establecida para la edición de la correspondencia completa editada por Jeffrey Moussaieff Masson.

bos sistemas y pudiera ser considerada en tanto sujeto hablante (es decir, provista no sólo de la capacidad del lenguaje sino de lo que Freud ha considerado como sistema segundo, proceso secundario en el cual las representaciones se organizan bajo el modo de la representación-palabra), ello sería condición necesaria para que desde el comienzo la pulsión se instituyera en una red de ligazones que diera su carácter de sostén al futuro sistema secundario del niño, pero de modo no homotético, es decir, sin que ello implique que la articulación en la cual la pulsión se instituye de inicio como ligándose a través de vías de facilitación, de *Bahnung*, sea lenguajera. La articulación a partir del lenguaje del otro sólo será condición suficiente del lenguaje cuando la represión diferencie los sistemas psíquicos.

Puntualizando: para que la cadena de facilitaciones pueda frenar sus modos de evacuación compulsivos e instaurar vías colaterales que propicien un entramado ligador desde los orígenes, es necesario no sólo que el semejante sea un sujeto hablante, sino que se aproxime al cachorro humano con representaciones totalizantes, narcisistas. Estos sistemas de representación yoico-narcisistas tienen, por supuesto, como prerrequisito la instalación del proceso secundario, es decir, del lenguaje en el preconciente del *Nebenmensch*, pero ello, siendo condición necesaria, no es suficiente. Para que estos sistemas representacionales del auxiliar materno operen generando condiciones de ligazón en el niño deben estar en funcionamiento pleno en el momento de la crianza. Fallas ocasionales: traumatismos severos del lado de la madre, o depresiones como las que describe Frances Tustin, determinadas por circunstancias históricas, pueden impedir su operancia y dejar al cachorro humano librado a facilidades no articuladas que lo sometan a un dolor constante con tendencia a una compulsión evacuativa que responda a un *más acá del principio de placer*.

Para poder sostener esta propuesta es necesario, entonces, por nuestra parte, diferenciar el inconciente materno del narcisismo materno, y replantear que el origen de la sexualidad humana no se instaura a partir de la articulación significativa, de lenguaje, instalada en el psiquismo materno, sino precisamente del lado de lo inconciente, de las representaciones-cosa que circulan bajo los modos del proceso primario y de los investimentos masivos del autoerotismo

reprimido. Por el contrario, los prerrequisitos de ligazón de esta energía sexual originaria se encuentran en el funcionamiento del narcisismo materno, concebido este en su diferenciación del autoerotismo, no como «anobjetal» sino objetalizándose en una comunicación *trasvasante* capaz de hacer ingresar al bebé en el horizonte saturante de la castración.

Dos conclusiones pueden ser extraídas: en primer lugar, que el yo no se constituye en el vacío, sino sobre la base de las ligazones previas entre sistemas de representaciones preexistentes; y que estas ligazones consisten, de inicio, en investiduras colaterales (al modo como lo describimos con el conjunto de maniobras amorosas que acompañan a los cuidados primarios con los cuales la madre efracciona en el real viviente las zonas erógenas primarias, oral y anal). En segundo lugar, que en los comienzos de la vida este yo que produce inhibiciones y propicia ligazones del decurso excitatorio no está en el incipiente sujeto sino en el semejante humano, y sólo desde esta perspectiva es que se puede hablar, retomando una expresión que ha caído bastante en descrédito en los últimos años —y con justeza—, de un «yo auxiliar materno», el cual no provee sólo los recursos para la vida sino que inscribe, de inicio, estos recursos en su potencialidad de «pulsión de vida», es decir, de ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la descarga.

La «fijación», efecto de un sobreinvertimiento que no logra canales de derivación

Volvamos ahora a la preocupación que nos guía, la de destacar las fallas de esta instalación a partir de los prerrequisitos estructurantes desde la función materna, e intentemos imaginar a una madre en la cual fallan las constelaciones narcisísticas en los tiempos de ejercer los cuidados primordiales con su bebé. Ello puede ser efecto de una falla estructural —el hecho de que haya en esta madre un fracaso del narcisismo, de la instancia yoica, lo cual impide definitivamente que pueda ejercer la función de «objeto materno narcisizante»— o de una falla circunstancial —como

ya hemos señalado más arriba, una depresión que retira, temporariamente, libido narcisista del objeto.

Podemos suponer, como hemos demostrado teóricamente —y la observación clínica nos avala—, que esta madre realiza, de todos modos, las funciones sexualizantes primarias que permiten la instalación de la pulsión. Ello quiere decir que, del lado de lo sexual no ligado, de la intrusión erótica deseante, del lado de lo que, siguiendo a Jean Laplanche, denominamos «seducción originaria», se propician los investimentos que permiten la constitución de una zona excitante; zona erótica apuntalada en un objeto sexual *pero que no es*, sin embargo, y al mismo tiempo, objeto de amor. Las condiciones de una *pulsión originaria* que dé origen a las mociones libidinales está ya en marcha.

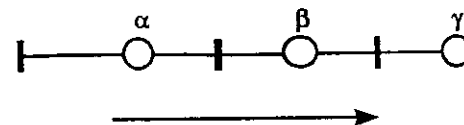
Su mirada, sea centrada «autoeróticamente» en la relación entre la boca y el pezón, sea ausente, no verá el resto del cuerpo del bebé, no verá la totalidad sobre la cual se instalará la representación que tome a su cargo, *a posteriori*, el yo como trasposición totalizante de la superficie corporal. Los bracitos se interpondrán en forma obstaculizante, las piernas colgarán para cualquier lado, la cabeza no encajará en el hueco del brazo. No habrá caricias ni sostén de la mano materna que permita la constitución de «investimientos colaterales». La energía desencadenada, traumáticamente desencadenada, no encontrará vías dentro del principio de placer para derivarse. Estaremos en un *más acá* del principio de placer, derivación lineal de las cantidades que ingresan, al modo de una irrupción displaciente masiva sin posibilidad de regulación.

A partir de ello, el bebé se prenderá con desesperación al pecho, adherido a un objeto que no logrará propiciar la disminución de tensión endógena y del cual la paradoja excitación-apaciguamiento devendrá un circuito enloquecido en la medida en que no puede clivarse para cumplir la función de distensión. Del lado de la madre, ante el displacer del bebé, cualificado como «hambre», se organizará un circuito de alimentación-frustración con la sensación constante de un fracaso del entendimiento materno acerca de las necesidades del incipiente sujeto.

La voracidad será entonces un efecto, no un a priori —como ciertos desarrollos pos-freudianos parecerían propiciar—, y esta voracidad es la que veremos reaparecer, luego,

como «punto de fijación», es decir, como exceso de investimento que insiste, de modo no ligado, en las patologías más severas no sólo de la infancia sino de la edad adulta.

El modelo, por relación al que hemos retomado en líneas anteriores del *Proyecto de psicología*, tendrá las siguientes características:



Y ante cada embate de displacer, tenderá a reproducirse el «más acá del principio de placer» en una compulsión de repetición traumática que no logra encontrar vías de ligazón y retorna a un circuito siempre idéntico dado que es inevacuable, porque no es efecto de una tensión vital que se resolviera a través de una cantidad de alimento que permitiera su disminución a cero, sino de una excitación indomeñable.¹⁸

Hemos señalado en párrafos anteriores la necesidad de diferenciar entre la represión originaria, que funda el inconsciente, y las inscripciones preexistentes sobre las cuales esta represión se ejerce. De lo que se trata, a partir de ello, es de poder concebir la inscripción de las representaciones deseantes —sexuales, pulsionales— en su instalación y en los desplazamientos económicos que las activan y que propician su investimento.

Nos mantenemos, a partir de ello, dentro de uno de los ejes del dualismo freudiano que atraviesa toda la obra: el que diferencia entre representación y afecto (o, en el caso del *Proyecto*, entre $Q\eta$ y neurona). Y hemos expuesto ya nuestra preocupación por dar cuenta del origen de esta $Q\eta$ endógena, que, conceptualizada como afecto, se inscribe siempre del lado del displacer, salvo a partir de su ligazón.

¹⁸ Fue Lacan quien puso, de inicio, el acento en esta cuestión, definiéndolo del siguiente modo: «La constancia del empuje (del *Drang*) veda toda asimilación de la pulsión a una función biológica, la cual siempre tiene un ritmo», *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona: Barral, 1977, pág. 171.

Del lado de la madre, un doble conmutador

¿A qué fines teórico-clínicos sirve la conservación de un tiempo de la vida anterior a la instauración de lo sexual? ¿De qué sirve la conservación de un primer tiempo de lo sexual —que no es el primer tiempo de la vida—, que denominamos, siguiendo a Freud, tiempo del autoerotismo, diferenciado del narcisismo como tiempo segundo?

En el neurótico adulto, indudablemente, se trata sólo de postulados teóricos ordenadores. Pero, cuando abordamos los primerísimos tiempos de la constitución psíquica, estos tiempos, concebidos como tales, como no míticos, sino como «efectivos», abren la posibilidad de proseguir las vicisitudes de la instalación de un aparato psíquico y de abordar tanto sus movimientos como las fallas de su estructuración.

Este trastorno precoz del sueño en cuya exploración nos embarcamos tiene como objetivo no sólo marcar que, desde el punto de vista de lo que se ha dado en llamar la estrategia clínica, no puede subordinarse toda diferenciación a la que se estableciera antiguamente entre psicoanálisis y psicoterapia, sino que hay que afinar los órdenes de paradigmas que nos permitan operar desde una perspectiva psicoanalítica cuando el inconciente aún no se ha constituido, saliendo de las alternativas fáciles en las cuales el psicoanálisis de niños ha sido encasillado.

Y bien, acá estamos, ante un bebé en el cual lo pulsional, excitante, atacante, se constituye desde los primerísimos sistemas de representaciones que se inscriben a partir de los cuidados maternos, sin que por ello subsumamos en el concepto de inconciente —reprimido— las inscripciones originales que serán su base y estarán en su origen siempre y cuando la represión opere. De no ser así, de no constituirse la represión, ¿qué podemos prever de la evolución psíquica? Y aún más, ¿es posible prever un fracaso de esta instalación de la represión que ordene y estructure los sistemas psíquicos?

La determinación exógena en la fundación de la tópica tiene, indudablemente, su punto de lanzamiento a partir de la teoría de la castración y la inclusión del hijo en tanto significativo fálico que anuda su destino a la sexualidad materna. Sin embargo, este desarrollo, cuyo valor ordenador es

decisivo para quienes nos emplazamos hoy en una búsqueda de lo originario, deja abierta la cuestión de la fundación del inconciente infantil en la medida en que la reducción de la fórmula «El inconciente es el discurso del otro» inaugura una discusión acerca, por un lado, de la singularidad de este inconciente, y, por otro, de los movimientos fundacionales que lo determinan.

Diré someramente, ya que ello no es objeto de desarrollo de este texto, que la concepción estructuralista propone una perspectiva en la cual la madre aparece fundamentalmente del lado de una unificación narcisista (castrada pero unificada al fin, ya que la falta no es concebible sin el todo); del mismo modo ocurre con respecto al niño (desatrapamiento de un deseo que aparece, en principio, como deseo de reconocimiento, atrapamiento amoroso que se ha deslizado, en última instancia, de un lado exterior al psiquismo en cuestión, con lo cual desaparece toda posibilidad de lectura psicoanalítica, y, por tanto, de analizabilidad).

La cuestión se plantea entonces del lado de la recuperación del concepto de clivaje psíquico, y por ende de conflicto, tanto del lado de la madre como del niño. Este clivaje es el que proporciona, en última instancia, la apertura hacia una perspectiva en la cual los movimientos fundacionales del psiquismo de los orígenes puedan ser retrabajados en aras de abrir nuevas vías de comprensión. Para ello, es necesario retomar entonces el concepto de *fundación exógena de la tópica*, reinscribiendo en ello la *fundación exógena del inconciente* en el marco de una relectura de la teoría de la pulsión desgajada ya de lo biológico.

Del «más acá» al principio de placer

Hemos afirmado que el hecho de que haya una energía somática que deviene energía psíquica —en principio sexual— es efecto de la intervención de un conmutador no existente en el organismo mismo, sino en el encuentro con el objeto sexual ofrecido por el otro. El conmutador está en el movimiento que lleva a que a la búsqueda de lo nutricional el bebé se encuentre con el pecho. Es este objeto, en principio, el que inunda de una energía no cualificada propiciando, en

el real viviente, un traumatismo, en el sentido extenso del término, dado que efracciona algo del orden somático por las líneas de lo sexual. Sólo concibiendo a la fuente de la pulsión en el objeto, y a la meta, en el placer del órgano, es posible intercalar la zona erógena como esa zona de apertura por la cual la cantidad exterior —estímulo— logra conmutarse en excitación, en cantidad endógena.

Hemos propuesto anteriormente partir de la teoría de la seducción generalizada¹⁹ desarrollada por Jean Laplanche para reubicar esta cuestión del surgimiento de la pulsión. De ella retomaremos tres ejes esenciales: disparidad esencial del adulto y el niño: pasividad de origen del niño por relación a lo activo sexual del adulto; anclaje pulsional de esta disparidad: adulto sexuado, provisto de representaciones deseantes inconcientes, parasitando al cachorro tanto con sus representaciones como con el soporte económico (libidinal) por medio del cual ellas se transmiten; destino auto-traumático de esta seducción—instalación de un externo-interno destinado al *après-coup* y cuya activación se independizará del objeto originario cortando los nexos con el exterior y produciendo un efecto de formación endógena. Operando, entonces, desde el interior a partir de su instalación; definiendo las premisas de esta instalación desde el exterior, es decir, desde lo exógeno.

La introducción de un *más acá del principio de placer* sólo es posible si nos rehusamos a concebir al segundo dualismo pulsional freudiano en el marco de la mitología biológica que lo impregna; si reubicamos la cuestión de la pulsión de muerte en sus aspectos desligadores y no «de retorno a lo inorgánico» en el marco de una cosmología que reduce el ser psíquico a un ser de naturaleza. No nos detendremos acá exhaustivamente en la cuestión de la pulsión de muerte, sino para señalar someramente que pensamos que ella debe ser inscrita, siguiendo a Laplanche, en tanto «pulsión sexual de muerte», en un eje que contrapone los elementos de ligazón del psiquismo a aquellos que operan como desligazón: «Las pulsiones sexuales de vida funcionan según el principio de la energía ligada (principio de constancia); su meta es la síntesis, la conservación o la constitución de unidades o enlaces; ellas son conformes al yo; su objeto-fuente

¹⁹ *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1989.

es un objeto "total", regulador. Las pulsiones sexuales de muerte funcionan según el principio de energía libre (principio del cero); su meta es la descarga pulsional total, al precio de la aniquilación del objeto; aquellas son hostiles al yo, y tienden a desestabilizarlo; su objeto-fuente es un aspecto clivado, unilateral, un indicio de objeto». Y agrega: «Esta oposición sólo se concibe, sin embargo, sobre la base de una energía libidinal común. Ello implica que entre el proceso primario y libre y el proceso secundario y ligado existen formas intermedias y pasajes posibles».

Nuestra introducción de un «más acá del principio de placer» tiende, pensamos, a cercar estas formas intermedias y sus pasajes; a su vez, ello nos conduce a plantear que el hecho de que las pulsiones sexuales de muerte funcionen con una *tendencia a la descarga total* no implica que lo logren, dado que la pulsión —su objeto fuente representacional y energético, como Laplanche mismo nos ha propuesto pensarlo— es inevacuable, y hoy podemos señalar que lo es tanto por definición como por la prueba de la clínica a la cual lo estamos sometiendo. No es entonces el principio del cero el que está en juego, sino algo que da cuenta de que aquello imposibilitado de ligarse, también lo está de descargarse, y esto se constituye como modalidad general del funcionamiento psíquico: fijación de los modos de descarga que llevan a una compulsión a la repetición traumática; a ello queda sometido el aparato incipiente.

Recuperar el concepto de economía libidinal permite, por otra parte, replantear, en una teoría de la constitución del aparato psíquico infantil, la materialidad sobre la cual se transmiten estos mensajes capaces de inscribir, pulsando, algo del orden del objeto que deviene fuente de la pulsión —habida cuenta de la imposibilidad de transmitir ningún tipo de mensaje que no se sostenga en algún tipo de soporte material—. Y este soporte material, desde el punto de vista de los mensajes descualificados que envía la madre al niño en los orígenes de la vida, es del orden libidinal. Si aceptamos la hipótesis de que al niño le son propuestos mensajes cuya significación no es posible recuperar ya que escapan al emisor mismo —en la medida en que son efectos del inconciente—, y cuyo soporte material es del orden de la economía sexual, es decir, energético, es indudable que la única vía posible para ligar aquello descualificado que recibe no

radica, entonces, en encontrar el sentido a partir del semejante, sino en encontrar las vías de ligazón de lo traumático que insiste. Estas vías de ligazón, una vez constituido el lenguaje, instaurada la represión originaria y abiertas las relaciones de conflicto entre el preconciente y el inconciente, devendrán modos de significar, es decir, de teorizar y «auto-teorizar», otorgando sentido a lo que, proviniendo del exterior, ha devenido un interno-externo excitante.

Pero, y es este el tema que nos ocupa, no siempre se abren ante el sujeto las condiciones para esta ligazón que deviene luego significación, es decir, teorización. Si seguimos a Freud en *Más allá del principio de placer*, veremos que lo que cobra insistencia, lo que está destinado a la compulsión de repetición, es lo que no logra ligarse, es decir, lo que no obtiene órdenes de significación estructurantes; aquello que insiste bajo el modo de pulsión de muerte.

Afirmé, al comienzo de este texto, que de lo que se trata en el cachorro humano es de un *más acá del principio de placer*, en el cual la compulsión de repetición intenta una evacuación de la energía a cero, ya que los sistemas de ligazón no se han aún constituido, y las premisas de las cuales depende esta constitución es aquello que intentamos explorar.

Dijimos anteriormente que la relación de la pulsión de muerte con el principio de inercia, como tendencia a la descarga a cero, es eso, una *tendencia*, ya que la pulsión es lo inevacuable por definición.²⁰ ¿Qué ocurre, por otra parte, del lado del yo una vez que este se ha constituido?

«La paradoja del término “principio de Nirvana” se atiene sin duda al hecho de que él puede designar estos dos aspectos difícilmente reductibles a la unidad: la rabia frenética, esquizo-paranoide de la pulsión de muerte que ataca al yo, y la abolición imaginaria del deseo en la ataraxia, verdadera mimesis de la muerte, pero conforme al principio de constancia».²¹

²⁰ Recordemos: «La constancia del empuje (del *Drang*) veda toda asimilación de la pulsión a una función biológica, la cual siempre tiene un ritmo», afirma Lacan en *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 171.

²¹ Jean Laplanche, «La pulsión de mort dans la théorie de la pulsión sexuelle», en *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., pág. 285. [«La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual», en *La pulsión de muerte*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1989, pág. 33.]

Del lado del yo, entonces, el Nirvana como búsqueda de la homeostasis; del lado de la pulsión, la imposibilidad de la descarga a cero mediante la compulsión de la repetición —sea más allá o más acá del principio de placer.

En los orígenes del psiquismo, dos movimientos: aquel que funda la pulsión bajo el modo de la pulsión de muerte, objeto-fuente excitante que debe encontrar canales de derivación, de ligazón, y el propiciamiento de estas ligazones, aún antes de la instalación del yo del incipiente sujeto psíquico, aún antes, por ende, de la *represión originaria*, creando los prerequisites de su instalación.

Un primer conmutador, del lado de la madre —pero del lado de su inconciente, a partir de los cuidados sexualizantes de que hace objeto al cachorro humano—, que hace devenir la energía somática en energía sexual, y un segundo conmutador, también del lado de la madre, pero en este caso de su estructuración yoico-narcisista, que inaugura la posibilidad de de la constitución de un sexual-desexualizado, a través de la transcripción, trasferenciada, de lo pulsional inscrito en el inconciente mediante la regulación de sus pasajes al preconciente-conciente. ¿De qué orden sería el origen de este conmutador que se constituye en las fronteras de los sistemas psíquicos, que abre las posibilidades de modos diversos de circulación y ligazón de la energía psíquica —siempre sexual— de origen?

Si volvemos a la imagen propuesta de una madre clivada en dos sistemas psíquicos, uno de ellos bajo el modo de funcionamiento del proceso primario, con cargas que circulan libremente, sin temporalidad ni negación, sin lógica de la contradicción, en el cual se inscribe de modo imperecedero el deseo infantil —concebido este deseo en los marcos de la sexualidad autoerótica inscrita y fijada por la represión originaria, es decir, nunca transcrita en palabras—, y otro sistema regido por el narcisismo, bajo el modo de las constelaciones yoicas que se definen como sistemas de representaciones ligadas bajo el modo de circulación del proceso secundario, es indudable que la madre opera, en sus maniobras primeras, desde la intersección de ambos sistemas a la vez.

Es a partir de esta posibilidad de intersección, o de enfrenamiento de cantidades, como el yo opera sobre el proceso primario materno, que lo que se inscribe de inicio en la cría humana como pulsión destinada a atacar —una vez esta-

blecida la represión originaria— al yo y devenir entonces pulsión sexual de muerte, logra canales de ligazón y derivación por vías colaterales y encuentra un modo de organización que constituye el soporte de la pulsión de vida.

He intentado, en las páginas anteriores, dar cuenta de ese momento de la vida en el cual puede constituirse el principio de placer, como forma de regulación del incremento y disminución de excitaciones al servicio de una cierta constancia. Siguiendo a Freud, podemos señalar que placer-displacer son modos de cualificación de los incrementos y disminución de investimentos en el interior del aparato psíquico, y que, precisamente, todo el movimiento de estructuración psíquica se define en el orden, no sólo de esta cualificación, sino del procesamiento *simbolizante* de las cantidades que circulan por los sistemas de representaciones inscritos.

Ello implica, necesariamente, tener en cuenta que los destinos de pulsión son, en definitiva, formas de derivación de lo sexual a partir de los diques que se oponen a los modos de circulación irrefrenable de los investimentos en los primeros tiempos de la vida. Los destinos de pulsión son, entonces, destinos de las estructuraciones sucesivas por las cuales el aparato psíquico va pasando hasta llegar a su constitución tópica definitiva —aun cuando conocemos la precariedad de este «definitivo» al cual adscribimos, siguiendo a Freud, como estructuración posible: la que define tanto en la primera como en la segunda tópica.

Es a partir, entonces, de no considerar al inconciente como existente desde los orígenes, sino fundado por represión, que se nos plantea la cuestión de recuperar los movimientos fundantes de uno y otro —de las inscripciones primeras que dan origen al inconciente, y de su fijación definitiva al inconciente definido como sistema por la represión.

Y hemos hecho, en tal sentido, un esfuerzo por diferenciar el principio de placer, que rige las relaciones de pasaje de investimentos cuando los sistemas psíquicos funcionan a pleno, de ese «más acá del principio de placer» que obliga a movimientos de ligazón que permitan su instalación. Una breve referencia a la diferencia que podríamos establecer entre principio de constancia y principio de placer (apelo una vez más a la paciencia del lector para internarnos en un

párrafo un tanto complejo del *Proyecto* pero cuyas conclusiones clínicas me parecen fundamentales):

«...Siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia. Entonces, *displacer* se coordinaría con una elevación del nivel de $Q\eta$ o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación ω frente a un acrecentamiento de $Q\eta$ en ψ . Placer sería la *sensación* de descarga [subrayamos sensación porque alude a cualidad, al hecho de que no estamos ya ante un funcionamiento automático, sino al cual el sujeto percibe con una determinada cualidad sensorial]. Puesto que el sistema ω debe ser llenado por ψ , resultaría el supuesto de que con un nivel ψ más elevado aumentaría la investidura en ω , y en cambio un nivel decreciente la disminuiría. Placer y displacer serían las *sensaciones* de la investidura propia, del nivel propio en ω , respecto de lo cual ω y ψ constituyen en cierto modo unos vasos comunicantes. De tal manera, también los procesos cuantitativos en ψ llegarían a la conciencia, de nuevo como cualidades».²²

Conservar el principio de constancia para procesos puramente cuantitativos y el principio de placer-displacer para su cualificación del lado de la conciencia, tiene, en nuestra opinión, un efecto importante en la teoría de la clínica: la posibilidad de diferenciar entre fenómenos en los cuales cantidades pasan directamente a la motricidad —sin cualidad afectiva concomitante— de aquellos que la conciencia registra a partir de que el sujeto se ha emplazado para percibir los resultados de magnitud interior que le llegan. Las hiperkinesis que se caracterizan por su deambulación no direccional —aquellas que vemos aparecer en ciertas estructuraciones psicóticas, o en los procesos posteriores a trastornos del sueño como el que estamos en vías de analizar—; hiperkinesis, por otra parte, tan frecuentemente medicadas y tratadas como de origen neurológico sin que haya sintomatología orgánica que las acompañe, ponen de relieve la imposibilidad tanto de la función inhibitoria del yo como de

²² *Proyecto de psicología*, en *AE*, vol. I, 1982, pág. 356. Apartado «La conciencia».

la conciencia para constituir una significación-cualificación afectiva de las cantidades que arriban. Que estas ligazones precoces se establezcan y den origen al principio de placer-displacer es una cuestión que hace a la metapsicología de la clínica en los trastornos precoces.

Del lado de la madre, podemos, en un nuevo giro, proponer que esta es, en nuestra opinión, la función de la «madre suficientemente buena» de Winnicott, aquella que él considera como posibilitando el pasaje del principio de placer al principio de realidad, pero ello, agreguemos, al abrir las vías mismas de instalación del principio de placer. Retomando una forma humorística que Laplanche ha acuñado, digamos que la «madre suficientemente mala» es la que da origen a la pulsión de muerte, la que es capaz de subvertir el viviente de naturaleza y efraccionarlo, mediante la seducción originaria, por las líneas de la sexualidad que se inscriben a partir de la instalación del objeto-fuente excitante de la pulsión, pero esta madre «suficientemente mala», madre del inconciente, se correlaciona con la «suficientemente buena», la que «lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades de este (del bebé) y que la disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración»... Es aquella madre que «al comienzo, ofrece al bebé la oportunidad de crearse la *ilusión* de que su pecho es parte de él», abre los caminos de la omnipotencia, y genera, al mismo tiempo, las condiciones de la ilusión-desilusión.

El *holding* winnicottiano puede ser entendido, entonces, y a partir de los desarrollos que hemos ofrecido en páginas anteriores, como aquella capacidad representacional de la madre que ofrece vías de ligazón colateral para que la facilitación que lleva a instalar la alucinación primitiva —alucinación del indicio, no de satisfacción de necesidades— no deje al niño librado a la pulsión de muerte, en esa compulsión de repetición que hemos definido como «más acá del principio de placer».

Por otra parte, esta madre que Winnicott define como capaz de generar las condiciones de ilusión-desilusión no puede ser concebida sino como inscribiéndose en un orden que la pauta y la determina, madre que atraviesa con su amor al lactante, pero que ya ha sido «atravesada por la

castración», en la medida en que es capaz de rehusarse al colmamiento ilimitado.

Es posible que el lector no deje de percibir, en el relato de las entrevistas realizadas en aras de resolver el trastorno de sueño que expuse en páginas anteriores, que de uno u otro modo la función analítica misma estuvo definida por esta perspectiva. Pero a diferencia de una madre que instaura y liga bajo los modos de su imaginario fantasmático, en la cual es su propia determinación edípica, histórica, la que fija los límites de la contención-rehusamiento, fue la membrana envolvente de mi consultorio, atravesada por una cierta perspectiva que podríamos denominar *teoría de los orígenes*, lo que definió un modo de aproximación clínico.

Parafraseando una cierta calidad discursiva, «el orden simbólico» de adscripción que determinó el tipo de intervención y me hizo a mí misma portadora de un saber que me trasciende tenía que ver con una teórica que se definía en el marco conceptual expuesto. A diferencia, también, de una madre que seduce y liga, la ausencia de contacto corporal, tanto con el bebé como con la madre, no propiciaba que nuevos traumatismos libidinales se produjeran.

Sabemos que esta última definición es insuficiente; que la palabra puede, ingresando como «representación-cosa» excitante, propiciar nuevos reinvestimientos que ataquen al yo y dejen librado al sujeto a la angustia. Aun una interpretación, o una exigencia de asunción por parte de la madre de una conducta, deviene traumatismo cuando el analista es investido de un saber que se ve trasferenciado por el sufrimiento extremo y la desesperanza.

Se trata, desde la perspectiva con la cual me enfrenté a mi tarea analítica, de no perder de vista dos premisas que están en el centro del psicoanálisis y cuya perentoriedad se olvida con demasiada frecuencia: en primer lugar, la de mantener la acogida benevolente que implica un no enjuiciamiento y, por ende, de no precipitar en la madre conductas que la subordinarán, nuevamente, a una palabra ajena que la capturará en una pasividad traumatizante. En segundo lugar, la de abrir las vías de una simbolización que, fallida hasta el momento, la precipitaba en un anudamiento patológico del cual había que propiciar un desanudamiento a partir de las asociaciones que acompañaban nuestro intercambio discursivo.

Nadie puede suponer, y no lo pretendo en absoluto, que la técnica haya sido analítica en el sentido estricto. Sin embargo, sería falso desconocer cuánto del método analítico, y de un modo de posicionarse ante el semejante, guió mi práctica en las circunstancias que describo.

«Los métodos —decía Adorno en su polémica con Popper— no dependen del ideal metodológico sino de la cosa». Y aludía a la conciencia de esa irrelevancia a la que parecen condenadas incontables investigaciones sociológicas en virtud de su obediencia al primado del método y no al del objeto, y aun tampoco sobre la relevancia de los objetos cabe emitir siempre juicios *a priori*. «Allí donde la red categorial es tan estúpida que algo de lo que yace bajo la misma queda oculto por convenciones de la opinión o de la ciencia, puede ocurrir que fenómenos excéntricos aún no acogidos por dicha red adquieran, en ocasiones, un peso insospechado. La penetración en su naturaleza arroja luz también sobre aquello que tiene vigencia como ámbito principal y que no siempre lo es. En la decisión de Freud de ocuparse de la “escoria del mundo de los fenómenos” puede que no haya dejado de jugar algún papel este motivo teórico-científico».

Es desde esta perspectiva de los fenómenos marginales en la constitución de lo originario como el psicoanálisis debe volver a poner a prueba sus paradigmas. De ello no sólo surgirán nuevas premisas para la clínica de niños, sino que nos veremos llevados a revisar algunos de los supuestos que guían nuestra práctica con adultos en el marco de un replanteo metapsicológico de la clínica.

Post scriptum

Recibí hace pocos meses, cuando ya este texto había sido redactado, el llamado de la madre de Daniel, a casi tres años de realizadas las entrevistas relatadas y a más de un año de las reflexiones teórico-clínicas que las acompañan.

Suscitaba su pedido de una nueva consulta el hecho de que, habiendo tenido una niña hacía poco más de nueve meses, sentía, nuevamente, que era «inmanejable» para ella la posibilidad de hacerse cargo, simultáneamente, de ambos niños. Esta vez no consultaba respecto a la inmanejabilidad de sus hijos, sino a la imposibilidad de regular internamen-

te ciertos sentimientos angustiosos que la embargaban. Se preguntaba si los niños estaban bien, si la evolución de Daniel era normal, necesitaba mi mirada neutral y mi opinión profesional para proseguir la crianza de modo menos inquietante.

Me preguntó por teléfono si la recordaba —curiosa, esta duda de los padres de los niños que hemos atendido, que ignoran hasta qué punto tanto ellos como sus hijos han pasado a formar parte de nuestro mundo interno—. Luego de responderle que sí, y de preguntarle algunos datos acerca de la evolución posterior de los acontecimientos —más para darle garantías de mi memoria que por otra razón—, convinimos una cita para tres días después.

La expectativa anticipaba el encuentro. ¿Cómo sería este niño, al cual había visto por última vez a los cuatro meses de vida, a quien no lograba aún representarme como hablante, pensante, constituido como ser humano, que permanecía, aún, fijado en mi recuerdo, prendido al pecho o dormido en brazos de su madre?

Vinieron los tres a la entrevista: Dani, su hermanita pequeña y la mamá. El padre lo haría posteriormente; ella sentía, de todos modos, que esto que ocurría no era patrimonio de ambos. El niño traía, en su mano, un paquetito preparado, indudablemente, para la ocasión: una bolsita cuidadosamente anudada de la cual demandó, al rato de entrar, que su madre le diera una galletita. Me pregunté si esta señora repetía, de tal modo, el ritual alimenticio al cual habían quedado fijados nuestros encuentros.

Los dos niños presentaban un aspecto tranquilo y saludable. Dani, observador y silencioso, su hermanita, vivaz, en brazos de la mamá, llevaba un chupete colgado del pecho. El motivo de angustia consistía en lo siguiente: ¿cómo tolerar, por parte de esta mujer, hija menor, favorita del padre y sometida a los celos de una madre que había escogido a su hermano como hijo privilegiado, la ambivalencia que le producía la intromisión que Dani ejercía en la relación con esta hija que venía a constituir el objeto reparador de su propio vínculo originario fallido?

El niño no parecía muy amigable respecto a su hermana. La veía en la falda de la madre con cierto recelo, sin por ello quejarse ni reclamar atención para sí mismo —salvo el pedido de apertura del paquete de galletas.

¡Ella sentía que todo había sido tan fácil con esta niña! Ninguna de las dificultades del sueño, ninguna de las ansiedades anteriores, incluso el chupete —me dijo, riendo: «¿se acuerda lo que me costó...?»— aceptado de entrada, disfrutado y reasegurando que ella podía disponer de su propio pecho, vale decir, de su propio cuerpo, sin sentir que su hija la expropiaba sino que ella lo otorgaba en el intercambio amoroso que, plácidamente, se había instalado desde el comienzo.

Noté, sin embargo, un tono quebrado, angustioso, en la voz. Ante mi pregunta al respecto contestó: «Es raro lo que me pasa... no sé cómo hacer para que ella no sufra cuando estoy con Dani». Le dije: «Sí, es extraño, ella ya nació con un hermano, es Dani el que tal vez podría sentirse mal con la presencia de la niña, viendo cómo usted le da el pecho, la cambia...». Recordamos, juntas, aquella situación planteada de inicio respecto de su propio hermano. La asustaban los celos del niño, temía que dañara a la pequeña. Intervine entonces, aludiendo directamente a Dani que presenciaba el diálogo sentadito, mirándonos y escuchando atentamente: «Dani tiene derecho a estar un poco enojado, qué es esto, que de repente, llegue esta niña a sentarse en su falda, a apoderarse del pecho, a hacerse pipí sin que nadie la rete...». Dani se levantó entonces y, acercándose a la hermanita, le dio un beso en la mano —ante la sorpresa y la alegría de la madre, que lo gratificó ampliamente con expresiones entusiastas.

Le dije entonces: «Vos necesitás que mamá se quede tranquila, que sepa que querés a Camila, y que tu enojo no podría hacerles daño a ninguna de las dos». La madre respondió, pensativa: «¿Usted se acuerda...? Siempre me ha costado entender que uno pueda querer y odiar al mismo tiempo... Esa es la historia con mis padres, no puedo soportar que pase entre ellos —señalando a sus hijos—, es un problema mío...».

Me contó cómo, cuando por las tardes volvía del Hospital, en el cual había retomado sus actividades, sentía que tenía que dedicarse a la niña, y que en ese momento Dani la reclamaba, le pedía que jugara con él, siempre quería mostrarle o contarle algo. La llegada del marido complicaba las cosas; ¿cómo hacer para repartirse, cómo lograr que nadie se sintiera dejado de lado, que nadie se enojara?

Había establecido una alianza con esta hija, réplica de sí misma en su posicionamiento infantil, realizando la fantasía de amor absoluto rehusado por su madre. El real externo reproduciendo su historia edípica originaria: un hijo varón, mayor, una niña, luego, a la cual resarcir de todos sus sufrimientos infantiles.

La situación no era preocupante, de todos modos, como para generar más angustia de aquella que la consulta estaba en vías de resolver.²³ Los niños trascurrían su evolución estableciendo su propia historia. Dani, inteligente, organizado, poseedor de un buen desarrollo motor y del lenguaje, dando cuenta de que aquellas preocupaciones iniciales que motivaron la primera consulta habían sido saldadas, y que estaba libre de las consecuencias de un crecimiento perturbado por la matriz de origen. Camila, dando grititos de placer cada vez que su hermano se acercaba, le hacía una gracia, la mimaba (a partir de la ruptura inicial del hielo, cuando Dani besó su manita, había podido expresar ampliamente sus afectos tanto positivos como negativos hacia la niña).

La madre necesitaba mi palabra, autorizada, oracular, de que aquellos aspectos neuróticos de sí misma que la angustiaban no eran irreparables en la vida de sus hijos (pedido, por otra parte, frecuente en las consultas con niños: «¿es irreversible esto que he hecho? ¿Hay todavía forma de reparar, mediante el análisis? ¿No está gravemente dañado

²³ Los analistas de niños deberíamos tener siempre presente la propuesta de Bion, para «hacer carne» una actitud que plantea la generación del pensamiento, vale decir, la ampliación de la capacidad de simbolización, por medio de una función de *reverie* que permita la transformación de los elementos beta en elementos alfa, capaces de ligar la desligazón y disminuir los ataques de la pulsión de muerte. La cara solemne, incluso punitiva, con la cual se recibe a veces la angustia de los padres, devuelve —en espejo, y en razón de la posición trasfereencial ocupada, incrementados— los aspectos punitivos de un yo ideal sometido a las capturas más brutales del narcisismo en juego.

Confundir la abstinencia analítica, que se ejerce en el marco de la acogida benevolente —feliz expresión con la cual Jean Laplanche ha denominado a la actitud de rehusamiento del analista al saber sobre el otro y a todo enjuiciamiento moral del orden que sea, aun pedagógico—, con la impasibilidad y el silencio acusatorio, sólo conducen a una apropiación del otro mediante el ejercicio de un poder que bien podríamos resumir —parfraseando a Marcuse— como «poder sobrante».

mi niño, niña, por cosas que hice cuando no me daba cuenta de qué era lo que me pasaba?».

¿Era este un pedido aplacatorio, destinado a apaciguar «sus malos objetos internos», su «envidia proyectiva» localizada en el hijo? ¿Eran mis intervenciones continentes u obturantes de sus deseos hostiles inconcientes?

La función de un analista de niños recaptura, de un modo distinto, aquello que hemos definido respecto a la función materna: desligar, por un lado, religando, por otro, para crear una y otra vez nuevas vías de recomposición. Ayudar a desanudar las simbolizaciones fallidas, traumáticas, y poner en marcha un movimiento de reensamblaje psíquico a partir de lo que de ellas resulta. De ahí que mi palabra oscilara de la interrogación a la interpretación, de la aclaración a la remisión a su propio análisis.

En ocasión de la primera consulta, por relación al trastorno del sueño, pedí la opinión de un colega neurólogo respecto a cómo veía él la situación. Me respondió: «el riesgo de estos niños es que después hacen una hiperkinesis, por eso hay que medicarlos de entrada». No fue este el camino que escogimos: la hiperkinesis posible no era, en mi opinión, «causada» por el trastorno del sueño; ambos, por el contrario, respondían, en la estructuración psíquica precoz, a una determinación de otro orden: una falla de los investidimientos colaterales, luego de las ligazones yoicas, efecto de un déficit en la narcisización primaria. Pocas veces con mayor claridad que en estos casos vemos la falacia de considerar al antecedente como la causa, guiándose por una mera sucesión temporal, secuencial.

La última entrevista con esta familia fue realizada en el transcurso del año pasado. Puede ocurrir que nuevos llamados se produzcan, en el futuro, para requerir de mí algún tipo de intervención. Salvo que algún síntoma que comprometa la evolución de Dani se produzca y haga necesario un diagnóstico, no creo que vea al niño por largo tiempo; es posible que entrevistas con los padres para resolver una u otra cuestión puedan ir ayudando a transitar los problemas que se presenten a lo largo de su evolución psicosexual. Si su hermanita requiriera algún tipo de atención específica, la derivaría; me considero, pese al tipo de intervenciones realizadas, la «analista de Dani». En el caso de mi «paciente», la habilidad residirá en saber cuál es el momento certero en el

cual los trastornos que puedan presentarse devengan *síntomas*, vale decir, formaciones de compromiso, transaccionales, efecto de un intento de recomposición intrapsíquico por dar solución a tensiones de carácter inter-sistémico.

La diferencia entre trastorno y síntoma²⁴ será retomada en otros capítulos. Así como mi manera de concebir intervenciones como las aquí realizadas, en tiempos de constitución del aparato psíquico.

Una sola cuestión más se me hace necesario puntualizar; ella remite a las razones por las cuales mis intervenciones fueron operadas en la relación madre-hijo y no en el interior del grupo familiar —sin la inclusión del padre—. Unas pocas palabras al respecto: sabemos que el nacimiento simbólico de un niño no es correlativo a su nacimiento biológico; que la matriz englobante a partir de la cual la madre «gestará y dará a luz» a su hijo debe ser concebida por el analista en términos reales, efectivos, y no como «dada de inicio». Esta apreciación permite, metapsicológicamente, definir las condiciones de partida sobre las cuales se producirá la evolución psíquica de un niño.

Que la matriz simbólica en la cual Dani se inscribía de inicio estuviera parcialmente fallida en razón de las vicisitudes históricas, edípicas, de su madre, y que esto generara un retículo en el cual el niño no podía sostenerse ni, al mismo tiempo, descapturarse, me obligaba a intervenir directamente en el punto en el cual la trama se desgarraba.

No hubo, como desde una perspectiva familiarológica se podría pensar, exclusión del padre, y ello por dos razones: en primer lugar, porque diferenciando entre función paterna y padre real, de lo que se trataba era de tener en cuenta de qué manera operaba el padre, como referente tercero, en estos primerísimos tiempos de la vida —sobre esto volveremos más adelante—. Por otra parte, ni la reducción a la función de corte, atemporal, que el estructuralismo propicia, ni la superposición silvestre entre padre real y padre simbólico pueden resolver cuestiones como las que abordamos: la inclusión del padre no es un problema físico, aun cuando sí material.

²⁴ A la cual ya me he referido en otros trabajos. Cf. en particular *En los orígenes del sujeto psíquico*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986.

La presencia del padre real puede, por el contrario, ob-
turar la funciones de triangulación que se pretende en una
consulta; habiendo cuatro personas en el consultorio, no es
raro que dos parejas se formen y que, cuando la madre ha-
bla con el analista, el niño desplace al padre un modo de
relación dual proveniente, circunstancialmente, de la obs-
taculización de la alianza narcisista con la madre.

Por otra parte, ¿qué tipo de «padre» requería este mo-
mento de la constitución del niño cuyas vicisitudes estamos
en tren de explorar? No un padre «interdictor» —aun cuan-
do los prerequisites de tal padre se jueguen desde el psi-
quismo materno incluso antes del nacimiento del hijo, y es-
tén dados desde los comienzos de la vida como condiciones
estructurales de partida, pero destinadas a una recaptura
en el procesamiento edípico posterior—, sino un padre ca-
paz de sostener a la madre en su posicionamiento, vale de-
cir, no sólo de sostenerla como madre del hijo, sino de *brin-
dar un polo sexual capaz de producir una derivación de la
«seducción sobrante», o sea, de «drenar» libido materna* que
se localiza en el hijo cuando otras vías de la femineidad
están cercenadas. Y esto no es algo que pueda resolver un
analista de niños en una entrevista familiar, y mucho me-
nos en presencia de los hijos. Aquellos aspectos que hacen a
la genitalidad de la pareja deben ser, en nuestra opinión,
reservados para un espacio privado —el mismo, por otra
parte, que la vida impone en el marco de la cultura,²⁵ y pue-
den ser retomados en entrevistas a solas con los padres.

Sólo me resta decir, entonces, que será nuestro mayor co-
nocimiento de los fundamentos de la constitución de lo origi-
nario, y no las innovaciones técnicas vagas e intuitivas, des-
pojadas de sustrato metapsicológico, aquello que dará ga-
rantías, a futuro, para que nuestras intervenciones clínicas
sean más precisas en los tiempos de infancia en los cuales el
aparato psíquico se constituye abriendo las vías de la simbo-
lización para la cría humana.

²⁵ Para decirlo de un modo más directo: la función de un analista de
niños es sacar al niño de la cama de los padres, no meterlo en ella.

2. Lo arcaico, lo originario

¿De qué modo se inscriben, enlazan, retrascriben, los
elementos provenientes del real externo que afectan al suje-
to psíquico? Y ello no sólo en los primerísimos tiempos de su
constitución, sino a lo largo de la vida misma. ¿Activan re-
presentaciones previas? ¿Son capaces de producir efectos
inéditos respecto de modos de funcionamiento anteriores?

Si la materialidad que constituye al inconciente es resi-
dual —sus inscripciones efecto de las depositaciones, sedi-
mentadas, a partir de las vivencias sexualizantes que inau-
guran efectos de sentido para el sujeto en estructuración—,
¿por qué suponer al aparato psíquico cerrado, encapsulado
sobre sí mismo y sólo capaz de producir reactualizaciones de
lo ya dado?

Lo que la represión originaria sella, cuando fija los re-
presentantes pulsionales al inconciente, son los caminos de
salida. Por el contrario, las vías de acceso permiten el ingre-
so de nuevos elementos cuyo destino dependerá del entra-
mado de base originariamente constituido.

Pero estas representaciones no son todas del mismo or-
den, no tienen todas el mismo carácter. Ingresan de modos
distintos al psiquismo, en momentos de potencialidades
simbólicas diferentes, investidas de maneras diversas.
¿Qué es lo que determina su pertenencia a uno u otro siste-
ma? ¿Qué es lo que lleva a que operen de uno u otro modo:
ligadas, desligadas, con capacidad productiva y fantasmá-
tica, capaces de propiciar el enriquecimiento psíquico o de
llevar a su empobrecimiento?

Si bien la teoría económica da un sustrato válido para
comprender las formas de pasaje, parecería sin embargo in-
suficiente si a partir de ella se pretendiera, simplemente,
entender estos movimientos como una simple trasforma-
ción de cantidad en cualidad. Si la cualidad es patrimonio
del sujeto, si la cualidad se liga a la significación —en el sen-

tido más amplio del término: desde la capacidad de definir la diferencia entre placer-displacer hasta la posibilidad de teorizar—, el concepto de umbral, para el ser humano, tiene caracteres que no se reducen a una teoría simple de los estímulos.

Una teoría de la constitución del psiquismo precoz puede abrirse hacia una perspectiva en la cual, a partir de la función estructurante de la alteridad humana, vale decir, la función del otro humano como instituyente de la subjetividad, se puedan resituar los caracteres peculiares de las inscripciones diferenciales entre sus términos.

Wanda: fragmentos de un encuentro

Hace ya varios años que conservo este análisis¹ en mi interior. Las circunstancias de vida de la paciente en las que se basan algunas reflexiones que expondré, unidas a una advertencia que me realizara al comenzar el tratamiento, me han llevado durante mucho tiempo a preguntarme acerca del derecho a exponer aunque sólo fuera algunos fragmentos del material clínico que hoy he decidido transcribir.

Tuve oportunidad de conducir, por espacio de más de cuatro años, el tratamiento de esta mujer, que contaba entonces alrededor de 60 años. La advertencia radicaba en lo siguiente: al poco tiempo de iniciado el análisis —análisis realizado frente a frente—, y en ocasión de comenzar a abordar algunos recuerdos muy dolorosos, conservados en silencio por más de cuarenta años, Wanda me habló de la dificultad que había tenido —como tantos otros sobrevivientes de la guerra—, de brindar a alguien confesiones descarnadas de los años más duros de su vida; dijo entonces: «cuando se fotografía un cuerpo violado y asesinado, sin cubrirlo, se lo está violando y asesinando nuevamente».

La fuerza de la mirada —lo supe después— tenía algo que ver con esa demanda, establecida de inicio, de «cubrir y

¹ Daré razón de por qué consideramos a este tratamiento un análisis, pese a que en él no se cumplió la indicación de empleo del diván y la interdicción de las miradas entre analista y paciente, más adelante.

no fotografiar, no volver a violar ni asesinar un cuerpo violado y asesinado». Yo había tomado, en la ocasión, esta cuestión para interpretarle, de modo interrogativo, si no la perturbaba el hecho de que estuviéramos sentadas una ante la otra, y si no prefería reclinarse en el diván. Me contestó: «No, no, de ninguna manera, no podría soportar contarle todo esto sintiendo que no la tengo delante». «¿Qué cree usted que me está pidiendo entonces?», insistí. «Que me vaya dejando, como pueda, que yo misma le muestre, sin obligarme a descubrirme de golpe, no podría soportarlo...». Difícil posición aquella en la cual me ponía: presencia del cuerpo y, al mismo tiempo, perturbación de una mirada que podía devenir obstáculo del análisis en cualquier momento.²

He cumplido la observación durante mucho tiempo. Observación que hago extensiva a la escritura. Intentaré, entonces, dar a conocer sólo algunos elementos que considero imprescindibles para el tema que estoy en vías de desarrollar, y ello en razón de que gran parte de las ideas que han ido madurando a lo largo de estos años están directamente relacionadas con este material, el cual intentaré, de todos modos, sea regido por la regla impuesta por mi paciente: cubrir y sólo develar lo imprescindible en aras de ilustrar los conceptos que considero derivan de ello. Sólo daré a conocer, entonces, en las páginas que siguen un acceso fragmentario y, posiblemente, poco coherente.

Un conjunto de circunstancias —más que un síntoma específico— llevaron a la consulta. Se trataba más bien de una sensación de malestar y desorientación vital, aunada a circunstancias dolorosas actuales: su único hijo varón había decidido irse a vivir al exterior, y las condiciones de la separación se presentaban como difíciles. Joven bastante perturbado, aquejado de ideas recurrentes de carácter paranoico, marcaba el vínculo con su madre un acusado rechazo del cual un elemento sometía a esta mujer a un traumatismo extra e inesperado en una vida atravesada por tantas vicisitudes: el nucleamiento antisemita de sus ideas delirantes.

Wanda llegaba al análisis con una urgencia atravesada por el nivel traumático de un enigma: ¿qué había hecho ella,

² Tal vez toda la habilidad artesanal del analista consista en saber cuáles obstáculos son sorteables, vale decir, analizables, y cuáles devendrán insalvables en la cura.

en qué había fallado en esta relación con este hijo, único objeto de su amor? Y, por otra parte, cómo comprender, y en este cómo comprender al hijo, cómo comprender, en sí misma, los modos mediante los cuales enlazaba a sus objetos de amor para terminar siendo víctima de aquellos que más amaba.

Profundos sentimientos de culpa la embargaban. Culpa residual, irrefragable, culpa de sobreviviente.³ Hacía algunos años una gitana había vaticinado, de modo oracular: «la vida te dará todo lo que te mereces». Wanda lo había interpretado de un modo inesperado: «Cuando la gitana me dijo aquello, sentí que algo terrible sucedería... sé que no todo el mundo interpreta lo mismo; cuando se lo conté a algunas amigas, hablaron de una compensación, de cosas buenas. Yo sentí, por el contrario, que la vida me castigaría, me daría lo que me merezco».

Casada —y separada posteriormente— con un hombre poderoso al cual nunca había amado, poco tiempo después de la guerra se había marchado de su país de origen. Había realizado estudios secundarios y luego universitarios, siendo profesionalmente exitosa y de una sensibilidad e inteligencia poco comunes. Su historia no era usual: a los 12 años había huido, auxiliada por un hermano mayor y junto a su madre, del gueto en momentos en que ya las deportaciones habían dado indicios claros del destino trágico que les aguardaba. Colocada en un convento como «huérfana», una monja, intuyendo su secreto, la había bautizado a escondidas brindándole un nombre cristianizado que conservó de por vida. En el momento de la despedida, su padre, a quien nunca volvió a ver, le dio un mandato: «nunca olvides que eres judía». En el mismo acto, su tío, hermano mayor del padre y figura valorizada en el seno de la familia, había operado el contramandato: «debes olvidar, en el momento mismo en que salgas de acá, que eres judía».

Wanda había conservado, en una escisión de la vida psíquica, en la cual predominaba ora uno, ora otro, ambos discursos que la marcaban para siempre.

³ Ha sido Primo Levi, en *Los hundidos y los salvados*, quien profundizó de modo lúcido y terrible en esta cualidad de la supervivencia. A modo de ejemplos que han desgarrado a todo el mundo intelectual, cuentan su suicidio, así como aquel, más reciente, de Bettelheim.

Había pasado sus años de pubertad en el convento, siendo retirada por su hermano pocos años después, para pasar a la clandestinidad en la Varsovia ocupada. De sus años con las monjas conservaba un recuerdo que cobró luego gran importancia, en el interior del análisis, por el encadenamiento que se inauguró y que llevó a la aparición de un «síntoma de transferencia».

Teniendo ella 13 años, estando en misa, su madre entró a la nave de la iglesia y se paró en un costado —se había colocado, después supo, como doméstica con una familia del pueblo y atravesó de este modo toda la guerra—. Ella y su madre se miraron. No era posible ningún contacto físico, ninguna expresión, dado que su identidad se había constituido bajo el modo de «niña huérfana». Terminó de contarme este episodio, sin demasiado dramatismo, diciendo: «¿Se da cuenta? Es una escena como de película de Wajda». Intervine entonces y señalé: «Usted siente que es tan grande el dolor acumulado que sería mejor que fuera una película de Wajda, que haya ocurrido en la pantalla, porque no puede terminar de sentir que todo eso le pasó realmente...». En ese momento un llanto profundo, a borbotones, apareció por primera vez.

Pocas sesiones después dijo: «No fue sólo lo que usted me dijo lo que me conmovió tanto. Fue su mirada —yo estaba frente a frente—. Su mirada de dolor... Fue como si algo hubiera quebrado la prohibición de sentirlo...». Mi mirada, por primera vez, devolviendo en espejo el sufrimiento obtenido.

Al poco tiempo otro recuerdo aparece. Wanda siempre se pierde, sufre de «desorientación espacial». Sale con su coche y, cuando se da cuenta, está en otro lado, no puede reencontrar el camino y una profunda angustia se desata. Me cuenta: «Eran los últimos tiempos de la ocupación. Yo me había encontrado, casualmente, en la calle, a un joven de mi pueblo. Sentí una alegría profunda, encontraba a alguien con quien podía caminar como cualquier otra chica, nos gustábamos... Pasamos horas caminando y charlando. No podíamos entrar a ningún bar porque podían descubrirnos. Tampoco podíamos ir a casa uno del otro; eso podía romper el secreto que nos preservaba en la vida clandestina. Yo tenía unas enormes ganas de orinar, pero no podía ir a ningún lado. Pasé varias veces frente a mi propia casa, pero no po-

día entrar para que él no supiera dónde vivía. Tampoco quería separarme, crec que ninguno de los dos quería...».

El llanto se desata en sollozos. Wanda se levanta para ir al baño, que está ubicado al lado del consultorio; va a sonarse la nariz, lavarse la cara; yo la espero sentada en mi sillón. Pasa un rato, no vuelve, decido salir a buscarla, ver si está bien. No la encuentro. La pequeña salita, en la cual está el baño, da a otra, más grande, que se comunica, a su vez, con otras partes de mi casa. Busco por la planta baja; la encuentro, al fin, perdida, desorientada, presa de angustia. El recuerdo traumático ha puesto, *in situ*, en el interior del espacio trasferencial, al síntoma. A partir de ello podemos empezar a analizar qué le pasa cuando se pierde.

Wanda recuerda la mirada de su madre, de infancia. Mirada que la asusta. Su hermano siempre ha sido, según su relato, el favorito. A ella, esta la mirada materna le daba miedo, era como fulminante. Al año y medio de análisis, cae presa de un amor profundo por una compañera de trabajo. Se trata de una mujer joven, inteligente, con la cual pasa largas horas hablando, compartiendo tareas, confidencias —siempre actuales, ella nunca hablaba de su pasado.

Se extraña de este amor homosexual, nunca le han atraído las mujeres; tampoco ha tenido vínculos muy profundos con ellas a lo largo de su vida. «Los ojos de X, eso es lo que me atrae...», dice.

Le pido que rastree esa mirada. No hay asociaciones. Luego, otro recuerdo viene a ensamblarse: ella tiene 13 años, han comenzado las primeras evacuaciones del gueto; tiene sus primeros escauceos amorosos. Un niño de su misma edad es su compañero, amigo, se siente muy atraída. El es trasladado con su familia. Va a la estación y lo ve irse, la valijita en la mano... Se miran y de repente Wanda dice: «Esa mirada, los ojos... ¡Son los ojos de X!».

Los ojos de X: los ojos del niño, la mirada de la madre en la nave de la iglesia, mis ojos, dando a todo una organización distinta. Es la mirada, fijada al modo de un *indicio*, inscrita pero no metabolizada, conservada de modo diferencial, discreto, sin reengarzamiento, no *trascrita*.

El ojo, órgano distal, dispuesto a percibir inmediatamente el peligro, aparece en una extensión distinta; se metonimiza: Wanda ha conservado, durante años, un horror por su marido. No soporta su voz fuerte, el tono la angustia.

También ha mantenido, a todo lo largo de su relación con este marido, un vaginismo que ha limitado y empobrecido sus relaciones sexuales. «Su tono de voz lo siento brutal...», dice. «Es como si me hiriera con la voz». Pregunto: «¿Quién hablaba fuerte durante la ocupación?». «Los alemanes, ellos eran los únicos que hablaban fuerte y gritaban... todo el resto hablaba bajito, como si temiera mostrarse; no había que hacerse notar, ni siquiera los polacos lo hacían, los cristianos, todo el mundo caminaba y hablaba bajito...».

El pánico de violación, en una niña de 14, 15, 16 años, mayor que la muerte. El cuerpo se cierra por todos los agujeros, sólo el ojo puede ver, recrear, incorporar, cerrarse a voluntad cuando algo no se soporta. «Traumatismo físico-traumatismo psíquico-concepción traumática de la neurosis: hay tres entidades en derivación, o sea, en continuidad y en discontinuidad con cambio de registro, en metonimia y en metáfora. Lo que los liga, con seguridad, es la noción de *herir* [...] herir, agujerear, penetrar, donde la penetración sexual está explícitamente presente. Ello nos remite a las descripciones definitivas de Freud en *Más allá del principio de placer*: el trauma es efracción, efracción extendida y no limitada, de una envoltura. Invasión que implica la necesidad de emplear todos los medios de fortuna para bloquear la invasión, antes mismo de pensar en evacuarla».⁴

Me mira, durante las sesiones, como si intentara capturar-me. Es mi función de analista, en razón de la abstinencia de la situación analítica, quien polariza todas estas transferencias previamente establecidas —estas «transferencias de transferencia»—, pero, al mismo tiempo, quien da origen a algo nuevo, quien ayuda a abrir un proceso de *neo-génesis*, y ello no sólo en el plano traumático que esto implica.

Mi mirada, mi cuerpo tenso volcado en ciertos momentos hacia la paciente en un movimiento de escucha atenta, reactivando un deseo rehusado de fusión con el cuerpo materno, en aquel encuentro en la nave de la iglesia en el cual la impasividad de las miradas había operado como garantía salvadora ante cualquier delación riesgosa.

Preguntas que aportaban simbolizaciones a fracturas de lo nunca pensado —no de lo secundariamente reprimido—,

⁴ J. Laplanche, «Traumatisme, traduction, transfert et autres trans(es)», en *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., pág. 257.

tal como aquella realizada respecto a «quién hablaba alto durante la ocupación», permitiendo la construcción de algo nuevo; no se trataba de la emergencia de un material *siempre sabido* sino de algo *nunca pensado*. El miedo a la violación había sido conciente y reprimido, por supuesto, en el síntoma de vaginismo que perturbó su vida sexual madura. Pero la intromisión de la voz, o la disociación en la mirada cruel trasladada por *après-coup* a una madre que no había podido preservarla del ataque homicida del extraño, así como en la mirada amorosa, envolvente, olvidada y recuperada en *trasferencia*, daban lugar a una *neo-génesis*, a nuevas posibilidades amorosas de mi paciente.

Importaba poco que la mirada cruel atribuida a la madre hubiera efectivamente tenido, en lo real, la dominancia que Wanda le otorgaba. Tampoco que se hubiera plasmado en la infancia misma o hubiera cobrado importancia por *après-coup*, en razón de la historia vivida. Esa temporalidad del aparato psíquico, que se ordena por líneas que no son las del tiempo cronológico, había producido tanto esa convicción de rechazo como estaba presta a dejarse re-ensamblar a partir de elaboraciones posteriores en un reconocimiento de que, pese a todo, esa opacidad al mirarla en la iglesia estaba destinada a salvar la vida (tanto la suya como la de su hija).

«Es en ese sentido muy preciso que he hablado de la «trascendencia de transferencia» —dice Jean Laplanche; lo hizo en *Problemáticas V*—.⁵ Y agrega: «La situación analítica, como lo hemos destacado, está hecha de ausencia y de simbolización, de *conterimiento* y de *Versagung* (rehusamiento y estado de rehusamiento). De este modo, ella es directamente una réplica, una reedición de la situación originaria. [...] Conocemos cada vez más también el juego y la dosificación, a menudo peligrosa, entre el trabajo analítico, trabajo de desligazón que, por algún tiempo al menos, funciona según el principio de la pulsión de muerte, y el necesario reensamblaje, la necesaria conservación de límites, incluso la prótesis temporaria de un yo débil. El cuerpo del análisis, el encuadre o el *setting* como se dice, no juega su función de mantenimiento si no es habitado por el cuerpo del analista. La atención, antes de estar igualmente en sus-

⁵ *Ibid.*, pág. 269.

penso, es presencia atenta, atención, incluso atenciones de un cuerpo. Yo sólo hablo aquí de los análisis relativamente clásicos (si es que existen...) de neuróticos. En razón de ello, también, haré recaer mi atención ante todo *sobre el otro aspecto*, lo que llamo las frustraciones, los rehusamientos, o incluso la neutralidad analítica.⁶

Por mi parte, siguiendo estas líneas, intento poner en juego el aspecto ligador, de sostén, que el análisis propicia. No un sostén dirigido a fortalecer no sé qué yo «débil» —quién podría sospechar, siquiera, que esta mujer, que había no sólo preservado la vida desde el punto de vista autoconservativo, sino también psíquico, que había sobrevivido a una guerra de exterminio, se había casado, tenido un hijo, realizado estudios universitarios, podía necesitar un analista—, sino una religazón de traumatismos que funcionan bajo dos modos: *al modo de lo originario*, produciendo síntomas de distinto tipo: desorientación espacial de carácter centralmente histérico, vaginismo, pero también *al modo de lo arcaico*, por progresión de representaciones que conducen a la aparición de ese bloque errático, sostenido en la mirada, que lleva a la *elección homosexual de objeto sostenida por la pulsión de indicio*.

Podríamos incluso afirmar, y pienso que sería correcto, que fue mi presencia abstinentes y desligadora la que llevó a esta construcción de un verdadero «síntoma de análisis». Sin embargo, este se constituyó de modo curioso: no se trataba de una desligazón sin más, no se trataba de la aparición de un contenido pulsional a la deriva que encuentra, al fin, un sostén en un objeto real externo en el cual plasmarse. Se trataba, por el contrario, de una verdadera búsqueda ligadora, de un intento de recomposición amorosa. El espacio de mi consultorio, la cubeta analítica, desencadenante *in situ* de las inscripciones traumáticas sufridas pasivamente a lo largo de la vida y recapturadas activamente (después de todo, ir al baño, pese a perderse, era realizar activamente aquello a lo cual el rehusamiento autoconservativo condenaba pasivamente) podían encontrar, por primera vez, un lugar de recomposición.

⁶ *Ibid.*, págs. 269-70.

La transferencia presenta aspectos curiosos: «Si yo me hubiera analizado con usted hace treinta años...» —decía Wanda, a veces, cuando un nuevo enlace daba apertura a nuevas posibilidades libidinales—. Absurdo decirle que hace treinta años yo aún cursaba la primaria, y que era imposible pensar que hubiera podido ayudarla. Mi carácter de analista, atemporal, incitador de transferencia, me colocaba, inevitablemente, en un lugar en el cual, sustituto de la madre, «de la buena madre interna», no tenía historia y estaba destinada a un tiempo mítico. En muchas ocasiones reíamos, cuando me contaba intentos traviesos de ligarse a uno u otro hombre, los avances seductores y despliegues eróticos que podía llegar a realizar para obtener momentos de goce. El espacio analítico no se reducía a producir en ella un sufrimiento plus de «rememoración». El diálogo mismo era fuente de descubrimiento y de goce. Una mente inquieta, una inteligencia privilegiada, hacían posible un placer compartido que disminuía tanto el dolor de ciertos descubrimientos como mi propia inmersión contratransferencial en ellos.

Afortunadamente, en esta mujer vital y con enorme capacidad creativa, lo tardío del análisis no venía a abrocharse en un reclamo melancólico de lo no vivido y de lo perdido. Por el contrario, nuevas potencialidades, en el marco de las posibilidades existentes, se abrían. Wanda podía ahora acercarse a su hijo de otro modo, sin trasvasarle los aspectos más dramáticos de su historia y ejerciendo, por primera vez, un diálogo diferenciador en el cual al menos parte de las conductas paranoides del hijo cedieran. Podía también disminuir la culpabilidad que impedía un goce mayor de la vida, y un círculo de amigos afectuosos y respetuosos de su inteligencia productiva le garantizaban futuros años de menor soledad. Y, más allá de la resolución sintomal lograda, se veía ahora, a partir de este diálogo en el cual fuimos estrictamente hasta el lugar que ella marcó como posible en razón de la disminución de su propio sufrimiento psíquico, abierta hacia una resignificación fecunda de su vida pasada. Hacia una verdadera apropiación de su historia, con sus traumatismos desgarrantes y sus logros placenteros.

Distintos estatutos de la memoria en psicoanálisis

He comparado, en otras ocasiones,⁷ el «reservorio de memoria» del inconciente con un cajón lleno de fotografías. Este no constituye, en sí mismo, la memoria de nadie; puede incluso perdurar a través del tiempo y ser encontrado dos generaciones después sin que ello implique que los personajes presentes en la foto sean recordados por el sujeto que los ve. Está allí, a disposición, siempre y cuando haya alguien capaz de recuperarlo como tal, es decir, de historizarlo. El destino, por otra parte, de cada una de las fotografías-representación, es variado; depende del monto de «investimiento» que reciba, de lo que evoque en cada momento para el sujeto que a ella se enfrente.⁸

Podemos rastrear esta idea de un aparato psíquico estructurándose por retazos de memoria, en trabajos muy tempranos de Freud, y en particular en la carta 52 a Fliess:

«Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nexos, una *retrascrición* (*Umschrift*). Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos».⁹

⁷ «Lo inconciente, fecundidad clínica de sus paradigmas», en *Lecturas de Freud*, Buenos Aires: Lugar editorial, 1990.

⁸ A título de ejemplo un recuerdo personal: recibí, hace algunos años, una fotografía de familia, de manos de mi madre, cuyos personajes me eran absolutamente desconocidos. En su momento me fue dado conocer sus identidades, pero lo olvidé inmediatamente, en razón de que no se engarzaban a ningún elemento importante de mi vida. Hoy, la presencia material de esta fotografía queda como huella de todo aquello enigmático, otorgado por mi madre, que forma parte de lo que ya nunca sabré en razón de su ausencia. La fuerza de investimiento que esta fotografía recibe es fuerza «de transferencia», el leve dolor que acompaña su presencia no tiene nada que ver con los personajes allí representados.

⁹ En *AE*, vol. I, 1982, pág. 274.

De ahí el esquema siguiente:

	I	II	III	
P	Ps	Ic	Prc	Coc
X X	X X	X X	X X	X X
X	X X		X	X
		X		

«P [W] son neuronas donde se generan las *percepciones* a que se anuda conciencia, pero que en sí no conservan huella alguna de lo acontecido. Es que conciencia y memoria se excluyen entre sí.

»Ps [signos de percepción] es la primera trascripción de las percepciones, por completo insusceptible de conciencia y articulada según una asociación por simultaneidad.

»Ic (inconciencia) es la segunda trascripción, ordenada según otros nexos, tal vez causales. Las huellas *Ic* quizá correspondan a recuerdos de conceptos, de igual modo inasequibles a la conciencia.

»Prc (preconciencia) es la tercera retrascricción, ligada a representaciones-palabra, correspondiente a nuestro yo oficial».

Diversos sistemas de huellas mnémicas, retrascricciones y estratificaciones, lo temporal se inscribe en una espacialidad que marca un sistema de recorridos: «Quiero destacar que las trascripciones que se siguen unas a otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. En la frontera entre dos de estas épocas tiene que producirse la traducción del material psíquico. [...] Cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso excitatorio. *Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior, y por los caminos de que entonces se disponía*. El rehusamiento (*Versagung*) «de la traducción es aquello que clínicamente se llama “represión”». [Los subrayados son nuestros.]

Teoría de la memoria que, correlacionada con una teoría del traumatismo —de lo que viene a inscribirse desde el exterior constituyendo un interno-externo que deberá ligarse, resimbolizarse—, propicia una concepción de la complejización productiva del «aparato del alma» en un ser que será

lanzado en su devenir a la construcción posterior de auto-teorías, de verdades que intentan cercar el carácter significativo de estas inscripciones.

Se trata de un modelo *traductivo*, dice Jean Laplanche en «Traumatismo, traducción, transferencia».¹⁰ «El pasaje de un sistema a otro es una nueva inscripción según un código heterogéneo a aquel que le precede. La represión, el mantenimiento en el inconciente, no es otra cosa que el fracaso, el tropiezo, el “rehusamiento” (*Versagung*) de la traducción». Y continúa: «Modelo admirable, pero donde todo el enigma (*es el caso de decirlo*) reposa en la naturaleza del sistema *Wz*, sistema pre-inconciente que participa a la vez de la percepción (W) y del *Zeichen*. *Zeichen*: ¿signo o indicio? En los sistemas siguientes es evidente: una traducción no puede operar más que a partir de signos que retrascibe. Lengua de origen y lengua-blanco, cada sistema es a la vez los dos: blanco para el que precede, origen para el que sigue. Pero con el *primer* sistema ocurre de modo diferente: supuestamente surgido de la percepción, no representa, este, sino un *indicio* objetivo; pero, por otra parte, ¿cómo se pondría a la traducción si no se presentara como *signo*? Es porque *hace signo* (en todo el sentido de esta expresión) que hay que intentar traducirlo, que se impone, al niño, como a *traducir*, en una traducción originaria que no puede sino dejar un residuo importante, ese *fuero* que va a recaer en el inconciente, como representación-cosa».¹¹

Y termina este punto en los siguientes términos: «Así, en el lugar mismo de la huella de percepción, del *Wz*, lo que es registrado aun antes de ser una primera vez traducido, *pasivamente* registrado, lo que hay que situar, es un “mensaje para él mismo ignorado”, un significante enigmático. Lo intraducible, lo reprimido que se depositará en cada estadio ulterior, no es sino el eco, el residuo, de este intraducible interno al mensaje mismo. Es la *trascendencia de la situación originaria —esta relación del niño con un adulto que significa lo que no sabe—* lo que será traducido, trasportado, trasferido con más o menos resto, pero jamás reducido».¹²

¹⁰ *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., pág. 255.

¹¹ *Ibid.*, pág. 268.

¹² *Ibid.*, pág. 269.

Mis propias observaciones teórico-clínicas, así como la «impulsión» que en mí ha suscitado el corto pero importante texto «Implantación, intromisión»,¹³ también de Laplanche, me llevan a proponer algunas ideas con vistas a desarrollar estos conceptos y a marcar dos estatutos posibles de las representaciones que se inscriben del lado de lo que llamaremos, de modo genérico, lo «no conciente».¹⁴

Veamos entonces cómo pueden ser obstaculizados los procesos conducentes a fijar al inconciente las representaciones destinadas a formar parte de lo originario:

«Proponemos dar todo su lugar, en metapsicología, a procesos irreductibles a un autocentrismo [vale decir, a todo intento de retorno de la vieja filosofía del sujeto de carácter aristarquiario, que escotomiza el hecho de que todo proceso psíquico viene, originariamente, del otro]; aquel en el cual el sujeto es, simplemente, el otro. No el Otro metafísico, o yo no sé qué “pequeño otro”. El otro de la seducción originaria, y en primer lugar el otro adulto. En el centro de estos procesos, aquel de la *implantación*. Designo por ello el hecho de que los significantes aportados por el adulto se ven fijados, como en la superficie, en la dermis psicofisiológica de un sujeto en el cual una instancia inconciente no ha sido aún diferenciada. Es sobre estos significantes, recibidos pasivamente, que se operan las primeras tentativas activas de traducción, cuyos restos son lo reprimido originario (objetos-fuente). [...] La implantación es un proceso común, cotidiano, normal o neurótico. Al lado de este, como su variante violenta, hay que otorgar su lugar a la *intromisión*. En tanto que la implantación permite al individuo una recaptura activa, con su doble cara traductivo-represora, hay que intentar concebir un proceso que obstaculiza esta recaptura, que hace cortocircuito de las diferenciaciones de las instancias en vías de formación, y pone en el interior un elemento rebelde a toda metábola».¹⁵

¹³ *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., pág. 355.

¹⁴ Siguiendo a Laplanche mismo: «Respetar a Freud»... es «hacerlo trabajar», tomar sus desarrollos para hacer surgir de ellos toda su fecundidad teórica y clínica. La fidelidad de discípulo no sólo da el derecho a ello, lo impone como obligación...

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 358.

Elementos rebeldes a toda metábola, cortocircuito de las redes capaces de propiciar un enclave inconciente, fijado a ciertos elementos que ingresan bajo el modo de la intromisión: no todo lo que se inscriba —sin por ello tener un estatuto «conciente»— pasará a formar parte del inconciente reprimido. ¿De qué carácter serán estos significantes enigmáticos que no logran un estatuto en el entramado originario —si consideramos originario no a aquello dado cronológicamente en los orígenes, sino a lo que forma parte de los fondos del inconciente, constituido por *après-coup*?

La diferencia establecida por Freud entre *Wz*, estos «signos» o «indicios» de percepción de «pre-inconciencia» (en el doble sentido del término: anterior al inconciente, pero anterior también al concepto mismo de inconciente tal como será posteriormente acuñado) debe ser, en nuestra opinión, conservada, para a partir de ello marcar al menos dos estratos diferentes en el inconciente: aquel irreductible a toda traducción, indiciático, no integrado, constituido por fragmentos de objetos, y ese otro, más estructurado, fantasmaticizable, que ha operado una traducción posible (aunque no sea posible de pasar al preconciente sin otra tramitación).

En este sentido, los signos de percepción no son homologables a la «representación-cosa» (*Sachvorstellung*, «representación de cosa», dirá Laplanche, en el sentido intencional, pero que en el inconciente devendrá una verdadera «representación-cosa», vale decir que ha perdido toda referencia a la cosa misma). Si la representación-cosa aparece en una oposición, en la obra freudiana, respecto a su par, la «representación-palabra» (*Wortvorstellung*), es para marcar, centralmente, su modo de funcionamiento en proceso primario —significantes des-significados—, lenguajeros pero desarraigados del código de la lengua, posibles de ser retrascritos al proceso secundario, y, a partir de ello, de hacerlos devenir concientes.

La «representación-cosa» es ya una primera transcripción, una traducción de los signos de percepción, destinada a ser fijada en el inconciente a partir de la represión originaria.

Los «signos de percepción» pueden ser no sólo efecto de una implantación primerísima, no trascrita, sino de una «intromisión», tanto en los primeros tiempos como en otros tiempos posteriores de la vida, y, en tal sentido, no pasar a

formar parte de lo originario —por decirlo de algún modo—, no encontrar una ubicación en el inconciente y quedar a la deriva en el aparato psíquico: caso de las psicosis, o de los «aspectos psicóticos de la personalidad» —como llamó el kleinismo a estos estratos profundos de la mente siempre pasibles de emerger en un análisis.

Las «representaciones-cosa» son recapturadas en el trabajo analítico mediante la libre asociación. Los «signos de percepción» requieren la *construcción* de un entramado, entretreído en el cual el analista ayuda a articular simbolizaciones faltantes.

Si bien todo pasaje de un sistema psíquico a otro «superior» es parcialmente fallida, si es imposible una simbolización «sin resto» —vale decir que es imposible pensar un aparato psíquico «normótico» que no funcione bajo el modo de la represión (lo cual lleva a abandonar la esperanza mesiánica de agotar el inconciente mediante el análisis)—, lo que caracteriza a los elementos inscritos por «intrusión», bajo formas traumáticas severas, es su imposibilidad de ser fijados a ningún sistema por la represión, aun cuando esta opere, para otros elementos, en el aparato. Su carácter «altamente individual» deja abierta la posibilidad de estructuras psicopatológicas mixtas en razón de ello.

Por último, pero en mi opinión decisivo al respecto: la clínica de niños, y la de patologías graves, da cuenta de que el significante enigmático debe ser ubicado, recuperando el valor conceptual que posiciona al *mensaje* como eje de la instauración de la subjetividad, en su operancia real, en un tiempo segundo. La diferencia entre *enigma* y *significante enigmático* posibilita una des-subjetivación respecto de la cría por parte del estudioso en los primerísimos tiempos de la vida. Significantes inscritos de origen, *Wz* —que trazan líneas de fuerza perceptuales por investimento respecto de los objetos efraccionando lo real y rompiendo el continuo que este impone— cuyo carácter de *representaciones* destinadas a la represión por *après-coup*, devienen «significantes enigmáticos» a partir de que hay un sujeto capaz de ser «impulsado», «agitado» por el enigma de la alteridad, tanto de su propio inconciente como del semejante. Es allí que la representación deviene *significante-enigmático* para alguien que ya no es sino un yo que se ve acosado por lo que ha devenido «un ello», vale decir, una «segunda naturaleza».

La inscripción de la pulsión, es decir, la *instalación* del objeto-fuente, y su *fijación* al inconciente, producida por la represión de aquel, son tiempos diferenciales que propician el pasaje del más acá del principio de placer al principio de placer. La represión originaria define esta fijación y genera un *topos* para estas representaciones que permanecerán por siempre ajenas al sujeto, una vez que este se haya constituido.

Tiempo y espacio en el aparato psíquico

Nuestras reflexiones a lo largo de estas páginas nos conducen a plantear algunas cuestiones relativas a lo histórico en psicoanálisis.

Comencemos por señalar que el tiempo, tiempo de inscripción de las representaciones, deviene, en el aparato psíquico, espacialidad en el movimiento que lo inscribe. Esta espacialidad ubica un «*topos*», lugar diverso para los diversos sistemas de inscripciones y sus recorridos. En *La interpretación de los sueños*, Freud precisa que se trata de un recorrido secuencial que mantiene cierta fijeza: «Nos basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos [entre los sistemas psíquicos], vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal*. La serie puede experimentar una alteración en el caso de otros procesos; queremos dejar abierta esa posibilidad».¹⁶

El carácter atemporal de estas representaciones, de hecho, remite a su *indestructibilidad*, y, como lo dirá en «Lo inconciente», a su *fijación*, vale decir, a su posicionamiento definitivo en el inconciente.

Hay entonces temporalidad acontecimental, que deviene inscripción espacial. Esta temporalidad deviene histórica a partir de la existencia de un sujeto, capaz de organizarla de modo discursivo. La historia estará entonces en los movimientos fundacionales de partida y en las significaciones preconcientes de recaptura; entre ambas, el espacio juega la función de una transformación.

¹⁶ En *AE*, vol. V, 1979, pág. 530.

En tal sentido, la historia —así como la memoria— no es patrimonio del inconciente; ella es siempre *elaboración secundaria*. Esto nos lleva a rehusar la idea de que el sentido del análisis sea la «construcción de una historia». Por el contrario, el análisis se dedica a la deconstrucción de lo fijado, de la «historia oficial» del sujeto, absteniéndose de ofrecer totalidades que reensamblen el todo.

En el proceso de la cura —y lo hemos ido desarrollando de tal modo respecto al caso que estamos viendo, en el de nuestra paciente—, los procesos de historización son siempre parciales: se trata de otorgar un ensamblaje a esos elementos que han quedado a la deriva, y de propiciar su religazón mediante la deconstrucción de los que habían sido soldados en las autoelaboraciones espontáneas que daban origen a los síntomas.

Por otra parte, es un aparato que recupera la noción de espacialidad y la historicidad desde uno de los polos que lo constituyen, del lado del sujeto en el sentido estricto del término, vale decir, del yo.

Segunda cuestión: las representaciones que en él «se depositan» están destinadas a reensamblarse por *après-coup*, es decir *Nachträglichkeit* —a posteriori—. Si este aparato está abierto siempre a la posibilidad de nuevas inscripciones, de recibir elementos de lo real exterior —elementos «traumáticos», capaces de producir aflujos energéticos que deben ser domeñados o expulsados para mantener su constancia—, las representaciones previamente existentes, aun cuando permanezcan como tales en su singularidad, se entrelazan de manera diferente en la totalidad resultante.

Temporalidad entonces en la inscripción, y temporalidad destinada al *après-coup*, es decir, a su reensamblaje. Las consecuencias son mayores; asumir esta formulación produce mutaciones en toda nuestra concepción de la teoría de las neurosis y del proceso de la cura.

En primer lugar, hacer conciente lo inconciente y llenar las lagunas mnémicas se unifica. Desde una perspectiva endogenista se puede pretender «hacer conciente lo inconciente» sin por ello historizar, en la medida en que lo que se propugna es la traducción a otro registro del discurso, al «lenguaje de la pulsión» —cuestión discutida ampliamente respecto de la traducción simultánea que el kleinismo ha

propiciado desde una perspectiva que considera al ello, en el interior del proceso de la cura, como única realidad y, en consecuencia, todo lo preconciente debe ser remitido a su sustrato pulsional de base sin mediaciones—. Desde la perspectiva que recupera la historicidad fundacional del sujeto psíquico y considera al inconciente como residuo metabólico de inscripciones exógenas, la atemporalidad del inconciente hace a su indestructibilidad pero no a la posibilidad de reensamblaje de sus representaciones.

El concepto de «situación desencadenante» de la neurosis entra también en discusión. En primer lugar, porque propiciar un simple desencadenamiento como modelo de la neurosis no contempla la teoría del *après-coup* en sentido estricto. El *après-coup* se define por dos o más tiempos de instalación del traumatismo en los cuales el segundo —temporal, representacional— define el estatuto del primero. No me extenderé aquí sobre este punto, lo hacemos en varios capítulos de este mismo libro. Subrayaré, simplemente, que el traumatismo desencadenante *interviene* con igualdad de derecho que las representaciones previas, y otorga a estas una recomposición productiva.

Concebido el aparato como en productividad constante, el procesamiento *de trabajo* inaugura nuevas vías para definir los caminos de la cura como no linealmente regresivos. Que las representaciones de base a las cuales se accede sean atemporalmente perturbables no implica, en modo alguno, que su significación por ensamblaje permanezca idéntica. Este es el modelo que Freud ofrece cuando, en *La interpretación de los sueños*, formula la cuestión, más delicada de lo que a simple vista pareciera, de si los caminos de la formación del sueño son los mismos que inauguran el acceso a su develamiento; de hecho, la respuesta se definiría más o menos en los siguientes términos: las vías de producción del sueño son distintas de las de su develamiento, *los caminos no se recorren linealmente en una y otra dirección*, pero el deseo inconciente que lo determina es recuperable, cognoscible, mediante trascripción lenguajera a través del proceso discursivo —asociativo— interpretativo.

Segundo aspecto de la temporalidad a plantear: el de los tiempos de estructuración del aparato psíquico. Tiempos reales, no míticos. Tiempos *históricos*, reconocibles en los diversos movimientos que fundan los pasajes que institu-

yen los destinos de la pulsión entendidos como destino del aparato en su conjunto: transformación en lo contrario y vuelta contra la persona propia, represión originaria (con la consecuente estructuración del yo como residuo de la identificación narcisista), represión secundaria como efecto de la identificación secundaria y la constitución de las instancias superyoicas —conciencia moral e ideal del yo—. Estos movimientos pueden ser rastreados en el procesamiento de la clínica y rastreados a través de sus efectos, siguiendo el aforismo freudiano de que «el inconciente es incognoscible en sí mismo, pero es explorado por sus efectos»; diferencia fundamental entre el existente real y el conocimiento de este, que libera de todo agnosticismo y de toda teoría ingenua del conocimiento.

Me limitaré simplemente, por relación al tema que abordamos, a señalar lo siguiente: el problema de la historicidad, desde el punto de vista de los movimientos estructurantes del sujeto psíquico, es que la historicidad misma que antecede a su fundación es compleja. Hay temporalidad —historia— preexistente en los padres, pero hay también sincronía preexistente en la medida que los padres son sujetos de inconciente. De tal modo, lo que es espacialidad en el aparato psíquico materno deviene pasaje diacrónico —temporal— en las instalaciones representacionales que hacen a la fundación de la nueva espacialidad que se estructura en el psiquismo infantil. Para ser más claros —aun a riesgo de simplificar—: que la madre tenga inconciente, tópicamente instituido, es decir, establecido en el interior de su aparato psíquico y definido por la vigencia de la represión, no implica sino la posibilidad —temporalmente desfasada— del inconciente del niño; a su vez, el superyó materno —residuo identificatorio de las instancias parentales— precede temporalmente tanto al inconciente como a las otras instancias del niño, pero su existencia determina el modo de pasaje de las representaciones en el interior de la circulación del Edipo —en tanto tópica intersubjetiva.

¿Se pueden rastrear los tiempos de constitución del psiquismo a partir del discurso materno? En nuestra opinión, ello no sólo es insuficiente sino altamente distorsionante. Esta es la vía con la cual la *Ego psychology* ha relevado sus «historias clínicas» a partir del discurso parental tomado como un discurso «de la realidad», no atravesado por el

deseo y el fantasma. Paradójicamente, no llega mucho más lejos cierto lacanismo que intenta buscar a partir del discurso de la madre el inconciente del niño, como si el uno estuviera en el otro, como si el preconciente de alguien pudiera dejar revelar el deseo inconciente «a cielo abierto».

La historia del niño puede ser concebida bajo los modos con los cuales algunos historiadores han tematizado cuestiones relativas a lo que se ha llamado «La historia de los pueblos sin historia»,¹⁷ refiriéndose por ello a quienes se arrojan el derecho a escribir la historia del otro. Henri Moniot lo formula en los siguientes términos: «Existía Europa, y era toda la historia; el resto, pueblos sin historia. Aun para aquellos que no rehusaban concebir una historia para esos pueblos, existía la imposibilidad práctica para hacerlo, la falta de fuentes. Gente sin escritura, de las cuales las tradiciones orales son indignas de creencia, donde sólo son posibles las conjeturas... Las condiciones han cambiado, y a la negación del pasado de los pueblos ágrafos han respondido su invocación y su exaltación. ¿Cómo salir de esta situación? Se pueden distinguir dos clases de documentos: aquellos que emanan de la comunicación de los hombres entre sí se sostienen en el discurso, pero son subjetivos; señalan, a su vez, la connivencia y la alteridad, son portadores de una significación, pero definida en su contexto de origen: el contexto del semejante, que no es la historia, sino *el modo con el cual el semejante tematiza la historia*. Existen, por otra parte, los otros documentos neutros y taciturnos: vestigios o elementos materiales e inmateriales, a los cuales el historiador mismo reconoce valor implícito de signo, de indicio, de prueba, de testimonio...».¹⁸

Como la historia de los pueblos ágrafos, la del niño ha intentado ser subsumida en el discurso del semejante; descuidándose en ese intento engolfante que los monumentos y vestigios se juegan en las producciones singulares que, siguiendo los movimientos que Freud conceptualiza metapsicológicamente, pueden ayudar a constituir una historia en la cual el propio sujeto no sea nuevamente significado sino

¹⁷ Henri Moniot, «L'histoire des peuples sans histoire», en *Faire de l'histoire*, París: Gallimard, 1974.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 106.

abra un orden de significación historizante. Esto no puede hacerse desde el discurso parental.

Se pueden distinguir, entonces, dos clases de documentos. Existen aquellos que emanan de la comunicación de los hombres entre sí: ellos hablan, tienen un discurso —se ha creído a veces que bastaría con leerlos—, pero también son subjetivos, ellos se señalan a la vez por la connivencia y por la alteridad, son ya portadores de una significación, pero definida en su contexto de origen. Pero existen otros, neutros y taciturnos, vestigios o elementos materiales e inmateriales a los cuales el historiador mismo puede reconocer valor implícito de signo, de indicio, de prueba, de testimonio.¹⁹ En estos vestigios se detiene el psicoanálisis, trabajando sobre «lo indiciático».

Jean Laplanche retoma esta cuestión relativa al campo analítico en los siguientes términos: «El ser humano es historizante, en el sentido de que busca unificarse, comprenderse, sintetizarse, dar sentido a su vida o hacer que vuelva a tener sentido algo que lo ha perdido... En la dirección de este movimiento espontáneo el psicoanálisis recupera hasta las fallas, hasta las debilidades, los pánicos, los duelos, las catástrofes. El psicoanálisis no es sino otra manera de hacer la historia. Pero un método de historizarse según una manera que se pretende imprecisa... El psicoanálisis no puede ceder a la megalomanía de pretender integrarlo todo. En esto consiste la parte irreductible, al lado de la historia, de la arqueología; arqueología irreductible a la historia, que exhuma y respeta lo que es irreductible».²⁰

Arqueología irreductible a la historia que implica que las modalidades con las cuales lo inscrito primordial insiste, no puede ser totalmente capturado en las redes del discurso que historiza. Pero lo no historizable deberá encontrar modos de ligazón y resimbolización si pretendemos que el objeto no quede siempre librado a la compulsión de repetición, es decir, al ejercicio de la pulsión de muerte.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 109.

²⁰ Jean Laplanche, «La psychanalyse: histoire ou archéologie?», en *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit. Hay traducción al castellano en *Trabajo del Psicoanálisis*, n° 5, México, 1983.

Tarea que consiste, como lo diría Piera Aulagnier, en el movimiento de la cura, en transformar los *documentos fragmentarios* en una construcción histórica que aporta la sensación de una continuidad temporal. Y para lo cual el proceso identificatorio constituye la cara oculta de una historización que transforma lo inaprehensible del tiempo físico en un tiempo humano que reemplaza un tiempo perdido definitivamente por un discurso que lo habla.²¹ Ello, sin embargo, si abandonamos toda ilusión de la construcción de una historia total, que siempre sería «historia relato».

Es indudable que no es ya posible seguir sosteniendo, de modo simplificado y como lo hicieron algunos analistas en la década de 1950, una teoría «pendular» para los complejos fenómenos que abordamos.²²

Sin embargo, lo que muestra nuestro trabajo clínico permanente —y el breve relato fragmentario de un análisis que venimos de hacer lo vuelve a ejemplificar— es la perduración de elementos cuyo carácter indestructible, aislado, y destinado a la repetición no tiene resolución posible sino en el marco de un reensamblaje, vale decir, de una aprehensión que los libere de su aislamiento y les otorgue un sentido. El tiempo, al igual que ocurre con la teoría de los gases en expansión, sólo puede ser contemplado si se considera al sistema como un todo. Cada molécula, individualmente, no cambia durante el proceso, y, sin embargo, el todo ha variado.

Si el aparato psíquico está destinado a una recomposición efecto de la incidencia de nuevas inscripciones regidas por temporalidades distintas, en estadios distintos de la vida, por otra parte las representaciones de base perduran como tales. ¿Cuál es el destino de su recomposición espontánea si no los síntomas, las transacciones, las fantasías? Prestas sin embargo siempre a combinarse nuevamente en conjuntos en los cuales mantienen una indestructibilidad del orden de lo «siniestro».

¿De qué manera inciden los nuevos modelos surgidos de los descubrimientos de la química y la física en la cuestión de la reversibilidad-irreversibilidad? ¿Es posible seguir sos-

²¹ Piera Aulagnier, *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires: Amorrotu editores, 1986, pág. 190.

²² Para la cual el análisis seguiría de modo lineal una «regresión» que volvería a aquello fijado, inmobilizado, en un inconciente fijado como un filme cuyo argumento hubiera que girar hacia atrás.

teniendo una legalidad de la constitución de lo psíquico? ¿Abandonaremos todo intento y nos inclinaremos por una teoría del azar y lo irreversible?

«¿Cuáles son las hipótesis de la ciencia clásica de las cuales la ciencia actual se ha liberado —pregunta Ilya Prigogine en su libro *La nueva alianza*—? Fundamentalmente aquellas que se centran alrededor de la convicción básica de que el mundo microscópico es simple y está gobernado por leyes matemáticas simples. Esto nos parece hoy una idealización engañosa. Esta situación sería similar a la reducción de un edificio a un conglomerado de ladrillos; con los mismos ladrillos podríamos construir una factoría, un palacio o una catedral. Es a nivel del edificio en su conjunto donde vemos el efecto del tiempo y del estilo en el cual fue concebido [...] En el mismo sentido, se vieron las leyes eternas como las únicas que expresaban la racionalidad de la ciencia. La temporalidad no siendo contemplada más que como una ilusión. Esto ha dejado de ser verdad hoy día. Hemos descubierto que lejos de ser una ilusión, la irreversibilidad juega un papel esencial en la naturaleza y se encuentra en el origen de muchos procesos de organización espontánea [...] Nos encontramos en un mundo azaroso, un mundo en el cual la reversibilidad y el determinismo no son solamente aplicables a situaciones límites y casos simples, siendo al contrario la regla la irreversibilidad y la indeterminación».²³

La teoría pendular (como génesis lineal que marcaría puntos de retorno al lugar de partida), o el estructuralismo ahistoricista, que pretende subsumir la estructuración singular de lo humano a leyes inmutables y prefijadas donde lo azaroso y contingente devienen puros juegos lenguajeros, no dejan, por renegación, de subrayar la tensión angustiosa siempre existente cuando la temporalidad se juega en la instauración del fenómeno mismo.

La resolución de estas tensiones no se encuentra, sin embargo, en la reificación del cambio permanente, de lo azaroso a ultranza. Formulémoslo, de manera provisoria, al modo siguiente: *en el aparato psíquico, lo azaroso deviene necesario, y lo contingente, determinación, a partir de una temporalidad cuyo ensambaje está determinado por el après-coup.*

²³ Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza*, Madrid: Alianza, 1983, págs. 18-9.

Algunas puntualizaciones finales, luego de este breve recorrido, nos harán retomar las cuestiones de inicio. Lo histórico ha de ser contemplado bajo algunos órdenes, que no agotan, ni mucho menos, la complejidad del problema:

1. En tanto estructurante del aparato psíquico —en una temporalidad no lineal, no genética, sino azarosa en el marco de la necesidad estructural y, fundamentalmente, destinada al *après-coup*.

2. Encuentra su lugar, por otra parte, en los tiempos reales —no míticos— de la estructuración del aparato, tiempos destinados a una historización posterior y cuya modalidad no puede ser sino tematizada por el sujeto que se encadena a su propia identificación.

3. Puede ser considerado, en fin, como movimiento en el cual el aparato se despliega aun constituido. Abierto siempre al *après-coup*, descapturado de un determinismo lineal que tendría sólo en cuenta la acción del pasado sobre el presente y no las recomposiciones que el presente inaugura sobre el pasado. Diferencia entre la huella mnémica —como materialidad de base— y los ensamblajes a los cuales estas huellas quedan abiertas, destinadas a nuevas resimbolicaciones, a nuevas retrasmisiones.

4. Desde esta perspectiva, el proceso de la cura puede ser concebido como espacio privilegiado de la resimbolicación. Lugar de re-ensamblamiento, a partir de que lo traumático no es lo vivido en general, sino aquello que no pudo encontrar, en el momento de su inscripción y fijación, de su caída en el aparato, de ese «significado al sujeto», posibilidades metabólicas de simbolización productiva.

5. No se trata entonces de un «retorno al pasado» para agregar lo que faltó ni para quitar lo que sobró, sino de una recomposición «disipativa» en un proceso irreversible. A partir de ello, lo que insiste como idéntico, una vez retrasmisito, no deja intacta la totalidad en la cual se despliega.

6. Historizar es entonces estructurar de modo significativo los efectos de lo acontecido, traumático, inscrito a partir de una descomposición y una recomposición que liga de un modo diverso las representaciones vigentes (invertidas o plausibles de serlo).

¿Cómo recuperar los fundamentos de lo histórico, tanto en el movimiento de constitución del sujeto psíquico como

del psicoanálisis en general? En primer lugar, es necesario que nos desatrapemos tanto de la propuesta estructuralista que nos condena a tiempos míticos y reubicar los tiempos históricos, necesarios, de esa constitución. Entendiendo como historia no la sucesión de acontecimientos vividos, sino los ordenamientos que hacen a la constitución del psiquismo en las diversas modelizaciones que Freud ofreció de ello: autoerotismo, narcisismo, constitución de las instancias ideales, y sus correcciones: transformación en lo contrario y vuelta contra la persona propia, represión originaria, represión secundaria.

Se trata de un movimiento en el cual en el proceso de reconocimiento de la insistencia repetitiva del inconciente se organizan continuidades bajo el modo de lo discontinuo. Como lo definen algunos historiadores, se trata de una «historia problema» y no de una «historia relato». El relato es, en todo caso, el modo con el cual el sujeto tematiza y significa la historia problema en el camino de la autoteorización.

Algunas observaciones finales

Hemos intentado ir cercando los procesos de constitución del sujeto psíquico del lado de sus inscripciones primordiales, del lado de lo que escapa a la madre misma. Abordamos las huellas mnémicas que dan origen a la sexualidad como restos, relictos, de un objeto pulsante que el semejante ofrece subvirtiéndolo el orden natural, propiciando el ingreso del niño a la cultura, su humanización a partir de las representaciones que irán a construir los fondos del inconciente.

Que la memoria funcione en el ser humano a partir de múltiples sistemas de inscripciones, que las huellas mnémicas se reestructuren en sus ensamblajes mutuos, abriendo nuevas vías de simbolización y resignificación genera posibilidades totalmente otras, para repensar la historia en el sujeto psíquico. Pero aún antes de que el niño se historicice, aún antes de que pueda otorgar mediante el lenguaje significaciones a los enigmas a que queda confrontado desde los primeros tiempos de la vida, es indudablemente el semejante, pero en este caso del lado del yo, del lado del narcisismo, quien toma a su cargo la función de teorización de lo

incognoscido, y quien brinda no sólo el código de la lengua, sino una organización discursiva que, apuntando a la novela familiar, tiende a generar un sistema de ideología espontáneo acerca de sí mismo y del mundo, una *Weltanschauung*.

En situaciones traumáticas graves, sobre todo en aquellas producidas por traumatismos históricos, el imaginario colectivo favorece, recaptura, ayuda a la metabolización individual o a lanzar a los fondos del inconciente las vivencias traumáticas. En aquellas ocasiones en las cuales queda en discusión el carácter de víctima de las víctimas —con lo cual se infiere un daño extra, cuestión que fue lúcidamente analizada por J. F. Lyotard en *El diferendo*—, negándoles, en muchos casos, la posibilidad de una elaboración colectiva, (situación que es admitida, en casos extremos, en razón de la culpabilidad inherente a todo sobreviviente de una tragedia colectiva o de identificaciones más o menos patológicas con los agresores), la tarea de elaboración queda obstaculizada o no se produce, destinadas las representaciones a vagar —«como vagan las almas de los niños no bautizados», vale decir, no inscritos simbólicamente, por el limbo— por la tópica psíquica a la búsqueda de un destino que las engarce en un conglomerado representacional que les otorgue un estatuto definitivo.

Se podrá plantear, y con razón, hasta dónde se puede considerar análisis el proceso terapéutico llevado a cabo con Wanda. Paciente sentada frente a frente, con la cual en muchos momentos me veía obligada a realizar intervenciones de carácter dudoso: ligar yo misma recuerdos contados con varios meses de diferencia en las sesiones, realizar preguntas no sólo suscitadoras de asociaciones sino «inductoras», e, incluso, entrar como «objeto del campo» que se ofrece a la mirada, vale decir, aquello que, en cierta jerga en boga, favorece una impronta de lo imaginario en análisis.

Es hora ya, porque las situaciones limítrofes, los *análisis de frontera* (en las fronteras de la tópica, en las fronteras de la intersubjetividad: niños, psicóticos, traumatismos graves, trastornos en la perturbación de la tópica) lo requieren, que sometamos a discusión la cómoda diferenciación establecida entre análisis y psicoterapia a partir del uso o no del diván, o por el número semanal de sesiones.

No cabe ninguna duda de que un proceso analítico, en sentido estricto, requiere el uso del diván y la posición recl-

nada permite una abstención de la mirada que contribuye a la abstinencia en general. Sabemos también que el número de sesiones da una garantía de contención, de sostén, para generar las condiciones que den curso al levantamiento de las defensas, así como pauta un ritmo en el cual el analizando pueda permitirse dar curso a sus asociaciones, levantar las defensas, con la garantía de que lo des-simbolizado, desligado, pueda ser resimbolizado y religado.

Nada se ha revelado, hasta ahora, para el psicoanálisis, más eficiente que la técnica clásica propuesta por Freud. Ella obedece a una relación establecida entre el objeto y el método, entre lo «descriptivo» y lo «prescriptivo»;²⁴ sus variaciones no pueden ser dadas por razones externas al objeto mismo.

No puede definirse el número de sesiones por razones ajenas al campo (sería inadmisibile, en medicina, que a un paciente aquejado de un cáncer se le prescribieran analgésicos en razón de que la quimioterapia es excesivamente costosa para los recursos con los cuales cuenta). Al mismo tiempo, el aferramiento a la técnica, reificada, desligada de las condiciones que la definen, habla de un apresuramiento por coagular las condiciones de una práctica que se da aún, en nuestra opinión, en los marcos de la «alquimia», y no logra su pasaje a la «química» como ciencia constituida.

Los fundamentos del psicoanálisis, los fundamentos de lo originario psíquico, están en vías de elaboración. La obra de Freud es una obra de partida. Sus paradigmas, aquellos que se ofrecen en el marco de los trabajos metapsicológicos —comprendido en ello textos como el *Proyecto*, *La interpretación de los sueños*, *Más allá del principio de placer*, por citar sólo algunos, y no sólo esa parte de las *Obras completas* que encierra algunos trabajos bajo el título de *Trabajos sobre metapsicología*, poseen una fecundidad teórica y clínica no agotada, y, en nuestra opinión, no suficientemente explotada en razón de que aun su reordenamiento está en ciernes.

Es por relación a este cuerpo matriz que los aportes de casi un siglo de psicoanálisis pueden ser reubicados. A esto apuntamos cuando revisamos nuestras propuestas teóricas.

²⁴ Véase Jean Laplanche, *Problemáticas V: La cubeta. Transcendencia de la transferencia*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1990.

En este sentido lo esencial del método fue, en nuestra opinión, conservado; y ello a partir de permitir a nuestra paciente deshacer y rehacer las vías de las redes representacionales, siguiendo los elementos uno a uno, en su ensamblaje singular, para recomponer en una articulación menos obturante, menos destinada a la repetición y al síntoma, aquellas cadenas que cobraban, a partir del trabajo en común, un sentido hasta el momento no articulado.

Ninguna explicación «totalizante»; pero a diferencia de la regla perversa que marcó los años jóvenes de su existencia: «*Hier ist kein Warum*» (aquí no hay por qué),²⁵ la apertura de un espacio en el cual los enigmas pudieran ser planteados, y en relación con ello generara nuevas vías autoteorizantes y autosimbolizantes, creó las condiciones para que aquello que había quedado en suspenso pudiera, al fin, encontrar un estatuto más definitivo.

Era el *intento* constante de posicionamiento del analista en el campo terapéutico, como «suscitador» y polarizador de transferencias, como abstinente de recomendación o consejo, como abstinente de un saber acerca de lo que le pasaba al paciente, como abstinente de seducir o de aplacar, de enseñar o de pautar, de enjuiciar o de aprobar, lo que definía el carácter de *análisis* de la operación efectuada.

Pero todo ello en el interior de un juego permanente de regulaciones entre *abstinencia e implicación*, atravesando, junto a nuestra paciente, los avatares de una historia cuyos traumatismos se actualizaban en el proceso mismo cuya resolución intentábamos.

Y siempre en el marco de una tendencia general, en la cual no dejamos de vernos, constantemente, atravesados por los odios y amores de los seres humanos que analizamos, por sus demandas y rehusamientos, por sus padecimientos y esperanzas.

²⁵ La ley del exterminio, en su irracionalidad, no acepta explicación ni, en consecuencia, justificación. Véase Claude Lanzmann, «*Hier ist kein Warum*», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 38, otoño de 1988.

3. Lo arcaico, lo originario, en situaciones de adopción

Que un niño adoptivo haya pasado a compartir la vida de sus padres a los pocos días de nacer o a los seis meses de vida implica movimientos diferenciales y da cuenta de formas de inscripción de diverso orden que se superponen en el aparato psíquico en estratificaciones destinadas o no a su transcripción.

Juan, de 7 años, despliega, a lo largo de su sesión de análisis, un juego en el cual se organizan y desarticulan situaciones de conflicto que se han ido estructurando a lo largo de sus años de infancia. Encierra los animalitos en una jaula, separa cuidadosamente aquellos que son hostiles de los que no lo son (tigres y leones por un lado, vacas y caballos por otro); con cuidado intenta rearmar algunos movimientos de diferenciación, de clivaje, en razón de que no ha logrado, todavía, establecer las inhibiciones que abren paso a la latencia. Los cercos de plástico que cierran los corrales se caen todo el tiempo, no logran mantenerse en su lugar. De pronto, me introduzco en el juego: incluyo un granjero que ha quedado al costado de la canasta, tirado en el piso, y lo coloco en la tranquera. Juan, sorprendido, me mira. Le digo: «Es más fácil si alguien, grande como un papá, controla que no se desborden». Se ríe, con complicidad... Hemos hablado largamente de la sensación de ausencia, de indiferencia de su padre; de cómo se ha sentido solito, librado a desbordes incontrolables o al ejercicio de rigidizaciones que contengan aquello que el adulto no ha logrado establecer.

El juego sigue, nuevos elementos, nuevas asociaciones se despliegan. De repente, Juan se retira a un extremo del consultorio, se acuesta sobre algunos almohadones y pide que me siente a su lado. A partir de este momento está como en otro lado, la mirada perdida, en silencio, ha introducido un dedo en la boca y, con la otra mano, desliza despaciosamente los dedos por el borde del diván, luego por el borde de mi

falda. No hay propuesta seductora, no hay en ello acto erótico en una búsqueda trasfereencial de adueñarse amorosamente de mi cuerpo —cuerpo materno signado por la falla de interdicción paterna—. Ha pasado, bruscamente, como en otras sesiones, a otro estrato de su vida psíquica. Le pregunto en qué piensa. Me mira, adormilado, como si mi voz no alcanzara a tocarlo. El consultorio se desvanece. Algo tal vez más arcaico, inenlazable, ha surgido.

Juan es adoptivo, a partir de los cuatro meses vive con su familia actual. No hay discurso en los padres relativo al pasado. Se sabe que alguien lo entregó en la Casa Cuna a los tres meses, un mes antes de su adopción. En ciertos instantes, un color, alguna tonalidad de la luz, un movimiento inesperado de mi cabeza, le hacen suspender lo que está haciendo, quedar absorto.

Los momentos en que esto se produce no logran engarzar en el entramado del material previo que ha aparecido en la sesión. No corresponden, ni por su continuidad ni por el carácter que asumen, a ningún elemento previamente emergente o analizado. ¿Qué huellas guarda de esos tres primeros meses de vida, o aun del mes que, separado del objeto originario, fue atendido por *nurses* en la sala en la cual permaneció hasta que la adopción se concretó?

Nunca podrá haber asociación sobre esto que ocurre. El elemento que aparece a través del acto no fue jamás transcrito. Su estatuto no es interpretable, sólo ligable, y ello me coloca en la posición de establecer nexos en los cuales el puente debe ser construido, ya que las vías están rotas. Una fractura en la simbolización se ha producido. El análisis no puede «volver a re-enderezar una representación mal emplazada»; sólo puede tejer el entramado en el cual ubicar una vivencia que corresponde, en principio, al orden de lo no verbalizable: en este caso, de lo irrepresentable (aun cuando su estatuto sea representacional, algo que ha quedado *como en los bordes del sujeto*).

Contingencia de la sexualidad humana, contingencia de la pulsión, no sólo contingencia del objeto «dando forma a la pulsión». Si hay una «libido buscadora de objeto», ella está en la madre; cuando trasforma al niño en objeto pulsado, lo hace devenir objeto de sexualización y en razón de ello le da las condiciones de advenir a «sujeto» sexuado —en el sentido más amplio del término, antes de que el descubri-

miento de la diferencia anatómica de los sexos reordene, polarizando, la libido en una bipartición que resultará entonces genitalmente ordenable—, subvierte el orden biológico y arranca a la cría humana de un destino «natural» que lo condenaría a la inmediatez y a la improductividad psíquica.

Relación de *correlación* entre el inconciente del niño y el deseo de la madre, entonces, pero no de simetría, no de contigüidad; relación «metabólica», de incorporación y transformación, de un deseo que, siendo él mismo desconocido por la madre (en la medida en que se inscribe en su propio inconciente), sólo reaparece invertido en el sistema de contracarga narcisista patrimonio del yo.

Necesitamos, cuando pretendemos sistematizar algunos elementos sobre la cuestión de lo originario, plantearnos de qué modo operan en este caso las múltiples inscripciones del objeto materno —lo cual definirá, en última instancia, nuestra posición respecto del problema en los diversos momentos de la clínica.

Que los desarrollos metapsicológicos que abordamos puedan cobrar un sentido para nuestro trabajo depende de la corroboración clínica de la hipótesis que exponremos a continuación; ellas nos parecen constituir un eje fecundo para el abordaje de la cuestión de la cual partimos, y que ha guiado nuestra indagación.

Diversas inscripciones del objeto «madre»

He retomado en páginas anteriores la idea de un psiquismo estructurándose por inscripciones primarias que encuentran modos de trascripción y retrasmisión. Sistemas de memorias que no se instauran en un solo tiempo, sino a lo largo del tiempo, con la peculiaridad de que es este tiempo de su inscripción lo que deviene espacialidad «interior».

Podemos diferenciar estas huellas primarias de lo originario siguiendo los modelos freudianos antes mencionados, fundamentalmente el de la carta 52 a Fliess. En este esquema, inconciente y huella mnémica se recubren parcialmente: no todas las huellas mnémicas son inconcientes, aun cuando el inconciente esté constituido por sistemas de

huellas mnémicas. Un sistema precede al inconciente: el constituido por los *signos de percepción* —tal el modo con que son definidos—. Estos signos de percepción aluden a lo más arcaico del aparato psíquico, a los modos con que se inscriben las primerísimas experiencias con el objeto. Retrascriptas o no en los sistemas posteriores; Freud da una razón de ello: en épocas sucesivas de la vida les será permitida o rehusada (*Versagung*) tal posibilidad.

Si lo arcaico puede ser recapturado, encontrará modos de transcripción al preconciente (sin que ello implique, en modo alguno, su desaparición en el inconciente, sino una resimbolización de un nivel distinto), bajo ciertas condiciones.

Tratemos de imaginar el pasaje del pecho al biberón en un niño criado por su propia madre: se encontrará con otra textura y otro sabor (diversidad del objeto de la zona erógena oral),¹ pero algunos signos permanecerán, lo idéntico y lo diverso operando como una combinatoria que logra un cierto nivel de contigüidad (contigüidad, metonimización de la piel y de los concomitantes generales de la sexualización).

Por el contrario, en un niño para el cual el objeto materno originario se ha perdido, que ha sido trasladado a una madre sustituta, las inscripciones primordiales se verán metaforizadas, pero los lazos metonímicos sufrirán una fractura, retrascriptiones parciales del olor, textura, voz, que guardan restos, en tanto humanos (sexualizantes y amorosos), del objeto primordial, pero con dificultad de recaptura, por retrascriptión de contigüidad, abierta a posibilidades potenciales o al fracaso de su resimbolización.

Es apelando, una vez más, al *Proyecto de psicología* como podemos ampliar nuestras hipótesis: la representación del objeto de satisfacción originario (pecho representacional) se encuentra con el objeto perceptivo (pecho real) en cada nueva experiencia. Si ambos objetos fueran idénticos (lo cual sería imposible, salvo en el caso de que redujéramos este encuentro a lo autoconservativo, donde no quedan remanentes tensionales), la anulación del percepto no posibilitaría nuevas retrascriptiones. Si el objeto fuera totalmente di-

¹ Porque cada experiencia es acompañada por signos de percepción propios: el borde del corpiño rozando el mentón, el perfume diferente que ese día usó la madre, el bicarbonato del pezón... el pecho —en tanto objeto erógeno— no siendo nunca exactamente el mismo.

verso, por el contrario, no habría recubrimiento parcial entre la huella alucinatoria y el percepto, lo cual llevaría a abandonar todo intento de trabajo psíquico.²

Es entonces el hecho de que el objeto sexual, no autoconservativo sino desprendido de las inscripciones deseantes que el semejante pulsa, se inscriba en una continuidad-discontinua lo que abre las vías para el trabajo psíquico de ligazón que inaugura las posibilidades de enriquecimiento del psiquismo incipiente.

Algunas huellas verán imposibilitada su retrascriptión; otras serán reinscritas, recompuestas por *après-coup* en un originario cuyo carácter de fijación definitivo estará dado por la represión originaria que funda el inconciente. Habrá entonces huellas recuperables en análisis y otras sólo cercables, «reconstruibles» a partir de los relatos del semejante o de la recaptura en análisis a partir de construcciones. De todos modos, lo que importará «a futuro» es su activación, su investimento o desinvestimento para que devengan patológicas. No es su esencial diversidad por relación al yo o al preconciente lo que será productor de patología o de salud, sino su capacidad de ser desinvestidas o reinvestidas, su actualidad o emergencia como bloque errático: compulsión a la búsqueda de ciertos olores, de ciertas sensaciones táctiles, fetichización de ciertos rasgos.

Es por esta vertiente que nos aproximamos a nuestra hipótesis central: *es la permanencia y fijación de lo arcaico no recapturado en el inconciente originario lo que «hace obstáculo», en las adopciones, a la resimbolización de cierto histórico-vivencial no transcrito.* Sin duda, el destino general del sujeto en el interior de los nuevos vínculos sexualizantes y narcisizantes definirá el destino de la apertura hacia el máximo de resimbolización posible.

El contacto con una piel primordial (en el caso de los niños adoptivos que han permanecido un tiempo con su madre de origen) produce improntas cuya insistencia vemos emerger *a posteriori* como repeticiones de un orden difícil de cercar;³ improntas que hacen irrupción en el campo clínico

² Véase *Proyecto de psicología*, en *AE*, vol. I, 1982, pág. 375 y sig.

³ Es este uno de los elementos más sorprendentes de los niños hijos de desaparecidos en la Argentina, restituidos a sus familias de origen, en al-

como momentos de desconexión pasivizada de recuperación de contactos primarios, olfativos o táctiles, con objetos o aun con el cuerpo del analista —búsqueda de recorrido cuidadoso con un dedo por la pierna o el brazo del terapeuta, búsqueda olfativa en los almohadones, intentos de llenar el lavatorio y de sumergirse en él, por dar algunos ejemplos siempre desconcertantes para quien atraviesa la experiencia de la conducción de la cura y ve fracturados los órdenes de comprensión—, inscripciones para reconstruir en su historicidad arcaica y no para interpretar en el sentido estricto de recuperación de lo inconciente.

Diverso es el caso de los marasmos efecto del hospitalismo: lo autoconservativo ha sido preservado, pero los restos de objetos de la sexualización originaria se han perdido definitivamente. No hay recuperación no sólo metonímica, sino tampoco metafórica del objeto, y con ello se abandona toda posibilidad de trabajo psíquico que intentará el recubrimiento parcial del percepto por parte de la huella mnémica inscrita. La manipulación del niño como «cosa biológica» impide la metaforización y conduce al abandono de todo intento de búsqueda de las huellas del objeto («Sobre el prójimo aprende el ser humano a discernir», dice Freud en el *Proyecto*. Pero, para que haya trabajo psíquico, es necesario que el «prójimo» sea realmente un «prójimo», vale decir, otro ser humano provisto de deseos hacia el niño).

Esto del lado de las experiencias fundantes de lo inconciente, lo cual nos permite repensar algunos fenómenos clínicos en muchos casos incapturables desde una perspectiva biológica de la función materna o desde una perspectiva puramente estructuralista, en la cual el discurso parental es sostenido como la materialidad princeps.

Guy Rosolato ha propuesto, para estas huellas de carácter pre-lenguajero (y, aun, «para-lenguajero», en razón de que este tipo de inscripción no se circunscribe a los orígenes de la vida, aun cuando en estos encuentren su modo

gunos casos a más de diez años de su secuestro. Una niña de once años, en el reencuentro con su abuela, miraba fascinada el medallón que esta llevaba colgado al pecho. Ese medallón había sido un objeto al cual fijaba la mirada —durante el primer año de vida— cuando la abuela la tomaba en sus brazos y la sostenía para acunarla. Ese medallón constituyó el *objeto-puente* a partir del cual se recuperaron otros recuerdos primarios perdidos...

universal de instalación), el concepto de *significante de demarcación*:

«Somos llevados así a tener en cuenta representaciones y una *semiótica* como sistema diferente del sistema verbal, lingüístico. Las imágenes se darán entonces como signos, con un significante que conviene distinguir del significante lingüístico: se le llamará *significante de demarcación*, teniendo el mismo un efecto de significado. Pero aquí el significado es una relación que remite al *referente*, o, después de adquirido el lenguaje, a un significante lingüístico [...] Estos significantes de demarcación, que son delimitados (demarcados) como figuras sobre un fondo, y al margen del sistema lenguajero, han surgido de una digitalización de un primer tipo, es decir, de una *selección por repetición perceptual* que pone en juego una serie de oposiciones progresivamente exploradas por el niño: presencia/ausencia, bueno/malo sobre todo, placer/displacer y dolor; luego el pasaje de la pasividad a la actividad, por la distinción entre el adentro y el afuera. Lo que caracteriza al significante de demarcación viene del hecho de que este elemento es, en su perspectiva, *analógico*: él es necesario y suficiente para fijar en la memoria o sobre un soporte material una imagen, una forma homomorfa de un percepto que remite a un referente».

Y agrega:

«Para el psicoanálisis se trata de atender a esos significantes de demarcación *enigmáticos*, cuyo sentido permanece flotante, *inefable*, potencialmente evocador, que marcan el desarrollo del niño con su acceso activo al lenguaje y que son puntos de fijación tanto para sus experiencias como para las estructuras psicopatológicas».⁴

«Así para el niño se organiza progresivamente la puesta en memoria de los primeros significantes de demarcación, en principio *enigmáticos* en función de la autoconservación (Laplanche) antes de estar ligados a la satisfacción».⁵

⁴ Guy Rosolato, *Eléments de l'interprétation*, Paris: Gallimard, 1985, pág. 30 y sig.

⁵ *Ibid.*, pág. 33.

Algunas observaciones al respecto: Rosolato se emplaza en una perspectiva pos-estructuralista que intenta reubicar la célebre fórmula de Lacan «el inconciente está estructurado como un lenguaje» agregando «...por la vía del significante»; viniendo entonces el significante de demarcación a poner coto al furor lenguajero. Si estos significantes son articulables —aun cuando sea *a posteriori*— y, en razón de ello, capaces de devenir «sentido», los elementos últimos del inconciente pueden ser concebidos como significantes sin por ello subsumir bajo el lenguaje toda producción psíquica.

El acento central está puesto en el carácter comunicacional de la vía analógica, que no comporta en ningún caso doble articulación, pero sí es capaz de constituir «baterías significantes de demarcación... baterías, en principio, de un número ilimitado de elementos, de hecho reducidos por el enmarcamiento de situaciones existenciales propias del desarrollo del ser humano, y, sobre todo, por las experiencias específicas de cada uno».⁶

Repetición, inscripción de la experiencia, carácter no-articulado del significante de demarcación, primer ordenamiento a partir de elementos discretos, no ensamblados de origen en un código que los estructure... elementos todos que nuestra experiencia clínica y nuestra perspectiva teórica confirman. El valor de la observación teórica de Rosolato respecto de esta diferenciación que establece en un intento de ubicar los elementos fundantes de lo inconciente es que ofrece un ángulo ordenador para los conceptos que venimos desarrollando.

Sin embargo, no dejaremos de marcar una diferencia respecto del eje en orden al cual definimos nuestra perspectiva: se trata de la función del *otro*, del *semejante*, es decir, del *agente humano*, en su implantación. Es esta categoría la que rescatamos centralmente del concepto de *significante enigmático* de Jean Laplanche —no ofrecido por la *autoconservación*, ya que «la verdad del apuntalamiento está en la seducción—, la que permite salir de la oscilación —falaz opción que ha entrampado durante años al psicoanálisis— entre un sujeto que se constituyera a partir de la «percepción-conciencia» y un sujeto endógenamente determinado.

⁶ *Ibid.*, pág. 31.

Opinamos que no es la mediación de la percepción —visual, auditiva, táctil— la que se interpone como tiempo de articulación entre el niño en constitución y el Otro —del código, del Edipo—, sino que es la mediación del otro provisto de sexualidad y atravesado por su historia pulsional, edípica, singular, la que define la inscripción de los significantes de base del inconciente —enigmáticos, de demarcación, o signos de percepción.

Digamos por último que es sólo mediante un forzamiento como la función «referencial» del signo puede ser concebida fuera del sistema lingüístico. Es la lingüística la que intenta distinguir la significación —articulación significativa— de la función referencial o denotativa. Es esta, la denotación, la que se establece entre el signo y el referente, vale decir, el objeto real.

¿Cuál es el objeto «denotado» en los signos de percepción que estamos en vías de explorar? ¿Cuál es el «objeto real» al cual aluden las representaciones inscritas en Juan, esas que no pueden emerger más que fragmentariamente como un reflejo, un color, una sensación táctil?

En el momento en que estas inscripciones caen al psiquismo infantil, no hay «objeto» sino indiciático. Lo que la alucinación primitiva evoca no es el pecho, sino los signos que acompañan la vivencia de satisfacción; en tal sentido, la relación con el objeto exterior sólo es pensable *a posteriori*. El carácter exógeno de las representaciones, su proveniencia desde «afuera» del sujeto en constitución, no es una relación con un objeto en el sentido más estricto del término: como objeto cognitivo o como objeto de amor. Ella es libidinal, vale decir, sexual, y «la cosa del mundo» sólo existe en razón de que escapa a lo ya representado: «Lo que llamamos cosas del mundo son restos que se sustraen de la apreciación judicial», dice Freud en el *Proyecto*.⁷

Desde esta perspectiva, la relación del sujeto con lo real se da de modo complejo: por un lado, el psiquismo es residual de un real atravesado por la impulsión del semejante; por otro, lo real se recompone, del lado del sistema percepción-conciencia, abierto al referente e intentando su captura y dominio.

⁷ En *AE*, vol. I, 1982, pág. 379.

El «objeto madre» no se reduce entonces a la inscripción de la «madre real externa», ni tampoco a la *imago* residual de este objeto; él debe ser concebido como un complejo ensamblaje de huellas mnémicas articuladas en distintos sistemas. Los «significantes de demarcación» forman parte, residual o trascrible, de acuerdo con la singularidad histórica del sujeto, de su composición.

Diversos tiempos, luego, de la estructuración del sujeto, constituirán al «objeto madre» en sus diversas inscripciones: como madre amorosa, narcisista, especular, en principio; como madre castrada, vale decir, sexuada, destinada, a partir de la diferencia de los sexos, a devenir objeto de deseo (para el varón) o referente mayor de la identificación femenina (para la niña). Su estatuto, de todos modos, no estará determinado homogéneamente; su carácter de «objeto» será sometido a múltiples mutaciones a lo largo de la vida, sosteniéndose la tensión amorosa que regula los intercambios a partir de las retrcripciones que acompañan su presencia corporal y simbólica efectiva.

En los bordes del cuerpo, lo irrepresentable

De aquí derivan las dificultades que enfrentan los analistas de niños cuando deben formular interpretaciones que remitan a los orígenes en situaciones de adopción: «tu madre biológica», «tu primera mamá», «la señora que te tuvo en la panza»... Fórmulas todas tendientes a cercar lo incercable, fórmulas en las cuales se cuelan modos de concebir el nacimiento, la vida, la filiación. Hay algo que «resiste» en el lenguaje, algo que resiste a las representaciones capaces de articular en una teoría de los orígenes la realidad biológica, la realidad amorosa, psíquica, representacional, cuando de lo que se trata es de teorizar, junto al niño, un mito del nacimiento.

Laura, de 8 años, viene de realizar, en mayo, su visita anual a mi consultorio; hace ya tres años que esto se repite. «Quiero ir a lo de Silvia», dice a sus padres, y ellos la traen. No hay en este encuentro ninguna demanda de análisis por parte de la niña. Viene, simplemente, a comprobar que todavía estoy allí, que permanezco.

Cuando ella tenía cuatro años, los padres me consultaron porque su hijita presentaba cierta evolución deficitaria del lenguaje. Hablaba correctamente pero poco, y, de algún modo, poniendo en evidencia cierta pobreza de expresión. Laura no sabía que era adoptiva. La madre, mujer de una gran cultura y sensibilidad, no se había atrevido, nunca, a hablar de ello con su hija. A esa zona oscura —parque oscuro donde se refugian todos los ladrones, como metaforizó Freud para aludir al silenciamiento voluntario de un material en análisis— iban a parar todos los intercambios lenguajeros entre ambas. El diálogo estaba seriamente fracturado, ante la imposibilidad de hablar de nada, en la medida en que «todo» podía conducir al tema temido.

No era que la madre de Laura viniera a verme con esa racionalización, común a tantos padres, de que no soportaba producirle un dolor tan grande al niño, o que temiera las consecuencias de decirle la verdad. Simplemente, estaba más allá de sus fuerzas enfrentarse a ello. Una vida esforzada y atravesada por situaciones dramáticas de diverso orden había llevado a esta mujer a un agotamiento afectivo en el cual muertes y exilios habían cobrado una cuota excesiva.

La primera entrevista fue densamente dolorosa. Precocemente viuda, había formado una pareja con un hombre de igual sensibilidad y cultura que ella, también sin hijos, y, juntos, habían decidido adoptar un niño en razón de que su edad, al comenzar su vida en común, no permitía ya correr los riesgos de una maternidad biológica.

El padre, por su parte, comenzó expresando sensaciones que parecía haber guardado durante mucho tiempo: cuando tuvo que ir a buscar a Laura al hospital, pocas horas después de su nacimiento; dos días más tarde, cuando acompañó a la madre biológica hasta el tren para retornar a su provincia de origen (en razón de que los gastos tanto del parto como del viaje de retorno habían corrido por su cuenta). En este punto del relato, y ante la mirada endurecida de su mujer, no pudo contener los sollozos. Por algún enlace —desconocido para mí—, este hombre sentía de modo dramático que había despojado a una mujer de su hija. La culpa y el dolor no le permitían compartir con su esposa una explicación para la niña que no estuviera atravesada por la fuerza del impacto por él sufrido. Ella, a todo esto, se sostenía

con enojo la cara con las manos. Tuve que hacer una intervención para poner de manifiesto la diferencia de sentimientos que los embargaban: «A. (la mujer) está enojada, siente que su dolor por la madre biológica de Laura no le permite a usted entender el profundo sufrimiento que ella tiene y la necesidad de que usted convalide esta hija como hija de ambos». Por primera vez, el malentendido inicial había sido puesto sobre el tapete.

Mucho de lo no dicho apareció a partir de esto. Ofrecí entonces a los padres comenzar un breve tratamiento con su hija —acompañado de entrevistas con ellos— en el seno del cual se pudieran otorgar las simbolizaciones faltantes y acompañar la nueva apertura al diálogo que se había producido.

Empezó así la niña a venir dos veces por semana a mi consultorio. Su juego tenía un carácter reiterado: escondida detrás del escritorio, levantaba ora una mano, ora un pie, ejecutaba un sonido, en un «Fort da» del cual yo reproducía, especularmente, los movimientos; luego de esto ambas reíamos con placer, y, circunstancialmente, yo interpretaba el placer del encuentro, pero no el de ella conmigo, sino el de su pie o su mano con la mía, de su cabeza y mi pie, de su voz y la mía.

A los dos meses la madre se decidió a hablar con su hija de la cuestión de la adopción. Fue en las siguientes circunstancias: estando ambas viendo una película por televisión, le preguntó si «sabía que hay nenes que nacen de la panza de la mamá y otros que no»; la niña contestó: «Sí, como yo, y de eso no quiero hablar más»... dejando a la sorprendida mujer con las frases, que largamente había preparado, en el borde de la lengua.

Se estableció entonces un juego en el cual Laura se sentaba en mi sillón —sillita baja, mecedora—, y se arrojaba al piso con un grito de remedo de dolor. En ciertas ocasiones llegó a golpearse realmente. Yo interpretaba entonces la hostilidad «a la señora que la tuvo en la panza», su imposibilidad de representarla, y su marca en los bordes mismos de su cuerpo, cuerpo al cual atacaba como única representación de la ausencia expulsante a la cual se sentía sometida, de un nacimiento del cual no tenía representación.

Parecía gozar tanto del juego como de mis palabras. Lúdicamente, en ciertas ocasiones, yo ponía palabras a los

golpes que se propinaba diciendo: «mala, mala esa señora... no la conozco y no le puedo pegar...». En otras, cuando me pedía que la levantara del piso, la sostenía con mis manos, la confortaba, diciendo: «así me levantó mamá A., cuando yo sentía dolor y pensaba que ya no tenía ninguna mamá».

Por supuesto, no estaba yo realizando interpretaciones al inconciente de la niña. Tampoco ofrecía una construcción, en el sentido estricto, ya que no había en mi intervención ningún elemento histórico atravesado por la amnesia infantil que se develara a partir de mis palabras.

Se trataba, en los intersticios abiertos entre la historia-relato de los padres y las conductas eficientes de la niña, de organizar algún orden de significación que arrancara su accionar de la repetición compulsiva que ponía en evidencia.

El carácter de *irrepresentable* de ese objeto originario la compulsaba, en una «vuelta sobre la persona propia», a un ejercicio masoquista cuyas implicaciones futuras eran inquietantes. (Se ha pretendido, en muchas ocasiones, pensar esta cuestión del lado de una «identificación con el agresor». En nuestra opinión, es este carácter de un objeto que sólo opera como presencia atacante, sin representación efectiva en el mundo, sólo *teorizable*, vale decir, *fantasmaticizable* de un modo complejo, ya que no tiene rostro en el cual sostenerse, lo que obliga al niño, en muchos casos, a una operación de retorno hacia sí mismo que no puede ser confundida con el ejercicio de una hostilidad real incorporada a partir de un objeto externo atacante. Si hay «identificación con el agresor», es porque, para el psiquismo, todo abandono es agresión, toda ausencia es ataque a nivel del inconciente...)

Cuando yo hablaba a Laura del dolor y el temor de haber estado solita y no tener una mamá, por supuesto no creía, con ello, aludir a representaciones primarias que hubieran tenido existencia real. En los tiempos en que esto se había producido (dos, tres meses de la niña), no había ni representación de sí misma, vale decir, «sujeto» constituido, ni «objeto» en el sentido pleno del término: objetal, de amor, total. Sólo un sentimiento de *des-ayuda*, *des-ser*, *desamparo* (*Hilflosigkeit*) podíamos suponer ante el abandono sufrido en estos tiempos de los orígenes. Mi intención era, por el contrario, resignificar esas precocísimas huellas de desamparo, constituir un «mito de los orígenes» capaz de reengazarlas, mito sostenido en el *après-coup* que mi paciente organizaba

con sus actos, transcribiendo en palabras ese vacío que ella llenaba con su propio cuerpo. (Vacío común en las adopciones, que es parte determinante de la obesidad de algunos niños que llevan de este modo, en su cuerpo, el otro cuerpo perdido.)

El tratamiento duró pocos meses, al cabo de los cuales la niña siguió con sus padres el proceso abierto durante las entrevistas. Laura debía aún transitar por ciertos movimientos edípicos, hacer un proceso de apropiación de su propia madre, transitar ciertas vías del Edipo que habían permanecido obturadas hasta el presente, y, al cabo de ello, veríamos de qué modo se conjugaba en su psiquismo en constitución la historia «mítica» de los orígenes con lo histórico-vivencial de los intercambios libidinales existentes.

Fue a partir de ese momento cuando estableció esta demanda de venir a visitarme. Yo soy la garantía de que puede haber separación y reencuentro. Repite, sistemáticamente, el mismo juego de mostrarme una mano, un pie, hacer una especie de gorjeo que yo repito. Eventualmente me cuenta algo de importancia ocurrido a lo largo del año: que tuvo una buena maestra, que hay nuevos niños o que alguno se ha ido del colegio, dónde pasó sus vacaciones. De todos modos, es una niña reservada y expresa más con su mirada que con palabras. Se va, luego de una o dos entrevistas, despidiéndose muy satisfecha de que todo permanezca. No se han vuelto a repetir las caídas ni los golpes, y los padres me van confirmando, año a año, que ni ha sufrido accidentes ni ha presentado ningún tipo de sintomatología inquietante. Es en razón de ello que esperamos, todos, el tiempo en el cual el análisis se haga necesario, y Laura sabe que, en algún momento, comenzará a visitarme con regularidad. Esta ocasión será definida en común, tanto con ella como con sus padres, y yo guardo un espacio para cuando ocurra.

La verdad histórica: problema de lo originario

Es tal vez el tema de la verdad el que se plantea permanentemente como un eje mayor no sólo cuando abordamos el problema de las adopciones, o de los efectos de la adopción en el niño, sino, en general, como problema de la clínica

psicoanalítica y, muy en particular, de la clínica de niños. ¿Es la verdad del sujeto lo que se busca? ¿Es esta verdad del orden del deseo? ¿De la historia real? ¿Del fantasma? ¿Se contraponen ella a la fantasía o está enraizada en la fantasía misma?

Dejemos de lado una de las direcciones asumidas por Freud por relación a este tema de la verdad: la que se ocupa de la verdad de la teoría, para la cual ofrece una solución que parece sostenerse, en muchos casos, en un positivismo clásico: la verdad como enunciado científico que propicia un «ajuste» entre el pensamiento y una realidad otorgada de inicio: «Llamamos "verdad" a esta concordancia con el mundo exterior objetivo», meta del trabajo científico que debe dejar de lado los factores individuales y las influencias afectivas, y «somete a riguroso examen la certeza de las percepciones sensoriales sobre las que edifica sus inferencias».⁸

Vayamos en cambio a la otra vertiente, aquella que nos parece puede arrojar luz sobre nuestras preocupaciones actuales: la verdad «del sujeto» concebida como verdad *histórico-vivencial*.

Esta verdad *histórico-vivencial*, cuyo desarrollo más acabado como noción encontramos en el apartado G de la segunda parte de *Moisés y la religión monoteísta*, nos incita a detenernos por un momento. Freud parte de preguntarse qué dosis de verdad tiene la creencia. «Por los psicoanálisis de personas individuales hemos averiguado que sus tempranísimas impresiones, recibidas en una época en que el niño era apenas capaz de lenguaje, exteriorizan en algún momento efectos de carácter compulsivo sin que se tenga de ellas un recuerdo conciente...». Una idea que ofrezca este carácter compulsivo, es forzoso que halle creencia. Y si bien no consiste, en el sentido material, en una verdad, «en la medida en que trae el retorno de lo pasado es preciso llamarla *verdad*».⁹

Vemos reaparecer, en un texto tan tardío (1938), ideas precozmente concebidas en su obra: la verdad de un sujeto

⁸ Sigmund Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *AE*, vol. XXII, 1979, pág. 157.

⁹ Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, en *AE*, vol. XXIII, 1980, pág. 125.

remite a un histórico-vivencial inscrito en tanto huella mnémica, recapturada por desfiguración, por transcripción, a lo largo del tiempo y en los diversos sistemas psíquicos que se estructuran en épocas sucesivas de la vida. Teoría de la memoria como resignificación, *après-coup*, retorno y desfiguración de lo originario.

Enlace del tema de la verdad y la memoria, habida cuenta de que la memoria como «función», como operación psíquica no es patrimonio de lo inconciente. Memoria y huella mnémica se enlazan a partir de los sistemas que se contraponen en conflicto y comercio, siendo la primera una recuperación de la segunda a partir de retrasmisiones que operan del lado del sujeto. El inconciente, reservorio de la memoria, no será, desde esta perspectiva, considerado como «memorizante» en sentido estricto. Es del lado del sistema preconciente-conciente de donde devendrá el rescate memorizante del recuerdo, inscrito no como tal, no como totalidad, sino como resto desgajado de lo real-vivenciado. Posición claramente explicitada en el texto de «Lo inconciente», donde vemos definidas estas cuestiones: un inconciente sistémico, regido por el proceso primario, habitado por representaciones y constelaciones fantasmáticas, que no posee grado de certeza ni duda alguna, incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso, regido por el realismo a ultranza de las representaciones que lo constituyen, incapaz de memorizar, siendo a la vez el soporte material de la memoria.¹⁰

Así opera también la diferencia entre *reminiscencia* y *recuerdo*. El recuerdo pertenece al sujeto, la reminiscencia, por el contrario, se apodera de este. Sin embargo, en el caso que estamos viendo, nos encontramos ante un tipo de reminiscencia muy particular; ella no pertenece a lo originario, reprimido y trascripto mediante retoños.

Cuando Juan se detiene, perdido, en cierto momento de la sesión, capturado por una luz particular, un sonido o un color, no ha «regresionado» a ningún lugar ubicable tem-

¹⁰ «También la memoria conciente parece depender por completo del Pcc; ha de separársela de manera tajante de las huellas mnémicas en que se fijan las vivencias del Icc, y probablemente corresponda a una transcripción particular...», dice Freud. (Sigmund Freud, «Lo inconciente», en *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 186.)

poralmente, sino que algo, no ligado e inmetabolizable, ha «progresionado» como pequeño bloque errático inubicable, que lo captura por entero. Para que estas huellas pudieran ser ubicadas en algún tiempo o espacio, haría falta alguien capaz de historizarlo, de recuperarlo y de darle una posición trasformándolo en «recuerdo». Allí apuntan, en ciertos momentos, mis intervenciones.

Producción de la cosmovisión (*Weltanschauung*) originaria

Es fluctuando entre dos posiciones: la revelación y la investigación, que el niño establece sus modelos de construcción de un sistema de certezas yoico acerca de sí mismo y del mundo. Los enigmas se estructuran a partir de la imposibilidad del lenguaje parental de «significarlo todo», de las efracciones que inauguran las verdades «histórico-vivenciales» por relación al orden de recubrimientos que el recurso parental propicia. Cualquier ilusión de que los padres puedan *decir todo* debe ser abandonada, en la medida en que ellos mismos desconocen las determinaciones inconcientes que los compulsan en el interior del vínculo con su hijo.

El de *Weltanschauung* es un concepto específicamente alemán —dice Freud—, cuya traducción a lengua extranjera acaso depare dificultades. «...Una cosmovisión es una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso. Es fácilmente comprensible que poseer una cosmovisión así se encuentre entre los deseos ideales de los hombres. Creyendo en ella uno puede sentirse más seguro en la vida, saber lo que debe procurar, cómo debe colocar sus afectos y sus intereses de la manera más acorde al fin».¹¹

Totalizante y reaseguradora, la cosmovisión forma parte de las aspiraciones intelectuales básicas del ser humano. Y

¹¹ Sigmund Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *AE*, vol. XXII, 1979, pág. 146.

será en el marco de los elementos unitarios que la cultura le brinde, donde el hombre común intentará responder a las efracciones, con un sistema de respuestas que nuevos enigmas le plantean constantemente. De este lado, justamente, el narcisismo materno jugará una función no sólo totalizante por relación a la instalación de una identidad del sujeto, sino que inscribirá esta identidad acorde a una teoría más general de una existencia, de su «ser en el mundo», como dirían los fenomenólogos.

«Pero la cosmovisión científica —continúa Freud— ya se distancia notablemente de nuestra definición. Es cierto que también ella acepta la *unicidad* de la explicación del mundo [después de todo, el científico no deja de ser un sujeto psíquico], pero sólo como un programa cuyo cumplimiento se difiere al futuro [y Freud no deja de ser un científico de su época, que refleja la ilusión de la modernidad: aspira a un conocimiento totalizante al cual sólo renuncia momentáneamente en aras de alcanzarlo. No diverge esto mucho de los modelos de renuncia del narcisismo primario y su pasaje al secundario]. En lo demás se distingue por caracteres negativos: la limitación a lo que es posible averiguar aquí y ahora, y la tajante desautorización de ciertos elementos que le son ajenos. Asevera que no existe otra fuente para conocer el universo que la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, vale decir, lo que se llama “investigación”; y junto a ellas no hay conocimiento alguno por revelación, intuición o adivinación».¹²

El enigma de la vida, al cual el niño se enfrenta, es «teorizado» tanto por este como por sus padres, dado que no es una verdad de la biología la que se intenta desentrañar, sino una verdad de otro orden: sepultada en el inconciente parental, sólo emerge a través de los desplazamientos y contrainvestimientos de este; silenciada en los secretos trabajosamente conservados, el enigma acecha constantemente a la búsqueda de una respuesta que posibilite la recuperación, mediante el discurso, del histórico-vivencial que insiste. Enigma del nacimiento que, en tanto contingencia azarosa, se liga al de la muerte; sólo puede simbolizarse, jamás capturarse en el «real» que lo produce. Es impensable para el sujeto psíquico abordar la contingencia de su exis-

¹² *Ibid.*, págs. 146-7.

tencia. Hay niños que lloran frente al retrato de casamiento de sus padres preguntando: ¿y yo por qué no estuve? ¿por qué no me invitaron? Donde la exclusión reviviscente de la escena primaria no anula la otra cuestión para la cual se abre una respuesta posible pero insatisfactoria: porque aún no habías nacido. ¿Y dónde estaba entonces? preguntará... Porque es tan impensable no haber existido como la posibilidad de dejar de existir.

Se establece entonces un discurso muy similar al que Freud otorga a Hans: «antes de que tú nacieras...», ubicando en el orden de las generaciones una continuidad que posibilita los ensamblajes historizantes que religan los órdenes del histórico-vivencial inconciente (de las huellas inscritas y trascritas, atemporales), con una teoría simbolizante organizadora de la temporalidad preconciente.

Que esta teorización sea insuficiente no implica que no sea eficaz. Que su función sea contraponer a los embates del inconciente generadores de angustia una ligazón obturante no deja de tener una racionalidad cuasi ontológica: el sujeto no puede quedar librado a la pulsión de muerte, a la desligazón constante a que lo somete el embate de la sexualidad disgregada de lo inconciente. Si ello ocurriera, tiene dos opciones: enloquecer o dejar de preguntarse. Obturar el campo de la incógnita o dejarse invadir por la pérdida total de la certeza. Ambas derivaciones conducen, en sus extremos, a riesgos que bordean la muerte psíquica, es decir, la desestructuración o el vaciamiento.

Es desde esta perspectiva que la pregunta acerca de los orígenes deviene una pregunta estructurante. Su resolución no puede ser ingenuamente contestada desde la simple verdad de la realidad a secas. Debe responder al máximo de simbolización posible que el niño demanda en el momento de su formulación. No puede tampoco partir de la necesidad del otro de comunicarla, sino de la tolerancia del niño mismo para recibirla, o sea, de sus posibilidades psíquicas de metabolizarla.

Ello no quiere decir que se renuncie a reconocer grados de verdad posibles que permitan la ligazón simbolizante del histórico-vivencial, pero no hay una verdad reveladora de *todo* el sentido. Esta concepción de «la Verdad», que vemos aparecer a veces como ideología espontánea de los psicoanalistas, tiene más que ver con la doctrina divina de la revela-

ción que con la concepción freudiana de la verdad. El verdadero esfuerzo de sobre-represión que ejercen en casos extremos los padres adoptivos o los cuidadores de niños por ocultar la verdad de los orígenes opera como un nudo en el cual un conjunto de constelaciones psíquicas encuentran su desenlace patológico. No se trata sólo de que no pueden otorgar una verdad del orden de lo real al niño, sino de que, en este esfuerzo de ocultamiento, otros enigmas quedan abrochados e imposibilitados de circular en el intercambio discursivo. Se produce un fenómeno similar a la metáfora freudiana acerca de lo no comunicable en análisis, se convierte en la zona oscura del parque a la cual van a parar todos los ladrones, en el lugar por el cual la resistencia encuentra un bastión inamovible.

Por supuesto, si las razones son del orden del amor, como ocurre en ciertos casos de adopciones donde el temor a enfrentarse al sufrimiento psíquico produce esta situación de silenciamiento, son recuperables los órdenes que lo determinan y la intervención terapéutica se encontrará con posibilidades de transformación.

Pero si las razones son perversas o inconfesables, donde se prefiere la muerte psíquica del niño o su psicosis en aras del taponamiento de algún tipo de criminalidad en juego —como ocurre en situaciones de «apropiación», a las cuales nos referiremos más adelante—, es imposible, sin el cambio de las condiciones existentes, abrir ninguna posibilidad de salud y productividad psíquicas. La verdad, tanto como su ocultamiento, guardan en este último caso restos de «lo siniestro», de lo intolerable psíquico, que el niño no puede enfrentar sin inaugurar condiciones de resguardo para su resimbolización futura y ello implicando, inevitablemente, un proceso lento y esforzado de ayuda para organizar soportes simbólicos de un esfuerzo psíquico que, de uno u otro modo, le hará bordear lo catastrófico.

La verdad en situaciones de «apropiación»

Tal es el caso cuando nos aproximamos a la problemática de la filiación como la hemos conocido en la Argentina a partir de los fenómenos de apropiación producidos por la dic-

tadura militar durante la década de 1970. Su diferencia con las adopciones debe ser subrayada. No se trata, evidentemente, de ese modo clásico de apropiación que conocemos desde la Antigüedad, de la reducción a la condición de esclavos de los hijos de los sobrevivientes de las guerras tribales o imperiales. Tampoco de la protección otorgada por familias cristianas a niños judíos salvados del holocausto durante la Segunda Guerra Mundial —en ese caso los victimarios quedaban fuera del circuito libidinal real por el cual circulaba el niño, fungiendo, en todo caso, sólo como telón de fondo fantasmático sobre el cual se constituía una nueva identidad conflictiva, con componentes más o menos renegatorios, pero en muchos casos sin una anulación intrasubjetiva de la filiación de origen.

La cuestión inédita de la apropiación de los niños hijos de víctimas de la represión durante la década de 1970 consiste en que esta operación se gestó, en primer lugar, en la trasgresión de la interdicción del asesinato y, en segundo lugar, en la apropiación del cuerpo del niño operando como objeto de goce bajo el modo de una anulación del ser —dado que los apropiadores conocían la identidad de origen y realizaban, concientemente, una operación anulatoria de la filiación preexistente.

Si la madre, biológica o adoptiva, ejerce una *apropiación ontológica* del hijo en sus procesos de constitución, consideramos más correcto, para el caso de las «apropiaciones», referirnos a ello en términos de *expropiación ontológica*: en este caso la identificación filiatoria no se ofrece como un pleno que viene a llenar el vacío abierto de una precipitación remitida a la anticipación estructural del sujeto que, más allá de los matices diferenciales que presenta, se ofrece tanto en el niño en contigüidad biológica con sus padres como en la adopción, sino de un pleno ofrecido con la intención de anular otro pleno, razón por la cual el riesgo de desbordamiento fantasmático de los apropiadores se juega al modo de una obturación del enigma del lado del niño.

Si el fantasma presente en toda adopción gira alrededor de la castración —sea porque no se constituye la escena primaria «generatriz», sea porque remite a la madre infecunda biológicamente o al padre estéril—, el de la apropiación juega, inevitablemente, del lado de un despedazamiento de los cuerpos y de los enfrentamientos mortales que pueden re-

surgir de modo aniquilatorio en el momento en que cualquier diferenciación, rebeldía o rivalidad surja en los intercambios libidinales signados por el amor y el odio que rigen la crianza.

La trasgresión del asesinato y no del incesto es la que lidera entonces el fantasma mortífero en el cual el niño será capturado, convertido en bastión reivindicativo del apropiador y presentificador de su poder omnímodo.

Refiriéndose a los nuevos métodos de concepción, Piera Aulagnier, en su texto «¿Qué deseo, para qué niño?»,¹³ dice: «El aspecto "excepcional", "milagroso", "heroico" de ciertas procreaciones puede aportar al hombre de ciencia una confirmación de los poderes que detenta, para la mujer él puede devenir la prueba del carácter "mágico" del poder omnímodo de un deseo del cual podemos demandarnos qué límites podrá o no aceptar para la relación que va a instaurarse entre ella y su hijo». Efecto no buscado pero latente de la intervención científica en los nuevos modos de fertilización asistida, podemos suponer de qué calibre fue el carácter perverso de esta apropiación realizada por quienes pretendieron instaurar el sistema de terror en la sociedad argentina, en la doble vertiente de manifestar, por un lado, y frente a las víctimas, un poder absoluto sobre la vida y la muerte —incluido en ello el engendramiento—, y de reivindicarse a su vez, ante sí mismos, como incastrables y exentos de toda interdicción de cultura.

Es indudable que los exámenes genéticos son el instrumento que posibilita la identificación definitiva para hacer posible la restitución de los niños expropiados de sus familias, pero, a diferencia de lo que algunos han pensado, no se trata con ello, en nuestra opinión, de restituir una contigüidad biológica, sino de inaugurar la restitución de un derecho de carácter identificatorio, es decir, simbólico. Quienes propulsan la recuperación de los niños que han sufrido este proceso de apropiación demandan, justamente, el derecho a una filiación sostenida en el deseo amoroso de los padres originarios —ya que en realidad los niños no fueron «abandonados», no fueron «cedidos» por sus padres, estos fueron *despojados*— y no en el carácter natural del cuerpo, aun cuando la contigüidad biológica se convierta, de modo

¹³ *Revista de Niñez y Adolescencia*, n° 2, Buenos Aires, 1992.

invertido, en el soporte de un derecho a efectuar esta operación de restitución identificatoria.

No hay en tal sentido comparación posible entre las tareas que se plantean al sujeto en una adopción realizada en el marco de la legalidad de cultura, es decir que no trasgrede los marcos de las prohibiciones básicas, y un apropiamiento establecido sobre el trasfondo del asesinato y la perversión. El intento de otorgamiento de una cosmovisión historizante, en el primer caso, estará siempre abierto a resignificaciones y soportará las efracciones; en el segundo se cristalizará al servicio del evitamiento del retorno de lo reprimido, y en este caso por determinaciones inamovibles, ya que responden a otro tipo de determinación que aquellas que pone en juego la tensión sufriente siempre presente en los duelos compartidos.

Salvada esta diferenciación importante a la cual hoy nos vemos obligados a enfrentarnos —dejando de lado una cómoda abstinerencia obturante de la angustia que situaciones extremas precipitan, y que puede devenir inmoral complicidad—, señalemos que la multiplicidad de verdades acerca del deseo de los padres (mítico-originarios o adoptivos), determina una búsqueda de modalidades de acceso a la verdad cuyo cercamiento inaugura un recorrido por los diversos momentos en los cuales el sujeto se enfrenta a su historización. Este cercamiento implica un reconocimiento de que los distintos tiempos que el niño atraviesa a medida que se enfrenta a nuevas tareas en el marco de la interpelación edípica, deben encontrar, por parte del mediador estructurante que constituye el adulto, posibilidades de respuesta que generen nuevas aperturas de productividad psíquica y que no coagulen ni cristalicen un sentido que el sujeto deberá construir a lo largo de la vida.

La comunicación de una verdad, en análisis o fuera de él, sólo cobra sentido si salda un recorrido e inaugura una nueva vía para las resignificaciones psíquicas en un sujeto que no deja de historizarse en un esfuerzo sin tregua por encontrar respuestas teorizantes a los enigmas que los orígenes inauguran.

«Mi unicornio y yo hicimos amistad... un poco con amor... un poco con verdad...» dice el poema. Porque esta verdad es siempre una verdad del sujeto, y no puede ser nunca propuesta como extrínseca a sus propias búsquedas y simboli-

zaciones. Y ello en razón de que la verdad que al sujeto interesa no es sino una recaptura simbolizante de los enigmas que inscriben los acontecimientos libidinales, vale decir, atravesados por el otro humano, y sólo deviene «realidad» si es pasible de ser metabolizada en una subjetividad cuyo devenir quedará tendido hacia nuevas modalidades de ligazón de la pulsión de muerte y de la angustia a ella concomitante.

Nuevas cuestiones, nuevos enigmas

Los tiempos que corren ponen al descubierto, de un modo inédito, los aciertos e *impasses* de los descubrimientos psicoanalíticos acumulados a lo largo de un siglo. Tal vez nunca como ahora se ha planteado la necesidad de desprender, del cuerpo duro de verdades adquiridas y probadas, la hojarasca de nociones, prejuicios y valoraciones con las cuales ciertas impregnaciones no han cesado de proponer una incidencia insistente.

Las nuevas cuestiones nos obligan ahora a una depuración de nuestros paradigmas. Se trata de definir más claramente aquellos elementos que hacen a la constitución de *lo originario*, y en ese marco prever los alcances posibles de una concepción del sujeto psíquico en cuya elucidación los intercambios con genetistas y antropólogos parecen tornarse más imperiosos de lo que habían sido hasta el presente.

La divulgación de conceptos a través de centros de difusión o de los *mass media*, establecida bajo el modo del consejo generalizado, cabalgando en universales que parecían regir la procreación y la crianza, suenan hoy a cierta morolina, y ello debido a que se topa con una diversidad insospechada hasta hace algunos años: nuevos descubrimientos de la biología que abren formas absolutamente subversivas respecto a los modos clásicos de engendramiento y determinación de la filiación someten nuestra teoría y nuestra clínica a un esfuerzo constante para delimitar los marcos posibles de un abordaje; procreación *in vitro*, fecundación artificial, prestación de úteros y espermatozoides, todo ello parece haber roto la relación natural preexistente entre la función biológica de la reproducción y la apropiación social de los productos humanos resultantes.

Las transformaciones de las pautas de intercambio sexual, con el acceso de los homosexuales al matrimonio reglado por el Estado en algunos países —e incluso religioso para ciertos grupos confesionales—, y las consecuencias que de ello se derivan, entre otras, la adopción y crianza de niños por parte de parejas no atravesadas por la diferencia anatómica de los sexos; la asunción de la maternidad por un número cada vez más extenso de mujeres solas, sea de hijos engendrados voluntariamente en su propio vientre, adoptados o mediante fertilización asistida, hacen estallar la antigua pauta que establecía una repartición cómoda a nuestras consultas: padre, madre, abuelos, que parece sucumbir ante una maraña de fragmentos biológicos y simbólicos que se combinan de modos diversos y cercan los límites de una práctica de la cual el Edipo complejo parecía constituir un ordenador seguro.

La ilusión de que la armonía conyugal, o aun el ensamblaje familiar, eran garantía de salud, parece difícil de sostener en un entorno en el cual nuevas pautas se establecen y arrasan con todo el artificio montado alrededor de un psicoanálisis de niños que no ha podido sostener firmemente sus paradigmas centrales.

Qué ingenuas parecen hoy preguntas que eran de rutina hace no tantos años. Imagino a los padres de un niño concebido por medio de una inseminación de donante de semen, confrontados a la pregunta de un analista ingenuo que demandará: ¿cómo festejan ustedes los cumpleaños?, o aun, ¿cómo pasan sus vacaciones en familia? Imagino también a una pareja de homosexuales adoptantes enfrentados a la liga de la leche que les plantea, como requisito central para un buen desarrollo físico y mental de su niño, los beneficios de una lactancia «natural», «al pecho». Y, en el colmo del horror y lindante con la perversión, la propuesta de proveer de cánulas a un sujeto biológicamente masculino para que sus mamas segreguen la leche necesaria para el amamantamiento de su bebé (lo cual no es, por otra parte, fruto de una pura imaginaria; alguna institución militantemente defensora de la lactancia materna ha llegado a proponer a madres adoptivas someterse a un sistema de este tipo, tan doloroso como perverso, que da cuenta de la confusión aun existente entre cuerpo biológico y cuerpo maternizante).

La relación procreación biológica-filiación parecería no sólo en vías de mutación sino incluso de estallido. Hasta el siglo pasado, la crianza de un niño por parte de una madre sustituta se sostenía, generalmente, en el marco de los allegados; era la familia extensa, de origen, quien se hacía cargo, sea del niño huérfano o de aquel cuyos padres estaban incapacitados para su tenencia por razones generalmente económicas, de supervivencia; y en las familias campesinas, de provincia, es frecuente aún hoy en muchos países del tercer mundo que la madre ceda, a su propia madre o a una hermana o cuñada estéril, uno de sus hijos para la crianza.

En la situación actual parece sin embargo estar en vías de generalizarse otra vertiente. Por un lado, los sectores más carenciados de la Tierra siguen produciendo hijos en cantidades que no pueden absorber por diferentes razones: mutación de las pautas sexuales que, unidas a la ignorancia y la penalización del aborto hace que muchas más jóvenes queden embarazadas sin posibilidad de decidir libremente acerca de la gestación del niño o sin los recursos económicos ni simbólicos para el ejercicio de la maternidad, en caso de que esta llegue a término. Por otra, un número creciente de parejas estériles, tanto en el primer mundo como entre aquellos sectores de los países que hasta hace poco tiempo se llamaban del tercer mundo, que pueden participar de las pautas culturales y económicas de los países más poderosos.

Sería torpe intelectualmente e injusto moralmente asimilar los modos de circulación de bienes a los modos de circulación de niños. El fenómeno que estamos describiendo no alude a un despojo del producto por parte de los sectores pudientes respecto de los más carenciados —a lo sumo, forma parte del despojo, mucho más general, con el cual la sociedad va contrayendo una deuda con aquellos que arroja a los márgenes de la miseria.

El elemento diferencial que rige la circulación de niños se juega en el plano de un deseo no homologable a aquel que sostiene ningún otro bien de la sociedad, y aun bajo sus formas más perversas y fetichizadas, un niño sigue siendo un niño, cuyo valor de uso, libidinal, dominará siempre sobre el valor de cambio. Vilfredo Pareto acuñó, en su *Curso de Economía Política*, de 1896, el término *ofelinidad*, para designar con una sola palabra y mayor precisión lo que se ha dado en llamar, a veces, «valor de uso», es decir, el carác-

ter de un objeto consistente en responder al deseo de un individuo dado (sea este sano o patológico, justo o injusto, común o excepcional). La *ofelinidad* se opone así a la «utilidad» propiamente dicha, que supone un juicio de valor objetivo.¹⁴

Es de hacer notar, por otra parte, que en las ecuaciones simbólicas heces-pene-dinero-niño, cada uno de los términos, más allá de su intercambiabilidad, se inscribe en un horizonte fantasmático específico, estableciéndose de uno en uno, vale decir, por abrochamientos parciales que no permiten adoptar una ley general del valor que las preceda como unidad de cambio. Y aun quienes considerarán al falo como moneda de base de todos los intercambios, no dejarán de tener en cuenta que el significante fálico se define por su negatividad —correlativa a la falta— y no por el carácter positivo, de excedente, que toda circulación de mercancías propicia.

La cuestión de la filiación no es simple en la adopción. Durante años los especialistas han intentado poner todo el peso en una cuestión que se revela cada vez más como secundaria: ella no se reduce, para el niño, al hecho de saber si es hijo biológico o adoptivo. Una vez resuelta la pregunta al respecto, lo que importa es que es lanzado a una circulación que puede devenir irrefrenable e irresoluble.

Si la filiación se abre en el niño siempre con referencia al deseo del otro, es necesario tener en cuenta que ella se juega en una polaridad oscilante que remite ora a las funciones del yo ideal, ora a las del ideal del yo. Respecto de la madre, el fantasma cobra una oscilación definida del lado del narcisismo primario, del valor libidinal del propio ser (como representación de una superficie corporal), es decir, de un valor de uso que no se presta fácilmente a permutaciones de algún orden.

De ahí que el enigma estructurante «qué quiere de mí» devenga, fácilmente «qué no quiso de mí». Búsqueda de una respuesta irresoluble, limitrofe, que marca la presencia anticipada de la negatividad como constitutiva, precipitán-

¹⁴ Otro término afín es el de «deseabilidad», escogido por M. Gide, que convendría al carácter de *lo deseable* y no de *lo deseado*, teniendo un sentido mucho más normativo, más absoluto y menos singular.

dose en muchos casos bajo modos de un furor destructivo que retorna sobre la persona propia ante lo irrepresentable del destinatario. La muerte tiene entonces una presentificación precoz, muerte originaria que no se resume en el fantasma universal de castración, ni puede ser asimilada a este so pena de una banalización insostenible del otro.

Del lado de la castración, por su parte, algo de otro orden puede también producirse: la madre biológica se convierte, en muchos casos, en el espacio sin límites del deseo. Todas las rivalidades cotidianas, todos los conflictos de ambivalencia de rutina en la crianza de cualquier niño, todos los odios, encuentran un reparo mitificante en la fantasía de «con mi madre no me ocurriría». Coartada biológica al servicio de la anulación renegatoria de los límites del amor, en la cual las tensiones inherentes a esa dialéctica particular amor-odio que se genera en toda relación maternizante quedan coaguladas en el retorno imposible a un vínculo mítico en un espacio ideal. El analista debe dismantelar esto, en muchos casos, al modo de una construcción re-simbolizante, ya que corre él mismo el riesgo de que su propia novela familiar neurótica se engarce en la alianza de un retorno, también imposible y compartido, al lugar sin límites de su propio deseo de niño maravilloso.

Respecto al padre la cuestión tampoco es simple. Si todo hombre restituye a la mujer mediante el hijo el falo del cual ha castrado a su propia madre,¹⁵ el padre adoptivo se ve ante la situación dilemática de dar a la mujer amada el don del niño, pero efectuando tal operación, en este caso, sobre el horizonte de una castración ejercida, fantasmáticamente, sobre otra mujer.

El enigma del hijo como otro desconocido tiene entonces una precipitación precoz del lado de los padres. No se trata, en este caso, de permitir una circulación desapropiante, sino de un doble movimiento de apropiación-cesión; movimiento poco frecuente —salvo situaciones severamente perturbadas— cuando coinciden procreación y filiación al modo

¹⁵ Cuestión que se nos torna clara a partir de Lacan. Ella nos arroja, sin embargo, sobre un aspecto poco explorado de la teoría y de la clínica: el «deseo de hijo» —no el anhelo de ser padre: ocupar el lugar del padre o de dar un hijo a la madre— sólo tiene lugar en los aspectos femeninos, tanto del hombre como de la mujer.

clásico. La pregunta por el ser es siempre una pregunta «auto», y, en su movimiento mismo, remite a los padres en su referencia al campo del deseo parental.

La convicción cuasi delirante de la madre que sostiene un saber sobre el niño, esta *apropiación ontológica* del hijo —apropiación que se ejerce en términos de lo que Piera Aulagnier denominara «violencia primaria»—, que opera con carácter fundante del ser mismo en la cría, se fractura cuando el enigma de los orígenes se atraviesa de ambos lados —«Pasaba horas mirándolo, tratando de saber quién era...» me relataba hace poco tiempo una madre refiriéndose a los primeros tiempos de la vida de su bebé adoptivo, dando cuenta de una precoz precipitación coagulante del enigma acerca del otro, que imposibilitaba el ejercicio identificatorio necesario para la constitución de la identidad posteriormente asumida por el niño mismo.

Lo que caracteriza a los nuevos fenómenos de «fertilización asistida» y de manipulación genética radica en la disociación de los nexos entre fecundación y sexualidad, filiación genética y filiación legal, irrumpiendo artificialmente en la continuidad de la vida, de la concepción, de la muerte, creando una categoría de potencialidades humanas, no todavía seres, pero ya programas genéticos completos, embriones congelados que podrían haber sido creados fuera de toda finalidad procreadora, material humano de utilización incierta y estatuto indefinido.¹⁶

Implantación de espermatozoides y óvulos de donantes en úteros de futuras madres, gestación *in vitro* de óvulos de una mujer identificable y espermatozoides de un donante anónimo, bancos de espermatozoides en los cuales se fichan y ponderan las capacidades físicas e intelectuales de los genes de proveniencia a disposición tanto de parejas constituidas por mujeres fértiles y hombres estériles como de parejas de homosexuales o mujeres solas que anhelan la maternidad...

No sólo queda pivoteando en el vacío la equiparación entre pareja conyugal y dupla parental en la cual se instalaron cómodamente los psicoanalistas desde comienzos del siglo

¹⁶ Véase Axel Kahn, «Niño a la carta... encrucijadas de la biología», Suplemento: «Futuro», página 12, febrero de 1990.

—ideologización más, ideologización menos, siempre hubo salidas y aun coartadas para resolver la dificultad—, sino que estalla, de un modo inesperado, el anudamiento facilitado estadísticamente entre filiación y procreación. Porque aun en sus fracturas, como ocurría en las adopciones, hasta el momento se trataba de una reformulación de contigüidades establecidas al modo de lo discontinuo, mientras que ahora se trata de la emergencia de una diversidad en la cual lo discontinuo hace insostenible la previsión de toda contigüidad, entre biología y cultura.

¿Son fecundos los paradigmas del psicoanálisis para los nuevos enigmas que se avecinan? En nuestra opinión, y hasta donde podemos avizorar, se trata no sólo de una reformulación sino, en primer término, de una depuración. El concepto de familia, al cual se redujo con ligereza la estructura del Edipo, caerá, indudablemente, junto a la ideología que la sostiene en las formas sociales que la constituyeron como enlace a dominancia. No quiere esto decir que prediquemos la muerte universal de la familia, sino, simplemente, que ella, tal como la conocemos hasta la actualidad, dejará de ser un centro desde el cual se ejerza una teorización acerca de los modos marginales o fallidos de enlace, y que coexistirá, posiblemente, con otras formas de circulación cuya diversidad posibilitará un excentramiento.

Por su parte, ¿será posible la reproducción de sujetos sexuados en el marco de una circulación deseante no signada, en muchos casos, por la diferencia anatómica de los sexos? Las definiciones del Edipo articuladas por el estructuralismo se revelan al respecto como las más avanzadas hasta la actualidad; sin embargo, resultan evidentemente insuficientes en su anulatoria apresurada de la singularidad histórica que hace a los modos efectivos de estructuración del sujeto.

El deseo seguirá, al menos hasta donde nos es posible prever —ya que hay una seria discusión en el campo de la bioética respecto a la posibilidad de engendramientos anónimos destinados a otros fines que aquellos que definieron la procreación hasta el presente, en la cual deseo de nacimiento se anuda de uno u otro modo a deseo sexual y no a implementación de bancos de órganos o de experimentación genética—, definiendo una posición subjetiva acerca de los orígenes que instaurará nuevas teorías sexuales infantiles

y, por supuesto, nuevas formaciones fantasmático-existenciales cuya circulación discursiva no puede ser encarada por otro campo de aprehensión, hasta el presente, más que por el psicoanálisis.

¿Qué forma asumirán las rivalidades edípicas y la culpabilidad como ejes del conflicto psíquico? O aún más, ¿cuáles son los alcances previsibles de formas de engendramiento en las cuales el propio cuerpo no es ya derivación metáforo-metonímica de los cuerpos parentales sino descomposición y recomposición de fragmentaciones en las cuales metáforas habituales relativas al vientre materno y al pene paterno se desarticulan en determinantes biológicos abstraídos del deseo originario? Porque, hasta ahora, y en cualquier niño, la cuestión, aun en las adopciones, pasa por «la panza de la señora que te tuvo», o «mi propia panza», pero sosteniéndose en una contigüidad entrañable de la calidez de objetos corporizados capaces de ser aprehendidos en una dimensión deseante del entrelazamiento sexual susceptible de articular toda procreación posible.

¿De qué modo operará la castración, no sólo en lo que hace a la diferencia anatómica, sino a la concretización simbólica que otorga a lo irrepresentable jugado en los límites del engendramiento y la muerte?

La fecundidad de un campo de conocimiento se revela por su capacidad no sólo de abrirse a tareas prácticas inéditas, sino por su capacidad de incidencia en la posibilidad de pensar en términos conceptuales anticipándose a las mutaciones y catástrofes que la realidad en la cual se despliega le impone. En este caso, si el enigma de los orígenes no puede reducirse ni a la biología natural ni a las implementaciones tecnológicas con las cuales comienza la ciencia a operar para producir nuevos modos de engendramiento y nacimiento, el psicoanálisis deberá redefinir, fundar de nuevo, a partir de los núcleos de verdad que encierra, los paradigmas acerca de los modos de circulación deseante que instauran los enigmas nunca agotables, sólo teorizables, que constituyen el campo del sujeto.

4. Del irrefrenable avance de las representaciones, en un caso de psicosis infantil

Intento, a medida que avanzo en mi proceso de investigación, formular las hipótesis de base que rigen mi práctica. Inevitablemente, en el movimiento de profundización de conceptos, he tenido que someter a discusión ciertas afirmaciones, y ello no sólo como efecto de la acumulación de experiencia clínica, sino del hecho de que no podemos reconceptualizar un enunciado sin que queden intocados otros.

Hemos apostado a la formulación que señala que cuando hay discrepancia entre el concepto y la cosa, es el cuerpo teórico mismo el que debe ser puesto en cuestión. Y en el psicoanálisis de niños, en una práctica que se ejerce *en las fronteras* de la tópica psíquica y en los límites mismos del psicoanálisis, todos los días nos vemos enfrentados a repensarnos a nosotros mismos, a repensar nuestros propios enunciados.

Desde esta perspectiva, múltiples mutaciones cotidianas se producen en nuestro accionar teórico-clínico. Bajo premisas generales que guían nuestra práctica, vamos introduciendo nuevos esquemas de trabajo, intentamos graficar de algún modo los movimientos de constitución de un sujeto en cuyos orígenes nos vemos inmersos, en cuya estructuración intervenimos de algún modo, y ante el cual nuestra abstinencia analítica no implica en modo alguno que nos veamos despojados de ciertos parámetros bajo los cuales pretendemos conducir el proceso de la cura.

En definitiva, los psicoanalistas de niños vivimos sumergidos en una preocupación por lo originario, por los movimientos fundacionales del sujeto psíquico, movimientos fundacionales que vemos emerger «en vivo», producirse ante nuestros ojos.

Y estos movimientos fundacionales toman un carácter peculiar cuando nos enfrentamos a las psicosis infantiles, cuando nos confrontamos a los riesgos severos de fracaso de

las estructuras que operan como culminación del proceso de hominización que transforma el cachorro humano en sujeto psíquico.

Hace algunos años intentamos un ordenamiento provisorio por relación a la diferencia entre el autismo precoz y la psicosis simbiótica, estableciendo que en el primer caso es la ausencia de constitución del yo lo que marca las líneas dominantes del cuadro, mientras que, en el segundo, el incipiente sujeto no puede desabrocharse del yo materno al cual ha quedado soldado a partir del momento en que ingresa como significante de la falta.

No es difícil para el lector advertir en esta formulación la impronta de la conceptualización de Lacan acerca de los tiempos del Edipo: si el autismo, el más grave de los trastornos del psiquismo infantil, se produce en el momento de instauración de los estadios más primarios de la mente, y es el narcisismo —cuyo paradigma lo constituye el estadio del espejo— el primero de estos tiempos —tiempo en el cual hay que buscar el origen de la vida psíquica—, el autismo no podía ser sino un fracaso de la narcisización primaria, fracaso al cual el niño quedaba expuesto cuando no tenía ingreso en la cadena significativa materna.

La psicosis simbiótica debía ser concebida, por el contrario, como efecto del encadenamiento, soldado y absoluto, del niño en tanto significante que viene a obturar la castración materna; significante sin posibilidad de circulación, condenado el sujeto a la captura en el interior engolfante del semejante, y, en tal medida, imposibilitado de estructurar un yo representacional que le posibilitara transitar por las etapas de su hominización.

Debo señalar que mis propios desarrollos me llevaron, en aquella misma época, a poner en contradicción la primera formulación, aquella que intenta una comprensión del autismo. Respecto de la segunda, relativa a la psicosis simbiótica, considero que sigue siendo válida, hasta el momento, y que sólo deberíamos explorar más cuidadosamente, para definir con mayor precisión y menor nivel de generalidad, qué formas asume este abrochamiento —que no se revela con las mismas características en todos los casos que hemos tenido oportunidad de confrontar.

La contradicción que daba cuenta del encabalgamiento de dos posiciones en mi propio quehacer teórico-clínico radi-

caba en lo siguiente: es imposible sostener —siguiendo los desarrollos de Lacan— que el autismo es efecto de una falla en la narcisización primaria y, al mismo tiempo, afirmar —desde una perspectiva freudiana— que el autoerotismo es el tiempo fundante de la sexualidad infantil y, por ende, de la vida psíquica.

Su resolución no puede provenir sólo del campo de la clínica, sino rastreando los órdenes teóricos a los cuales responde la pertenencia de cada uno de los enunciados. Y es indudable que a medida que profundizamos nuestro trabajo, enunciados anteriores, que se depositan formando parte de nuestro acervo teórico, nos obligan a una revisión permanente no sólo de trabajo sobre la teoría, sino sobre nuestra propia metapsicología, sobre el conjunto de postulados que, más o menos contradictoriamente, más o menos coherentemente, coexisten en el ejercicio de nuestra práctica —sin mayores consecuencias en general, salvo cuando nos vemos obligados a dar cuenta de los fundamentos que la rigen.

En los años en los cuales se hizo evidente la contradicción señalada respecto de las psicosis infantiles (la cual, al no haber sido suficientemente subrayada, no entró en crisis hasta hace algún tiempo, cuando tanto la clínica como la teoría me dieron el sustrato necesario para revisar los fundamentos de partida) se había profundizado cada vez más mi alejamiento del formalismo estructuralista y había ido variando, imperceptiblemente, mi posición respecto a la llamada *función materna*, hasta culminar en una verdadera reformulación del concepto de partida.

Henos aquí, entonces, en vías de revisar algunas cuestiones referidas a las psicosis infantiles, para lo cual intentaremos ordenar los ejes centrales a partir de los cuales se debe, desde nuestra perspectiva, replantear las cuestiones relativas al tema desde un doble movimiento: por relación a los parámetros teóricos que en ellas se juegan y, al mismo tiempo, desde material clínico que nos permita avanzar por las vicisitudes del proceso de la cura y la puesta a prueba a que esta somete a la teoría.

Una memoria que atraviesa al sujeto

Recibí la consulta de los padres de Alberto, a mediados del mes de junio de 1989, respecto de su hijo, de cinco años recién cumplidos. El gabinete psicopedagógico de la escuela había indicado que se hiciera un diagnóstico y se buscaran medios terapéuticos para acompañar el proceso escolar del niño. La maestra, que desde comienzos del año escolar había notado ciertas características «atípicas», comenzó a preocuparse seriamente, en los últimos tiempos, debido a que el niño, en cualquier situación y sin que operara un disparador evidente, comenzaba a hablar cosas sin sentido, desencadenándose un fragmento de discurso cuyo contexto era inubicable y cuyas determinaciones desconocía.

El relato lo manifestaba del siguiente modo: «Nosotros podemos saber de qué habla, porque conocemos la situación. Por ejemplo, él dice: “había una moto, una moto grande que hace mucho ruido”, o “la paloma baja y come el maíz”, o “Susana se fue a Suiza... los planetas giran, giran en el cielo... cuando un planeta se rompe cae... mi mamá vio los planetas... el cielo todo negro...”».

«La maestra se asusta —dice la madre—, siente como que está desvariando. Nosotros sabemos, podemos encontrar de dónde sale lo que dice: yo sé que ayer estuvimos en la plaza, y hablamos de las palomas... o que la semana pasada estuve leyéndole un librito que contaba del espacio. Nosotros podemos organizar lo que dice, podemos saber en qué momento ocurrió».

Padres cultos, preocupados, no dejaban sin embargo de registrar que algo extraño ocurría —inquietud, por otra parte, que había surgido por otras razones y tiempo antes, sin encontrar eco en la respuesta que los profesionales habían ofrecido ante los problemas que el niño había presentado a lo largo de su crianza.

En el momento de esta primera consulta, nos encontramos, fenoménicamente, ante la emergencia de bloques hipermnésicos, descontextualizados, que aparecían sin desencadenante aparente. La única hipótesis que surgía era la de un fracaso en los movimientos inhibidores que el yo despliega y que hallan su culminación cuando la represión opera diferenciando los sistemas psíquicos. Si memoria y huella mnémica no pertenecen al mismo sistema —la pri-

mera siendo patrimonio del yo, la segunda, del inconciente—, los fragmentos discursivos emergentes, que asustaban a la maestra y la sometían a un profundo desconcierto, no podían ser sino expresión de que Alberto mismo era jugado por procesos que lo sometían, cuyo control desconocía y de cuyo dominio estaba imposibilitado.

Sobre estas cuestiones se basó, en mucho, la técnica que empleé en los meses siguientes. Ello nos obliga a detenernos en esta cuestión para dar fundamento de mi accionar clínico.

Una pregunta vigente no sólo en la clínica de niños sino en el psicoanálisis de adultos, pregunta que define en cierto modo el proceso analítico, es esta: ¿qué es lo que activa un cierto conglomerado representacional?, ¿qué es lo que hace que un cierto contenido pase al preconciente? Y aún más, ¿qué es lo que hace que un contenido emerja en lo manifiesto? —sin que por ello homologuemos conciente y manifiesto, dejando sentado que la diferencia entre manifiesto y conciente no sólo hace a los fundamentos de la clínica sino a la constitución misma del síntoma o de las distintas emergencias patógenas que dan cuenta de que el inconciente puede operar tanto a espaldas del sujeto como atravesando todo su accionar, «ante los ojos del sujeto», por decirlo de una manera un tanto simple, sin que ello implique que este pueda domeñar o hacerse cargo de sus efectos.

En el capítulo V de «Lo inconciente» —en la *Metapsicología*—, Freud analiza la movilidad de investimentos del inconciente. Todo a lo largo de su obra, desde el *Proyecto*, vemos cómo normalmente la energía psíquica tiene una cierta direccionalidad: progresa a través de los diversos sistemas psíquicos, topándose con la censura —en la vigilia—, o avanzando hasta la frontera motriz de un aparato cerrado sobre sí mismo y con la motilidad impedida durante el dormir.

No es de descuidar el lugar que Freud asigna al resto diurno en *La interpretación de los sueños*: él es la marca del activamiento que ejerce lo real en el psiquismo. Algo acaecido, un estímulo exterior deviene excitación endógena que reinvierte representaciones, mociones deseantes. Lo *Icc* es activado entonces desde dos polos: desde el *Prcc* —a partir de un pensamiento sofocado o cuya elaboración no culminó durante la vigilia—, o desde el exterior del aparato anímico

mismo (pero, de todos modos, siempre desde afuera del inconciente). Estas cuestiones someramente planteadas ponen en evidencia que si bien el objetivo del análisis es el discernimiento de lo inconciente y la captura de su emergencia a través de formaciones discursivas que anuden a ellas una significación, esta emergencia no es el resultado aleatorio de un deseo que se presentifica en forma azarosa sino el efecto de un conjunto de movimientos e intersecciones intersistémicas destinadas a la elaboración psíquica.

El recuerdo, la temporalización de la memoria, no son cuestiones del inconciente. Si las representaciones inconcientes son atemporales —vale decir, indestructibles y no regidas con arreglo a secuencias de la lógica formal, aristotélica (patrimonio del proceso secundario)—, el aparato, en su conjunto, se mueve regido por una temporalidad irreversible.

Retomando problemas planteados en capítulos anteriores respecto de las direcciones que ha tomado la cuestión del tiempo en la física, entre tiempo reversible, tiempo irreversible, los psicoanalistas —que tenemos una larga tradición «importadora»— podemos sostener que, respecto del modelo del aparato en su conjunto, en el cual el preconciente (o el yo) ocupan posiciones determinantes por relación a las complejas alianzas y conflictos intersistémicos, la hipótesis de la irreversibilidad es acorde con los procesos de historización del sujeto (que toma a su cargo, imaginariamente, el conjunto de la tópica). Pero, desde el punto de vista del inconciente, es la física de la reversibilidad —que plantea el retorno siempre posible a un punto anterior, de repetición— la que nos aporta las metáforas más evocadoras para nuestro trabajo cuando nos enfrentamos a la compulsión de repetición. Los sistemas inconcientes son atemporales, dice Freud en «Lo inconciente», «es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trascurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él».¹

Desde una cierta perspectiva clásica, hemos anticipado ya algo al respecto. Enunciando una suerte de ley general, podríamos establecer lo siguiente: *en el inconciente, estatuido por la represión, el tiempo deviene espacio —sistema de recorridos—, y esta conversión de tiempo en espacio hace a*

¹ En *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 184.

los aspectos centrales del concepto de regresión, tópica, formal y económica. Es el modelo del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, el que da cuenta del establecimiento de inscripciones en sistemas de huellas mnémicas, cuyo ensamblaje se rige por un ingreso temporal (ordenamiento por simultaneidad) que constituye una espacialidad que va definiendo los sistemas de enlaces.

El clasicismo tiene otra derivación epistemológica, ya que nos abre la posibilidad de pensar movimientos predictivos. Ello no al modo de una causalidad lineal, sino de un abanico de posibilidades; si «Dios no juega a los dados con el Universo», como proponía Einstein, o, como decía Dolto, «En el juego del deseo los dados están cargados», es necesario ampliar nuestra posibilidad de establecer algunos ordenamientos clínicos a partir de los engarces pasibles de ser establecidos entre estructura y génesis histórica del sujeto.

La cuestión planteada por el establecimiento de las relaciones posibles entre estructura y traumatismo se juega también en la siguiente dirección: el hecho de que las representaciones inconcientes sean atemporales no implica que su activamiento lo sea; si el inconciente «no flota en el vacío», si se define por su intersección con los otros sistemas psíquicos y ello hace que el proceso analítico tenga una cierta estructura relacionada con la temporalidad, se trata de una temporalidad muy peculiar, no genética, no lineal; se trata de una temporalidad destinada al *après-coup*, que recaptura, en proceso, los activamientos inconcientes que insisten a partir de su reengarzamiento a través del preconciente.

Una concepción tal de la atemporalidad del *Icc* es propuesta por Freud desde dos perspectivas: ausencia de temporalidad —en su carácter lógico— e indestructibilidad. Indestructibilidad alude a la permanencia de las representaciones en el *Icc* y no debe ser, pensamos, sinónimo de intrasformabilidad si algo, aun permaneciendo, engarza en el conjunto de otro modo, aunque deviene diferente en sus efectos. La diferencia entre indestructible e intrasformable posibilita que la clínica psicoanalítica conserve la esperanza del pasaje de la compulsión de repetición a la elaboración (en el neurótico) o al salto estructural, en el psicótico.

Hemos anticipado la idea de que no es el *Icc* el lugar donde se establece la memoria, sino el *reservorio de memoria*.

El *Icc* no recuerda nada. Las huellas mnémicas, simplemente, *son*. Es al preconciente, lugar en el cual es posible la instalación de un sujeto que recuerda, a quien compete la memoria. Que el inconciente sea el reservorio de la memoria quiere decir, entonces, que en él están las representaciones, inscripciones vivenciales, a disposición del sujeto. En tal sentido, estas inscripciones pueden *progresionar* hacia la conciencia sin que ello implique un verdadero recordar, tal como lo hemos desarrollado en páginas anteriores.

De qué carácter eran, siguiendo estas ideas, las progresiones mnemónicas a las cuales quedaba sometido Alberto, cuando un fragmento de discurso, descontextualizado, daba cuenta, en una primera aproximación, más que del retorno de lo reprimido, de algún tipo de fracaso en la instalación de los mecanismos inhibidores del yo, y, junto a ello, de la represión misma.

Cuando el niño actualizaba un fragmento de huellas mnémicas, sus padres, operando como sujetos de memoria, contextualizaban, historizaban, significaban, aquello que se presentaba más allá de un yo que en el niño pudiera efectuar estas tareas. Algo activaba, algo disparaba el fragmento mnémico, pero la significación no operaba del lado de un sujeto que recuerde, y lo manifiesto no podía entonces ser equiparado a la toma de conciencia.

¿En qué orden de determinaciones se engarzaba este «fracaso» del funcionamiento psíquico? ¿Qué tipo de *dominancia estructural* lo mantenía en vigencia?

Una sintomatología efecto de fallas en la constitución de la tópica

Alberto presentaba, en el momento de la consulta, ciertos trastornos significativos que someteremos brevemente a la indagación teórico-clínica. Tenía pánicos varios: a los ascensores, a la oscuridad; los ruidos fuertes lo aterrizaraban —en particular el de la cortadora de césped, el de los triciclones, esas motos de tres ruedas que se desplazan por la arena—. No eran simples miedos, ellos remitían a angus-

tias de aniquilamiento que le producían verdadero terror. Terrores que no lograban fobizarse, se desplazaban constantemente y lo dejaban inerte para organizar defensas ante ellos —defensas de las cuales, en realidad, carecía—. Esta falla lo imposibilitaba para organizar defensas secundarias que pudieran dar lugar a una fobia.²

Veamos un ejemplo de cómo se constituía su mundo: un día, viniendo a una sesión de análisis, su madre se confunde y aprieta el botón del cuarto piso del edificio en el cual está mi consultorio —localizado en el tercero—. Al llegar al piso correspondiente, dándose cuenta del error, abre la puerta informándole al niño que han llegado. El ascensor queda unos diez centímetros por encima del nivel del pasillo. Alberto entra a mi consultorio en medio de una crisis de llanto, aterrizado. Luego de unos instantes, logro calmarlo para que me explique qué es lo que ha producido su terror «se hundió tu casa —grita—, así estaba, así —explica, intentando empujar el piso con la mano—, así, se había hundido!».

Sabemos que lo que aterriza a un niño es de un orden distinto que aquello que produce temor en un adulto. Jean Laplanche da un ejemplo privilegiado de ello: un niño ha caído a un lago empujado por una amiguita un poco mayor. Inconciente del peligro de ahogarse, el niño teme la presencia de los patos que pueden devorarlo. Aferrado a las hierbas del borde, es rescatado por la gobernanta, que lo envuelve rápidamente en una manta y lo lleva a la casa temerosa del regaño que la espera.³ No es difícil sacar la conclusión de que son angustias distintas las que embargan a ambos personajes: el temor de la gobernanta es de tipo autoconservativo, teme tanto que el niño se ahogue como perder su trabajo (un autoconservativo vicariado ya por el narcisismo, por las representaciones que dan sentido a la vida biológica y producen el «temor por la vida»); el temor del

² Es frecuente la confusión entre estos terrores masivos y las fobias. Sin embargo, las angustias que ponen en juego son totalmente distintas: no sólo por su carácter masivo, sino por el hecho de que estos terrores —que Melanie Klein hubiera vinculado a las ansiedades psicóticas— no remiten a la castración sino que ponen en juego fantasmas de aniquilamiento.

³ Cf. Jean Laplanche, «La psychanalyse: histoire ou archéologie?», en *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit., pág. 24. En castellano: *Trabajo del Psicoanálisis*, n° 5, México, 1983.

niño, por su parte, tiene que ver con el ataque operado por la pulsión oral sobre el yo: corre peligro de ser devorado. Ambas angustias son, evidentemente, de carácter diverso.

El cine ha jugado en años recientes con esta cuestión de la significación del peligro: en el film de Zemmeckis, «*Quién engañó a Roger Rabbit?*» (*Who framed Roger Rabbit?*), se entremezclan personajes del dibujo animado («bujos», «toons», en inglés) con figuras de la realidad exterior. A pocos minutos de empezar el filme, el detective —uno de los personajes centrales— se aterroriza porque ve venir hacia sí, por la ventana, un enorme elefante de los que son habituales en películas de Walt Disney. El espectador se sorprende, se atemoriza y ríe, pensando que el espanto del personaje ha sido producido por la brusca irrupción de un mundo —el de la ficción— en otro —el de la realidad—. Del lado del detective, su pánico es efecto de un posicionamiento —y de una historia— totalmente distinto: un *toon* («bujos») ha asesinado a su hermano y, debido a ello, estos personajes —sólo existentes en la ficción para nosotros— son reales y eventualmente homicidas en su propio mundo. Dos códigos distintos rigen los temores de espectador y personaje, y el efecto, totalmente novedoso, está dado por el hecho de que el espacio se desdobra en una realidad-ficción-real y otra realidad-ficción-imaginaria. El espectador, por su parte, termina participando rápidamente del código del filme, vivenciando y tomando partido, sin diferencias, por los personajes, más allá de su carácter de «bujos» o de «real».

¿De qué modo se producen los primerísimos temores infantiles? Ellos tienen que ver, indudablemente, con el esbozo de sujeto que se ve en riesgo. Pero la forma en que evolucionan estos miedos da cuenta del tiempo que lleva la instalación de la vicariancia del yo respecto de lo biológico autoconservativo. Que las primeras angustias jalonables al menos mediante observación se produzcan por una presencia inquietante que marca la ausencia del objeto auxiliador (materno), ponen de relieve el nivel de dependencia que a su respecto se establece y no sólo desde el punto de vista autoconservativo; la subjetividad, en sus orígenes, está «como suspendida» del semejante.

No hay una cronología simple de la aparición del miedo autopreservativo en el sujeto psíquico; se trata, por el con-

trario, de correlaciones entre la angustia y la estructuración de las instancias que se constituyen en el aparato psíquico en ciernes.

Cuando Alberto teme que se haya hundido el pasillo, mi casa, su pánico no es el de un individuo⁴ que teme el peligro de un ascensor que, detenido fuera del lugar habitual, lo ponga en riesgo. Se trata de una «desconstrucción del espacio», determinada por su no estabilidad, es decir, por el hecho de que las categorías témporo-espaciales no se han constituido o están en situación de fracaso, efecto de que el yo —y, por ende, el proceso secundario— no logra estabilizarse como un objeto que, desgajado del mundo que lo circunda, ubique al mismo tiempo las coordenadas exteriores que lo sostienen.

Tuve ocasión de comprender este modo de funcionamiento del espacio a partir de otros elementos: cuando un ruido fuerte lo hacía entrar en pánico, lo primero que intentaba no era taparse los oídos, sino cerrar las puertas, como si el objeto que producía el ruido pudiera entrar bruscamente por allí. Del mismo modo, cuando estaba en la playa, cerraba las puertas por temor al ruido de los triciclones. Sólo podía cerrar entonces las puertas del espacio exterior, en razón de que él mismo no se desgajaba como objeto de aquellos objetos que lo rodeaban; su representación yoica no estaba constituida, y debido a ello su cuerpo podía fácilmente ser atravesado sin que él pudiera controlar sus propios agujeros de entrada y salida.

En una sesión, esto se repitió del mismo modo: el ruido de una moto que transitaba por la calle penetró por la ventana; Alberto salió rápidamente a cerrarla, corriendo de la ventana a mis piernas, aferrándose a mi cuerpo. Yo había pensado largamente en estas modalidades conductuales, retomando el modelo de Freud de *Más allá del principio de placer*, preguntándome reiteradas veces cómo interpretar tal tipo de situación. No existe analista de niños, ni de psicóticos, que no sufra periódicamente «la tentación del sentido común»: explicarle que la moto no puede volar y entrar por la ventana, o que no puede subir por la escalera, y calmar

⁴ Y acá «individuo» cobra todo su peso: unificación imaginaria del sujeto en la tópica del yo que deja afuera los aspectos clivados de sí mismo.

así la angustia que en mí misma producía. Afortunadamente, mi creencia en el psicoanálisis, corroborada por mi experiencia personal y clínica, impedía que una tentación de tal tipo se concretara como acto efectivo; sabía del carácter inoperante de tales intervenciones. En mi auxilio venían, por otra parte, las reflexiones metapsicológicas de Freud proporcionándome un ordenador teórico desde el cual pensar lo que acaecía. Puse mis manos sobre su cabeza, rodeándola (como constituyendo una protección), y le hablé de los objetos que entraban en ella, de cómo sentía su cabecita abierta a todas las cosas que entraban y salían, y le propuse ayudarlo a lograr, juntos, que sintiera que podía abrir y cerrar su cabeza para recibir aquello que hoy lo invadía partiéndolo en pedacitos. «No puede entrar la moto en mi cabeza, ¿verdad?», me respondió.

La construcción⁵ no era azarosa. Provenía de la idea de que no habiéndose constituido en el niño el yo-representación, ni el interno-externo del inconciente ni el externo-externo de la realidad podían encontrar un ordenamiento a partir de un lugar desde el cual establecer las diferencias. Era debido a esto que los bloques hipermnésicos progresaban sin ligazón ni contextualización hacia el polo motor —en este caso en forma verbal— y que la corteza psíquica protectora, antiestímulo, quedaba constantemente efraccionada sin que filtrara lo que recibía ni se ligara desde su interior lo que la perforaba.

Los procesos de investimento fluían sin cesar; basándonos en los elementos que expuse anteriormente, y ateniéndonos a los modelos ofrecidos por Freud tanto en el *Proyecto* como en *Más allá del principio de placer*, era inevitable pensar que aquello ante lo cual nos encontrábamos era ante un fracaso de la constitución psíquica, fracaso que conducía a los síntomas descritos,⁶ pero que requería que se

⁵ Empleamos el término construcción en este caso, de modo extenso, para referirnos a intervenciones estructurantes que no se dirigen a contenidos inconcientes, sino a propiciar modos de recomposición psíquica poniendo de manifiesto las determinantes que rigen el funcionamiento habitual.

⁶ Acá síntoma es tomado en sentido amplio, ya que hemos definido, en capítulos anteriores, que el síntoma no puede ser concebido, en sentido estricto, antes de la constitución de la represión originaria y del conse-

definieran, muy cuidadosamente, los elementos presentes y ausentes en aras de elegir una vía para la dirección de la cura.

Alberto presentaba la mayoría de los rasgos que pueden agruparse dentro de lo que J.-L. Lang considera «nudo estructural psicótico»: la naturaleza de la angustia, angustia primaria, de aniquilamiento, de destrucción; la ruptura con lo real; la infiltración constante de los procesos secundarios por los procesos primarios; la expresión directa de la pulsión; la existencia de mecanismos defensivos muy arcaicos; una relación de objeto muy primitiva predominante —en la cual hay que diferenciar, en nuestra opinión, los rasgos del abrochamiento narcisístico de las relaciones puntuales al objeto de la pulsión.⁷

En la primera entrevista que realicé a solas con él, entré, dirigiéndome inmediatamente a un juguete del cual existe toda una serie: consiste en un conjunto de cajas conteniendo muñecos con granjas, pistas de patinadores, barquitos de vela. El que estaba en ese momento en mi consultorio, junto a su canasta, era el de la granja. Alberto lo abrió, exploró los elementos y dijo: «Ah, yo tengo uno... ¿dónde está la cale-sita?», como sorprendido de no encontrarla. Cuando se encontraba con un objeto similar al conocido, reconocía lo común, operando por «identidad de percepción», recubriendo lo nuevo con lo anterior.

Estábamos ante un modo de funcionamiento regido por datos «indiciales», sin organización de totalidades que conservaran cierta permanencia. No se trataba para él, evidentemente, de otro juego de la serie, sino del mismo pero definido por el atributo. Hubiera sido sencillo otorgar a la secuencia descrita una interpretación desde la teoría de la castración, que pusiera el acento en lo que se tiene y en lo que no se tiene, pero, ¿desde qué tipo de presupuesto podía un analista considerar que este niño estaba atravesado por un fantasma atravesado, a partir de la completud narcisista y sus riesgos, por la articulación del yo totalidad y el

cuenta establecimiento típico de sistemas en oposición, conflicto y comercio.

⁷ Jean-Louis Lang, *Aux frontières de la psychose infantile*, Paris: PUF, 1978, págs. 10-1.

reconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos? Para que una intervención de tal tipo fuera posible, para que abriera un horizonte de comprensión y simbolización para mi paciente, hubiera sido necesario que este niño pudiera componer totalidades de las cuales «un pedazo estaba ausente o le había sido arrancado». Por el contrario, en este caso, el atributo, desgajado del contexto, definía la totalidad del objeto. A diferencia de Hans, para quien la locomotora, el caballo, la madre y él mismo tienen un «hace pipí», sin por ello dejar de ser objetos distintos provistos del mismo atributo, para Alberto no existían totalidades diferentes provistas de atributo sino indicios a partir de los cuales no se podía organizar totalidades. Alberto existía en el interior de un mundo caótico y desorganizado en el cual los indicios descomponían la realidad en múltiples *objetos parciales*; él mismo no se unificaba imaginariamente como un *objeto total*.

A un lápiz que intenta usar se le rompe la punta. «No puedo —dice, intentando tachonar una hoja—, el lápiz sin punta se borra...» —positividad pura, lo que está, está allí desde siempre, a lo sumo puede ser suprimido, pero es impensable que algo no sea—; encuentra un camión de bomberos: «Ah —opina con aire de seguridad—, para hacer fuego» —los bomberos van donde hay fuego, es una lógica de la simultaneidad, no secuencial, vale decir, no temporalizada—. «Mi papá, cuando se pone un delantal blanco, es ingeniero» —el ser y el atributo son intercambiables, no hay persistencia ontológica.

«Este sacapuntas es de metal, el mío es de plástico. ¿Por qué? —preguntó—. Es azul —diferenciando nuevamente por un atributo secundario—, es más liviano», agrega, poniendo en evidencia la coexistencia de dos modalidades de pensamiento diferentes.

Ve un cuadro en la pared: «Esas señoras tienen el pelo como labios» —son monjas con sus tocados en forma de labios, una bella pintura surrealista, pero nadie ha podido ver este carácter del tocado a primera vista; para alguien atravesado por la represión, son simples sombreros, pero Alberto detecta, sin deformaciones, la intención amenazante de las bocas.

En la segunda entrevista: «Yo no nací de la panza de mi mamá» —Alberto es adoptivo—, «Yo no nací, todavía».

«Cuando nazco me pongo así —se pone en el piso en posición fetal—, yo todavía no nací y le pido a mi hermano... porque a mí no me dejaron nacer... yo no tengo teléfono». «Fui a una iglesia, a ver al padre, en un *tranvía blanco* —la escena toma carácter onírico— ...cuando nazco me pongo así...».

Un sujeto en constitución sometido a las vicisitudes del objeto

La forma en que se constituían sus enlaces libidinales no permitía considerar a Alberto como un autista. Y de no haber sido por el desencadenamiento sintomal que motivó la consulta, más bien hubiéramos podido inclinarnos por la dominancia de una psicosis «a déficit»: un niño que fue diagnosticado a los tres años como «inmaduro», en el límite de la debilidad mental, con un crecimiento lento, que hasta los cuatro años no dijo yo —se refería a sí mismo como «Alberto»—, con un precario control de esfínteres adquirido, también, a los cuatro años, cuando ingresó al jardín de infantes. Un niño en el cual, recién a los cuatro años y medio, emergieron alteraciones cuya evidencia patológica ponía en duda el diagnóstico inicial de «retraso madurativo».

¡Cuántos niños con «retraso madurativo» hemos visto a esta altura desplegar una psicosis franca a los ocho, diez, doce años! ¡Cuántos delirios polimorfos, al ingresar a la pubertad, están marcados por la presencia previa de un «retraso madurativo»! ¡Cuántas psicosis pasan larvadas —«extravagancias de los niños»—, y llegan a nuestros consultorios en momentos tardíos, cuando ya se torna tan difícil recomponer una estructuración que no sólo ha tenido fallas iniciales, sino que ha logrado «soldar espontáneamente» bajo modos psicóticos difícilmente franqueables —paranoicos, delirantes, secundariamente autistizados!

Fallas de la estructura psíquica que son concebidas como trastornos madurativos, parcialmente tratados: fonoaudiología, psicomotricidad, psicopedagogía, fragmentado lo poco de sujeto que había en múltiples «funciones», desplegándose la psicosis bajo formas floridas o empobrecidas, sin que los mínimos prerrequisitos estructurales, definibles meta-

psicológicamente, de los procesos de pensamiento, hayan sido tenidos en cuenta.

Un rastreo de la historia de Alberto, sin embargo, permitía encontrar elementos que anticipaban el cuadro actual. Los prerrequisitos estructurales, aunados a dificultades desde los comienzos de la vida, daban cuenta, por el contrario, de la necesidad de intervenciones precoces al respecto.

La madre lo expresaba del siguiente modo: «Desde que Alberto nació, lo sentí con dificultad». La frase abierta en su doble direccionalidad: no sólo que «sintió que había dificultades en el niño», sino que ella misma «lo sintió con dificultad», dando cuenta del anudamiento patológico inicial, obstáculo mayor, planteado para que este niño pudiera «ser sentido».

Durante varios años, los padres pensaban que estaban ante un déficit auditivo: Alberto no respondía a la voz humana ni se conectaba con los estímulos que le proporcionaban; sin embargo, los desconcertaba el terror a los ruidos que evidenció y, por supuesto, los exámenes descartaron toda anomalía.⁸

Fue, hasta los seis meses, un niño «muy despierto»; en esa época, contrataron a una persona de servicio que se hizo cargo de la casa. «Esa mujer me iba robando a mi hijo», relataba la madre, respecto de su angustia por aquellos tiempos. «Alberto es un chico muy frustrante; al considerarlo como un chico con dificultades, siempre lo sobreprotegi. Nació un mes antes de lo previsto, con 2,800 kilos. Es adoptivo, lo fuimos a buscar al Chaco —una ciudad distante a más de mil kilómetros de Buenos Aires—, lo trajimos al día siguiente en avión, tenía dos días de nacido. El hermano, de ocho años, también es adoptivo, pero nunca tuvo problemas».

Alberto había nacido en circunstancias difíciles para esta mujer: su hermana, dieciocho años mayor, que la había criado ejerciendo todos los cuidados maternos en su infancia, es diagnosticada con un Hodgking. Once años antes, en

⁸ Esta modalidad de respuesta a los estímulos, patognomónica del autismo, pone de relieve las dificultades para hacer diagnósticos diferenciales puramente sincrónicos y que no tomen en cuenta los datos en su procesamiento histórico y en sus determinaciones estructurales.

ocasión de la muerte de su padre, ella había sufrido ya una depresión severa, habiendo sido sometida a tratamiento psicoterapéutico y medicamentoso.

Los primeros seis meses de vida del niño habían sido, aparentemente, perfectos. «Era un bebé precioso y buenísimo —relataba la madre—, usaba chupete, le gustaba bañarse, se despertaba muy temprano».

Es usual que, cuando nos encontramos ante un cuadro como este, los psicoanalistas tendamos a desconfiar de esta etapa paradisiaca que los padres de niños psicóticos atribuyen con frecuencia a su hijo en los primeros meses de la vida. Diatkine y Denis lo refieren en su texto sobre psicosis infantiles del siguiente modo por relación al autismo infantil precoz secundario: «La recomposición de los recuerdos de los padres puede volvernos escépticos con respecto a su testimonio cuando afirman que el primer desarrollo fue normal. No podríamos, sin embargo, confundir el recuerdo ligero que se resume en “todo anduvo bien, no notamos nada”, y los recuerdos dolorosos y precisos de un bebé sonriente tendiendo los brazos, luego ensombrecidos por el vacío y la indiferencia».⁹ El relato de la madre parecía ajustarse más a esta segunda opción: Alberto usaba chupete, le gustaba bañarse, todo ello dando cuenta de modos de implantación del autoerotismo y de una madre que registró zonas de placer en el vínculo, que no se limitó a lo puramente autoconservativo, que no nos dice «era buenísimo, comía, dormía, no daba ningún trabajo». El ejercicio del placer autoerótico (chupete) y del baño (placer epidérmico) dan cuenta, como «datos objetivos», de la existencia de un cachorro humano que se introduce en los caminos de la libidinización, vale decir, de la sexualización humanizante. En tal caso, el presunto diagnóstico de autismo primario queda puesto en cuestión por este dato que irrumpe poniendo en evidencia las complejidades que enfrentamos cuando intentamos el abordaje de un diagnóstico estructural capaz de organizar una prospectiva terapéutica.

En una de las entrevistas, realizada con la madre a solas, cuando me relataba el largo tiempo que pasó hasta que

⁹ R. Diatkine y P. Denis, en *Traité de psychiatrie de l'enfant et l'adolescent*, Paris: PUF, 1985, vol. II, pág. 191.

se decidió a la adopción de su primer hijo, dijo: «Yo no sabía, no sabía lo maravilloso que era tener un niño en brazos... —llora—, y sentí mucha bronca, ¿por qué nadie me lo dijo nunca?...». ¿Era necesario decirle a una mujer, para que pueda desear un hijo, qué se siente al tenerlo en brazos? Me preguntaba si no estaba realizando, tal vez, un reproche a su propia madre, madre que la delegó en la hermana mayor, que no se atrevió nunca a reconocer que no tenía un lugar para ella y que, en razón de esto, no pudo transmitirle el placer epidérmico de su cuidado.

Cuando Alberto tiene cuatro meses, la tía materna enferma. Es el momento en que contratan a una mujer que se haga cargo del niño. La madre abandona sus funciones maternas para hacerse, ella misma, cargo de sus obligaciones de hija. Dos años después, en unas vacaciones, descubren que esta mujer, en cuyas manos han dejado al niño, asusta a su propio hijo, niño de diez años con el cual convive en la casa, arrojándole agua a la cara y aplaudiéndole ante los ojos cuando lo encuentra desprevenido y está molesta. La mujer que le robaba a su hijo es también, desde la madre, la madre mala que lo maltrata. Del lado de la madre los fantasmas se coagulan: Alberto ha sido objeto de un doble abandono: la madre que biológicamente lo llevó en su seno, y la madre adoptiva, la que se hizo cargo durante los primeros tiempos de la vida: «Imagínese, pobrecito... primero, ser adoptado, luego, quedar en manos de esa mujer... —llora— siento mucha culpa, no he podido darle lo que necesitaba...».

Complejo ensamblaje este que se ha producido entre estructura y acontecimiento, entre *determinación* y *azar*: la depresión materna, que no le permite «ver» a su hijo en esos momentos constituyentes, traba todo modo de sustitución reparatorio. La madre no sólo no puede hacerse cargo físicamente del niño, sino que se ve incapacitada para darse cuenta de los atributos patológicos de la persona que la sustituye, está imposibilitada *efectivamente*. El padre, por otra parte, se encuentra en un momento de su vida en el cual se ha dedicado totalmente a levantar su empresa, a poner en marcha un proyecto que lo mantiene casi todo el día ausente.

Entre los dos y los tres años de vida del niño, la madre comienza a «verlo» y se recupera el vínculo entre ambos; el

niño empieza entonces a hacer progresos: comienza a dar besos —con la boca abierta, apoyándola en la mejilla del semejante—, se baña con placer, deja los pañales e intenta el control de esfínteres, no admite que lo dejen solo. Al llegar al tercer año, la madre se realiza un chequeo y descubren una mancha en el pulmón, se teme la presencia de un cáncer; en realidad, es una tuberculosis. Durante esa etapa, dos meses aproximadamente que lleva el proceso de convalecencia, la madre vuelve a quedar «mentalmente aislada» del niño. Alberto comienza a tener pánico a introducirse en la bañera, no quiere lavarse la cara, no soporta usar ropa de mangas cortas, deja de controlar esfínteres, se desencadenan los miedos.

Se realiza una primera consulta, la persona que lo ve —tres años y medio del niño— dice que «es muy pequeño para hacer algo»; una oportunidad valiosa se pierde. En el año siguiente los síntomas se agudizan: los terrores se multiplican, el niño deviene «inmanejable». Al año siguiente, en el mes de mayo, la tía materna ha entrado en el momento terminal de su cáncer; muere en el transcurso de ese año. La escuela, que había admitido el ingreso de Alberto el año anterior, pide que lo retiren: comienza la masturbación compulsiva, juega solo, se desconecta de quienes lo rodean. Cuando habla, el discurso se metonimiza en forma desbocada («tiene gran capacidad de asociación», dice la madre, que ha hecho sus incursiones por el psicoanálisis).

Una membrana al borde del estallido

Una vesícula de sustancia viva que flota en medio de un mundo exterior, este es el modelo del cual parte Freud en *Más allá del principio de placer*. Una vesícula que debe protegerse, tanto de los estímulos exteriores como de las excitaciones internas. Hacia el exterior, esta vesícula constituye una doble membrana, aparta los estímulos más potentes, permite ingresar aquellos filtrados hacia el interior: «Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos; está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de la energía: su

principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tanto destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera». ¹⁰

Una corteza cuya función es armar una protección antiestímulo, para que al interior las magnitudes accedan sólo en escala reducida; hacia adentro, las excitaciones de los estratos más profundos se propagan hasta el sistema de manera directa y en medida no reducida, al par que ciertos caracteres de su decurso producen la serie de sensaciones de placer y displacer.

Supongamos que enormes magnitudes de excitación sometieran a esta vesícula a una efracción: ¿qué reacción de la vida anímica sería dable esperar? De todas partes es movilizad la energía de investidura a fin de crear, en el entorno del punto de intrusión, una investidura energética de nivel correspondiente. Se produce una «contrainvestidura», en favor de la cual se empobrecen todos los otros sistemas psíquicos, de suerte que el resultado es una extensa parálisis de cualquier otra operación psíquica. De esta constelación inferimos que un sistema de elevada investidura capaz de recibir nuevos aportes de energía fluyente debe poder trasmutarlos en investidura quiescente, vale decir, «ligarlos psíquicamente».

Concebido el traumatismo como un aflujo energético indomeñable, que deja al aparato psíquico librado a cantidades que pueden llevarlo a la destrucción, la capacidad de metabolización del traumatismo será concebida por Freud como una relación existente entre aflujo de excitación y capacidad de ligazón interna. De la cantidad de energía quiescente, ligadora, propia del organismo en cuestión, dependerá su capacidad de tolerar las cantidades externas que lo invaden.

Pero cuando avanzamos en una lectura de *Más allá...* vemos que se va operando un movimiento a partir del cual no es *todo el organismo* el que está en condiciones de ligar la energía, sino que esta función es patrimonio de los «estratos superiores», es decir, de aquellos que se rigen por el proceso secundario; esta función es patrimonio del yo. Las mociones

¹⁰ Sigmund Freud, *Más allá del principio de placer*, en *AE*, vol. XVIII, 1979, pág. 27.

pulsionales, las que proviniendo del inconciente afectan a los sistemas secundarios, se rigen por los procesos psíquicos primarios; y si la tarea de la corteza es filtrar —a través de la membrana para-excitación— las cantidades de estímulo devenido excitación a la cual este aparato se ve expuesto, dentro de él se operaría una diferenciación, efecto del surgimiento al yo, el cual queda encargado de ligar las excitaciones que lo alcancen, tanto aquellas provenientes del mundo externo como las provenientes de las excitaciones pulsionales mismas.

¿Qué nos aporta este modelo para la comprensión de las psicosis infantiles? ¿Qué nos aporta incluso para hacer diferenciaciones diagnósticas respecto de las modalidades con las cuales estas se instalan?

Cuando se discute hoy en coloquios o encuentros entre colegas la cuestión de la función materna, es frecuente escuchar la frase: «pero no hay duda, no hay psicoanalista hoy que pueda desconocer el carácter fundante, esencial que el vínculo materno tiene en la constitución del psiquismo infantil». ¿Implica ello, sin embargo, que se está hablando de la misma madre?

Retomemos algunos de los conceptos ya expuestos, fundamentalmente aquellos que hacen a la relación entre la incipiente constitución del aparato psíquico infantil y la función materna.

Doble carácter de la función materna, excitante, seductora, pulsante y narcisizante al mismo tiempo. Podemos imaginar una ficción: en los orígenes, en esos primerísimos tiempos de la vida, el viviente no puede diferenciar entre los estímulos atacantes que provienen de afuera y aquellos que provienen de adentro. Las tensiones autoconservativas «se fijan» en una superficie siempre al borde del estallido: llanto y pataleo ante el hambre o ante una sacudida fuerte, frío o calor excesivos que rompan la homeostasis en la cual el bebé se ha instalado. Al mismo tiempo, el objeto de apaciguamiento, aquel del cual proviene el alivio de las tensiones vitales, abre nuevas vías de intrusión, de investimientos excitantes.

El hecho de que estas vías sean regladas, no queden libradas al azar, favorece una regulación de la incipiente economía psíquica. Supongamos a la cría de hombre en el mo-

mento en el que se ha instaurado la primera experiencia de satisfacción, tal como Freud la describe en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*: cuando reaparezca la tensión de necesidad, esta tensión ingresará al aparato psíquico en vías de constitución produciendo una corriente de excitación que «se ligará» a la huella mnémica de esa primera experiencia. La recarga de la huella mnémica, el movimiento deseante, será ya un modo de ligazón. De esta forma, las inscripciones de origen exógeno, pulsantes, provenientes del objeto-pecho degradado a indicio, constituirán puntos de anclaje para la evacuación desordenada de energía.

Pero, al mismo tiempo, como hemos señalado anteriormente, en el momento en que, desde el agente materno, se produzca en el bebé la intrusión de las excitaciones traumáticas desprendidas de la propia sexualidad materna, vías de entramado se establecerán en la medida en que la madre misma está atravesada simultáneamente por su sexualidad inconciente y por el narcisismo yoico que permite sostener su amor por el hijo, sostener al hijo.

Volvamos ahora a Alberto y tratemos de detectar esos movimientos tan complejos que recorre a lo largo de su crecimiento.

Los primeros seis meses parecen haber seguido una evolución normal, si bien podemos subrayar dos cuestiones que quedan «en espera»: la adopción, que lo separa de la madre biológica, y el viaje en avión a los dos días de haber nacido. No me extenderé al respecto sino para retomar algunos elementos ya planteados y mostrar, brevemente, de qué manera jugaron los conceptos que hemos desarrollado por relación a estas cuestiones en la historia singular de nuestro paciente:

Por un lado, la impronta de la adopción en el imaginario materno, en la medida en que la madre se ve obligada a establecer un proceso de reconocimiento de un cuerpo del cual debe apropiarse para luego desprenderse, ya que desde el punto de vista biológico no es metonimia de su propia carne. Proceso complejo de narcisización, que debe ser considerada en su especificidad en los movimientos de aproximación que estamos realizando, con un niño cuya madre estuvo precozmente atravesada por una depresión que reactivó abandonos precoces en su propia historia.

Del lado de Alberto, y apoyándome en el modelo de la carta 52 a Fliess, ya expuesto, la falla en la sucesión de retrasmisiones de huellas mnémicas que quedan sin engarce, perdidas en el movimiento metáforo-metonímico que lo hace pasar de un primer objeto a otro, agravada en este caso la discontinuidad como efecto de las interrupciones de la relación madre-hijo a partir de las propias vicisitudes libidinales de la madre.

Tratemos de desprender, del discurso materno tan contradictorio, algunos elementos que nos permitan encontrar a Alberto en sus primeros tiempos de vida: «Desde que nació lo sentí con dificultad», alude a su imposibilidad de sentirlo, de «entenderlo», vale decir, de «codificarlo». «Fue hasta los seis meses un niño muy despierto» nos habla de un bebé activo, con cierto grado de conexión, con rasgos mínimos de humanización.

«Era un bebé precioso y buenísimo, usaba chupete, le gustaba bañarse, se despertaba muy temprano». El uso del chupete nos indica que en él las premisas del inconciente han comenzado a instaurarse, que la boca no es simplemente un órgano de ingestión sino que lo autoerótico, lo libidinal, ya está operando. El placer por el baño, comienzo de constitución de una membrana capaz de establecer intercambios placenteros con el medio, con la mano de la madre, con el agua que lo envuelve, en un movimiento de captura en la totalidad dando cuenta de la constitución de esta membrana diferenciadora que no se reduce a lo biológico.

Las contradicciones discursivas poniendo de relieve que ya desde el comienzo hubo algo que cojeaba, algo que no le permitía a esta madre «entenderse» con su hijo, es decir, tener la convicción de que «quién más que ella podía saber algo acerca de su bebé» —convicción delirante, afortunadamente, que permite en la relación narcisista originaria «el trasvasamiento de las almas», movimiento espontáneo de constitución en los niños cuya evolución se realiza adecuadamente.

Tal vez estos mismos elementos hubieran encontrado otra evolución si no se hubiera producido, a los seis meses, la primera catástrofe. La madre pierde el vínculo con su hijo, sometida a ansiedades que podemos suponer muy intensas —ha padecido una depresión severa once años an-

tes—, y delega a Alberto en una persona que no puede, como se reconoce *a posteriori*, cumplir las funciones sustitutas.

En el *Traité de psychiatrie de l'enfant et l'adolescent*, René Diatkine y Paul Denis exponen el caso de un niño sometido a un autismo precoz secundario, cuya evolución estaba marcada por las vicisitudes del vínculo con su madre y con una niñera que ejerció las funciones de madre sustituta.¹¹ Pero en el caso de este niño, a diferencia de Alberto, fue la ruptura del vínculo simbiótico con esta «madre de crianza» lo que precipitó al niño al autismo en la medida en que su propia madre no estaba preparada para ejercer las funciones maternas.

Vemos a Alberto, por el contrario, quedar capturado por los períodos de conexión y desconexión de la madre; con el agravante de que la nodriza que lo toma a cargo es una mujer traumatizante, enloquecedora, a la cual el niño queda sometido ante la impasibilidad y el desconocimiento de sus propios padres.

Durante esos dos años de vida, la evolución del niño está prácticamente detenida, aparece, a través de la descripción de los padres, un cuadro de autismo precoz secundario con todos los rasgos con los cuales lo describe la psiquiatría: no busca la mirada del otro, no manifiesta placer al contacto, su desarrollo intelectual está casi detenido, las funciones se realizan mecánicamente.

Sin embargo, restos de lo pulsional inscrito irrumpen produciendo síntomas que dan cuenta de que este niño no es un simple animalito que haya quedado en la inmediatez o reducido a lo autoconservativo: tiene pánico a bañarse, continúa usando chupete, y, más aún, tiene crisis de llanto cuando intentan quitárselo.

Alberto pasa esos dos años de vida «enquistado» en el interior de una rigidización de la membrana para-excitación en la cual se confunden, en los límites, estímulos y excitaciones. Los elementos básicos que jalonan el pasaje a la hominización se han ya producido, lo alucinatorio del chupeteo, ejercido con violencia y tenacidad, da cuenta de que está sumergido en relaciones puntuales, sensoriales —al decir de Tustin—, y los movimientos de ligazón que debe-

¹¹ S. Lebovici, R. Diatkine y M. Ssulé, *Traité de psychiatrie de l'enfant et l'adolescent*, op. cit., pág. 192.

rían culminar con la instalación de un yo capaz de tomar a cargo las excitaciones y tramitarlas no se han producido. En razón de ello, el chupeteo aparece como el único lugar de evacuación «fijada» posible de los sobrantes energéticos. Coraza protectora y evacuación por un punto libidinizado, Alberto ha quedado fijado a los investimentos primarios a los cuales fue sometido antes de que el vínculo originario con la madre se catastrofara.

Tratemos de representarnos el momento de introducirlo en la bañera en esa etapa. El niño, que ha «soldado» en una corteza rigidizada su protección ante el desborde excitante interno y externo al cual se ve sometido —dada la falta de respondientes intrapsíquicos y de contención externa—, siente, a medida que se sumerge en el medio líquido, el despedazamiento, fragmento por fragmento, del todo que intenta desesperadamente mantener cerrado. El agua produce en él la sensación de un desmembramiento corporal que pone en riesgo de estallido al sistema. No hay regulación por el principio de placer, no hay posibilidad de contacto de piel ni intercambio simbólico con el semejante.

Durante el año en el cual retoma el vínculo con la madre, nuevos progresos se producen. El baño recupera el carácter placentero, comienza a dar besos —con la boca abierta, apoyándola en la mejilla del otro—, abandona temporariamente los pañales y controla esfínteres, no admite que lo dejen solo. Elementos todos que dan cuenta de que ha logrado instaurar movimientos amorosos y representacionales tanto del semejante como de sí mismo. El yo parece haberse instalado, también la relación hacia el semejante como tal; renuncia entonces a su chupete: un día, casi a los tres años, estando con sus padres a la orilla del mar, se acerca al agua y deja que el chupete sea llevado por las olas. Nunca más vuelve a emplearlo.

A los tres años, nueva catástrofe: enfermedad de la madre, repliegue narcisista de ella. Alberto queda librado a sí mismo, un sí mismo precariamente instalado. Los pánicos aparecen resignificados por este movimiento de instalación-despedazamiento yoico: el terror a introducirse en la bañera reaparece, no quiere ahora ni lavarse la cara, no puede usar ropas de mangas cortas, ni pantalones cortos —no puede dejar expuestos fragmentos de sí mismo, como si se hubiera establecido un fenómeno de «escurrimiento», y restitución

mediante, al modo descrito por Esther Bick—. ¹² Pero sus movimientos marcan que esto no es simplemente efecto del fracaso de una piel psicológica que el bebé instala a partir de experiencias apaciguadoras y protectoras con la madre; es necesario que haya sido sometido a experiencias de pulsación, narcisización y desnarcisización, para que ello se dé de tal modo.

Es necesario que haya algún tipo de representación de sí mismo en riesgo para que ello se produzca, vale decir que la tópica del yo se haya constituido. Los bebés hospitalizados, que han sido abandonados a su suerte, no producen este síntoma. Esto se asemeja más a los modos que vemos aparecer en las esquizofrenias, momentos previos o posteriores al *splitting* yoico: negarse a quitarse el camisón aun para bañarse, no poder dejar de emplear alguna prenda que garantiza la contención. (Hace poco tuve ocasión de supervisar el material de un niño de once años, con rasgos de travestismo, que dormía con una enorme remera de su hermana mayor, dando la pista de que sus vestimentas femeninas posibilitaban la contención yoica en el interior de una piel materna, ante el temor a una fragmentación; se resguardaba así, mediante este síntoma de aspecto perverso, de un estallido psicótico. Lo que estaba en él en juego era un fracaso de las identificaciones primarias, y no una consecuencia de una falla de las identificaciones secundarias, constitutivas del superyó.)

A partir de los tres años y medio, momento de reencuentro de Alberto con la madre, y durante el año y medio que pasó hasta que tomé esta situación a mi cargo, el pequeño se convirtió, al decir de los padres, en «inmanejable». Su discurso, cada vez más rico, se tornó incoherente, quedando capturado por terrores que transformaron su propia vida y la de quienes lo rodeaban en un enorme sufrimiento cotidiano.

Toda su evolución parecía dirigirse hacia una esquizofrenia, cuando empezó el tratamiento psicoanalítico que consideramos.

¹² A falta de un objeto internalizado, el bebé no puede proyectar en un objeto externo contenedor. El psiquismo «se escurre» incontenible, en un espacio sin límites.

El proceso clínico: construcción de una *first-me-possession*

Los analistas sabemos de la dificultad para el empleo de la interpretación en aquellos casos en los cuales la fuga de ideas y la excitación motriz generan la sensación de que aquellas palabras que podamos dirigir a nuestros pacientes parecerían no encontrar anclajes en los cuales entramarse.

Los manuales de psiquiatría aconsejan, por su parte, en los casos que combinan exaltación motriz y logorrea, el empleo de medicación que regule los intercambios.

Se abriría sin embargo, desde la perspectiva que estamos desarrollando, la posibilidad de construir algunas premisas clínicas para sostener una dirección que condujera a una evolución diferente. Me planteé entonces un período de trabajo —contábamos aún con el tiempo suficiente, antes de que Alberto se viera enfrentado a las tareas de la escolaridad— para ver si lograba ligar y crear las condiciones de estructuración que posibilitaran una neo-génesis. Alerté, de todos modos, a los padres, sobre que nos tomaríamos un plazo para intentarlo y que si ello no funcionaba, recurriríamos a una medicación complementaria. ¹³

A partir de las reflexiones teóricas que estamos en vías de exponer, escogí, para la primera etapa del proceso analítico, una técnica basada en proponer anclajes a las movilizaciones de investimentos que se precipitaban hacia la

¹³ Mucho tiempo después, cuando los resultados del tratamiento permitieron una disminución de la angustia de la madre, ella me confesó, dolorida: «Cuando usted habló de medicación, me dije: esto es una psicosis. Pero era tal mi miedo que no me atreví a preguntárselo». Indagué, entonces, si esperaba ahora una respuesta. Dijo: «No, me alcanza con lo que voy entendiendo, creo que si eso ocurrió, ¿de qué serviría ahora, cuando ya todo está encarrilado?». Yo no había querido, en aquella ocasión, generar más angustia de la necesaria, pero me vi en la obligación de alertar respecto a la posibilidad de medicación en razón de que, si no lo hacía, y las vías propuestas para el tratamiento fracasaban —después de todo estábamos intentando un camino que, aun para mí misma, era novedoso—, era necesario que los padres supieran de inicio que la vía escogida planteaba dificultades que yo conocía anticipadamente, vale decir, que no se pasaba de una a otra elección terapéutica de modo improvisado. El hecho de que nos rehusamos un saber acerca del otro, no nos da derecho a no saber acerca de nuestra teoría, nuestra psicopatología y la técnica que emplearemos. Por el contrario, estos conocimientos dan el sustrato a la abstinencia.

descarga, sea bajo el modo de conductas motrices, sea como logorrea. Partí para ello de la premisa freudiana de que es del lado del preconciente, del lado del yo, donde los investimentos devienen afectos. Enlazar un afecto con una representación mediante la palabra era el modo de propiciar una detención ligadora de la circulación desenfrenada. Para decirlo de otro modo: no era porque Alberto se angustiaba que el discurso se disparaba en forma incontenible, era porque no se angustiaba, no podía registrar sus afectos, en la medida en que, en el momento en que se desencadenaba el proceso, no había sujeto capaz de cualificar aquello que lo invadía desde su interior.

Ayudar a constituir una *first-me-possession* —primera posesión de sí-mismo— a partir de la cual establecer una diferenciación: intrapsíquica, con el inconciente; intersubjetiva, con el objeto de amor.¹⁴ Organizar esa masa ligadora a la cual ya nos hemos referido anteriormente —y de la cual Freud habla en el *Proyecto* con los siguientes términos: «Cabe entonces definir al yo como la totalidad de las respectivas investiduras ψ , en que un componente permanente se separa de uno variable»¹⁵—, y ello a partir del establecimiento de vías colaterales capaces de establecer un retículo en el cual la identificación encuentre anclaje para su instalación. La represión originaria podría entonces ejercer su función de evitar el pasaje de las representaciones inconcientes al preconciente; los procesos de contrainvestimiento no caerían en el vacío.

Ubiquemos algunos elementos respecto de la constitución de Alberto y sus consecuencias para el proceso que iniciábamos, tomándolos bajo un doble rubro: aquellos que responden a lo intrasubjetivo, por un lado; provenientes de lo intersubjetivo, por otro.

¹⁴ Winnicott acuñó la expresión *first not-me-possession* para dar cuenta de la diferenciación establecida, a partir del espacio transicional y sus vicisitudes, entre el sujeto y el objeto libidinal. Jean Laplanche, jugando con esta idea, ha desarrollado la idea de que la tópica se constituye a partir del territorio mediante el cual el niño instaura un yo como una *first-me-possession*; posesión no existente desde los comienzos de la vida, residual al narcisismo, operando como lugar de emplazamiento del sujeto y, a partir de ello, dando surgimiento al inconciente por «segregación» a una reserva que lo torna «una segunda naturaleza». Cf. Jean Laplanche, *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, op. cit.

¹⁵ En *AE*, vol. I, 1982, pág. 368. Apartado «Introducción del "yo"».

Por relación a lo intrasubjetivo, y como ya lo señalé anteriormente, la función materna, si bien fallida, había operado bajo dos formas: propiciando la inscripción de investimentos libidinales que generaban los prerequisites de la fundación del inconciente; y habiendo establecido, en ciertos momentos, investimentos totalizantes que permitían precipitar algunas constelaciones yoicas aun con los riesgos de desarticulación y las fallas que hemos descrito.

No nos encontrábamos, entonces, ni ante una cáscara vacía, como la que vemos establecerse en ciertos autismos «puros», primarios, ni ante un conglomerado pulsional desbordado en el cual nunca se hubieran constituido mínimos movimientos de narcisización.

Frances Tustin, en su libro *Barreras autistas en pacientes neuróticos*,¹⁶ concibe a la esquizofrenia infantil como el efecto de un «enmarañamiento» con la madre, equivalenciándola entonces a la psicosis simbiótica descrita por M. Mahler. Sin embargo, los manuales de psiquiatría concuerdan en señalar que es patognomónico, en los pequeños simbióticos, la angustia desbordada que se pone de manifiesto cuando el niño se ve separado de la madre, a la cual no puede abandonar ni por un instante. ¿Es ello patrimonio de las esquizofrenias infantiles?

Para sostener la diferencia entre autismo y esquizofrenia infantil, Tustin parte de un rasgo que considera fundamental: el niño esquizofrénico, a diferencia del autista, «es buscador de objetos». La cuestión se resuelve, en nuestra opinión, a partir de la reubicación de la categoría de «objeto». La confusión psicopatológica arrastra una dificultad, proveniente del psicoanálisis, respecto a la superposición entre el objeto de amor y el objeto de la pulsión. ¿Es el objeto de amor el que sostiene los movimientos del niño esquizofrénico? ¿O este objeto, como estamos viendo en los momentos esquizofrenoides de Alberto, opera al modo del objeto de la pulsión? Objeto de la pulsión que, una vez instalado, convoca al sujeto al modo «indiciático»; «indicios de objetos» que lo disparan a la búsqueda, bajo un modo fijado, del reencuentro con la huella mnémica, inscrita, de repetición de la satisfacción autoerótica, alucinatoria.

¹⁶ Buenos Aires: Amorrortu editores, 1989.

Que el yo opere como mediador libidinal del objeto —por que en sus comienzos el «amor al yo» fue mediado por el amor de los padres— pone siempre en riesgo los enlaces libidinales con los objetos amorosos cuando el yo está en proceso de desestructuración o, en los primerísimos tiempos de la vida, cuando aún no se ha constituido. Ello no implica, sin embargo, ningún tipo de «anobjetalidad». El objeto está, pero con un estatuto que no se rige por el amor sino por su agotamiento en el deseo, que tiene poca consideración por su existencia fuera del campo de atracción que lo constituye.

Nuestro paciente no era, de todos modos, el producto residual de una falla de narcisización originaria que lo dejara librado a los investimentos masivos de las representaciones pulsionales inscritas. En él oscilaban, así como habían oscilado a lo largo de su vida, presencias y ausencias de objetos amorosos que propiciaban ligazones y desligazones cuyos efectos trasferenciales pude recoger en el campo del análisis.

En los momentos de angustia extrema, Alberto se veía enfrentado a un movimiento de desligazón que lo precipitaba en sentimientos de riesgo de aniquilamiento con desestructuraciones del pensamiento. Esta aniquilación, esta desligazón, asume la forma clínica de lo que metapsicológicamente casi todas las escuelas reconocen, después de Freud, como operancia de la pulsión de muerte. Ello no implica, sin embargo, como en este caso, un deseo mortífero desde la madre.

Algunos psicoanalistas que se han enfrentado a estas entidades, en particular Winnicott y Tustin, reconocen la existencia, en las madres de estos niños, de una depresión operando en los primeros tiempos de la vida. Tustin descubre, en los casos de autismo psicógeno que ha tenido ocasión de explorar ampliamente a lo largo de su trabajo con niños psicóticos, que lo que ha producido lesiones difíciles de revertir en el niño no es tanto el deseo mortífero de la madre como la dificultad para hacerse cargo del «deseo de vida», de la vicariancia yoica que permite conservar con vida al cachorro a partir del amor del semejante.

La mirada perdida de la madre, su carencia envolvente, deja librado al niño a la presencia atacante de lo pulsional.

La pulsión de muerte, del lado de la madre, es déficit de narcisización hacia el hijo. Es la ausencia en la madre del deseo de vida, de la vida como proyecto humano, lo que se plasma en la cría como muerte, y sería de una simpleza extrema pensar que ello es efecto de un deseo inconciente agresivo de su parte.

«Era como un bebé de juguete», dice la mamá de Alberto en una entrevista que tuvimos al poco tiempo de iniciado el tratamiento. Cuando releo esto, tanto tiempo después, me conmueve la forma con la cual vi reaparecer, desde el niño, esta imagen.

Muchas sesiones del tratamiento estuvieron destinadas a inscribir, en él, una imagen de sí mismo, a ayudarlo a fundar la tópica yoica. Se sentaba en el piso, en un momento de excitación motriz, quedando duro, la sonrisa en una mueca estereotipada, la cabeza un tanto ladeada: «¿Así son los pinyones, Silvia?», decía, aludiendo a los muñequitos que acompañaban la granja o la casita que formaban parte de sus juguetes.

Desde la primera entrevista, las turbinas formaban parte central del diálogo. Las turbinas que giraban habían quedado fijadas, de algún modo, con su movimiento —descrito muchas veces por Bettelheim respecto de la captura que producen estos aparatos que giran en niños autistas—, habían sido vistas en la fábrica del padre, en ocasión de una visita.

En circunstancias de tomar su historia, en el marco de una entrevista realizada con Alberto y la mamá, la señora me hablaba de su depresión, ocurrida en ocasión de la muerte de su padre. En ese momento Alberto intervino: «Una paloma muerta en la plaza... toda muerta... los planetas son del sistema solar... yo estuve en un hotel en Mendoza... ¿los hoteles son casas?... hay turbina acá... ¿vos tenés turbina...?».

Comencé entonces a interpretar el giro de sus pensamientos. Cuando Alberto «se disparaba» en el discurso, en lugar de tomar todas las asociaciones —que en realidad no eran tales, sino desplazamientos irrefrenables de investimentos—, retornaba el primer elemento y lo engarzaba al modo siguiente: «Cuando viste la paloma muerta te asustaste, tenías miedo de quedar quieto y muerto como la pa-

loma, y luego los pensamientos empezaron a girar». Al poco tiempo el propio Alberto me decía, en ciertos momentos en los cuales se producía una secuencia del mismo tipo: «¿Giran los pensamientos, Silvia?», poniendo su manita sobre la frente, como en un intento de detenerlos.

La mano sobre la frente era acompañada de otra forma de anclaje. En ciertos momentos, en los cuales yo quería detener ese movimiento desesperado, motor o verbal, lo llamaba repetidamente por su nombre. Un día, en medio de una crisis de ese tipo, se tiró al suelo y me dijo: «Decíme: ¡Albertoooo!». Me pedía que yo efectuara el ejercicio de nominación que le permitía organizarse.

En lugar de manifestar angustia o enojo, durante los primeros tres meses de tratamiento, ora se escapaba del consultorio —sobre todo cuando llegaba el momento de terminar la sesión—, ora, poniendo su mano muy cerca de mi rostro, hacía un movimiento molesto, como de un pájaro que se aproximara velozmente a mis ojos, cerrando y abriendo los dedos plegados; acompañaba estos actos con una frase monocorde y aguda: «pipiripipí... pipiripipí... pipiripipí...», «¿así es la cara de pinypon? ¿a vos no te gusta la cara de pinypon?». Una sonrisa estereotipada, el rostro convertido en una máscara de ojos vacíos. Arriesgué entonces una interpretación: él hacía esos movimientos con sus manos, ante mis ojos, como X (la mucama que lo había tenido a su cargo hasta los dos años) le había hecho de chiquito, asustándolo. Intentó hacerlo un rato más, pero la sonrisa devenía un gesto de enojo cada vez mayor; yo sostuve su mano que se tornaba cada vez más hostil, y empezó entonces a gritar, profiriendo insultos y gritos de desesperación. Lo entorné entonces con mis brazos, diciéndole que entendía su enojo, que X le había hecho mucho daño, y que él sufría al recordarlo. Se calmó poco a poco, y pudimos, cada vez que por breves momentos hacía el movimiento y el sonido, hablar de la cuestión, de la cual no recordaba mucho, hasta que le pidió a su madre, una vez en presencia mía, que le contara de aquella época.

En muchos momentos, cuando sus estallidos de furor comenzaban a expresarse tanto en su vida cotidiana como en la relación trasferencial, me veía obligada a apartarlo con fuerza, a impedir que se apropiara de mí, que me lastimara con sus golpes. Estando en tratamiento ortopédico

para corregir el arco de su pie, usaba unos zapatones con los cuales intentaba patearme con violencia de manera reiterada. Me veía, en muchos casos, obligada a sujetarlo de los brazos y mantenerlo a distancia, o a apropiarme de su pie y quitarle el zapato para que no me dañara. Cuando la agitación cedía, intentaba hablar con él de qué era lo que había disparado su odio; generalmente intensos sentimientos de culpa lo invadían, y se preocupaba mucho de que no estuviera enojada como consecuencia de ello.

En cierta ocasión, en el marco de sus ataques hostiles, rompió una hoja de una planta del consultorio, entrando luego en una crisis de desesperación. «Por mi culpa —gritaba—, fue por mi culpa». A diferencia de lo que cualquier analista de niños —incluida tal vez yo misma— hubiera hecho con un paciente neurótico atravesado por similar angustia, no le interpreté que «él sentía que al destruir la planta me había destruido a mí misma», sino «que no temiera, que yo estaba bien, que no me había dañado, aun cuando él sintiera que habiendo destruido a la planta me había destruido». Me senté entonces a su lado y, tomando la hoja en mis manos, le dije que entendía que en su enojo quisiera despedazarme, y que luego se angustiara terriblemente porque también me quería, pero que yo estaba bien y que, si él quería, podía seguir rompiendo esa hoja desgajada del tronco, y que luego envolveríamos los pedacitos en un papel para tirarlos. Me miró atentamente, y comenzó a revisar mis brazos, luego mi cara, a la búsqueda de marcas del ataque sufrido. Cuando se hubo tranquilizado, tomó con delicadeza la hoja y me preguntó si era verdad que podía romperla; le garanticé que sí y la despedazó despaciosamente, con los deditos, más de un modo explorativo que sádico. Largo tiempo después volvía a hablar del episodio de la hoja, recordando la situación y estableciendo reflexiones acerca de lo humano y lo no humano.

Un día, en el marco de uno de esos ejercicios de violencia en los cuales con la mueca de «pinypon» estereotipada y sonriente que he descrito acercaba sus manos a mi cara con ese movimiento de pájaro que remedaba el de la mucama sádica, y, habiéndolo sujetado con mis manos para que no me dañara, estalló en llanto: «Silvia, te suplico —decía—, no puedo más, no puedo más...». Se acurrucó contra mí,

desesperado;¹⁷ la situación era de una intensidad dramática inédita; era el sufrimiento profundo, adultificado, de un ser humano desolado. Le dije que él no era un muñeco, que a veces quería ser un muñeco porque sufría mucho, pero que era un ser humano y que lo iba a ayudar a que pudiera ser un nene.

Pocos días después fue de visita a casa de una tía. Es un niño muy bello, y en el momento de ir a dormir, esta mujer, capturada por los progresos notables que veía en él y, sobre todo, por la ternura que irradiaba, le dijo con afecto: «Alberto, ¡pareces un muñeco!». Alberto —según relato de la madre—, respondió: «No, no soy un muñeco, Silvia Bleichmar dice que soy un ser humano».

A partir de estos movimientos, comienza una tarea por rehumanizar a Alberto, por lograr que sus padres dejen de considerarlo «un loquito». Les explico por qué no quiere usar manga corta, les hablo de la sensación que este niño tiene de estar expuesto, sin tegumento. La madre le obliga a usar mangas cortas y le dice, abrazándolo, que no tema, que no le va a pasar nada, que él tiene una piel, y que ella lo protege cuando está expuesto. El niño viene, indignado, a la sesión; desparrama cosas por el consultorio, y cuando intento ponerle límites me dice algo absolutamente sorprendente: «Los papás se llaman Silvia Bleichmar».

Yo me he convertido, evidentemente, en un referente simbólico. En el interior del consultorio me llama Silvia, cuando se refiere a mí fuera de él, o aludiendo a algún tipo de investimento de una función simbólica, me llamo «Silvia Bleichmar», no soy el objeto familiar con el cual se vincula, sino un ordenador que diferencia claramente de todo el resto de sus vínculos.

A fines de diciembre, toda la familia ha partido de vacaciones por dos meses. El diálogo amoroso entre Alberto y su madre ha sido recuperado, y más allá de los graves trastornos que el niño presenta, algo ha «cuajado» en este tiempo en el que hemos trabajado intensamente.

¹⁷ ...Y lo abracé con ternura, mientras le hablaba. Cuántas veces las confesiones de un H. Searles o de una F. Tustin nos han permitido entrever la profunda conmoción del analista ante el sufrimiento intenso de estos pacientes.

De los múltiples problemas teóricos y clínicos que el abordaje de una psicosis infantil pone en juego para el psicoanalista, he escogido, como tema de mi exposición, la cuestión de la función materna en la estructuración de lo originario, partiendo de la idea de que es en este campo del psicoanálisis de niños, y muy en particular en lo que se refiere a las psicosis infantiles, donde se ponen de manifiesto las teorías —explícitas o implícitas— que los analistas sostienen como sustrato teórico general de su práctica.

Innatismo *versus* psiquismo en estructuración; función constituyente del vínculo materno *versus* autonomía de un sujeto que se despliega en una potencialidad definida desde el desarrollo; concepción del narcisismo como objetal o como anobjetal; ubicación de la función materna como auxiliar o como fundante; definición del Edipo como estructura o como conflicto, con su derivación para el emplazamiento de la función paterna como re-fundante o rectificadora. Definición, en suma, del sujeto, como sujeto de cultura en sus determinaciones primordiales o humanización espontánea a partir de un preformado psico-biológico.

Las opciones se complican, por otra parte, en la medida en que la teoría no funciona en forma pura; diversas líneas teóricas toman partido por más de una opción a la vez, aun en forma contradictoria, intentando, al mismo tiempo, ensamblarse entre sí aun proviniendo de órdenes teóricos diversos, ya que unas y otras expresan fragmentos de verdad cuya utilidad clínica es innegable. De ello no está libre ningún estudioso verdaderamente preocupado por encontrar dispositivos clínicos más eficientes. Quien pretenda hacerse cargo del sufrimiento —propio y ajeno—, e intente producir transformaciones tendientes a abrir mayores posibilidades de salud, no descartará el conocimiento acumulado en la historia del psicoanálisis, ni aquel que crece diariamente en las investigaciones de nuestros contemporáneos.

Sin embargo, no debemos dejar de tener en cuenta que esta compleja cuestión de la acumulación de conocimientos en forma un tanto anárquica atenta en ciertos momentos contra nuestras posibilidades intrateóricas de confrontación. Si el psicoanálisis no ha logrado devenir una «ciencia normal», en el sentido de Kuhn, es porque sus paradigmas de base no están aún instalados. Se superponen entre sí, y

no constituyen aún una promesa de éxito más allá de los grandes territorios que el psicoanálisis ha abierto a la exploración de los fenómenos normales y patológicos, y de la cantidad de observaciones y desarrollos parciales que hoy tenemos entre manos.¹⁸

El trabajo de «limpieza» de los paradigmas ha ocupado un lugar poco importante entre los psicoanalistas. Ora se ha remplazado una teoría por otra, encerrándose dogmáticamente sus feligreses en capillas, ora se han superpuesto eclécticamente los enunciados al modo de esas casillas que en las villas miserias de América Latina fungen de vivienda de los más desposeídos: fragmentos de cartón, lata, cordones, ladrillos, barro, terminan por armar un lugar de abrigo fácilmente arrasable por la primera tormenta, la cual deja intocados los edificios de los alrededores.

En cada fragmento específico de nuestro trabajo, incluido en ello la psicopatología y la técnica, se expresa esta dificultad para limpiar los principios generales de la teoría y rescatar en la confrontación intrateórica los ordenadores que nos permitan construir el edificio. Cada acto clínico, cada resolución diagnóstica, nos confronta a opciones tanto de ideología terapéutica como de definición metapsicológica; y siguiendo el antiguo aforismo de Bacon, es más fácil que la verdad surja del error que de la confusión, pero supongo que estamos de acuerdo en que tampoco la verdad surgirá de la rigidización dogmatizada, de las reverberaciones reiteradas de enunciados cuya machacona repetición se pretende imponer como *slogans* que más tienen de *marketing* que de formaciones científicas.

Afortunadamente los tiempos que corren no parecen ser favorables a la consolidación del dogmatismo, pero ello no nos garantiza que el futuro no nos deje despojados de parámetros claros para pensar, no nos sumerja en un «todo vale» sin ciertos ejes claros que al menos pautaron nuestro accionar en este siglo. Los espacios en los cuales rendimos cuenta de nuestro proceso de pensamiento, sea el de la escritura, sea el del diálogo vivo que posibilita nuestros encuentros, se

¹⁸ Una «catártica» ha denominado J. Laplanche a esta limpieza de los paradigmas; tarea que ha desplegado no sólo en los *Nuevos fundamentos* sino a lo largo de sus *Problemáticas*, en las cuales explora modos de acercamiento de cuestiones nodales de la teoría y la clínica psicoanalíticas.

convierten en lugares privilegiados de la confrontación, no sólo con otros psicoanalistas, sino conmigo misma, con mi propio proceso de elaboración teórica en el área que he elegido hace ya casi veinte años: los orígenes del sujeto psíquico, sus consecuencias en la clínica de niños.

Algunas observaciones para repensar un ordenamiento del campo psicopatológico en la infancia

a. Es necesario subrayar, en primer lugar, que las psicosis infantiles deben ser reconocidas en su multiplicidad polimorfa; ello implica salir de la propuesta estructuralista originaria de concebir «la psicosis» como causada por un mecanismo único desde una modalidad cristalizada de función materna (dominancia narcisista de la captura fálica del hijo por parte de la madre, y su imposibilidad de construirse como sujeto a partir de esta variable determinante). En tal sentido, existen «las psicosis», así como existen diversas variables que conducen al desenlace psicótico.

b. Correlativo a lo anterior, si se parte de ubicarse en la vertiente, cada vez más extendida aun dentro de la diversidad de escuelas, de que las psicosis infantiles deben ser concebidas como un fracaso de los procesos de constitución del aparato psíquico —autismo psicógeno de Tustin, o psicosis simbiótica de Mahler, entre otros—, debemos relativizar la idea de definir un modelo del orden «madre de psicótico», reensamblando en las condiciones que generan ciertas premisas de constitución del niño tanto la estructura edípica de partida como las vicisitudes histórico-traumáticas que producen precipitaciones en diversas direcciones. Es necesario deshomonogeneizar las descripciones que han pretendido cosificar cuestiones cuya complejidad se nos revela cada vez mayor.

c. Retomar la función materna como función constituyente implica no sólo diferenciarse de aquellas corrientes que la reducen a lo autoconservativo, sino con un estructuralismo que la concibe bajo el solo ángulo de la narcisización. Recuperar el carácter de sujeto sexuado de la madre,

en el sentido estricto del término, no sólo por relación a la castración y sus implicancias en la constitución de la femineidad, sino en tanto «sexualizado», es decir, provisto de inconciente en el cual lo pulsional activa sistemas de representaciones que hacen a los modos de encarar las maniobras que los cuidados precoces del hijo imponen.

El carácter polimorfo, variable, crea condiciones difíciles para un diagnóstico taxativo —salvo en un pequeño número de casos— de las psicosis infantiles, poniendo sobre el tapete lo reducido de nuestra psicopatología. Por otro lado, es evidente a esta altura que gran parte de los trastornos que en la primera infancia son diagnosticados como «trastornos madurativos», «trastornos del desarrollo», «déficit intelectual de origen funcional», evolucionan cada vez más hacia formas psicóticas, francas, productivas, o con dominancia «a deterioro», las cuales son detectadas tardíamente luego de que el niño ha sido sometido a múltiples tratamientos *ortopedizantes*, que han dejado intocadas las estructuras de base que las generan. Esto, desde la clínica.

Desde la teoría, por su parte, algunos ordenamientos básicos se hacen necesarios. En principio, es necesario que nuestra psicopatología sea definida desde una propuesta metapsicológica, que pueda transformar los síntomas —tomados como entidades en sí mismas— en indicios que den cuenta de la estructuración psíquica.

Ubiquemos, a grandes rasgos, momentos de la estructuración precoz siguiendo para ello los modelos freudianos:

1. Un primer tiempo de la vida que no coincide con el primer tiempo de la sexualidad. Para ello, algunos textos freudianos pueden servirnos de base: el *Proyecto*, que ubica la función del semejante en la instauración de las representaciones de base, y da origen a la alucinación primitiva como modo de recarga de la huella mnémica de la primera vivencia de satisfacción, y aun «Pulsiones y destinos de pulsión», que, paradójicamente, más allá del carácter endogenista que predominantemente la pulsión asume —por delegación de lo somático en lo psíquico—, abre diversas vías para su comprensión, marcando la existencia de tres tiempos en la estructuración del yo, de los cuales podemos concebir al primero como al viviente, existente en sí mismo, definido por

montantes biológicos abiertos al exterior y constituido por funciones autoconservativas (en tal sentido, no consideramos al yo posterior como un derivado de este, sino precisamente como viniendo a taponar, una vez instalada la pulsión, sus efectos mortíferos).

2. Un primer tiempo de la sexualidad, instauración de las representaciones que luego constituirán los fondos del inconciente. De no producirse esta sexualización precoz —efecto del semejante materno—, la cría humana no logrará niveles básicos de hominización —tal como ocurre en los niños ferales o en los autismos graves irrecuperables.

3. Un segundo tiempo de la sexualidad, constituido por la represión originaria y el establecimiento del yo-representación narcisista. De no instalarse este tiempo segundo de la sexualidad, y por ende de la vida psíquica, el sujeto queda librado a las representaciones discretas, puntuales, que operan generando modos de un «más acá del principio de placer», definido por la compulsión de repetición y la imposibilidad de estructurar ordenamientos espacio-temporales a partir de la no instalación del proceso secundario. Formas de funcionamiento de procesos esquizofrenoides infantiles, o de presuntos «déficit evolutivos» que asumen para el observador no entrenado o que se guía por una perspectiva psicológica de una evolución preformada (tal como ocurre en la tabla de desarrollo propuesta por Anna Freud) el carácter de un trastorno madurativo, conservando la ilusión de que la estructura se saturará con el correr del tiempo, el crecimiento, o la estimulación de la función fallida.

Los tiempos anteriores implican esquemas ordenadores. Deben ser contemplados, en su procesamiento, los movimientos mismos de constitución de la represión originaria: transformación en lo contrario y vuelta contra la persona propia. La persistencia de sintomatología que deje abiertos modos de realización pulsional sin rehusamiento —asco y pudor—, y sin formaciones sustitutivas (sado-masocismo erógeno) da cuenta del fracaso parcial de la represión originaria y abre las vías para patologías severas no psicóticas: es necesario diferenciar al respecto el polimorfismo perverso infantil de las condiciones estructurales de establecimiento de la perversión. Diferenciación entre represión originaria —destinada a sepultar los representantes pul-

sionales— y represión secundaria (del Edipo complejo, que recae sobre fantasías estructuradas como fragmentos discursivos, ligada al establecimiento del superyó).

Entre estructura e historia se juega una posible nueva modelización de las series complementarias. Historia no alude centralmente al relato de vida —elaboración secundaria—, sino a la implantación de los traumatismos que constituyen sus series en el desencadenamiento psicopatológico. Definida la causalidad por *après-coup* (gratuidad de plantearse qué hubiera pasado si el nacimiento de Alberto no se hubiera engarzado con la enfermedad de la tía materna), el corte del diagnóstico estructural posibilita abrir un abanico predictivo.

A partir de ello, la clínica define sus modos de operar por relación al objeto a abordar; teniendo en cuenta, al respecto, la no homogeneidad estructural del sujeto, y concibiendo líneas de dominancia que deben ser consideradas cuidadosamente en los diversos procesamientos de la cura.

Esto no anula el carácter de salto estructural que se puede producir en el interior de este procesamiento. En tal sentido, la idea de «neo-génesis» alude a la posibilidad de inauguración de estructuras inéditas para las cuales es imprescindible tener claramente planteados, aunque más no fuera provisionalmente, ítems de carácter intrateórico. Parámetros de corroboración internos a nuestra teoría de la constitución del aparato psíquico pueden ser concebidos; ello no sólo no nos desliza en una psiquiatrización de la clínica, sino que, precisamente, la evita (fundamentalmente, evita la psiquiatrización futura del paciente).

Queda abierta la cuestión de si es coherente concebir una psicopatología psicoanalítica, y de qué orden sería la relación entre la fenomenología y los parámetros intrateóricos. Por mi parte, considero la necesidad, al menos, de dar algún tipo de sustento metapsicológico a las definiciones con las cuales abordamos los diversos momentos de estructuración psíquica, tanto en su carácter normal como patológico (siguiendo, para ello, el modelo propuesto por Freud desde el *Proyecto* en adelante: es imposible explicar el olvido histérico sin establecer una teoría psicoanalítica de la memoria, aun cuando limitemos nuestras aspiraciones de con-

cebir una «teoría general de la memoria», lo cual nos haría caer, nuevamente, en una psicología general).

La ubicación más clara de estos elementos permitirá, en nuestra opinión, una disminución de los riesgos de psiquiatrización futura de aquellos niños que, aun habiendo sido sometidos a consultas precoces debido a una sintomatología que aparenta un trastorno del desarrollo, están en riesgo de fracaso de sus procesos de constitución del aparato psíquico.

La irrecuperabilidad de los tiempos de infancia, como tiempos de la estructuración psíquica, nos plantea, desde el punto de vista ético, la urgencia de un fundamento para nuestra práctica, un «saber hacer» determinado por formulaciones precisas —hasta donde nuestros conocimientos lo permitan— acerca de los movimientos de instalación de lo originario.

Post scriptum

El texto anterior fue redactado al concluir el primer año de tratamiento de Alberto, en 1990. En el trascurso de ese año Alberto comenzó a organizar relaciones témporo-espaciales, a desplegar de un modo inédito su capacidad lúdica —«¡lo que más me sorprende es cómo juega!», decía la madre, asombrada de ver a su hijo entretenido en juegos creativos largos momentos del día, o incluso compartiendo por primera vez, con su hermano mayor, actividades deportivas o entretenimientos caseros—; controló definitivamente esfínteres y pudo salir del lugar de niño «extraño» en el cual estaba emplazado: usaba camisas y pantalones cortos en verano, dejó de entrar al baño cuando los adultos estaban allí, pudo viajar y disfrutar hoteles y paseos, mejoró su alimentación, comenzó a establecer vínculos con otros niños. Por primera vez esta familia estaba constituida por la pareja de padres y dos niños, y posibilidades de goce compartido se iban abriendo.

Fue también en el trascurso de este año cuando Alberto quedó «fijado» a un objeto, un pequeño conejo de peluche que llevaba consigo a todas partes. Por las características del vínculo establecido con él, supuse que podía no tratarse de un objeto transicional, sino de lo que Winnicott llama

«objeto consolador», pero que, en este caso, tomaba características ya sea de «doble», ya sea de «objeto fetiche».

El conejo hacía en sesión, todas las cosas que Alberto deseaba pero a las cuales había comenzado a rehusarse a partir del establecimiento de la represión: orinaba en el consultorio, se comía mis libros, destrozaba mis muebles, quería casarse conmigo o incluso buscar debajo de mi falda, intentando levantarla, si yo tenía un «pito»; en ciertos momentos, mientras el niño jugaba, el conejo se quedaba en un rincón mirando el juego, y frases ocasionales le eran dirigidas para responder a las presuntas interrogaciones que este pudiera producirle.

Ni de día, ni de noche, Alberto se separaba de su conejo, que operaba como una parte disociada de él mismo. Yo le interpretaba a mi paciente los deseos que atribuía al pequeño animalito, ante lo cual, en alianza con su *partenaire*, él se burlaba de mí y me hacía callar. Había alertado a los padres sobre qué conducta seguir ante la situación: respeto hacia el objeto y, al mismo tiempo, ninguna alianza que convalidara las conductas cuasi delirantes del niño. Era necesario, en mi opinión, que, sin desestimar ni atacar el carácter sintomal que esta relación asumía, no fuera convalidada, por parte de los padres, la creencia delirante en su humanización.

El sistema de creencias se constituye, en el ser humano, sostenido en el semejante. Sabemos que el principio de realidad no se instala simplemente sobre la base del ensayo y error, sino a partir de las nociones compartidas que constituyen una visión del mundo atravesada por la *Weltanschauung*. La percepción no sólo es insuficiente, sino que se inscribe en el orden de enunciados al cual quedan fijados los modos de apropiación de lo real.

Que una madre diga a su niña con tono juguetón: «Llevá a dormir a tu hijita que vamos a comer», no obsta para que, en otro momento, formule: «No dejes tirados todos tus juguetes, mete esa muñeca en el canasto». Sin embargo, lo que propicia la diferencia, en el caso de un niño que no esté atravesado por las vicisitudes de mi paciente, es el hecho de sentirse «vitalmente animado», en términos de aquello que Margaret Mahler ha llamado una *Appersonierung*, vale decir, una inclusión en el propio pellejo, acompañada del sentimiento de sentirse vivo. Por el contrario, el conejo era

de un orden totalmente distinto para Alberto. Por un lado, él mismo había sido, durante mucho tiempo, el conejo de peluche que hoy poseía: inmovilizado, encerrado en su propio universo, pasivizado ante los cuidados del otro —sádicamente ejercidos, en muchos momentos, por la cuidadora que lo había tenido a cargo—. Por otro lado, la madre también había tenido, en sus momentos de depresión y aislamiento severo, características inanimadas.

Las características de este objeto se ligaban a otro elemento surgido en el transcurso del tratamiento: Alberto me hablaba sin parar, en las sesiones, realizando preguntas reiteradas y obligándome, constantemente, a estar atenta y a otorgar respuestas. Algunas remitían a cuestiones notables de sus preocupaciones: «¿Vos tenés grabador a dos bandas?», «¿Gira la bandeja de tu equipo de sonido?». Pero otras aparecían como banales y constantes, del tipo: «¿Es azul esto? Eh, Silvia, ¿esto es azul?». De todos modos, lo llamativo era la forma compulsiva y reiterada con la cual ejercía la interrogación —interrogación a la cual yo daba, en muchos casos, respuesta, pese a lo cual se reiteraba infinitamente.

Comencé entonces a formular la siguiente hipótesis: ¿no era la interrogación de Alberto un intento de mantenerme viva, atenta a su presencia, como si temiera que si no me azuzaba constantemente yo fuera a quedar rigidizada, impasible y muerta —privado, por tanto, de una mirada que le daba vida, como la madre ausente en los períodos en los cuales «estaba triste o enferma, y vos sentías como que estabas muerto para ella, que eras como ese conejo de peluche...»?

Algún tiempo después, la madre me telefoneó, alarmada. Había encontrado al niño masturbándose sobre el conejo, acostado en el suelo, como si copulara. La tranquilizaba el hecho de haber sabido, previamente, que ese conejo no era «un objeto transicional», pero no entendía qué le pasaba a su niño. Le dije que hablaríamos al respecto, que me diera unos días para trabajar esto con Alberto y tener yo misma más claridad sobre la cuestión. En la sesión siguiente informé al niño del llamado de la mamá,¹⁹ me miró

¹⁹ Trato de no hacer nunca interpretaciones que den a mis pacientes la sensación de que soy una especie de *Big Brother* capaz de introducirse por

sonriente, con cierto descaro. Agregué entonces: «Tal vez te desespera que tu conejo no sienta, ni piense, ni hable, como si estuviera muerto; querías, con tu cuerpo, con todo eso que sentías adentro, hacerlo vivir, porque te desespera que esté siempre quieto».

La excitación sexual es una forma del sentimiento de estar vivo —la única presente en ciertos casos—. Alberto no había hecho, con su conejo, algo muy distinto de lo que intentan ciertos hombres con mujeres histéricas: transmitirle, a través de una excitación propiciada como compartida, algún tipo de intercambio libidinal que lo arrancara de la apatía y la muerte.

En el transcurso del año siguiente comenzó la escolaridad primaria. Ella estuvo atravesada por las vicisitudes de sus adquisiciones y sus falencias estructurales: logró rápidamente la lecto-escritura —sin que comprendiera demasiado el sentido de lo escrito o lo leído, de un modo aún un tanto mecánico—; comenzó a dibujar, incluso la figura humana; se integró con placer a las actividades compartidas.

Sin embargo, en lo que arrastraba mayores dificultades era en las matemáticas. La noción de número no terminaba de instalarse en este niño en el cual la temporalidad no tenía aún una función definida. Las diferencias generacionales no estaban claramente articuladas, y la falla en la simbiosis originaria con la madre llevaba, tardíamente, a un apoderamiento férreo de esa madre que lo dejaba librado a una especularidad tardía. La escena primaria no terminaba de constituirse en sus sistemas representacionales, aunándose a las características estructurales que hemos señalado en su propia adopción, generando en él una especie de anulación del enigma del nacimiento pese al conocimiento intelectual de sus orígenes.

De todos modos, en la segunda mitad del año escolar, recibí un llamado conmovedor y sorprendente de la madre: «Siempre la llamo cuando hay dificultades —me dijo—, hoy quería llamarla para compartir con usted la emoción que hemos tenido mi marido y yo esta mañana: Alberto fue aban-

todos los resquicios de su vida y de su mente, o de adivinar sus actos. Por el contrario, informo de la proveniencia de los datos que poseo y luego les propongo entender juntos qué está ocurriendo.

derado en la fiesta escolar». Elegido por la maestra por los esfuerzos realizados, y por sus compañeros por los buenos vínculos que con ellos había establecido, era la primera gratificación, en el plano social, que la vida otorgaba a este niño y a sus padres.

Al poco tiempo, empezó a quejarse de venir tres veces por semana. Quería más tiempo para poder visitar y recibir amiguitos. Tenía doble escolaridad de lunes a jueves, y los viernes prefería tener toda la tarde libre para jugar; la sesión de ese día le molestaba.

Comenzaba un nuevo proceso marcado por *resistencias*. Ello daba cuenta del emplazamiento del inconciente sistémico y de la represión concomitante. Por primera vez podía rehusarse a las interpretaciones: yo no sabía acerca de él, él comenzaba a devenir opaco.

Luego de algunas sesiones de insistencia de su parte, acordé, apresuradamente —pensando en los logros realizados en su vida y en el beneficio que implicaba su vida social— suspender la sesión de los viernes. Alberto tuvo, inmediatamente, una crisis que dio cuenta de mi error. Comenzó a gritar, paranoicamente, mientras me enfrentaba: «¿Vos me estás cargando, Silvia?, ¿me estás cargando?». La furia y la desesperación aparecían, nuevamente, después de mucho tiempo.

Me di cuenta de mi error y le interpreté la sensación de expulsión que mi aceptación implicaba. Llevó un rato que se tranquilizara, mientras yo le decía que tal vez no me había dado cuenta de que él quería no venir, pero también quería comprobar que yo quería que venga, que no estaba dispuesta a dejarlo ir así, sin más. Propuse entonces una solución de compromiso: él podía, los viernes, elegir si venía o no; yo siempre esperaré en el horario de su sesión, pero él tenía que hacerme llamar previamente para comunicarme su decisión de venir o no.²⁰ Así como un niño necesita saber que puede vagar con sus amiguitos porque la mamá está en

²⁰ Este extraño contrato fue resuelto, desde el punto de vista económico, con acuerdo de los padres, del siguiente modo: yo no ocuparía la hora, pero al mismo tiempo no siempre esta sería empleada por el niño. En razón de ello, cuando el niño viniera, cobraría la sesión, y, cuando decidiera no venir, sólo la mitad (dado que no podía dejarla libre para otro paciente). Aclaré que no pensaba que esto se extendiera mucho tiempo, explicándoles el sentido que tenía para el niño saber que «yo lo estaba esperando».

la casa, cocinando para él u ocupándose de sus cosas —seguro de que la necesita y que sabe dónde localizarla—, Alberto necesitaba que yo «pensara» en él mientras estaba ausente, dedicado a lo suyo.

Poco tiempo después me dijo que no quería venir más los viernes —había usado, ocasionalmente, este espacio—. Seguimos entonces trabajando un tiempo más a dos sesiones por semana.

A comienzos del año siguiente, cierto estancamiento del tratamiento se había producido. Las tareas planteadas para esa etapa aparecían como resueltas, y el niño debía empezar a recibir una ayuda psicopedagógica para completar algunas nociones cuyos déficit arrastraba. Me preguntaba yo cuál era el camino más adecuado a tomar: sabía, por una parte, que Alberto necesitaría muchos años de ayuda analítica hasta que los aspectos más seriamente perturbados estuvieran definitivamente saldados. Por otro lado, ¿era necesario mantenerlo en análisis *todo* el tiempo? ¿No podía conducir ello, sobre la base de la *impasse* en la cual estábamos en vías de entrar, a un agotamiento del espacio analítico que lo tornara inútil cuando nuevos saltos estructurales pudieran producirse?

Acordé con él, y luego con sus padres, una interrupción del tratamiento. Le ofrecí garantías de que nos seguiríamos viendo —me había dicho, en muchas ocasiones: «¿Cuando yo sea grande voy a seguir viniendo?»; en otras, más optimista: «Cuando sea grande te voy a traer a mis hijitos para que los atiendas...».

Convinimos, también, en que periódicamente me llamarían ante las dificultades que se les plantearan, o ante cualquier situación que consideraran digna de ser comunicada. Algún momento será propicio para retomar el tratamiento; posiblemente, los embates de la pubertad sometan a Alberto a tareas inéditas para cuya simbolización requerirá del espacio analítico; la impronta de los logros obtenidos en esta primera etapa, así como la instalación de un espacio trasfereencial sin forzamientos, espero que constituyan su garantía de analizabilidad futura.

5. El concepto de infancia en psicoanálisis (prerrequisitos para una teoría de la clínica)

Analizamos niños todos los días y ello no implica, sin embargo, que el campo sobre el que operamos esté tan claramente definido. Tratar al niño solo o en familia, incluir a los padres, entrevistar a los hermanos, no son meras cuestiones relativas a la «técnica»; cada una de estas opciones está determinada por una concepción del funcionamiento psíquico, un modo de «entender» al síntoma. Más o menos fundamentadas, más o menos intuitivas, las respuestas que dan los analistas recorren una gama muy vasta cuando ellos son interpelados acerca de las *motivaciones* —en el sentido de exponer los motivos sobre los cuales reposa su decisión, pero también, en el de justificar «un acto», con todas las connotaciones que ello tiene en psicoanálisis— que los impulsan a la elección de uno u otro criterio diagnóstico, de una u otra estrategia terapéutica.

«Quería ver un poquito más», dice alguien a quien le preguntó por las razones que lo llevaron a realizar una entrevista familiar con los padres y hermanos de un niño enurético de nueve años. «Quería escuchar al padre... o a la madre», responde quien ha incluido, durante algún tiempo, a uno de los progenitores en el tratamiento. Es posible, pero: escuchar *¿qué?*, ver *¿qué?* ¿Son todos los discursos, todas las interacciones, todos los actos del semejante algo que tiene que ver con el inconciente del niño? ¿Qué relación existe entre las interacciones parentales y las determinaciones sintomales, singulares, específicas, que hacen a la neurosis de infancia?

Si la relaciones entre teoría y clínica implican la definición de un método, sabemos ya que el método no puede concebirse al margen de las correlaciones con el objeto que se pretende cercar, transformar. Es esta, la cuestión del *objeto*, en psicoanálisis de niños, la que debemos poner hoy en el centro de nuestras preocupaciones.

Ello me ha conducido, por mi parte, a intentar definir, desde los tiempos de constitución del sujeto psíquico, ciertos paradigmas que permitan el ordenamiento de un accionar clínico que no se sostenga meramente en la intuición del practicante ni, tampoco, que intente un traslado del método analítico mediante un forzamiento en el cual no se discutan las premisas de existencia del objeto que se intenta abordar.

He tomado partido hace ya varios años por la propuesta freudiana que concibe al inconciente como no existente desde los orígenes, definido su posicionamiento por relación a la barrera de la represión, determinadas las producciones sintomales por relaciones existentes entre los sistemas psíquicos —sistemas que implican contenidos diversos y modos de funcionamiento diferentes— y, a partir de ello, mi investigación avanza en la dirección de definir una serie de premisas de la clínica que puedan ser sometidas a un ordenamiento metapsicológico.

Los fundamentos del psicoanálisis de niños deben ser replanteados, pero ello no puede efectuarse sin que sometamos a discusión las premisas de base que guían nuestra práctica. Es la categoría *niño*, en términos del psicoanálisis, la que debe ser precisada, y ello en el marco de una definición de *lo originario*. La precisión de psicoanálisis «de niños —o «con» niños, como una cierta perspectiva contemporánea propone— no puede ser retomada sin señalar el acento con el cual ha sido formulada clásicamente: es en *psicoanálisis* donde se subraya la cuestión, y no en *niño*. Se dice que se trata siempre de «análisis», lo cual supone entonces un método de conocimiento del inconciente; esto no es sin embargo tan lineal, dado que el inconciente sólo puede ser explorado, en el sujeto singular, y por relación a la neurosis, una vez establecido el conflicto psíquico que da origen al síntoma, y ello no es posible antes de que se hayan producido ciertos movimientos de estructuración marcados por la represión originaria.

Volvamos a la definición ofrecida por Freud en 1923 en «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido» para, a partir de ello, inaugurar algunos problemas que hacen a nuestro tema:

«Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de pertur-

baciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica».¹

Vemos que es en principio la relación entre *objeto* y *método* la que aparece enunciada, cuestión que se soslaya en muchas ocasiones cuando se intentan establecer correlaciones generales entre *teoría* y *clínica*. Es imposible establecer una correlación entre teoría y clínica sin definir previamente este problema del objeto y el método; cuestión que se expresa de modo paradigmático en el campo del psicoanálisis de niños, pero que no deja de jugarse permanentemente en todos aquellos otros espacios que hacen a la clínica psicoanalítica cuando se trata del abordaje de los estados no neuróticos de la mente.

El problema podría resumirse en los siguientes términos: el psicoanálisis de neuróticos (adultos o niños con su aparato psíquico constituido, en los cuales el síntoma emerge como formación del inconciente) trascurre, inevitablemente, los caminos de la libre asociación, y esta libre asociación se establece por las vías de lo reprimido —más aún, de lo secundariamente reprimido—, presto a ser recuperado mediante la interpretación. Pero para que ello ocurra es necesario que el inconciente y el preconciente se hayan diferenciado en tanto sistemas y, aún más, que el superyó se haya estructurado en el marco de las identificaciones secundarias residuales del complejo de Edipo sepultado.

¿De qué modo ocurre esto, en cambio, cuando el inconciente no ha terminado aún de constituirse? ¿Cuando las representaciones primordiales de la sexualidad pulsional originaria no han encontrado un lugar definitivo, no han sido «fijadas» al inconciente? Se abre acá una dimensión clínica nueva, la cual sólo puede establecerse a partir de ubicar la estructura real, existente, para luego definir la manera mediante la cual debe operar el psicoanálisis cuando el inconciente no ha encontrado aún su *topos* definitivo, *cuando el sujeto se halla en constitución*.

Conocemos las diversas soluciones que se han ofrecido a lo largo de la historia del psicoanálisis a esta cuestión y las

¹ Sigmund Freud, «Psicoanálisis», en *AE*, vol. XVIII, 1979, pág. 231.

impasses a las cuales ello ha conducido. El kleinismo abrió la vía y fijó las premisas, inicialmente, para que analizar niños fuera posible, pero asentándose para esto en la perspectiva más endogenista de la propuesta freudiana acerca de la constitución del inconciente, con las consecuencias teórico-clínicas que conocemos, con sus aperturas e *impasses*.

¿Qué de nuestra práctica guarda aún relación con esta propuesta inaugural? ¿Puede un intento de perfilar una metapsicología sometida a la prueba de la clínica abstenerse totalmente de la experiencia acumulada por lo que podríamos denominar «el psicoanálisis de niños clásico»?

Lo que nos enseñó Mrs. Klein

Aún hoy, setenta y tres años después, sigue ocurriendo. Alguien llega a una supervisión, expone un fragmento de sesión en el cual el contenido fantasmático «salta al oído» de un analista medianamente entrenado, y, cuando se señala, por ejemplo, que su paciente, esa niñita, «aprieta las piernas en sesión para retener sus pensamientos como si tuviera miedo de perder su pis valioso», aparece la pregunta: «¿Y cómo se lo diría?». Pregunta que disloca la interpretación del discurso dirigido al niño, dando pruebas —¡aún hoy!— de la dificultad que los analistas de niños tienen, al modo de un pudor primitivo, cotidiano, efecto de la represión de la sexualidad infantil, de hablar, en sus consultorios, el lenguaje del erotismo erógeno.

Se puede, por supuesto, hablar de los afectos sin que ello signifique hablar del inconciente (el amor, el odio, la rivalidad, convertidos en una fácil novelización de una fenomenología edípica). Se puede, incluso, hablar de mamá y papá, de los hermanos y los maestros, estableciendo una fácil literalización trasferencial de todo ello, y, sin embargo, el inconciente estará ausente. Porque para el inconciente no es de papá de quien se está celoso, ni es a mamá a quien se odia, sino que ellos están atravesados por un posicionamiento respecto de aquellas representaciones de mamá y papá que los constituyen en tanto sujetos sexuados, de aquellas representaciones de mamá y papá atravesadas por el deseo que se encarna —sin ningún tipo de espiritualismo— en el

pene y los agujeros, en el vientre y los pechos, en cada uno de los fragmentos que remiten, articulados en el propio sufrimiento y en el propio goce, a las constelaciones deseantes que el niño mismo estructura.

Esta es la enseñanza principal del «Simposium sobre análisis infantil»,² y, sin duda, de toda la obra posterior de Melanie Klein. «Ella le enchufa el simbolismo con la máxima brutalidad» dice Lacan, refiriéndose al pequeño Dick; ella le enchufa una simbolización de lo innombrable y, a partir de esto, el psicoanálisis de niños ha entrado en el campo, en movimiento, del psicoanálisis.

Bien podríamos considerar a este «Simposium» de 1927, (publicado por Melanie Klein en 1947 con una nota que ratifica su vigencia por relación a la polémica establecida con Anna Freud) como el primer «retorno a Freud», en vida de Freud: inconciente, transferencia y sexualidad infantil son los ejes alrededor de los cuales la discusión se instituye, y ello desde una perspectiva tendiente a abrir toda la potencialidad de un campo que se pretende subsumido, en ese momento, en los márgenes de la pedagogía.

Y quien haya leído *El psicoanálisis de niños* —superado el escozor inicial que años de lectura «epistemologizada» imponen frente al deslave conceptual que en él se juega— nunca más olvidará la enseñanza de Klein, que lo llevará a pensar, cuando un niño introduzca un dedo en un agujero del piso del consultorio, en la tierra de una maceta o en un juguete, que ese agujero no es un simple recorte material en lo real, sino algo que, jugado entre su propio cuerpo y el cuerpo materno, pone en marcha una fantasmática que remite a la activación erógena de una interlocución deseante.

Un analista que haya transitado seriamente por su análisis, un analista que se haya reconocido en sus estallidos deseantes amorosos y hostiles, que haya sufrido la pasión trasferencial desconociéndose y reconociéndose, incluso, en el atravesamiento que lo introduce en el ciclotrón desmembrante de un espacio en el cual se borran los límites de lo real y del fantasma, sabe que el niño al cual se enfrenta en su tarea no deja de activar, al mismo tiempo, y permanentemente, los fantasmas a los cuales él mismo fuera confron-

² Melanie Klein, *Contribuciones al psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 1964.

tado. Pero sabe también de la profunda capacidad transformadora del análisis, del valor de la interpretación formulada sin hipocresía y sin duplicidad, como un enunciado descriptivo cuyo objetivo no es propiciar un acto sino ampliar, en el interior de un horizonte transformador, las posibilidades del sujeto mismo de adueñarse de los aspectos desconocidos que desde su inconciente insisten bajo el modo de ataque de la compulsión de repetición.

El intento de conciliar psicoanálisis y educación, propuesto por Hug-Hellmuth (y en cuya línea se inscribe de inicio Anna Freud) no deja de guardar ciertas resonancias con el modelo de lo que se ha dado en llamar la «pedagógica negra» alemana; esta, que tuvo su origen en el siglo XVIII, se conservaba en los tiempos en los cuales el psicoanálisis de niños hace sus primeros intentos de abrir una nueva vía.

He aquí un ejemplo de cómo concibió esta pionera del psicoanálisis de niños su práctica: «Durante una de las primeras sesiones le conté (a Hans) la historia de un niño que no quería dormir por las noches y que hacía ruido de tal modo que tampoco dejaba dormir a sus padres. Le dije además que el pequeño Rudi también hacía ruido durante la siesta, cuando su padre quería descansar; su padre se enojaba y lo azotaba. Reacción: El pequeño Hans se precipitó sobre el aparador, tomó un "Krampus"³ y su bastón que se encontraba allí, y comenzó a golpearme el brazo mientras decía: "Tú eres mala". Y yo continué: "Rudi no amaba en absoluto a su padre, hubiera estado contento si su padre no hubiera estado allí". Efectivamente, su padre, oficial de alto rango, estaba en servicio desde el comienzo de la guerra y sólo se reunía en Viena con su familia durante sus breves licencias... Al día siguiente, sus deseos de muerte dirigidos contra su padre se manifestaron más claramente. Jugaba con

³ Estatuilla de personajes del folclore invocados para asustar a los niños, al servicio de la «pedagogía» de la época. ¿Qué hacía un *Krampus* en el consultorio de Hug-Hellmuth, podríamos preguntarnos? Es impensable hoy un consultorio de niños en el cual hubiera una estatuilla del «Hombre de la Bolsa»; ni siquiera una lámina de «Caperucita roja» enfrentada al lobo —pese al valor simbolizante que, cada vez más, le reconocemos a estos cuentos infantiles como ligadores de las angustias infantiles; cuentos que, por otra parte, los niños se las arreglan siempre para conocer aun cuando hayan sido erradicados de la crianza actual.

un auto y derribaba a menudo al chofer, del cual yo le había dicho que era el padre de Rudi. Yo fingía llamar por teléfono al niño para darle noticias de su padre. Se suponía que Rudi lloraba largamente al oír esas noticias, y yo decía que Rudi, pese a que antes había querido alejar a su padre tan severo, estaba ahora muy triste porque, no obstante sus deseos, en verdad quería mucho a su padre».⁴

La intervención precedente —que no dejará de sobrecojer a más de un analista— se asentaba en una concepción del análisis resumida por ella misma en los siguientes términos: «El análisis pedagógico y terapéutico no puede contentarse con liberar al joven individuo de sus sufrimientos, debe también inculcarle valores morales, estéticos y sociales. Su objeto no es el individuo maduro que, una vez curado, es capaz de asumir sus hechos y sus gestos, sino la juventud, es decir individuos en pleno desarrollo, que deben ser fortificados bajo la dirección pedagógica del analista para devenir hombres determinados y voluntarios».⁵ ¡Qué inquietante resonancia, la de estas últimas frases, luego de los acontecimientos históricos vividos pocos años más tarde en Austria y Alemania!⁶

¿Hasta dónde podía considerarse psicoanálisis este tipo de intervención pedagógica? No fue esta la última vez que los conocimientos surgidos del psicoanálisis fueron empleados para fines, en nuestra opinión, diversos de aquellos para los cuales el método fue creado. No hay aquí ninguna interpretación; los afectos del niño son guiados desde una perspectiva mistificadora y atemperante. Aplacar, educar, mostrar que el odio produce culpa, generando, a su vez, más odio...⁷ he aquí el modelo de intervención con el cual Hug-

⁴ Hermine Hug-Hellmuth, «De la técnica del análisis de niños», intervención en el VIº Congreso Internacional Psicoanalítico, La Haya, 1920. En *Essais psychanalytiques*, París: Payot, 1991, pág. 206.

⁵ *Op. cit.*, pág. 195.

⁶ Debemos a Alice Miller el haber puesto en correlación, y más allá de los móviles políticos y económicos que llevaron al surgimiento del nazismo, a la pedagogía negra de la época con el tipo de hombres que este requería para consolidarse. El ideal de crianza, que llevaba al «asesinato del alma» —para recordar a esa víctima precoz que fue Schreber—, se expresa, aun en el psicoanálisis, en estas palabras de Hug-Hellmuth.

⁷ No podemos dejar de relacionar, lamentablemente, el trágico final de Hermine Hug-Hellmuth con esta concepción del niño como pequeño egoísta inmoral, incluso asesino, que debía ser educado. El polimorfismo perverso

Hellmuth se enfrenta a este Hans (tratado en 1917 y 1920) que no tuvo la fortuna con la cual fue beneficiado el otro Hans, el de Freud, varios años antes.

Es inevitable que, ante la propuesta de Anna Freud, que se mantiene en línea de continuidad —y, seríamos injustos si no lo dijéramos, también en ruptura— con Hug-Hellmuth, sosteniéndose de inicio en una combinatoria de psicoanálisis y educación, Melanie Klein conteste con toda la artillería, y esta artillería no se asienta en pequeñeces: se instala en la dimensión de la analizabilidad, considerando al niño pasible de ello, y por supuesto, de transferencia:

«He querido probar que es imposible combinar un trabajo analítico y un trabajo educativo... Resumiré mis argumentos diciendo que una de estas actividades anula de hecho a la otra. Si el analista, aun cuando sólo fuera temporariamente, deviene el representante de las instancias educativas, si toma el rol del superyó, si cierra la ruta del Conciente a las tendencias pulsionales, se constituye como el representante de las facultades de la represión».⁸

Si la neutralidad analítica consiste en la acogida benevolente de aquello que desde el otro emerge, no se trata entonces de guiarlo para incrementar la culpa, pero tampoco de conservarse impasible y abstinentemente ante el sufrimiento ajeno. «Mis críticas no recaen sobre el hecho de que Anna Freud active la culpabilidad —agrega Melanie Klein—, sino, por el contrario, sobre el hecho de que ella no la *disipa suficientemente*. Considero que ella da prueba de una dureza inútil al amenazar la conciencia de un niño con su miedo de volverse loco, como lo ha descrito, por ejemplo, sin atacar también esta angustia en su raíz inconciente, y sin aliviarla, a su vez, en la medida de lo posible».⁹

freudiano era comprendido por algunos discípulos como maldad criminal. Steckel, en *El lenguaje del sueño*, de 1911, afirmaba que «el niño se introduce en el mundo con el odio en el corazón, él es un egoísta absoluto y criminal universal», agregando que entre los hijos naturales, que no han pasado por la escuela del amor paterno, se encuentra un porcentaje muy alto de criminales, anarquistas y «apóstatas del odio». Cf. Hermine von Hug-Hellmuth, *op. cit.*, prefacio de Jacques Le Rider, pág. 8.

⁸ «Simposium sobre análisis infantil», *op. cit.*, pág. 161.

⁹ *Ibid.*, pág. 142.

Tolerar junto al otro, para que la disminución del sufrimiento sea posible, el compromiso de una labor común que posibilite exhumar lo inconciente para permitir la elaboración y ligazón de aquello que desde el externo-interno ataca al sujeto. Sería necesario, sin embargo, desde la perspectiva que estamos proponiendo, puntualizar que este inconciente no está allí desde siempre, sino que es el efecto de aquello que de la historia traumática, pulsional, ha quedado inscrito, desarticulado y rehusado su ingreso a la conciencia bajo el efecto de la represión originaria.

Aperturas e *impasses* de la propuesta kleiniana

Es indudable que la segunda mitad del siglo está atravesada, en lo que a la teoría psicoanalítica se refiere, por una propuesta que tiende a tomar cada vez más en cuenta, en la fundación del psiquismo, aquellos determinantes exógenos que lo constituyen. De modo espontáneo, con mayor o menor conocimiento de la cuestión, los analistas tienden a contemplar cada vez más la función de las figuras significativas que tienen a su cargo la crianza del niño. Y aun aquellos que siguen conservando una teoría pulsional cuyas determinaciones se definen por cierto paralelismo psicofísico, no dejan de tomar en cuenta las vicisitudes estructurantes en el interior de los vínculos primordiales acuñados, a partir de cierta vertiente más actual, como «estructura del Edipo».

Dentro del pos-kleinismo autores como Winnicott y, en los últimos años, Frances Tustin, han puesto el acento en la función materna y en las consecuencias de esta para la evolución normal o patológica del cachorro humano. Y es raro encontrar textos que remitan sus explicaciones de una cierta constitución mórbida a conceptos como «la envidia», «el instinto de muerte», o «el sadismo precoz».

Sin embargo, lo que resulta difícil de concebir por los analistas es que el inconciente mismo no sea un existente desde los orígenes, que sea un producto de relaciones humanizantes en las cuales la cría humana se constituye; que no esté dado desde el comienzo. Porque, aun para quienes, siguiendo una propuesta inaugurada por Lacan, lo conciben como efecto de cultura, el carácter trans-individual y ahistó-

rico de la estructura del Edipo conduce, en definitiva, a lo mismo: «allí y desde siempre» —en el discurso parental, en el deseo del otro, en las interdicciones del Otro—, el inconciente no es rastreado en sus orígenes.

Tratemos, por otra parte, de representarnos el contexto en el cual Melanie Klein comenzó a desarrollar su propuesta. 1927: poco tiempo después de la aparición de *El yo y el ello*, y casi contemporáneo de *Inhibición, síntoma y angustia*. El mundo psicoanalítico —el pequeño mundo psicoanalítico— está centrado en la segunda tópic; Freud mismo, capturado por el relevo del inconciente por el ello; la teoría de la represión, expulsada a un segundo plano; la pulsión de muerte recuperando, por un lado, el carácter indomeñable de la sexualidad inscrita en el inconciente; por otro, deslizándose a una equiparación más bien plana entre tendencias destructivas del ser humano y agresividad. Alrededor de este momento, confuso y abigarrado, productivo y a la vez nunca puesto en orden en el interior del *corpus* hasta hace poco tiempo, Melanie Klein genera su propia propuesta.

Más un ello que un inconciente, sobre esto pivotea el concepto de analizabilidad. La única realidad es la del inconciente; a partir de ello, toda producción secundaria es simple símbolo, transcripción, de lo «verdadero» a cuyo encuentro debe ir el analista: «El niño nos traerá muchas fantasías si en esta senda lo seguimos con la convicción de que lo que nos relata es simbólico».¹⁰ Todo discurso, toda producción psíquica, simboliza lo inconciente; la famosa técnica de «traducción simultánea» que tantas polémicas generó a comienzos de la década de 1960, se sostiene en una concepción *expresiva*, tanto del lenguaje como del juego, concebido como forma en la cual hay que buscar el discurso de la pulsión, siempre al alcance de la mano, si el analista tiene capacidad de «*insight*» (capacidad de establecer ciertas conexiones entre los fenómenos manifiestos, el inconciente y la situación analítica). Desde esta concepción, de un inconciente universal y existente desde los orígenes, las *phantasies* no pueden ser sino extraídas en forma directa sin demasiado miramiento por los sistemas secundarios.

¹⁰ «Simposium sobre análisis infantil», *op. cit.*, pág. 144.

Desde una perspectiva tal se puede «hacer conciente lo inconciente» sin que ello implique «llenar las lagunas mnémicas». No es la historia del sujeto singular, inscrita en los sistemas psíquicos, lo que da origen al fantasma; por el contrario, este último es el efecto de un movimiento mediante el cual la pulsión se relaciona con su objeto en el interior de una posición; posición en la cual los términos son a su vez solidarios, articulándose y desarticulándose en razón de las vicisitudes fantasmáticas mismas. En este movimiento, el fantasma no es efecto sino origen; y es a este a quien se dirige el análisis.

Liberar la fantasía trabada por la angustia, permitiendo «una disminución de la culpa, he aquí la meta del análisis. Tal concepción no puede sino asentarse en el soporte teórico de un ello: bolsa de residuos fantasmáticos de la cual el analista extrae y extrae, como en un sinfín, con la ilusión de un agotamiento de este ello concebido como puro conjunto de contenidos. De ahí que los análisis kleinianos lleguen, posteriormente, a durar cinco, seis, ocho años en la infancia.

Esta concepción del inconciente, constituido por la universalidad de la *phantasy*, no lleva nunca a Klein, sin embargo, a homologar su inconciente con el del paciente. No encontramos en sus análisis esa formulación tan común, posterior, de «sentí entonces que... y en razón de ello le interpreté...». Klein no interpreta desde la contratrasferencia: cree en la existencia de premisas universales del funcionamiento psíquico, de los fantasmas originarios, y en ellas se sostiene para hacer progresar el análisis.¹¹

Una última observación respecto a la interpretación: los cuestionamientos que se han producido en los últimos años a esta modalidad de interpretación del kleinismo son, por supuesto, insoslayables. Pero es necesario señalar, en primer lugar, que esta forma de intervención no deriva sólo de la mitología biológica presente en Klein, sino de su modo de

¹¹ Su posición fue tajante al respecto: objetó el uso de la contratrasferencia para la interpretación, y este fue el punto central de una discusión que llevó al alejamiento de Paula Heimann. La introducción al psicoanálisis de Richard, con ese conmovedor sinceramiento de sus sentimientos contratrasferenciales, pone de relieve que es el conocimiento de su propio inconciente por parte del analista el que evitará que este se entremezcle en sus observaciones clínicas del paciente. Variable por aislar, al igual que en el laboratorio, para que no determine sus intervenciones.

concebir el simbolismo: un inconciente, allí, a la mano, definido por las *phantasies* de carácter universal, lleva, inevitablemente, a un juego de traducciones en el cual la libre asociación no ocupa un lugar central en razón de que el sistema de mediaciones que esta inaugura, a partir de los retoños de lo reprimido, no implica sino un lugar defensivo y obturante del deseo inconciente.

Podemos repensar hoy tales críticas bajo dos aspectos: uno relativo a aquellas interpretaciones ejercidas como traducción simultánea en el análisis de pacientes neuróticos —o de niños cuyo aparato psíquico está constituido—, en los cuales la transcripción directa del inconciente sin pasaje por la libre asociación produce una sobreimpresión y una saturación de sentido por parte del analista. Cuestionamiento que compartimos.¹²

Otro, más dudoso en sus fundamentos, que toma ejemplos de intervenciones de Klein con niños muy pequeños o con pacientes graves para demostrar que las interpretaciones no siguen el método freudiano.

No nos engañemos: ningún analista de niños ha dejado de apelar a estos modos de intervención, sobre todo cuando de pacientes graves o trastornos muy precoces se trata; allí está Dolto, con Dominique que formula: «Bueno, yo no soy como todo el mundo, a veces al despertar pienso que he experimentado una historia de veras», respondiendo: «¿Qué te ha hecho que no seas de veras?»; Dominique se sorprende: «¡Eso es! ¿Cómo es que usted lo sabe?»; Dolto: «No lo sé, lo pienso al verte».¹³

Que el analista crea, como Klein, que interpreta al inconciente, o, como propicia Lacan por relación al caso Dick, que lo funda, no hace gran diferencia. Desde una u otra perspectiva, lo que está en juego es, en primer lugar, el carácter éticamente válido de una intervención, y, en segundo lugar, desde dónde esta se propicia.

Ya sea que se piense que se está interpretando el inconciente pulsional existente desde los orígenes y endógenamente determinado (Klein); que se está ordenando el dis-

¹² Véase al respecto M. Dayan, «Mme K. interprète», en *L'arbre des styles*, París: Aubier Montaigne, 1980. Hay traducción al castellano del texto en *Trabajo del Psicoanálisis*, vol. 1, n° 3, México, 1982.

¹³ F. Dolto, *El caso Dominique*, México: Siglo XXI, 1973, pág. 30.

curso en el interior de las estructuraciones del Edipo tendiendo a su «normalización» (como propicia Dolto), o que se conjugue la emergencia fantasmática con los modos de inscripción de lo histórico-vivencial a partir de la historización del traumatismo (como yo misma lo propongo); todos buscamos un orden de determinación que nos libre de intervenir desde nuestra propia subjetividad, único peligro al cual el paciente quedaría expuesto ya que intentaríamos capturarlo en las redes de nuestros propios fantasmas inconcientes. Todos, de algún modo, nos regimos por una legalidad teórica que nos trasciende, y esto ya propicia, desde el inicio, un orden de simbolizaciones que desatrapa de la psicosis.

A modo de ley, podríamos enunciar: *A mayor patología, a mayor nivel de no estructuración —o de desestructuración—, mayor incidencia de la teoría en nuestras intervenciones*. Ello nos preserva, por otra parte, de la inclusión subjetiva de nuestro propio mundo fantasmático en el del paciente; de todos modos, la teoría siempre está allí para marcar sus propios límites, para mostrarnos sus insuficiencias, para permitirnos ir más allá de lo que pueda constituirse como saber cristalizado en nuestra práctica.

Hemos dado todo este rodeo para señalar las insuficiencias que arrastramos, en psicoanálisis de niños, hasta el momento, para definir la relación entre *objeto* y *método*.

Es esta la cuestión central que se debate en 1927 para ser posteriormente abandonada en razón de que cada escuela sigue su propio camino intentando avanzar sobre los presupuestos que ha montado.

La discusión entre Melanie Klein y Anna Freud pivotea en el marco de un enfrentamiento entre una concepción «estructuralista» —con todos los aciertos que genera pero con todas las dificultades que conocemos— y una concepción «genético-evolucionista».

Ejemplo: «...El niño cuya mejor arma contra sus pulsiones era su miedo al padre, tenía un superyó al cual le faltaba, ciertamente, madurez. Yo preferiría no llamar a tal superyó típicamente "infantil"...», y más adelante: «El desarrollo del superyó infantil, así como el del adulto, depende de diversos factores que no es necesario describir aquí. Si por alguna razón este desarrollo no ha sido completamente acabado, y si las identificaciones no han sido totalmente

logradas, la angustia, de la cual toda la constitución del superyó extrae su origen, predomina en el funcionamiento de este». ¹⁴

El inconciente existiendo desde los orígenes, el superyó como derivado directo del ello —tempranamente instalado—, las defensas precoces operando desde los inicios de la vida, todo ello favoreciendo la trasferencia y las condiciones de analizabilidad en la infancia.

Y es indudable que la observación clínica da sostén a todas estas modificaciones que Klein propone. La cuestión es, desde nuestra perspectiva, reubicar cada uno de estos elementos a partir de ubicar los distintos tiempos de la constitución psíquica —dentro del período de infancia— y, metapsicológicamente, ir cercando la constitución del objeto en aras de definir los diversos momentos de su estructuración. Es desde allí que se podrán fijar parámetros metapsicológicos para definir una clínica que viene evidenciando sus aciertos, pero también sus *impasses* a lo largo de este siglo.

La teoría y la técnica kleinianas tuvieron la virtud de ofrecernos una concepción del psiquismo definida por la sexualidad, por el embate pulsional, por las relaciones que sostienen, para siempre, la tensión deseante del cuerpo propio al cuerpo del otro. Ella nos permite aún hoy, cuando volvemos periódicamente a Klein, arrancarnos de un espiritualismo deseante en el cual una psicología de la intersubjetividad tiende a devenir interaccionalismo, y a sustraernos de los atolladeros a los cuales cierto estructuralismo nos lleva cuando pretende embretarnos en la idea de que el inconciente puede estar en el semejante.

Pero sabemos que la salida no está en una lectura, una vez más, literal de Klein, para extraer de ella los aportes parciales que pueda ofrecer, sino en poner en correlación sus desarrollos con los postulados mismos en los cuales la teoría del funcionamiento psíquico que sostiene se apuntala en Freud, y desde allí, rediscutir las hipótesis freudianas.

Tomar partido en el interior de las contradicciones de la obra de Freud y hacer jugar la dialéctica en la cual estas contradicciones se estructuran es también poder someter al

¹⁴ «Simposium...», *op. cit.*, págs. 198-9. Edición francesa.

pos-freudismo a la prueba de la metapsicología para, desde allí, recuperar nuevos movimientos de avance en la construcción de una teoría de lo originario en la cual basar nuestros enunciados clínicos.

Relaciones entre objeto y método en la definición de analizabilidad

Hemos intentado mostrar cómo, desde una obstinación por conservar la posibilidad de analizabilidad infantil que convoca no sólo nuestra admiración sino, incluso, un acuerdo de base respecto a qué es analizar, Melanie Klein se vio obligada a redefinir el objeto para hacerlo acorde al método (sin dejar de lado, por supuesto, el hecho de que el método mismo sufrió una mutación mediante la transformación de la asociación verbal en asociación por el juego): retrotraer el Edipo y el superyó a tiempos anteriores de la vida para dar coherencia a la relación entre el método analítico y las posibilidades de analizabilidad en la primera infancia. Es aquí donde introducimos nuestra diferencia de base, para plantear una inversión de los términos.

Nuestra posición parte de ir ubicando, de modo preciso, los momentos de constitución del objeto a partir de dos premisas de base: 1) El hecho de que el inconciente no existe desde los orígenes, sino que es establecido por fundación —fundación en la cual la represión originaria ocupa un lugar central—. 2) Que esta fundación del inconciente se estructura por relación al preconciente-conciente, vale decir que su operancia es relativa a la relación que establece con esta instancia a partir de sus diferencias de funcionamiento y de contenido. ¹⁵

A partir, entonces, de concebir al aparato psíquico como aparato en estructuración debe ser establecida la relación entre objeto y método, vale decir, las posibilidades de analizabilidad en momentos concretos de infancia.

El esquema que ofrecemos a continuación grafica la concepción clásica del análisis de niños, concepción derivada

¹⁵ Hemos definido ampliamente estas cuestiones en nuestro libro *En los orígenes del sujeto psíquico*, *op. cit.*

del kleinismo y que implica, en nuestra opinión, una inversión de los pasos a seguir. Se ha partido del establecimiento del método y desde ello se ha definido el objeto. Esta inversión ha regido al psicoanálisis de niños durante años, y puede graficarse del siguiente modo:

establecimiento del método → definición del objeto

La perspectiva que ensayamos se ofrece, por el contrario, en un intento de correlacionar el método a partir de la definición del objeto. Se trata de establecer lo que Austin ha llamado «dirección de ajuste», vale decir, ajuste del método a la «cosa del mundo». Lo graficamos de la manera siguiente:

definición del objeto → establecimiento del método

Dado que el método no es método en general, sino método —como Freud lo explicita— de conocimiento del inconciente, se torna imprescindible la discusión acerca del estatuto del inconciente en la primera infancia.

Vemos actualmente al psicoanálisis de niños oscilar entre dos polos que operan como obstáculos constantes para pensar nuevos fundamentos de la clínica: aquel derivado del kleinismo, que da por sentada la existencia del inconciente desde los orígenes y concibe a este inconciente desde una determinación endógena —delegación de lo somático en lo psíquico o determinación filogenética—, y el que «ubica» al niño sea como falo o soporte del deseo materno, sea como síntoma de la pareja conyugal. Entre ambos se despliegan las dificultades de un psicoanálisis que no puede dejar de teorizar acerca de los orígenes a medida que construye una dimensión clínica.

Aunque más no fuera que a modo provisional, una definición de «lo infantil» en el interior del psicoanálisis se torna imprescindible, con vistas a cercar nuestro campo de trabajo.

Un lugar para lo infantil

¿A qué llamamos los psicoanalistas «lo infantil» a partir de Freud? Ubiquémonos rápidamente en las cuestiones centrales que hacen a una teoría de la clínica: en primer lugar, la neurosis, recurriendo a su carácter histórico (dejando de lado por el momento las neurosis actuales y las neurosis traumáticas, que ocupan sin duda también un lugar importante en la obra de Freud y cuyo estatuto no podemos hoy desechar tan rápidamente), lo que denominamos neurosis de transferencia —histeria de angustia, histeria de conversión y neurosis de compulsión (*Zwangsneurosen*)—. ¹⁶ Que la neurosis sea definida en su carácter histórico implica el reconocimiento de que algo del pasado insiste con carácter repetitivo y busca modos de ligazón y organización transaccionales a partir de la constitución de un síntoma. Aquello del pasado que insiste no deja lugar a dudas en la teoría freudiana: se trata de algo «fijado», del orden inconciente, e inscrito en forma permanente a partir de la sexualidad infantil reprimida.

El origen de las neurosis debe ser buscado entonces por relación al inconciente, y el origen de este inconciente se define respecto de la sexualidad infantil —sexualidad que encuentra su punto de culminación en el conflicto edípico bajo la primacía de la etapa fálica, pero que es en principio autoerótica, pregenital, ligada a inscripciones pulsionales de partida.

Lo infantil se inscribe así, para el psicoanálisis, en el inconciente, y una formulación general que se planteará la superación de «lo infantil» como resolución definitiva no dejaría de expresar la esperanza de agotar lo inconciente, de concebir un sujeto libre de todo inconciente y, por ende, libre de conflicto.

De todos modos, lo que sigue haciendo obstáculo, lo que resulta más problemático, es definir en el interior del psicoanálisis el origen mismo del inconciente. Y las diversas corrientes toman partido absolutizando algunas de las opcio-

¹⁶ Denominación que preferimos a la de «neurosis obsesiva» dado que permite conservar metapsicológicamente el eje en aquello que *compulsa*, lo que se impone al sujeto, más que las obsesiones resultantes que emergen en la conciencia.

nes con las cuales Freud intentó cercar estos orígenes. Porque aun aquellas escuelas que pueden proponer con un cierto grado de coherencia una teoría de lo originario para lo infantil por detectar, explorar o resignificar en el adulto, parecerían dificultadas de descapturarse de las propuestas sociológicas, psicológicas o educativas que centran el concepto de infancia en criterios relativos a una cronología. Y la primera cuestión por ubicar, si queremos otorgar algún tipo de racionalidad a nuestra praxis, consiste entonces en definir, bajo la perspectiva psicoanalítica, la categoría de infancia como tiempo de estructuración del aparato psíquico.

Relaciones entre lo infantil y lo originario

1. *¿Ausencia de perversiones en la infancia?*

Comencemos a aproximarnos a lo infantil a través de los distintos modelos que circulan cuando intentamos un abordaje del tema.

Pensar lo originario a partir de los modelos de la constitución psíquica es la vía para definir lo infantil, y es en este marco donde se hace necesario realizar movimientos de ordenamiento y toma de partido por relación a los ejes centrales propuestos.

Nos detendremos un momento en una tendencia que se expresa frecuentemente en el interior del campo analítico, y que hace a la ideología espontánea con la cual se intenta, a veces, definir el proceso de la cura.

Se trata de la tan conocida cuestión del «polimorfismo perverso infantil», mediante la cual se aborda en muchos casos la categoría de infancia, llegando al extremo de perder de vista la posibilidad de estructuraciones perversas específicas en esta. Apelemos para ello, siguiendo con nuestra propuesta de repensar lo originario en Freud, al modelo de la sexualidad pulsional

Esta sexualidad pulsional es considerada como el prototipo de la sexualidad infantil, y ello no sólo porque se genera en los primeros tiempos de la vida, sino porque su destino

será diverso a medida que la evolución psicosexual del niño se produzca. Los destinos de pulsión no son, en realidad, destinos de las pulsiones como tales, sino de sus derivaciones a medida que la tópica psíquica se constituya.

Los cuatro destinos: vuelta contra la persona propia, transformación en lo contrario, represión y sublimación, forman —en el orden enunciado— movimientos, cada uno de los cuales depende tanto de los momentos que la represión preside como de la organización que encuentre la libido a partir de su instalación. Es el proceso de estructuración de la tópica el que define los destinos pulsionales. La pulsión en sí misma sólo va a la búsqueda de la descarga; aquello que obstaculice esta descarga obligará a movimientos de complejización defensiva que culminan en los procesos fundantes de la tópica psíquica.

De ahí la importancia que tiene el reconocimiento de la posición tópica del placer pulsional por relación al clivaje del aparato psíquico. Cuestión central respecto de la clínica, ya que a partir de este posicionamiento se definirán modelos de intervención, modelos de analizabilidad, recuperando el eje freudiano de la noción de conflicto psíquico referida a la constitución del síntoma.

Rápidamente se homologa, a partir de la «disposición perversa polimorfa», infancia con *polimorfismo perverso*. Sin embargo, una diferencia puede ser establecida al respecto. Freud la enuncia del siguiente modo en *Tres ensayos de teoría sexual*: «Pudimos afirmar que la neurosis es, en cierto modo, un *negativo de la perversión*. Reconocimos entonces que las *inclinaciones perversas* están muy difundidas; y dado este hecho, se nos impuso este punto de vista: la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos [...] Alentamos entonces la esperanza de descubrir en la niñez esa *disposición* originaria; entre los poderes que circunscriben la orientación de la pulsión sexual, destacamos la vergüenza, el asco, la compasión y las construcciones sociales de la moral y la autoridad».¹⁷ Subrayamos «disposición», ya que con diferencia de pocas páginas Freud afirma: «...bajo la influencia de la seducción [efectiva, no «generalizada», aun

¹⁷ En AE, vol. VII, 1978, pág. 211. Los subrayados son nuestros.

cuando la seducción generalizada pueda cobrar en ciertos casos carácter perverso en el sentido psicopatológico del término] el niño *pueda convertirse* en un perverso polimorfo, siendo desviado a practicar todas las trasgresiones posibles. Esto demuestra *que en su disposición* [vale decir, a partir del hecho de que en los objetos sexualizantes originarios esto esté a disposición] *trae consigo la aptitud para ello*.¹⁸

Disposición originaria y universal de la pulsión sexual a la perversión, no puede homologarse con ejercicio de la perversión por parte del «infantil sujeto», el cual puede devenir un perverso, siempre y cuando las condiciones de su crianza, que lo someten al adulto, lo lleven en esa dirección. Teoría de la seducción restringida —como los desarrollos de Jean Laplanche nos llevan a formular—¹⁹ que sigue vigente en la obra para dar cuenta de los destinos de la sexualidad infantil.

Esta disposición originaria nos conduce a diferenciar entre el ejercicio del placer pulsional en los momentos de constitución del sujeto, antes de la instauración de la represión originaria, y la perversión como destino ya no de la pulsión sino del sujeto mismo. Diferencia trabajada ya por Lacan, y que parece no haber sido recuperada por el análisis lacaniano con niños —tal vez porque el estructuralismo hace obstáculo a pensar los tiempos de estructuración en el niño mismo—: «Subrayo que la pulsión no es la perversión. Lo que constituye el carácter enigmático de la presentación de Freud, depende de que él quiere indicarnos una estructura radical, en la que el sujeto no se encuentra aún ubicado. Lo que por el contrario *define la perversión* es justamente la manera como el sujeto se sitúa en ella».²⁰

En los tiempos de estructuración del sujeto psíquico es donde debe entonces situarse el movimiento por el cual el ejercicio pulsional deviene perversión. ¿Qué ocurriría si no hubiera renuncia, en cierto momento de la vida, al ejercicio pulsional directo?

Imaginemos a un niño de apariencia neurótica, de nueve o diez años, escolarizado, con su proceso secundario diferen-

¹⁸ *Ibid.*, pág. 173. Los subrayados son nuestros.

¹⁹ Véase la última parte de Jean Laplanche, *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, op. cit.

²⁰ Seminario XI, *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 186.

ciado, capaz de establecer formaciones sintomales, atravesado por la represión y, pese a todo esto, enurético —aquejado de una enuresis primaria—. ¿Cuál sería el criterio, si nos atenemos a una concepción puramente cronológica de la infancia, para definir el ordenamiento psicopatológico del síntoma? Hay evidentemente en este niño imaginario —pero posible— una dificultad para abandonar los modos de satisfacción primarios de la libido. Y esta dificultad nos lleva a suponer un fracaso (parcial, pero fracaso al fin) de la represión originaria —aquella que tiene a su cargo el sepultamiento del autoerotismo en el fondo del inconciente—. No se trata de un retorno secundario de lo reprimido, retorno que se produce a través de síntomas que dan cuenta de un clivaje del aparato por el cual el yo paga el precio de un sufrimiento cada vez que lo reprimido, deseante, emerge. Aún más, este niño podría sentir vergüenza de que la gente se enterara de su síntoma, registrando cierta ansiedad social, debido a lo cual no se orinaría en casa de familiares o amigos, lo que produciría desconcierto en los padres y conduciría al analista «psicologizado» a pensar que el síntoma «está dirigido» a los padres, y a buscar en las interacciones manifiestas familiares qué es lo que lo produce —descuidando entonces el beneficio primario, siempre presente en un síntoma, en aras del beneficio secundario como rédito *plus* por obtener—. Este niño no sentiría ni asco ni molestia ante su propia orina y podría pasar incluso momentos de placer en la cama, por las mañanas, antes de levantarse, inmerso en los restos de su micción nocturna. La vergüenza ante extraños dando cuenta de que renuncia al placer por temor a su mirada crítica, mientras que esta inhibición no se produce frente a las figuras familiares.

Nos veríamos enfrentados, lisa y llanamente, a un ejercicio pulsional que pone en evidencia que *lo que debiera estar reprimido no lo está*, dando pruebas de la insuficiencia del criterio cronológico, ya que ¿hasta dónde se extendería el tiempo que haría considerar a esta enuresis un «simple retardo en la adquisición de una función»?

Homologar lo infantil a lo perverso es perder de vista que la perversión es una categoría psicopatológica que implica una falla en la estructuración de la represión, en el sepultamiento del autoerotismo, no una etapa de constitución psicosexual de la infancia.

Concebir los tiempos de infancia como tiempos estructurantes y no evolutivos permite la descaptura de una génesis en la cual cada elemento podría seguir un camino independiente —más veloz o más retrasado— que los otros; por el contrario, cada tiempo de fundación de instancias resignifica los tiempos anteriores, y los momentos son cualitativamente diferentes. Los tiempos cronológicos de crianza se constituyen, por recomposición estructurante, en tiempos lógicos: no es posible, desde una perspectiva relacionada con la teoría clásica de las neurosis, que las instancias ideales, efecto del sepultamiento del complejo de Edipo, instancias residuales de identificaciones secundarias, coexistan con restos no reprimidos del ejercicio pulsional directo.

La pulsión tiene una *disposición* originaria y universal a la perversión, y esto se define sólo por *après-coup*. En el momento de su inscripción la pulsión no es ni parcial ni perversa, sólo es. Que el niño sea compulsado por esta inscripción a satisfacer autoeróticamente esta tensión —en su cuerpo erógeno, fragmentado por el placer y no unificado aún por el yo— no tiene otro destino que la fijación y la represión de ello al inconciente; esto es lo fundamental.

Destinada a la represión y motor del progreso psíquico: son estas dos cuestiones que están en el centro de la propuesta de Freud. Lo infantil, en tanto inseparable de lo pulsional, alude a un modo de inscripción y funcionamiento de lo sexual; en razón de ello, lo infantil es inseparable de los tiempos de constitución del inconciente.

¿Se puede reducir lo originario a aquello que está presente en los comienzos de la vida psíquica?

Si los tiempos de infancia no han producido el sepultamiento de las inscripciones que en ella se producen, del lado de lo originario, vale decir, del inconciente, lo que encontraremos entonces no será remanente de lo infantil, sino una estructuración de otro tipo.

Lo infantil en psicoanálisis no se presenta entonces como «infantilización», en el sentido psicológico del término; tampoco se contrapone a lo adulto, en el sentido evolutivo. Su estatuto está determinado por el anudamiento, en tiempos primerísimos de la vida, de una sexualidad destinada a la represión, vale decir, a su sepultamiento en el inconciente.

2. Regresión y progresión en el aparato psíquico

Exploremos aun esta cuestión de lo infantil desde un ángulo que tiene también bastante fuerza en psicoanálisis: me refiero al concepto de regresión. En cierta época, y aún hoy hay quienes lo hacen de este modo, el concepto de regresión sólo fue retomado en su sentido más simple, como regresión temporal. Sin embargo, el modelo propuesto por Freud, tomado del sueño, explorable en el capítulo VII, «Sobre la psicología de los procesos oníricos», de *La interpretación de los sueños*, nunca dejó de tener en cuenta el carácter tópico y formal que acompaña a la regresión temporal.

Ante un aparato psíquico clivado, efecto de la represión, determinado por sistemas de fuerzas en conflicto, por formas diversas de circulación de la libido —sea bajo el modo del proceso primario, sea bajo el secundario—, la regresión es el modo privilegiado en el cual vemos al tiempo devenir espacio, invertirse el movimiento por el cual aquello que ha trascendido históricamente se inscribió en una tópica, en una espacialidad que determinó un sistema de recorridos.

Recurriendo al modelo de la carta 52 a Fliess, modelo de huellas mnémicas, al cual ya hemos apelado, en el que se suceden espacialmente sistemas de inscripciones producidas en distintos tiempos de la vida, lo «más antiguo» es también lo que forma parte de los sistemas de inscripciones que encuentran su posición espacial más lejos del polo de la conciencia. Por supuesto, estas relaciones se alteran, tanto en el sueño como en las neurosis —y, como sabemos, también en el análisis—, dado que representaciones que forman parte de los estratos más lejanos al yo, o a la barrera de la represión, pueden ser activados y *progresionar* hacia el pre-conciente.

Si la regresión es el camino que emprende el yo, o el pre-conciente, cuando se apodera de representaciones que están «en los fondos del aparato», la *progresión* sería el modo de emergencia de lo inconciente cuando los recorridos de investimentos avanzan por sobre el clivaje que la represión instaura. Progresión de lo inconciente, retorno de lo inscrito en sistemas de huellas mnémicas, sistemas de memoria que han devenido actuales: lo infantil, lo histórico-vivencial, se torna presente al modo de lo atemporal.

Un presente perpetuo define lo infantil en el inconciente, pero esto infantil poco tiene que ver con el niño tal como lo concibe el pensamiento cotidiano: descompuesto y recompuesto por la legalidad del proceso primario, lo vivido ha perdido la cualidad que le otorga el apoderamiento que sobre él ejerce el sujeto.

A partir de ello, como algo extraño que nos agita, lo infantil deviene fuente interna atacante de representaciones destinadas a la represión, productoras de angustia si esta fracasa. Del lado del yo, del lado de la conciencia, la infancia se constituye como totalidad fragmentada, fase o etapa histórica de la vida, acumulación pseudo ordenada de *flashes* de memoria que apela a los bloques mnésicos pasibles de ser recuperados a condición de mantener el sepultamiento de aquello que a la sexualidad originaria queda abrochado.

Se tiene poco en cuenta, en los procesos que se caracterizan como «regresiones» en la infancia, la fuerza del reactivamiento de lo inconciente reprimido en su *progresión* hacia la conciencia. En la epicrisis de Hans, sin embargo, Freud lo señala en los siguientes términos: «Para el desarrollo psico-sexual de nuestro joven revistió la máxima significación el nacimiento de una hermanita cuando él tenía 3½ años de edad. Este suceso exacerbó sus vínculos con los padres, propuso a su pensar unas tareas insolubles, y su condición de espectador de los cuidados de la crianza le reanimó, luego, las huellas mnémicas de sus propias vivencias de placer, las más tempranas».²¹

Cuando lo que se ha reprimido y expulsado con esfuerzo al fondo del inconciente aparece como ejercicio real en otro ser humano, es inevitable que las representaciones reinvestidas produzcan algún tipo de efecto en el niño. No es fácil tolerar que, habiendo renunciado a las heces por amor a la madre, se la vea complacida y amorosamente a cargo de un hermano que no ha pasado aún por los logros mínimos de la cultura. No sólo porque el niño «quiere hacerse popó como el hermano» se irrita, sino porque la visión de la no renuncia del semejante reactiva sus propios deseos reprimidos produciendo, sea un pasaje en acto de la pulsión, sea síntomas

²¹ En AE, vol. X, 1980, pág. 92. La misma cuestión es retomada en la pág. 106. Los subrayados son nuestros.

de diverso orden por el esfuerzo de compromiso al cual el aparato se ve sometido: irritabilidad, exageración de hábitos de limpieza, etcétera.

La amnesia de lo infantil, que Freud emplazara como cuestión princeps por encarar en la práctica analítica, hace indisolubles dos metas: hacer conciente lo inconciente y llenar las lagunas mnémicas. Ello, por supuesto, a condición de considerar al inconciente como producto de inscripciones determinadas desde lo histórico vivencial, de origen traumático y exógeno.

Por el contrario, si se toma partido por la opción que concibe al inconciente estructurándose por delegación: teoría de la representancia pulsional en el marco de cierto paralelismo psico-físico o de los fantasmas originarios, filogenéticamente adquiridos, hacer conciente y llenar las lagunas mnémicas pueden dissociarse con facilidad, u obligar a inclinarse por una de las dos opciones, en virtud de que no habría ya lagunas mnémicas por llenar porque «hacer conciente lo inconciente» se inscribiría en el interior de una propuesta trans-individual, ahistóricamente constituida.

Un niño para el psicoanálisis: en los tiempos de lo originario

De los desarrollos que venimos efectuando se desprende que lo infantil no puede ser definido, en psicoanálisis, sino por relación a lo originario, es decir, por *après-coup*. Y en virtud de ello, debemos reubicar la categoría de infancia encontrando en los textos metapsicológicos un modo de cercar estos tiempos de estructuración de lo originario que descapturen al niño de las categorías sociológicas, psicológicas o ideológicas que impregnan constantemente nuestra práctica cotidiana.

Que en la consulta acerca de una niñita que acaba de padecer el nacimiento de un hermano los padres se muestren desolados por los celos desmedidos que evidencia, por la aparición de una encopresis secundaria o por signos de incipiente anorexia, y que a partir de ello nos sintamos convocados a hacernos cargo de un «sufrimiento actual» cuyas tensiones dolientes embargan por igual al niño y sus seres

cercanos, no es algo desdeñable. Y todo analista intentará, de uno u otro modo, inscribir este movimiento sufriente en algún tipo de genealogía que dé cuenta de las razones de su estructuración para, a partir de ello, encontrar un modo de resolución de aquel que no se quede en lo puramente actual (sea esta genealogía del síntoma aquella que remite a la historia de las vicisitudes pulsionales, sea la de la estructura del Edipo, sea la de las determinaciones identificatorias, por citar las dominantes sin profundizar por el momento).

Pero si pensamos la cuestión de la infancia desde esta otra perspectiva que estamos proponiendo, si pensamos la infancia como tiempo de estructuración de lo originario, no dejaremos de tener en cuenta que las formas mediante las cuales esta niña constituya a partir de su historia previa y de estas experiencias pregnantes los modos libidinales de enlace con objetos primordiales —posicionamiento ante la sexualidad parental, establecimiento de una triangulación que reubique su emplazamiento por relación a la diferencia anatómica de los sexos— dará cuenta de los modos que se abrirán hacia la dimensión futura de la estructuración de su femineidad por relación a la sexualidad adulta, cuando las tareas genitales y de procreación le sean planteadas.

Porque la conflictiva edípica, si no remite a las formas de ejercicio de los intercambios libidinales por relación al sujeto sexualizado, si no es pensada desde una perspectiva que tome en cuenta las vicisitudes de las inscripciones inconcientes de los objetos originarios y su perspectiva futura, resta siendo, pura y simplemente, una familiología de lo actual.

No hay duda de que ningún analista con conocimiento de las premisas básicas del funcionamiento psíquico se vería convocado a citar al marido de una paciente que se queja de ser golpeada por su *partenaire* amoroso. Por el contrario, se tratará de ver de qué modo la paciente, a partir de ciertas inscripciones, de ciertas modalidades deseantes, de ciertas formas neuróticas de producir sus concordancias libidinales, es llevada a someterse a situaciones de este tipo; en definitiva, al servicio de qué tipo de economía libidinal responde el síntoma. Sin embargo, los analistas de niños tenemos cierta tendencia a pensar que esto no ocurre del mismo modo cuando se trata de los vínculos entre padres e hijos, y ello es propiciado por el hecho de que la captura del niño en el

entramado de la neurosis parental tiene una característica diversa por relación a todo vínculo interhumano: la profunda dependencia vital a la cual el niño está sometido; pero esta dependencia cobra un sentido distinto cuando ubicamos claramente las consecuencias psíquicas que implica: dejar inerte al niño ante las maniobras sexuales, constituyentes y neurotizantes, del semejante.

La realidad estructurante del inconciente infantil, aquella que tiene que ver con el inconciente parental y el Edipo, no es la realidad de la familia: es más reducida y más amplia al mismo tiempo. Es más reducida porque no son todas las interacciones familiares las que se inscriben en el inconciente del niño; es más amplia porque se desplaza a través de objetos sustitutos que cobran significación por rasgos metáforo-metonímicos de los objetos originarios, objetos que Freud tuvo muy en cuenta a lo largo de su trabajo, y fundamentalmente en sus historiales: cuidadores, educadores, familiares lejanos.

Es esta realidad sexual la que permanentemente parecería ser empujada fuera del psicoanálisis. La categoría «padre» y «madre» encubre, en muchos casos, el carácter sexuado de ellos. Un ejemplo puede servir para ilustrar la cuestión: se cita, en ocasión del comienzo de un análisis de una niña de doce años, conjuntamente, a ambos padres divorciados desde hace algún tiempo. El padre, hombre de alrededor de cuarenta años, ha constituido, por su parte, una relación estable de pareja con una joven de veintitrés años. El acontecimiento no ocurre sin consecuencias para la niña, quien se ve desplazada, en el amor paterno, por una rival que juega generacionalmente en el lugar de una hermana mayor.

Esta elección amorosa del padre, así como la manera en que es significada por su ex pareja (madre de la niña), no pasa, indudablemente, por las funciones parentales. Se inscribe en un movimiento que, en el pasaje sexual generacional, resignifica los entramados deseantes por relación al inconciente de los sujetos en cuestión.

Que el padre pueda ser citado por el analista para ver de qué modo circula esta hija, púber, en su fantasmática actual, en momentos en que parece estar enfrentado a un interjuego generacional en el cual pueda expresarse una de-

tención del tiempo como modo de resolución de la angustia que el pasaje de la juventud a la madurez implica, es de indudable validez: a partir de ello podrá cercarse, en los elementos discursivos en juego, los órdenes de significación que otorgarán simbolizaciones espontáneas a esta niña y que el análisis deberá recuperar en el proceso de la cura.

Que se pueda conocer, hablando con la madre, cómo se emplaza ante esta hija púber, qué la demanda en una identificación femenina ante tareas genitales en ciernes en un momento en el cual ella está a cargo de la resolución de cuestiones en las cuales se entrecruza su propio momento vital con las vicisitudes del vínculo conyugal fallido, tiene indudable valor.

Pero, al citar a ambos padres conjuntamente, se obtura, detrás de la categoría «padres», la categoría «sujetos sexuados», sujetos de inconciente, y ello opera inevitablemente como una expulsión de lo sexual, en el comienzo de la apreciación sintomal. ¿Acaso estos dos seres humanos podrán hablar uno junto al otro, libremente, hasta donde su propio desconocimiento acerca de sí mismos lo permita, de los profundos sacudimientos que impone este momento de la evolución psicosexual de su hija por relación a sus propios fantasmas y abrochamientos a una historia que los desgarran y los compulsa a la búsqueda de soluciones de compromiso más o menos logradas o fallidas?

Detrás de la «realidad» de que son los padres y por eso se los ha citado juntos, lo escamoteado vuelve a ser esa otra realidad, la del fantasma y el deseo. La función parental es retomada del lado de lo reproductivo, despojado este del carácter sexual que tiene en el sujeto humano.

Lo infantil, destinado a constituirse como *originario*, por *après-coup*, sepultado al fondo del inconciente por efecto de la represión. ¿Cómo definir entonces la infancia, en sentido estricto?

Una propuesta que pivotee en la constitución de la tópica instituida por movimientos fundacionales tomando en cuenta que estos implican tiempos reales, históricos, abrirá, indudablemente, una perspectiva que genere un ordenamiento del campo de alcances tanto teóricos como clínicos, permitiendo la elección de estrategias terapéuticas a partir de las condiciones de estructuración del objeto.

Abandonar una cronología genetista no implica concebir los tiempos de fundación del psiquismo como «tiempos míticos»: podemos cercar sus movimientos a partir de transformaciones estructurales del aparato psíquico infantil y poner en correlación los determinantes exógenos que hacen a esta constitución por relación a los procesos que se desencadenan en la fundación de la tópica.

Este era el modelo que empleé hace ya varios años cuando decidí abordar la cuestión de la represión originaria como movimiento fundante del clivaje que da origen al inconciente.

Los criterios clínicos derivan de propuestas metapsicológicas

El hecho de que ubiquemos dos grandes ejes alrededor de los cuales se plantea el problema de la estructuración de la tópica en psicoanálisis no se traslada linealmente a la clínica. No basta con destronar al biologismo —fácilmente reemplazable por un estructuralismo que releva a la imposibilidad biológica por una imposibilidad estructural—. Es imprescindible decir más precisamente qué entendemos por un inconciente no existente desde los orígenes y, aún más, a partir de qué momento de la estructuración psíquica lo reconocemos como existente en el sujeto singular. Conocemos los excesos producidos por un estructuralismo que despojó al niño de su neurosis o de su psicosis en beneficio de la red relacional preexistente a su devenir y a su existencia. La migración hacia la estructura del Edipo en la búsqueda fundante de la sintomatología infantil, y la reificación del campo del lenguaje, cerraron vías de exploración del inconciente, obturando, más que resolviendo, problemas que el kleinismo nos había legado. La propuesta kleiniana, que facilitó la apertura de una técnica, sufrió no tanto un cuestionamiento sino incluso el relegamiento al silencio y la prohibición inquisitorial desde un dogmatismo que se arrogó todas las respuestas aun cuando las preguntas no hubieran sido reformuladas.

El descubrimiento del Edipo como estructura constituyente, de partida, al no ser puesta a jugar por relación a los

sistemas de mediaciones que hacen al funcionamiento psíquico singular del niño en cuestión, al no poner a trabajar los pasajes mediante los cuales opera la metabolización de los sistemas deseantes y de prohibiciones de los padres en la estructura psíquica del niño, se diluyó en un fácil interaccionalismo que no está muy distante de algunas propuestas sistémicas, desplegadas por los americanos en los últimos años.

El niño, concebido como síntoma de la madre o de la pareja conyugal, no puede, de hecho, «tener síntomas», «hacer síntomas»: él mismo ha devenido objeto, ha dejado de ser sujeto deseante; y esta es la cuestión fundamental que se juega cuando nos proponemos definir una propuesta analítica.

No es posible definir la especificidad sintomal a partir del discurso del otro. Ello implica hacer tabla rasa con un postulado fundamental del psicoanálisis: aquel que considera al síntoma como un producto transaccional, efecto del conflicto entre los sistemas psíquicos, conflicto siempre de orden *intrasubjetivo*, vale decir, *intersistémico*, definido por la represión y, en última instancia, por el carácter de las representaciones sexuales que operan atacando constantemente al sujeto del yo o del preconciente, bajo el modo de la compulsión de repetición, es decir, de la pulsión de muerte.

Si la neurosis infantil queda definida en los marcos de un discurso exterior al psiquismo en cuestión, no estamos muy lejos de la liquidación misma del concepto de inconciente y, junto a ello, de la disolución del carácter intrasubjetivo del conflicto psíquico que da lugar al síntoma. El inconciente es arrastrado a su desaparición, al confundirse determinantes de la constitución psíquica con estructura constituida productora de determinaciones.

El intento de subordinar las posibilidades de analizabilidad a la demanda de análisis es un forzamiento ante la disolución lisa y llana de la tópica intrasubjetiva en el marco de las relaciones del Edipo concebido como estructura. El hecho de si hay o no demanda de análisis en el niño parecería ser un nuevo caballito de batalla que se extiende hoy a través de publicaciones analíticas y es necesario reubicarlo en su lugar adecuado.

La demanda de análisis no es sino la inauguración de una posibilidad de abrir el proceso de la cura, cuyas condi-

ciones se complican en gran medida en razón de que, como sabemos, en el campo del análisis de niños no se produce, salvo excepciones, a partir del presunto paciente sino de un familiar que toma a su cargo el pedido de consulta. Ello no quiere decir que no haya múltiples modos —directos o indirectos— por los cuales el niño realice un pedido de análisis, pero esto no ocurre sino en un pequeño número de casos y fundamentalmente en el radio de espacios imbuidos de cultura analítica, en los cuales el niño puede manifestar bajo formas verbales o paraverbales tal pedido. Las formas mediante las cuales un niño accede al análisis pueden ser reconocidas fácilmente por un analista con cierta experiencia, pero de todos modos ello no parece ser lo fundamental. Se han generado una serie de discusiones más filosóficas que teóricas acerca de cuál debe ser la postura del analista de niños ante la demanda del paciente, discusiones que, en nuestra opinión, de no ser recentradas ocultan la verdadera cuestión que está en juego, aquella que hace a un despejamiento del campo acerca de cuándo puede indicarse la iniciación de un proceso analítico en la infancia.

Ante esta cuestión, señalemos someramente que ella debe ser replanteada en los siguientes términos: el análisis transcurre, indudablemente, «en transferencia», y es impensable un proceso analítico en el cual el niño no fuera estableciendo, a lo largo del proceso, algún tipo de interrogación acerca de sus propios síntomas y, por relación a ello, una demanda. Sin embargo, el aspecto fundamental que queremos señalar es el siguiente: es obligación del analista determinar las condiciones de analizabilidad y las posibilidades que estas generan asumiendo, a partir del juego que se abre entre la consulta y el futuro análisis, los prerequisites que hacen a la constitución del síntoma. La indicación de análisis hace a la responsabilidad del analista, y no se sostiene pura y simplemente en la demanda del paciente, sino en los prerequisites metapsicológicos que guían la indicación adecuada.

Un modelo del funcionamiento psíquico definido por el clivaje y la existencia de sistemas en conflicto es condición de partida para que esto sea posible. Una concepción de lo originario está implícita en toda indicación de un análisis de infancia. La cuestión de la demanda debe ser subordinada a aquella de la estructura psíquica en juego, y no se trata de

oscilar de la demanda de los padres a la del niño, sino de definir las premisas de la analizabilidad.

La perspectiva que vengo proponiendo al respecto hace ya varios años consiste en someter las premisas de la clínica a la metapsicología y, a partir de esta como eje conductor, poner a trabajar y revisar los aportes de las principales corrientes que han puesto en juego las principales cuestiones abiertas cuando de analizar niños se trata.

¿Cuáles son los ejes alrededor de los cuales podría centrarse hoy la cuestión de la analizabilidad infantil? En primer lugar, hemos partido de considerar al sujeto como sujeto en estructuración definido por las condiciones particulares que la estructura del Edipo otorga para la instauración de su *singularidad psíquica*.

Una observación previa: a lo largo de mi investigación, el concepto de estructura del Edipo, cuyas funciones sigo considerando ordenadores importantes en los términos definidos por Lacan, ha devenido insuficiente. Trasladada originariamente de la antropología estructural, pienso que es insostenible para el abordaje de los fenómenos psicoanalíticos si no se replantea una cuestión central: el hecho de que los términos que entran en ella en juego no son unidades monádicas cerradas que se definen sólo por su valor posicional sino que estos términos —función materna, paterna, hijo— son ocupados por sujetos que deben ser concebidos, psicoanalíticamente, como sujetos *de* inconciente, es decir, atravesados por sus inconcientes singulares e históricos.

En tal sentido, los cuatro términos postulados por Lacan no son equivalentes ni simétricos; el falo no es, para los lacanianos, simplemente «el cuarto término», sino el eje alrededor del cual se ordenan todos los intercambios. Un texto que ha intentado ubicar la cuestión del falo por relación a esto que nos ocupa: «El psicoanálisis con niños», texto redactado por Eric Laurent y preparado en colaboración,²² y en el cual se aclara que «el falo no es el objeto parcial», pasa a definir luego la cuestión por relación al niño: «Al final de la década de 1960, la enseñanza de Lacan permitió hacer una

²² Con Robert Lefort, Rosine Lefort, Estela Solano y Marc Strauss, «Cómo se analiza hoy», Tercer encuentro internacional del campo freudiano, realizado en Buenos Aires en julio de 1984, Buenos Aires: Manantial, 1985.

serie con las diferentes posiciones del niño que surgen como respuesta a la pregunta que se hace sobre el deseo de la madre. Debe distinguirse el niño como falo de la madre, el niño como síntoma —y aquí precisar bien: no síntoma de la madre sino de la pareja familiar—, y finalmente, el niño como realizando el objeto del fantasma de la madre».

Por relación a ello, señalemos que la cuestión del falo es, por supuesto, central en relación con el narcisismo y la castración maternos, pero su estatuto en los tiempos de la estructuración psíquica del niño, tiempos reales, no míticos, debe ser reubicado. Y ello en razón de que el falo es un ordenador segundo en el sujeto, aun cuando sea primario en la estructura, dado que el narcisismo no es el primer tiempo de la sexualidad infantil —y mucho menos de la vida.

Veamos qué ocurre con los otros términos, en primer lugar, con la función materna. Haremos señalamientos breves ya que esta cuestión será ampliamente desarrollada en los próximos capítulos, diciendo solamente que, psicoanalíticamente, lo que es definitorio del lado de la madre es el hecho de que esta es sujeto de inconciente, sujeto clivado, y que sus sistemas psíquicos comportan al mismo tiempo elementos reprimidos de su sexualidad infantil, pulsional —del lado del inconciente— y ordenamientos narcisísticos, amorosos —del lado del yo.

Los desarrollos de Laplanche respecto de la *seducción generalizada* son fecundos en esto y nos orientan para poner nuevamente el eje en la cuestión que hace a la constitución del inconciente. La *metábola*, como modo de inscripción de las representaciones de base destinadas luego, por *après-coup*, a la represión, pone el acento en ese metabolismo extraño que, entre el inconciente de la madre y el inconciente en constitución del niño, abre el campo de implantación y parasitaje de una sexualidad prematurada que deviene motor de todo progreso psíquico —para recuperar la fecunda fórmula de Freud por relación a la pulsión.

Respecto a la función paterna es necesario tener en cuenta que ella se constituye como polo simbólico, ordenador de las funciones secundarias que se establecen a partir de la represión, y que se sostienen en un juego complejo entre soporte del «padre real» y «función paterna». Ni la fácil confusión entre ley y autoridad —que en un deslizamiento ideológico han propiciado muchos—, ni la abstracción de la

legalidad pautante del Edipo y la castración por relación al modo en que esta se inscribe en el interior de las rivalidades que estructuran al niño en las relaciones primordiales que se generan en la circulación deseante padre-madre, pueden hacernos perder de vista que esta función se ejerce a partir de sujetos concretos, singulares e históricos, atravesados por su propio inconciente, por sus deseos incestuosos, parricidas e, incluso, ambivalentes por relación a la madre (a su propia madre).

Toda reificación del «padre» concebido como función aislada de los modos en que se ejercen tanto los deseos como las prohibiciones del padre real deja al niño inerme ante una circulación en la cual ambos miembros de la estructura parental son, en primera instancia, y en el vínculo instituyente con sus hijos, sujetos de inconciente.

Y luego, por supuesto, ¿cómo concebir al niño en el marco de estos intercambios? No sólo es insuficiente sino incluso obturante definirlo por la posición que ocupa por relación al deseo del otro. Una perspectiva psicoanalítica debe tomar en cuenta lo que Freud definió como sus «conceptos fundamentales», los *shibolets* que dan cuenta de que el enfoque con el cual se piensa es psicoanalítico; repasémoslos brevemente: *inconciente, represión, sexualidad infantil, transferencia*.

La indicación de un análisis debe encontrar su determinación a partir de la operancia del conflicto intrasubjetivo, por el hecho de que un sistema sufra a costa de la conservación del goce en otro. El sufrimiento psíquico por la emergencia de angustia o por los subrogados sintomales que de ella derivan es el primer indicador de las posibilidades de analizabilidad de un sujeto.

Debemos enunciarlo claramente: *la propuesta de descapturar al niño del deseo de la madre o del deseo de la pareja conyugal ha devenido hoy un obstáculo mayor del psicoanálisis de niños. La descaptura que el psicoanálisis propicia, hasta donde ella es posible, remite al reconocimiento del atrapamiento en el cual el sujeto se constituye por relación a sus propios deseos inscritos y reprimidos en el inconciente —aun cuando estos sean efectos residuales de impulsiones deseantes provenientes del semejante.*

Nuestro problema actual es encontrar los indicios de constitución del inconciente, reubicar su estatuto metapsi-

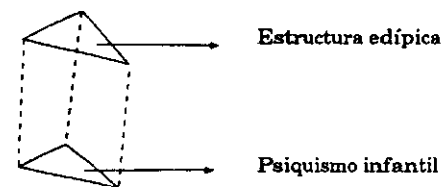
cológico en los tiempos de estructuración del psiquismo —estatuto no meramente descriptivo, sino tópico y sistémico—, y, a partir de ello, definir las estrategias de analizabilidad en la infancia.

La neurosis infantil es indefinible en sí misma; sólo puede establecerse el carácter neurótico de un síntoma por contraposición a las formaciones anteriores a la represión originaria o secundaria, según el momento de abordaje del psiquismo.

Ubicar los elementos que hacen al funcionamiento de la represión originaria y secundaria, así como los tiempos anteriores y posteriores a ella, es la cuestión central que el psicoanálisis de niños debe encarar.

Ello no quiere decir que antes de que se establezcan los clivajes estructurantes del aparato psíquico a los cuales estos movimientos dan origen no haya posibilidades de operar psicoanalíticamente; y es indudable, en este sentido, que las diversas corrientes que han inaugurado cuestiones relativas a la analizabilidad en la infancia han buscado vías para ello.

¿Cómo salir de la *impasse* que se abre entre estas dos grandes vías propuestas: aquella que considera al inconciente como existente desde los orígenes y aquella que lo considera fundado, pero homotécicamente, por relación a la estructura del Edipo?



Homotecia estructuralista

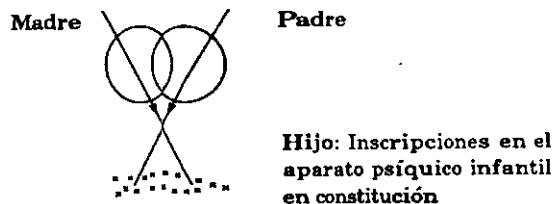
El obstáculo planteado por la homotecia²³ estructuralista puede ser remontado si se diferencian los términos entre la estructura edípica, de partida, y la estructura de llegada

²³ La homotecia consiste en una transformación geométrica en la cual estando dado un punto fijado de partida (centro, polo de homotecia) por relación a un número K (relación de homotecia) hace corresponder a todo punto M del espacio originario un punto M' tal que $OM' = KOM$. Se trata de un caso de homología.

(el inconciente infantil y su operancia en el interior de los sistemas psíquicos).

La concepción con la que se ha manejado centralmente la propuesta lacaniana, a partir de esta derivación directa «de inconciente a inconciente», se expresa en la clínica en los siguientes términos: se «escucha el deseo de la madre», o «de la pareja parental», y se traslada directamente al modelo del inconciente infantil, tendiendo a operar, en el análisis, sobre el primer triángulo. Las cuestiones se tornan así irresolubles: por un lado, el análisis deviene imposible, dado que el inconciente del sujeto en cuestión, vale decir, el niño, ha desaparecido, lisa y llanamente, diluido en el interior del inconciente parental. Por otra parte, no podemos dejar de ver cómo ello presenta una vertiente absurda desde el método psicoanalítico mismo: para oír el deseo es necesaria la libre asociación del sujeto, lo cual llevaría a que fuera la madre, inevitablemente, la que deviniera analizante en la consulta con aquel supuestamente destinado a hacerse cargo del proceso de la cura del niño. En este caso, el análisis de la madre no podría tener como meta «la curación del niño», porque esto contradice el concepto mismo de análisis —tener metas prefijadas—. Así, la consulta quedaría girando en el absurdo de devenir análisis imposible del niño e inanalizabilidad de la madre.

Pero las razones que tenemos son centralmente teóricas para descartar esta metodología que se muestra, además, ineficaz en la práctica. Hemos dicho que los padres son sujetos clivados, sujetos de inconciente, y operan en sus interacciones a través de aspectos preconcientes e inconcientes. Debido a ello, con relación al niño, en sus interacciones —lenguajeras y no lenguajeras— emiten mensajes que devienen inscripciones en el aparato psíquico en constitución:

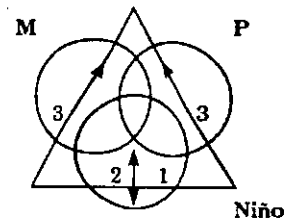


Los sistemas se constituyen como clivados en tanto son efecto de investimentos y contrainvestimientos, de deseos y prohibiciones. Lo que evita que el niño se constituya cen-

tralmente en el interior de un «doble vínculo», como han denominado los americanos a esa estructura de las interacciones que enloquece a un sujeto porque se caracteriza por emitir conjuntamente mensajes contrapuestos, es el hecho de que los mensajes y contramensajes obedecen a clivajes entre lo inconciente y lo preconciente, no provienen del mismo sistema, en el caso de los padres, no yendo tampoco a parar al mismo sistema del lado del hijo.²⁴

Manipulaciones sexuales, primarias, ligadas al deseo reprimido parental, operan deslizándose por entre los cuidados autoconservativos con los cuales los padres se hacen cargo del niño; mientras que del lado del preconciente de los padres estos mismos deseos están contrainvestidos, narcisizados, sublimados, y se emiten en estructuras discursivas ligadas a la represión. Una madre que tiene inscrito su erotismo anal en el inconciente, y que ha ejercido cuidadosamente la limpieza del esfínter de su hijo, pronunciará, cuando vea al niño intentar ejercer la masturbación de la zona que ella misma ha erotizado, la siguiente frase: «Los nenes buenos no se tocan la colita» —propiciando la formación reactiva efecto de sus propios contrainvestimientos yoicos.

Una vez constituido este aparato psíquico a partir de las introyecciones, *metábolos* de los deseos y prohibiciones parentales, estará el sujeto en condiciones de generar síntomas neuróticos, es decir, abierto a la posibilidad productiva de que emerjan las formaciones del inconciente. A partir de que la represión originaria opere, a partir de que el lenguaje se haya instaurado, que el yo se haya emplazado en el interior de la tópica psíquica del niño, recién entonces, esto revertirá sobre la estructura originaria de partida como un sistema de proyecciones.



1. Clivaje del aparato psíquico efecto de la represión.
2. Conflicto intersubjetivo, intersistémico.
3. Reversión sobre los padres de los residuos metabólicos recompuestos.

²⁴ Harold Searles ha expuesto, en su texto «El esfuerzo por volver loco al otro», desde una perspectiva psicoanalítica, los efectos de estas modalidades intrusivas de apoderamiento del otro a partir de mensajes cuyo carácter desestructurante dejan al sujeto librado a la psicosis.

Vemos que en este punto el triángulo queda invertido.

Estamos, ahora sí, en condiciones de recuperar la propuesta kleiniana por relación al análisis de niños: el análisis circulará entonces por las representaciones fantasmáticas, inconcientes, residuales de la sexualidad pulsional reprimida. El ataque que sufrirá el yo por parte del inconciente será vivido por el sujeto dando origen a la angustia que expresa la operancia de la pulsión de muerte como sexualidad desligada, riesgosa, desintegrante.

Ahora sí habrá un sujeto psíquico que sufrirá por razones «intrasubjetivas», un sujeto que vivirá la amenaza constante de su propio inconciente y que será plausible de analizabilidad.

Pero, al mismo tiempo, la técnica sufrirá una variación sustancial: en primer lugar, al concebir al inconciente fundado como residual, por metábola, la interpretación no podrá soslayar la historia, la singularidad de las inscripciones producidas en el marco de los intercambios primarios con los cuales el acontecimiento devino traumatismo, y el fantasma, producto de una recomposición de lo histórico-vivencial. En este caso, hacer conciente lo inconciente y rellenar las lagunas mnémicas se aúnan y queda expulsada como eje del análisis la interpretación transindividual.

En segundo lugar, al concebir este inconciente como un producto de la represión, fundado por *après-coup*, el análisis de niños deberá ser extremadamente preciso en su técnica para dar cuenta de sus intervenciones: momentos fundacionales del aparato, momentos ligadores tendientes a instaurar lo no constituido, momentos interpretantes para hacer conciente lo inconciente. La corroboración de su accionar en los tiempos de estructuración del psiquismo será entonces, en muchos momentos, corroborada por grandes movimientos estructurantes del psiquismo y no puntualmente por la respuesta asociativa del paciente.

El movimiento que estamos describiendo marca el pasaje hacia la constitución de lo intrasubjetivo; paradójicamente, lo que se ha constituido como intrasubjetivo —intersistémico— se manifiesta como intersubjetivo: «conflicto con», a modo de expresión del «conflicto entre»: conflicto *con* el colegio, cuando se trata de conflicto *entre* las representaciones amorosas, preconcientes, hacia la madre y las representa-

ciones hostiles, reprimidas, desplazadas sobre la maestra; conflicto *con* el aprendizaje, dando cuenta del conflicto *entre* la pulsión epistemofílica inhibida y los contrainvestimientos yoicos que imposibilitan su ejercicio; conflicto *con* el padre, que obtura y devela el conflicto *entre* las representaciones homosexuales que ligan a la representación paterna deseada del lado del inconciente, emergiendo del lado del yo una lucha del sujeto por descapturarse activamente, mediante el enfrentamiento, de la pasivización a la cual este deseo puede someterlo.

Intento desplegar un modelo en el cual podamos precisar los diversos movimientos que hacen a la constitución del aparato psíquico infantil. Un modelo que permita avanzar en la descaptura tanto del biologismo como del genetismo evolucionista, pero que no nos deje sometidos al formalismo estructuralista y a las consecuencias ahistóricas que de él se derivan.

Tiempos de constitución del aparato psíquico definidos por momentos de recomposición estructural y abiertos a nuevas transformaciones. Esta es la cuestión central: si podemos definir las condiciones de estructuración y los movimientos que la impulsan, podremos inaugurar nuevas posibilidades de abordaje de los procesos clínicos en la infancia, abriremos nuevas vías de transformación, en los tiempos en que esta estructuración está en vías de constituirse.

Una definición de infancia, en términos del psicoanálisis, se hace necesaria. Podemos establecerla, provisionalmente, en los siguientes términos: *la infancia es el tiempo de instauración de la sexualidad humana, y de la constitución de los grandes movimientos que organizan sus destinos en el interior de un aparato psíquico destinado al après-coup, abierto a nuevas resignificaciones y en vías de transformación hacia nuevos niveles de complejización posible.*

Los tiempos originarios de esta fundación deben ser cuidadosamente explorados por el analista, porque de ello dependerá la elección de líneas clínicas y los modos de intervención que propulsen su accionar práctico. Para esta exploración, los modelos freudianos constituyen la apoyatura fundamental: el eje tópico es la cuestión mayor que hace a los prerequisites de la clínica.

Una propuesta teórico-clínica para el psicoanálisis de niños puede construirse hoy si ponemos en revisión los fun-

damentos de nuestra práctica, si nos proponemos seriamente revisar los ejes directrices que nos fueron legados, a casi cien años de la fundación del psicoanálisis, en el marco de los avances y las *impasses* que obstaculizan aún nuestra imposibilidad de generar paradigmas de base acerca de los orígenes del ser humano.

6. Hacia una teoría traumática de las neurosis. Correlaciones entre la estructura edípica, de partida, y la historia significativa

De las dificultades en la exposición de un material clínico

En varios registros, como si se tratara de varios pentagramas de una partitura, he tenido a veces la fantasía de encontrar una escritura de la clínica que permita, a quien la lee, seguir el procesamiento que se produce en la mente de quien lo piensa. Es como si los diversos planos obedecieran a un movimiento sincrónico formado por estamentos que, a su vez, deben acomodarse a la diacronía del lenguaje para encontrar un modo de comunicación. La dificultad no está dada por la menor o mayor habilidad para la escritura, sino por una especificidad, propia del material al cual nos enfrentamos, que se mueve, de inicio, en varios registros.

Por un lado, está el relato, ese discurso que el adulto formula, en el cual se entremezclan las preocupaciones por el niño y sus propios fantasmas, deseos y angustias que tiñen a la entrevista de una cualidad muy particular, de una cualidad disruptiva —por apasionante que sea—, de un desplazamiento. Por otro, los discursos —aun cuando no explicitados— que se despliegan en la mente del analista: «Mientras la madre hablaba pensé si ella se daba cuenta...», «Me preguntaba si cuando la niña nació...», o, aún «No parece haber otros indicadores de psicosis, entonces... ¿por qué un mutismo electivo?».

Con dos oídos, uno que apunta a la ubicación de indicios que den cuenta de la estructura del niño, y otro que busca en el adulto las determinaciones simbólicas, deseos y fantasías que lo capturan en cierta trama, el analista va definiendo la dirección del diagnóstico y del proceso eventual de la cura.

Tratando de remitir cada enunciado a su orden de pertenencia propio, tratando de no tomar un orden de determi-

nación por otro, en un juego apasionante que lleva a mezclar las cartas para luego, de inmediato, separarlas con vistas a hacerlas circular de un modo distinto, el analista de niños se va aproximando al nudo patógeno. Sabe, sin embargo, que esto debe ser realizado cuidando muy bien de tener en cuenta que, para desarticularlo, deberá permitir que se desplieguen transferencias parentales —la mayoría de ellas decisivas para que su tarea llegue a término y, sin embargo, ininterpretables—, ya que el niño, como dice Meltzer, «mide a su analista con un ojo puesto en el padre o madre, y el otro, en el analista observando la interacción en el momento del encuentro»,¹ transferencias que «polariza», permitiendo su localización en una pendulación compleja que consiste en hacerse cargo sin por ello dejar de saber que se resolverá en otros espacios, de otros modos.²

Intentaré entonces desarrollar el material tal como se me fue presentando, habiendo alertado de inicio respecto de las dificultades que esto plantea; no es la menor de ellas la «elaboración secundaria» que ha sufrido, ya no sólo cuando intento transmitirlo mediante la escritura, sino cuando lo

¹ Donald Meltzer, *El proceso psicoanalítico*, Buenos Aires: Paidós, 3ra. ed., 1987, pág. 30.

² Viviendo yo en México, y en plena guerra argentino-chilena, recibí el llamado de la madre de una paciente chilena de ocho años que me solicitaba una entrevista para hablar de algunas cuestiones de su hijita que la preocupaban. Vivía yo entonces en la colonia de Coyoacán, en una calle, paradójicamente, llamada «Frontera»; al término de la conversación, una frase inesperada aun cuando no sorprendente apareció en la línea, dando fin a la conversación: «Bueno, Silvia, el martes nos vemos en la Frontera», me espetó esta mujer que no había, sin embargo, dejado de conservar un tono amable y afectuoso durante toda la comunicación. Intuí que no vendría a la entrevista, lo cual efectivamente ocurrió. Dos días después de la fecha prevista recibí su llamado, siempre alegre y cariñoso, en el cual me decía: «La llamo para que me disculpe; ¿puede usted creer que me olvidé de que teníamos una cita?»; le respondí que no se preocupara, que lo entendía perfectamente, y le ofrecí otro horario. Ella había preservado, mediante su olvido defensivo, la relación analítica de su hija conmigo; había dejado que su «guerra de frontera» cediera en parte, para poder tener la entrevista en términos menos beligerantes; y si bien no dejé de mantener una escucha atenta a sus sentimientos negativos a lo largo de nuestro posterior encuentro, no interpreté nunca el lapsus sino que traté de detectar, en el interior de su discurso, qué era lo que anudaba una cuestión «limítrofe» de ambos países con la batalla territorial que ella podía fantasear se había planteado entre nosotras por relación a su hija.

recompongo en mis pensamientos en razón de que ya está tamizado, por supuesto, por una cierta óptica. ¿Sería posible, por otra parte, la transmisión «tal cual» de todo lo ocurrido en una sesión analítica? Aun la transmisión más fiel, la transcripción de sesiones, no es jamás tan fiel como parece de inicio. Y, por otra parte, ¿qué sentido tendría un relevamiento de datos que no estuviera definido por un cierto modo de aprehensión de aquello que pretendemos exponer? ¿De qué modo se abriría algún orden de significaciones?

En un pequeño y maravilloso texto intitulado «Del rigor en la ciencia», Borges captura la cuestión del modo siguiente: «...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio toda una Provincia. Desmesurados, no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas».³

Sin que podamos transmitir «todo», viene, sin embargo, a salvarnos de la saturación de sentido y del encapsulamiento en nuestras pocas ideas el hecho de que, cuando exponemos nuestra clínica, siempre aportamos más elementos de los que nuestras propias representaciones-metas propugnan, lo cual abre la vía para el trabajo que sobre el otro puedan operar. Así, hemos podido leer desde otro lugar históricos como los de Klein, Dolto, E. Laurent y aun Erikson, sin dejar de contar todo lo que se ha escrito sobre los históricos freudianos —con el agravante, en nuestra opinión, de pretender en muchos casos hacer decir a Freud lo que nunca pasó por su cabeza, en lugar de mostrar, lisa y llanamente, ora otro enfoque, ora una discrepancia importante.

He desarrollado en capítulos precedentes la concepción mediante la cual abordé una situación de consulta en la

³ «El hacedor», en *Obras completas*, Buenos Aires: Emecé, 1974.

práctica cotidiana y las premisas teórico-clínicas de las cuales parto. Se trata, en principio, y a través de un corte transversal de la estructura psíquica del niño, de ubicar el modo de funcionamiento que la define metapsicológicamente. Luego, de capturar, a través de la historia singular del sujeto, las relaciones entre la estructura edípica —de partida— y la historia significativa que desembocará en la estructura de llegada. Estructura psíquica siempre singular, cuya constitución y modo de funcionamiento darán origen al conflicto y al síntoma. Dos notaciones a tener en cuenta cuando decimos «historia significativa»: por un lado, que no se trata de una «historia de vida», ni tampoco de una «anamnesis» —en el sentido de un conjunto de datos provistos por el sujeto interrogado acerca de su pasado y de la historia de su enfermedad— lo que buscamos, sino de aquella que dará razón de ese particular ensamblaje entre traumatismo y síntoma. Historia de las vicisitudes libidinales —tanto pulsionales como amorosas—, habida cuenta de que esta historia libidinal está en estrecha dependencia, «en referencia» al semejante.

En segundo lugar, que el relato materno, aquel por el cual nos aproximamos a esta historia de las vicisitudes pulsionales y de sus movimientos de ligazón y desligazón, de ejercicio e inhibición, sólo puede ser tomado como referencia, no pudiendo nunca ser concebido como «vía regia» de acceso al inconciente del niño, en la medida en que el inconciente sólo es aprehensible a partir de las propias producciones del sujeto pasible de constituir un síntoma —ya hemos abundado suficientemente acerca de esto.

Expondré entonces, con vistas a desarrollar estas cuestiones, las primeras entrevistas del proceso de la cura de una niña de tres años y medio. Retomaremos a partir de ellas dos órdenes de referencia que consideramos centrales en el comienzo de un análisis: el que hace a la constitución del inconciente infantil y su *referencia* al deseo materno, y el que se juega en las determinaciones entre traumatismo y síntoma. A partir de estos elementos, se pondrá en juego el concepto de *metábola* y su función en la simbolización, por relación al significativo —des-significado, devenido representación-cosa— y su operancia en el inconciente.

Incluiré en el relato del material, desplegado en el orden en el que yo misma lo recibí, los interrogantes que se fueron

abriendo a medida que escuchaba, las hipótesis que efectuaba, y las reflexiones teórico-clínicas de las cuales quiero hacer partícipe a mi interlocutor; esta metodología producirá una cierta interrupción en la lectura; ello se torna inevitable si pretendo dar a conocer, en un mismo movimiento, la emergencia espontánea del discurso tal como se articula en la consulta y el encadenamiento que le fui dando y que me llevó a operar las intervenciones que hice, con los efectos que de ellas se desprendieron.

Y bien, vayamos ahora a esta primera entrevista en la cual la madre manifiesta, a modo de inicio, que «en realidad no sabe a quién le está pasando algo», si a ella o a su niña. Hace un año, cuando Paula tenía dos años y nueve meses, y a continuación de un choque, la niña dejó de hablar. En realidad, no dejó de hablar directamente, sino que comenzó con un tartamudeo, ante el cual la mamá le informó que eso no le gustaba, y que si seguía tartamudeando la iba a regalar. Fue a continuación de esta intervención materna que la niña decidió dejar definitivamente de emplear el lenguaje hablado —ya que siguió comunicándose por otros medios.

Anticipo el horror de mi interlocutor ante este relato. Interlocutor de una cultura altamente psicoanalizada, atravesada por la difusión de la «*nouvelle* puericultura», en la cual han desaparecido el Hombre de la Bolsa, las amenazas cruentas de los padres y propuestas como las que esta madre formula. Pido, por el contrario, el descentramiento del etnocentrismo vigente para tomar en cuenta, simplemente, que esta consulta fue realizada por gente que habitaba una ciudad de provincia del sureste de México, que se trasladaron más de mil kilómetros para acercarse a mi consultorio pese a su absoluto desconocimiento del psicoanálisis, que recurrieron previamente a un chamán —cuya intervención no fue en absoluto estéril—, y todo ello movidos por la profunda preocupación ante un síntoma que, para otros sujetos de su entorno, resultaba absolutamente inocuo en una niña tan pequeña.

Apuntemos, someramente, que algo se pone de inicio de manifiesto respecto del narcisismo en juego en esta relación madre-hija, en la cual sólo hay lugar a partir de la ausencia de imperfección. «No acepto tus fallas. Si quieres estar conmigo deberás renunciar a tus imperfecciones», parece decir la madre cuando amenaza con la expulsión.

Las condiciones edípicas, de partida

Paula es la menor de tres hermanos. Habiéndose la madre casado muy joven, no pudo, según relata, disfrutar de sus hijos mayores, porque al nacimiento del primero el marido se encariñó tanto con el niño que ella sintió profundos celos. «Yo tenía un marido joven y quería disfrutarlo, y mi marido lo que quería es que yo me ocupara de mi hijo, por eso yo no pude disfrutar de ese hijo», dice. La segunda hija llegó al poco tiempo, y ella se sentía cada vez más apesada en la situación. Pasaron varios años y entonces nació Paula, con la cual pudo establecer la relación que nunca había tenido con los mayores.

Hablaba de su marido como un ser muy posesivo, aprensivo, que la hacía sentir muchas veces molesta porque él no deja jugar a los niños en la calle, no los deja andar en bicicleta, la increpaba constantemente: «¡qué has hecho con mis hijos!» exclamaba cuando al volver del trabajo encontraba ocasionalmente a alguno de los niños con un machucón o una de esas pequeñas cortaduras frecuentes e inevitables en la infancia.

Segundo hijo de una familia patriarcal en la cual el mayor había ejercido la hegemonía haciéndose acreedor incluso a la herencia patrimonial, guardaba, sin embargo, una devoción ilimitada —presumiblemente defensiva— hacia sus propios padres, no habiendo logrado nunca establecer una alianza conyugal con su mujer, a la cual consideraba siempre imperfecta por relación a su propia madre.

Por su parte, ella había sido, en su familia de origen, la única mujer de un grupo de siete hermanos. Hija favorita del padre, nunca tuvo una buena relación con su madre, quien siempre la encontró —al igual que el marido— fallada e imperfecta. Cuestionada y criticada por su madre, hostigada por sus propias rivalidades edípicas al respecto, tanto su deseo de tener un hombre para sí misma sin otros que obstaculizaran el vínculo, como la precocidad con la cual tuvo que hacerse cargo de las tareas maternas por relación a sus hermanos menores, abrían una línea posible para entender su ambivalencia originaria hacia sus hijos como su ubicación en el lugar de «mala madre». Ubicación subjetiva de una falla que la atravesaba y la llevaba a buscar, ante el discurso increpante del marido, los medios de remontarla

sin por ello dejar de sentir que siempre «le falta algo», que no era «suficientemente buena» —tal vez, como sus hermanos varones lo eran para una madre que no le perdonaba —ella misma reina entre tantos hombres— su condición de mujer.

Paula fue la niña deseada y narcisizada por esta mujer que logró, a través de los intercambios libidinales y simbólicos con su hija, su propia renarcisización mediante el acceso a una plenitud frágil y siempre en riesgo de ser abatida por los primeros trastornos que pudieran presentarse. Habiendo tenido Paula de inicio un muy buen desarrollo, nunca había presentado problemas; cuando tartamudeó, la madre fue presa de un colapsamiento narcisista que la confrontó nuevamente a su falla como mujer y como madre, y algo que en otros padres podría constituir un síntoma sólo preocupante, operó en esta mujer como un factor de derrumbe.

Ahora estaba más clara, al menos, la frase de comienzo: «no sé a quien le está pasando algo, si a mi hija o a mí». Alerta rojo del análisis de niños: escuchar con un solo oído, suponiendo que todo lo que a Paula le pasaba era efecto de este engolfamiento narcisista —ahora fallido— de base, proponiendo de un modo simplista ora que era la madre la que necesitaba tratamiento, ora la dupla parental —en razón de que no había logrado consolidar la alianza conyugal—, indicando por tanto a los padres un tratamiento de pareja.

Porque todo esto que descubríamos: «determinantes edípicos» de la estructura actual, no era, sin embargo, suficiente. Y ello en razón de que Paula, de todos modos, tenía una dificultad en su lenguaje verbal: fuera el tartamudeo, fuera el mutismo electivo.

Y la sintomatología emergente había aparecido, según la madre, después de un choque. ¿Por qué no un trastorno del sueño con terrores nocturnos? ¿O una fobia masiva? ¿O una enuresis, una encopresis o una dificultad alimenticia? La estructura edípica, de partida, no daba razón de la elección neurótica realizada. Tampoco el choque en sí mismo permitía la comprensión directa de los síntomas (la falacia de *post hoc, ergo propter hoc* —después de esto, entonces a causa de esto— que suele «encubrirle a un enfermo el discernimiento de su propio estado»,⁴ es moneda corriente en las

⁴ Sigmund Freud, «La etiología de la histeria», en *AE*, vol. III, 1981, pág. 191.

consultas de los padres sobre sus niños; ello no hace sino a un intento de teorizar, vale decir, fantasear, otorgar sentido, a la irrupción sintomal a la cual se enfrentan. Debemos tomarla, como a toda teoría o a toda fantasía, con la dosis de verdad que encierra y despojarla, a su vez, del carácter causal que se le intenta atribuir).

Era necesario encontrar las mediaciones, históricas, singulares, traumáticas, que conducían a Paula a esta elección del síntoma, cuya especificidad no era aún fácil desentrañar.

A los pocos días de este accidente automovilístico —que, como luego veremos, no fue el primero que tuvo esta señora conduciendo—, Paula comenzó a tartamudear, y cuando la madre pronunció la frase amenazante que inhibió la tartamudez, dejó de hablar por un tiempo. Recurrieron entonces —gente de provincia, cultura selvática con componentes míticos— a un chamán, quien, al terminar la consulta, dio a la niña una tortuguita de agua; cuando volvieron a la casa, esta sumergió a la tortuga en agua y, luego de observar cuidadosamente cómo descendía y comenzaba a deslizarse por el fondo de la pecera, volvió a hablar: «la tortuguita camina...», dijo. A partir de esto se comunicó con su madre y hermanos guardando un leve tartamudeo y un mutismo electivo sin consecuencias aparentes inmediatas dado lo reducido de sus vínculos sociales.

Ya habían pasado varios meses cuando la madre decidió hacer una consulta con un especialista. Se lo propuso al padre, quien primero se rehusó, quitando importancia a la situación, y luego accedió pese a las dificultades que un traslado de tal tipo implicaba y a su desconfianza hacia los «nuevos métodos psicológicos» a los cuales su hija podía ser sometida.⁵

⁵ Pido también, en este caso, que no se juzgue al padre con un exceso de severidad, efecto de parámetros extraños a su cultura. Como para que se tenga una dimensión de las dificultades extra inherentes a este tratamiento, vale una breve anécdota: habiendo ido yo misma, por razones ajenas al caso, a la ciudad de origen de esta familia, pedí a la madre que el padre de la niña —a quien no conocía— me telefonara al hotel con vistas a concertar una entrevista que se realizaría, eventualmente, en el consultorio de un colega. Al llegar, mi esposo fue solicitado telefónicamente

Vicisitudes históricas de Paula conducentes a la estructura de llegada

Daré a continuación algunos elementos que amplíen el conocimiento de la historia de la niña tal como fueron relatados por la madre, posteriormente, en presencia de su hijita. Emplearé para ello la metodología antes expuesta.

Deseada por toda la familia desde el embarazo, alimentada con pecho y biberón en razón de que su madre sentía que tenía poca leche para satisfacerla —fantasma que asomaba, reiteradamente, en esta mujer: la imposibilidad de ejercer plenamente sus funciones, de satisfacer plenamente al otro—, cuando Paula llegó a la consulta su psiquismo había ya pasado por las constelaciones que hacen a las primeras instalaciones de la represión originaria, y que no han sido aún resignificadas por el Edipo complejo dando surgimiento a las instancias ideales.

Tranquila y fácil de criar, al sexto mes de vida tuvo una infección del conducto urinario que provocó intensos dolores. Me preguntaba yo entonces de qué manera un niño que no tiene aún posibilidades de estructurar una significación para lo que le acontece, y que está haciendo sus primeras experiencias de placer-displacer con el cuerpo, vive el hecho de que algo de ordinario placentero se torne, súbitamente, displacentero. La micción —siempre del orden del placer— queda marcada por un rasgo de dolor —no equivalente al displacer, al simple efecto del incremento de tensión— obligando al empleo masivo de una defensa primaria.

Según el relato materno, Paula no era muy sonriente, y si bien se chupó el dedo, nunca aceptó el chupete. (¿No aceptó el chupete porque la madre lo ofrecía con ambivalencia, vale decir, poco convencida del valor que este objeto ajeno y de puro goce tenía para su hija, y en cuanto esta hacía una

por un señor que le pidió, muy gentilmente, si sería tan amable de «comunicarlo con la doctora, ya que debían concertar una entrevista por relación a su hija pequeña a quien ella atendía». Este correcto profesional burgués, perteneciente a una tradicional y conservadora clase media de provincia, jamás se hubiera atrevido a solicitar una conversación a la habitación de una señora sin pasar, previamente, por una breve explicación a su marido.

carita de asco lo retiraba? ¿O no aceptó el chupete porque, a diferencia de este, el dedo estaba siempre a disposición, no deviniendo un precursor del «objeto transicional», es decir, de algo que, ajeno al cuerpo propio y al de la madre, comienza a constituir un soporte de mediaciones e intercambios? La tercera posibilidad, consistente en que el niño no acepte el chupete en razón de que ni la madre, ni, en consecuencia, él mismo, toleren algo que se interponga entre ambos —y el pecho, representante privilegiado de la madre, se sostiene en su calidad de único objeto nutricio y de goce sin permitir la inclusión de ningún mediador—, no me parecía viable en este caso en razón de que esta niña completaba su alimentación con biberón. Sin embargo, no descarté totalmente tal posibilidad en razón de que este biberón, como supe *a posteriori*, alimento supletorio del pecho, había sido *siempre* ofrecido por la madre, sin que padre, abuelas, o nanas concurrentes y solícitas, pudieran participar de la alimentación.)

A partir de este dato, y en un intento de entender qué tipo de ensamblaje narcisista se había producido, pregunté a la madre —tratando de indagar acerca de la angustia del octavo mes— si hubo algún momento, de este primer año, en el cual Paula rechazara a los extraños, si lloraba cuando alguien que no fuera ella la levantaba de la cunita o la alzaba para cambiarla. Me respondió, como buscando algún recuerdo y luego de una breve reflexión: «¿Sabe que no sé? Siempre la atendí yo... nunca dejé eso en manos de nadie...».

Volvió sin embargo, luego de un rato, sobre la cuestión, relatando un episodio que luego cobraría importancia por su encadenamiento traumático en la emergencia sintomal que se había producido bastante tiempo después: cuando su hijita tenía ocho meses, ella bajó del coche a buscar a los otros dos niños que estaban en el colegio, dejándola durante unos momentos adentro del vehículo. Ahí recordó que había olvidado las llaves en el interior junto a la niña, regresando desesperada a intentar abrir la puerta. Entretanto, la gente las rodeaba, tratando tanto de ayudarla como de tranquilizar a Paula, quien comenzó a llorar desesperadamente.

No había para esa época aún, en la niña, noción de afuera ni de adentro, ni estaban articuladas las totalidades representacionales que dan cuenta, del lado del yo, de las capturas pasionales del amor cuando estas devienen asfixiantes. Sería absurdo entonces pensar que este episodio constituía,

en su incipiente psiquismo, un símbolo paradigmático del encierro al cual estaba sometida en el interior del vínculo claustrofobizante con la madre. De modo más acertado podemos suponer que Paula lloró desesperadamente porque, por primera vez, algo la separaba de los brazos de su madre a los cuales no tenía acceso; por otra parte, las caras extrañas de las cuales se vio rodeada, unidas al gesto de horror de la madre que no podía abrir el auto, propiciaron la emergencia de una verdadera angustia del octavo mes, pero al modo de un excedente traumático, fijado —del cual el automóvil no era un significante menor—, y, por ende, «en latencia», destinado al *après-coup*.

Cuando la niña tenía un año y medio los padres decidieron sacarla de la habitación matrimonial, en la cual habitaba desde su nacimiento; ello requirió una complicada estrategia: en lugar de retirar, simple y llanamente, la cunita a otra habitación, la habitación de ellos mismos es cedida al hijo mayor, y Paula irá a ocupar la tercera habitación, con su hermanita. Un verdadero desplazamiento de tropas se opera por toda la casa para evitar la expulsión lisa y llana de la habitación conyugal; todo ello, sin embargo, realizado de un modo no totalmente conciente, sino bajo la racionalización de que «era mejor esta distribución para estar cerca de las niñas». Paula no llora, sin embargo, cuando quitan su cuna de la habitación en la cual ha dormido hasta el momento, sino cuando es retirada la cama de los padres; define su propio espacio por referencia al lugar del otro, poniendo de manifiesto que no ha logrado un espacio que la emplace en su propio sistema de coordenadas, y que conserva aún una inversión constituyente que la marca en su posicionamiento ante el otro (¿qué es el espacio, podríamos agregar, si no esa distancia que separa a mi madre de mí, que se acorta con sus pasos que se acercan y con su voz que la anticipa y que se extiende, infinito, cuando pierdo su referencia?).

Por esa misma época deja el biberón, y lo hace de la siguiente manera: siendo muy voraz, un día, al acabar de tomar uno, pidió otro, el cual le produjo un vómito por saturación; a partir de allí, no aceptó nunca más un biberón, pasando a tomar exclusivamente en taza. Me preguntaba yo de qué modo este episodio quedaba engarzado con dos órdenes representacionales distintos: por un lado, con esa primera experiencia de dolor en la micción, experiencia a repe-

tición, en la cual es imposible huir del objeto algógeno; objeto que daña, convirtiéndose en malo y atacando, no pudiendo ser disociado en dos objetos distintos, reunificado ambivalentemente *a posteriori*. En tal sentido, el biberón que había producido el daño devino inmediatamente maligno, expulsable, domeñable, por parte de una niña que había pasado a ser, al menos en parte, dueña de su motricidad y activa en su deíensa. Por otra, y más allá de todas las vueltas —y no sólo metafóricas, también efectivas— dadas para retirarla de la habitación de los padres, Paula había sido expulsada del seno materno. En tal caso, ¿por qué no suponer que el objeto metonímico del pecho materno, primordial, fue vomitado y rechazado conjuntamente, en una reversión del rechazo con el cual la expulsión de la habitación-claustro materno fue sufrida? Rechazado para siempre el biberón, la leche fue repudiada con él, pasando sólo a aceptarla con chocolate.

De una memoria prodigiosa, cualquier cosa que la madre dejara en algún lugar, ella sabía dónde estaba. A los tres años y medio, no atravesada aún por las vicisitudes del Edipo complejo, la represión secundaria no ha terminado de instalarse, y, en razón de ello, no aparecen los olvidos fundamentales de las represiones que dan origen a la «amnesia infantil». Sin embargo, lo que quienes la rodeaban consideraban memoria prodigiosa, y más allá de la inteligencia que ella ponía en evidencia, implicaba una hiperconexión de la niña con todos los actos y todos los objetos maternos. «Estando conmigo se adapta a lo que sea», decía, orgullosa, la señora.

A los dos años ya cantaba, conocía las partes del cuerpo, elegía su ropa, repetía canciones que oía diferenciando entre las que le gustaban y las que no le gustaban. No se podían considerar estas adquisiciones como puramente imitativas, no estaba yo ante un lorito autistizado —definido por una memoria mecánica— ni simbiotizado —cuyas adquisiciones fueran puras repeticiones carentes de toda acción metabólica—: Paula estaba en posesión del sí y del no, era capaz de expresar sus deseos y aun de contraponerse al semejante.

Tenía un objeto transicional: una almohadita que empleaba para dormirse y calmarse, pero, hecho sorprendente, había otorgado a su muñeca otra almohadita con el mismo

carácter. Idénticas ambas, sólo las distinguía por el olor. Esta muñeca había sido una pertenencia de la hermana de la cual se apropió, queriendo, para la misma época, usar la ropa de esta —segunda hija de sus padres—. Las muñecas eran sus amigas, decía; tenía también una muñeca mala a la cual regañaba, y, cuando la madre entraba, se callaba, dejando de hablar —como si su enojo no pudiera ser presenciado por esta, lo que permite entrever otra vertiente que confluye en la determinación sintomal.

Trasformada la muñeca en doble de sí misma, intentando una identificación en los bordes mismos del cuerpo con su hermana, la especularidad originaria había logrado una primera trasposición sin por ello abandonar al objeto primordial; desplazada a este objeto segundo con el cual compartía, ahora sí y sin otro presente, la habitación en la cual se realizaban juego y reposo, presta a retornar en cualquier momento bajo los modos simbióticos con la madre, que tuvimos ocasión de observar *in situ*.

Paula era una paciente que podía hacer las delicias de cualquier analista: era ya un sujeto humano, con sus pasiones, preocupaciones, angustias, sus propios vínculos, su propio mundo. No era una simple metonimia «carnal», una pura prolongación del cuerpo materno. El narcisismo trasvasante de la madre depositado en la hija, compensador de sus propios fracasos, estaba definido por su atravesamiento por los ideales del yo. No se trataba de un simple abrochamiento que venía a completarla; era la obra maravillosa de esta mujer: obra de cultura, se entrelazaban en la madre los ideales socialmente valorizados con los fantasmas que la agitaban como sujeto de inconciente, en una arquitectura deseante que sometía a ambas, madre e hija, a las intensas pasiones con las que yo me encontraba.

La secuencia traumática

La consulta se iba desplazando del «hecho traumático» del choque acaecido el año anterior, a un conjunto de determinaciones que yo seguía cuidadosamente intentando ordenar. Intento que no ofrecía grandes dificultades en razón de los interrogantes iniciales que esta madre traía, lo que per-

mitia con facilidad arrancar a la cuestión del hecho desencadenante.

La investigación aportaba nuevos elementos: en marzo del año anterior a la consulta, cuando Paula tenía dos años y cuatro meses, se produjo el primer choque. Choque sin consecuencias, la madre conducía yendo con la niña a su lado, y esta, muy tranquila, preguntó cuando llegó a su casa: «¿qué le pasó a mi mamá?», repitiendo esta frase reiteradamente al punto de que al décimo día cantaba: «¿qué le pasó a mi mamá...? ¿qué le pasó a mi mamá?», canturreó en forma de tonadita que ejercitaba distraídamente aun cuando estuviera, aparentemente, ocupada en otra cosa.

Podíamos suponer que, cada vez que la escena traumática aparecía en su cabecita, empleaba el lenguaje al modo que este opera cuando empieza a constituirse: como objeto reasegurante, no comunicacional en el sentido estricto. Destinado a sí mismo, se trata de una invocación tranquilizante que metaforiza al objeto en su materialidad concreta. (El niño que dice «mamá, mamá, mamá», sin que esta modulación implique en sí misma un llamado, captura, mediante ello, al objeto materno que posee en su boca y tiene a su disposición en razón de que lo crea.)⁶

En este primer choque no hubo, entonces, un problema del lenguaje, pero sí una subversión de la función lingüística, regresionando el lenguaje de su función comunicacional a aquella otra, defensiva, de retrotraer el significante a una posición mágico-invocante al modo de un objeto acompañante.

*Segunda secuencia:*⁷ un mes después, en julio, los padres parten solos de viaje por veinte días. Cuando vuelven, la

⁶ Hace algún tiempo vi, en una piscina, a un niño de unos cuatro años, el cual, mientras su madre lo sostenía de las manitas intentando ayudarlo a flotar, repetía monótonamente y no sin cierta angustia «mamá, mamá, mamá...», dando cuenta, evidentemente, de que no era a su madre real a quien apelaba, sino a aquel objeto primordial reasegurante que venía en su auxilio mediante la cantinela.

⁷ Llamaremos «secuencia» y no «traumatismo» a estos agrupamientos de acontecimientos en razón de que reservamos el concepto de traumatismo, en su sentido estricto, psicoanalítico, para aquellos elementos capaces de incluirse en una cadena representacional que, desde el interior mismo del sujeto, produzcan un aflujo de excitación indomeñable e inligible por los medios habituales. Desde esta perspectiva, no sabemos aún cuáles

madre encuentra a Paula con un cambio de carácter, llanto y berrinches.

Tercera secuencia (episodio al cual la madre no otorga ninguna importancia): Sale toda la familia de viaje con los abuelitos. En el viaje de vuelta, Paula formula una pregunta extraña; en el momento del aterrizaje del vuelo expresa: «se cayó el avión, mamá...». Inquiero a la madre acerca de esta frase, busco más datos. Poco tiempo antes de las vacaciones, Paula misma se cayó de la cama. En el momento en que la mamá está contándome este episodio, la niña habla, por primera vez, en la entrevista: «cuéntale, cuéntale de cuando te caíste», dice. Ella relata; poco tiempo antes de estas vacaciones, ocurrió algo que consideraba poco relevante: iba entrando a la casa y se cayó, y la niña se impresionó mucho. Sin embargo, un encadenamiento significativo se va armando: se cayó el avión, se cayó la madre, se cayó Paula.

Pregunto —tengo una hipótesis— con quién durmió la niña durante esas vacaciones. La respuesta es la siguiente: en una habitación del hotel durmieron los abuelos con los niños más grandes, y, en otra habitación, y en la misma cama, Paula con sus padres.

Cuarta secuencia: A la vuelta de las vacaciones se produce un segundo choque de automóviles, en este caso de mayor gravedad, un choque frontal. La madre, nuevamente, conduce; los tres niños van atrás, y si bien ninguno resulta herido, el coche es gravemente dañado.

Algunas conductas que se suceden luego de cada secuencia que hemos ordenado:

a. A continuación del primer choque —antes de las vacaciones—, Paula entra reiteradamente a la habitación de su hermano mayor, choca los cochecitos y los estrella unos contra otros. Parece tratarse de un intento de elaboración espontánea del primer traumatismo.

de estos elementos que estamos describiendo son o no parte de la cadena traumática que definió la formación de síntomas, cuáles devinieron traumatismo por *après-coup*.

b. A la vuelta de las vacaciones —luego de la tercera secuencia—, y antes del segundo choque, comienza a rechazar a sus amiguitos. Un primo de su misma edad le pega; Paula habla reiteradamente del episodio. Pregunto a la madre si nunca le habían pegado antes —trato de desentrañar el sentido, el modo en que este «pegar» se inserta en su momento estructurante—;⁸ responde que sí, que muchas veces este primito le ha pegado porque se han criado juntos, pero que la niña nunca había otorgado demasiada importancia a la cuestión.

c. Luego del segundo choque empieza el tartamudeo y, a continuación, el mutismo.

Mi interlocutor, psicoanalista entrenado, no dejará de preguntarse qué le ocurre a esta señora, que choca todo el tiempo. Pregunta que yo misma me hice para señalar, en una de las entrevistas realizadas, el carácter sintomal de la cuestión. Pausada y contenida, esta mujer no encontraba demasiadas vías de escape para los niveles de conflicto que la aquejaban —de los cuales no era el menor la dificultad para expresar su hostilidad a los seres amados—; pero ello no me daba derecho alguno a realizar ningún tipo de interpretación salvaje al respecto⁹ ya que desconocía, al igual que ella, qué era lo que la llevaba a elegir este tipo de subrogado tan riesgoso, ayudándola, simplemente, a abrir la cuestión y a recomendarle que viera la posibilidad de hacer una consulta para sí misma.

¿Qué relación había, sin embargo, entre esta madre perfeccionista, atrapada narcisísticamente en este vínculo con una niña que venía a reparar todas sus fallas anteriores, incapaz de expresar su hostilidad, y los síntomas actuales

⁸ En una posible constelación del tipo: escena primaria-violencia sexual-choque de los cuerpos-masoquismo erógeno.

⁹ Se cree que todo discurso emitido por el analista en el marco del consultorio es analítico. Pocos seres humanos se ven sometidos a interpretaciones salvajes del calibre que se espeta en ciertas ocasiones a los padres de los niños cuya consulta están en vías de realizar. Y si bien un analista tiene derecho a formularse todas las hipótesis que pueda, e incluso a otorgarlas —siempre con mesura— a los padres, debe saber que estos no son sus pacientes, ni se ha generado un campo propicio para el ejercicio de la interpretación como el que brinda el análisis —con sus premisas técnicas correspondientes.

de Paula? En medio de la entrevista que estamos relatando, en la cual la mamá se explayó largamente acerca de la historia y cualidades más generales de la niña, esta intentó, reiteradamente, evitar que el diálogo prosiguiera. No se trataba de «no oír» lo que se decía, no estaba yo ante una resistencia puntual, sino de impedir cualquier intercambio entre la mamá y yo, poniendo de relieve que lo que se le hacía intolerable era la inclusión de un tercero en el interior de esta simbiosis que aún perduraba.

En cierto momento, a fin de que la mamá dejara de hablar, Paula, que estaba sentada en su falda, luego de solicitarle que se fueran del consultorio, le introdujo un lápiz en la boca; lo hizo varias veces mientras esta intentaba esquivar rotando la cabeza para todos lados. Intervine entonces señalando el enojo que le producía el hecho de que la madre y yo habláramos, y la sensación de exclusión que esto le producía. Me miró extrañada de que hubiera alguien —tan poderoso, en su fantasía— que pudiera evitar que sus reclamos de irse del consultorio fueran atendidos, y que sus palabras fueran incluso confirmadas por la madre. Entre desconfiada y maravillada, cedió su conducta y se dedicó a garabatear, atentamente, la hoja de papel que tenía delante.

En una entrevista posterior, a solas con la mamá, le pregunté qué había sentido cuando la niña le metía el lápiz en la boca. Respondió: «Me sentí la madre más mala del mundo», respuesta sorprendente ante la cual le pedí que explicitara qué era lo que la hacía sentir tan mala; agregó entonces: «Si mi hija puede sentir ese odio por mí, debe ser por algo muy feo que le hago y no me doy cuenta». Los fantasmas mortíferos con su propia madre retornaban así, dando cuenta del obstáculo mayor que se oponía a un intercambio de otro orden en el cual la menor conducta hostil era vivida como un riesgo de destrucción plena, generando en la niña una precoz represión del sadismo que se inscribía, de algún modo, en los síntomas que estábamos en vías de desentrañar.

Una génesis constituida por *après-coup*

Hemos tratado de marcar las secuencias que se constituyen dando origen al síntoma. Ellas no agotan los encadena-

mientos traumáticos, sino que podemos considerarlas, en conjunto, tiempos segundos que resignifican, o recomponen, *Nachträglich*, por *après-coup*, diversos movimientos previos. Tomaré dos de ellos, de los primeros tiempos de la vida de Paula, para marcar un engarce posible:

A los ocho meses de vida: queda encerrada en el coche, mientras la madre intenta, desesperada, abrir la puerta.

Para nosotros, adultos que hemos constituido el adentro-afuera bajo ciertas normas consensuales que organizan relaciones espacio-temporales, Paula «estaba encerrada». Desde la niña, y por referencia al espacio maternal originario, «estaba afuera» —afuera del entorno materno, separada brutalmente de una mamá que no podía acercarse—. Primera impronta separadora, *indicial*, que marca el interior del coche en su doble juego: espacio de soledad compartida con la madre durante largos paseos, espacio de exclusión por relación al cuerpo materno a partir de este *traumatismo que queda en espera, en latencia*.

Al año y medio: expulsión de la habitación parental. Desplazamiento a la hermana de aspectos de la simbiosis originaria con la madre.

¿Cómo no sospechar, sin embargo, conocimientos psicoanalíticos mediante, que esta niña fue expuesta a la escena primaria durante el período que antecede al cambio de dormitorios? ¿Y de qué manera esta escena primaria, fantasma nuclear en el cual confluyen conglomerados representacionales de todo tipo, se articuló en la singularidad histórico-vivencial que dio origen al síntoma, tanto al momento de su aparición como a su modalidad específica?

El episodio de quedar encerrada en el coche, sufrido por Paula a los ocho meses, no cobra fuerza traumática sólo por su encadenamiento posterior, sino porque la vivencia de ser por primera vez separada de los brazos de la madre se encadena al gesto de horror de esta, propiciando un hiperinvestimiento destinado al *après-coup*.

«Debemos tener en claro que la reconducción de un síntoma histórico a una escena traumática sólo conlleva una ganancia para nuestro entendimiento si esa escena satisface dos condiciones: que posea la pertinente *idoneidad de*

terminadora y que se deba reconocerle la necesaria *fuerza traumática*», dice Freud en «La etiología de la histeria».¹⁰ Cuando realizamos una indagación acerca de la determinación del síntoma, es necesario tener en cuenta estos dos factores. Una escena traumática —vale decir, un acontecimiento, en este caso— puede tener fuerza traumática y no por ello idoneidad determinadora. Por el contrario, algo puede tener idoneidad determinadora sin que por ello alcance la fuerza traumática suficiente. Esto es lo que lleva a la determinación de una serie en la cual el encadenamiento pueda permitir el enlace de ambos elementos. El primer choque, aquel en el cual Paula comienza a canturrear «qué le pasó a mi mamá», tiene idoneidad determinadora, pero no ha alcanzado la fuerza traumática necesaria para que devenga síntoma. Ha quedado, entonces, *en latencia*. ¿Qué es lo que otorga al segundo choque el incremento de fuerza traumática? Sería simple guiarse en esto por la repetición, y, sin embargo, es la niña misma la que nos da la clave de la cuestión cuando dice, en la entrevista conjunta realizada con la madre: «Cuéntale, mamá, cuéntale de cuando te caíste».

Es entonces entre ambas escenas donde hay que buscar el elemento que determina el que la primera escena quede resignificada por la segunda, y aquel está, siempre, del lado de lo sexual: en este caso, de la miniserie formada por el pequeño viaje realizado por los padres —a solas— y la posterior inclusión de la niña en la escena primaria a través del co-lecho en las vacaciones compartidas. Inclusión que resignifica la exclusión: «Ah, esto era lo que hacían cuando me dejaron a solas...», podría ser la teoría-fantasia de Paula cuando se ve sometida, brutalmente, a una escena primaria que, nuevamente, produce un reengarce con los episodios vividos antes del primer año y medio —fecha de separación de las habitaciones.

Antes y después de estas vacaciones, se organiza el «se cayó»: antes, se cae la madre al entrar a la casa; después, Paula se cae de la cama. Sin embargo, ya algo se ha constituido: «¿Se cayó el avión, mamá?», pregunta cuando están aterrizando, en el viaje de retorno.

La temporalidad que buscamos no es la del tiempo cronológico —aun cuando este sea necesario para ubicar en ese

¹⁰ En *AE*, vol. III, 1981, pág. 193.

continuo que es la vida los movimientos de ruptura y recomposición que dan origen a nuevas modalidades de la vida psíquica.

Hemos reconstruido una serie, pero esta serie no recae simplemente sobre la historia acontecida. Dentro del continuo de acontecimientos, relevamos aquellos que nos parecen dar origen a una génesis. Se trata de un ordenamiento de los elementos pasibles de ser fantasmaticados. En tal sentido, *la génesis que buscamos es una génesis por après-coup*. No estaba delimitada ni trazada previamente en ningún lado; no existía como tal predeterminada por un inflexible punto de partida que hubiera lanzado la vida de esta niña en una u otra dirección.

Entre determinantes edípicos —aquellos que señalamos de inicio como posición otorgada originariamente por el deseo materno en su doble vertiente: referenciado al hombre como sujeto donador (sea de hijos, sea de pene), y al hijo como significante fálico— y las vicisitudes de una serie histórico-traumática que va marcando en sus movimientos puntos de ruptura y nuevas saturaciones fantasmáticas de sentido, se ordena un posible punto de lanzamiento para la comprensión del material expuesto.

En razón de ello, esta reconstrucción no se dejó librada al discurso espontáneo de la madre; mis intervenciones tendían a introducirse en la inauguración de nuevas direcciones que pudieran afirmar o descartar hipótesis posibles.

Entre la historia acontecida y la historia-relato —descartando lo que se ha llamado durante años «anamnesis», vale decir, la historia de la enfermedad—, hemos ido abriendo, a lo largo de nuestro trabajo, las secuencias que ligan elementos que se desgajan de ellas. Estos movimientos de fuga se producen en razón de que lo traumático es aquello que escapa a la simbolización preconciente y, por consecuencia, a la temporalización, a la historización. Este hiato sólo puede rellenarse mediante fantasmaticaciones, teorías encapsuladas cuyo estatuto descrito por Freud, de «producto mixto», no logra instituirse en el pensamiento conciente y queda siempre librada, en su reengarzamiento, a la formación de síntomas.¹¹

¹¹ En su conferencia «La interpretación, entre determinismo y hermenéutica», Jean Laplace ofrece un importante ordenamiento de la cues-

Sabemos del intento obstinado de Freud por descubrir, respecto del psiquismo, un conjunto de leyes que lo hicieran partícipe de la ciencia de su tiempo, ciencia determinista en la cual la categoría de causalidad ocupa un lugar central. La «pluricausalidad» freudiana fue un concepto al cual nos aferramos tenazmente, hace ya algunos años, quienes no queríamos abandonar la búsqueda de una racionalidad en la comprensión de las neurosis.

Hoy, una parte del pensamiento en torno parecería inclinarse por buscar del lado del azar, de la indeterminación, nuevos paradigmas para explorar los procesos que hacen al accionar humano. Ello induce a muchos jóvenes analistas noveles a inclinarse por el abandono de la búsqueda de toda causación de la neurosis —«analizar es la cuestión». El psicoanálisis nunca ha negado la posibilidad de autoorganización espontánea de los fenómenos, nunca ha propiciado un determinismo a ultranza; el síntoma mismo es concebido como el efecto del intento de reequilibramiento espontáneo de la economía libidinal. Una teoría simple, pendular, de la cura concebida como regresión al punto de partida —sea mediante la búsqueda del primer traumatismo, sea mediante la recapitulación trasferencial de las etapas de constitución psíquica—, cuando se ha propugnado, ha mostrado una y otra vez su fracaso.

Lo mismo ha ocurrido con las búsquedas de explicaciones monocausales.

Intentos de aferrarse rígidamente a un determinismo en el cual restos de la modernidad se filtran como desechos de manera anquilosada. Bajo esta dirección se ha pretendido concebir el movimiento de partida del psiquismo infantil en el sentido en que la física determinista toma las condiciones iniciales de un fenómeno. La «causa última», o «causa primera», retorna como anhelo permanente de los analistas cuando buscan lo causal en los orígenes: desde Rank, con el trauma del nacimiento —reactualizado periódicamente a través de modalidades de parto novedosas (casi a oscuras,

tión, que culmina en un planteo novedoso a partir de ir deslindando los diversos movimientos por los cuales el psicoanálisis ha quedado atrapado ora en lo factual, ora en el relativismo reconstructivo. En *La révolution copernicienne inachevée*, op. cit.

se propiciaba hace algunos años)—, o aquellos que, como adoradores del gran seno universal, determinan todo el futuro de la cría por la presencia o ausencia de lactancia «natural» —como si el pecho ofrecido a un bebé por su madre fuera un producto natural!—, se ha tendido a una simplificación que calma más los ánimos del investigador que lo que abre realmente de comprensión ante la complejidad de los fenómenos que encontramos.¹²

Las cadenas traumáticas que estamos en vías de desplegar, así como los determinantes edípicos en cuestión, dan cuenta de nuestra posición «en movimiento» respecto a la pluricausalidad. Veremos cómo esta pluricausalidad no propicia una sobredeterminación por sumatoria, sino un reensamblaje en el cual lo contingente deviene necesario a partir del abanico de posibilidades que la estructura de origen propicia.

De la neurosis traumática a una teoría traumática de las neurosis

Durante años, a partir de la dominancia de una propuesta endógeno-genética en el interior del psicoanálisis —del lado del kleinismo—, o de una radical ahistoricidad estructuralista —efecto del lacanismo—, el traumatismo fue prácticamente barrido del campo analítico.

Reducido a una concepción banal de «trauma» (suerte de lesión psíquica que viene a perturbar el desarrollo normal, comodín de la psicología), despojado de su carácter sexual constitutivo, el traumatismo se mantuvo en los confines del campo psicoanalítico, reducto de las corrientes que pretendían subsumir el descubrimiento freudiano —cuyo centro se asienta en los paradigmas de la sexualidad infantil, la represión y el conflicto psíquico— en una propuesta que diluía el campo específico en aquel de los conflictos entre el sujeto

¹² Más sofisticado, pero no por ello más fructífero, ha sido el intento casi minucioso aparecido en la década de 1960, y hoy en retroceso, de medir, con centésimas y hasta en logaritmos, el «grado» de aceptación de la madre de su propia castración o aun su falicismo como única determinación de la constitución psíquica de la cría.

y su medio; propuesta que fácilmente desembocó en una teoría de la adaptación (cuya discusión y respuesta encontró curso de modo privilegiado en Lacan, pero también en una reificación de la desadaptación con la cual la antipsiquiatría nos deslumbró por algunos años).

No hay más que echar una ojeada a algunos textos de Anna Freud, para ver desplegarse allí toda la concepción de «trauma» que impregnó a la psicología y que incluso reinó sobre el psicoanálisis de la década de 1960. Sólo para muestra: «Los traumas externos se convierten en traumas internos cuando afectan, coinciden o simbolizan la concreción de ansiedades profundamente arraigadas o de deseos fantaseados. En el primer caso el hecho traumático es vivenciado como *aniquilación* (en circunstancias de peligro extremo para la vida), como *abandono* por parte del objeto o como *castración* (operaciones, peligro de ceguera) [es de remarcar esta idea de que los grandes movimientos fantasmáticos que hacen a las representaciones que circulan por los fantasmas deseantes del Edipo sean concebidos como «ansiedades profundas» y diferenciados de los «deseos fantaseados»]. En el segundo caso, los deseos satisfechos (es decir, satisfechos exageradamente) por el trauma [por ende se podría considerar que hay deseos «correctamente» satisfechos, lo cual da cuenta claramente de que no es el deseo inconciente aquello a lo cual se refiere] pueden ser agresivos (por ejemplo *deseos de muerte* respecto de padres o hermanos) o sexuales (*seducciones*) [para Anna Freud los deseos de muerte de padres y hermanos no son sexuales; vale decir que lo sexual queda estrictamente ligado a lo genital], estos últimos, a su vez, pueden ser sintónicos o distónicos con el yo, y adecuados o inadecuados a la etapa madurativa [!!!]. Cuando el hecho traumático satisface deseos inadecuados a la etapa madurativa [no sería el caso de Dora, por ejemplo, que es una jovencita «en edad de merecer»], el resultado es una interrupción de la secuencia normal del desarrollo».¹³

Es interesante tener en cuenta, por otra parte, la discrepancia que Anna Freud manifiesta respecto a Masserman

¹³ «El trauma psíquico», en *Neurosis y sintomatología en la infancia*, Buenos Aires: Paidós, 1977, pág. 16. (Los comentarios entre corchetes y los subrayados son nuestros.)

sobre las experiencias que este realizara con gatos y monos traumatizados en laboratorio. El investigador comunica que los animales se volvían «neuróticos» al ser expuestos a la alternativa de evitar un estímulo doloroso o lograr uno deseado. Anna Freud responde: «En mi opinión, el motivo de la neurosis era otro. Al quedar expuesto al estímulo doloroso, la única posibilidad de respuesta del mono era defenderse huyendo; como las condiciones de laboratorio le impedían la huida, el animal terminaba traumatizado a causa de la confusión y el pánico».¹⁴ Para Masserman, supuestamente conductista, la cuestión se planteaba en razón del conflicto producido por la yuxtaposición de dos deseos contrapuestos: lograr el objeto de deseo o huir del dolor, para Anna Freud, supuestamente psicoanalista, se trataba, simplemente, de que la huida estaba obstaculizada, a saber: por la coartación de la conducta evitativa ante el dolor en términos de preservación autoconservativa.

Por esta misma época, mediados de la década de 1960, es cuando Jean Laplanche retoma la teoría del traumatismo para reubicarla por relación a los trabajos freudianos originarios y desarrollar luego sus propias aportaciones. Siguiendo los textos producidos entre 1895 y 1897, la acción del traumatismo queda descompuesta en varios tiempos y supone la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos. Con *Vida y muerte en psicoanálisis*¹⁵ y «Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía»,¹⁶ una nueva lectura del traumatismo se hace posible: la vinculación entre defensa y traumatismo se pone de relieve en toda su magnitud. Recuperación de una serie destinada al *après-coup*, en la cual la sexualidad ocupa un lugar princeps.

La teoría de la seducción pone de relieve que todo el traumatismo viene al mismo tiempo del exterior y del interior. «Del exterior porque es desde el otro de donde llega la sexualidad al sujeto, del interior porque brota de ese externo interiorizado, de esa "reminiscencia" de la que, según

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 15.

¹⁵ Jean Laplanche, *Vie et mort en psychanalyse*, París: Librairie Ernest Flammarion, 1970. [*Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1972.]

¹⁶ En colaboración con J.-B. Pontalis. Edición castellana en *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.

una hermosa fórmula, sufren los históricos, en la cual reconocemos ya la fantasía».¹⁷

Estamos ante una concepción del traumatismo en la cual todo es exógeno y endógeno a la vez, en la cual lo exógeno se inscribe, deviene endógeno y se reactualiza a partir de un nuevo elemento que viene a producir un reensamblaje; rearticulación que plantea un modo de temporalización que fractura todo intento de causalidad lineal.

Modelo que Freud, aun cuando haya abdicado de la primitiva teoría de la seducción, mantiene en sus componentes esenciales en desarrollos posteriores y ocupa un lugar central en los historiales clínicos.

Concebido como una experiencia vivida capaz de aportar un cúmulo de excitación inelaborable por medios habituales, el traumatismo se juega entre el exterior y el interior del psiquismo: «Lo que define al traumatismo psíquico no es una cualidad general del psiquismo sino el hecho de que provenga desde el interior. Se ha formado una especie de *externo-interno*, "una espina en la carne" o, por así decirlo, una verdadera espina en la corteza del yo».¹⁸ Su eficacia no queda subordinada a la magnitud del estímulo exterior, sino a las complejas relaciones que se establecen entre estas cantidades externas que invaden el psiquismo y lo que internamente es disparado: activamiento excitante de sistemas de representaciones inscritas —tiempos previos del traumatismo a constituirse en el momento de este *après-coup*.

A partir de los diversos caminos que toma la teoría del traumatismo, dos orientaciones complementarias y divergentes van a aparecer en la clínica psicoanalítica. Por una parte, aquella que lleva a la *teoría de la neurosis traumática*, en el sentido clínico del término: la neurosis de accidente, o de los cataclismos, en la cual la impreparación del yo operaría produciendo una sideración de las defensas. Por otra parte, a la posibilidad de repensar la causación general de las neurosis, como efecto del encadenamiento traumático, en tanto *teoría traumática de las neurosis*.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 113. El subrayado es nuestro.

¹⁸ J. Laplanche, *Vida y muerte en psicoanálisis*, *op. cit.*, pág. 62.

Freud mismo vuelve a ello en 1938, cuando bajo diversos ángulos, y de modos distintos, replantea la cuestión dejada en suspenso bajo el predominio de la teoría de la fantasía concebida como de origen «endógeno».

Por un lado, en el apartado G, segunda parte de *Moisés y la religión monoteísta*, introduce el concepto de «verdad histórico-vivencial», vale decir, aquella verdad que constituye el núcleo del delirio, y que es efecto de las tempranísimas inscripciones sufridas por el ser humano en los comienzos de su constitución psíquica.

Por otro, en el capítulo III del mismo texto, realiza un nuevo pasaje alrededor del concepto de trauma señalando: «Llamamos *traumas* a esas impresiones de temprana vivencia, olvidadas luego, a las cuales atribuimos tan grande significatividad para la etiología de las neurosis. *Quede sin decidir si es lícito considerar traumática la etiología de las neurosis en general*».¹⁹

Teoría traumática de toda neurosis, o teoría de la causación traumática de las neurosis, que va a proponer que toda neurosis es el reensamblaje, por *après-coup*, de elementos *desgajados* de lo acontecido que ingresan de modo descompuesto, desarticulado, invistiendo y resignificando representaciones. En este caso, la teoría de la neurosis no se sustentaría en una *regresión* a un punto de fijación temporalmente establecido, sino que sería, precisamente, la quiebra de toda temporalidad lineal y se sustentaría en la *progresión* de aquellas representaciones que, al haber quedado en espera, en latencia, son sobreinvertidas por los tiempos posteriores que dan forma final —aun cuando no definitiva— al traumatismo.

La cuestión siempre presente, teórica y de consecuencias clínicas, consiste en preguntarse si los cuadros que aparecen *a posteriori* del traumatismo, del orden que sean, se hubieran desencadenado de todas maneras sin la precipitación del acontecimiento —y, en el caso de los niños, siguiendo la evolución normal de la infancia—, o si, por el contrario, lo que se ha dado en llamar «situación desencadenante» de la serie complementaria —tal como lo hemos formulado unas páginas más arriba—, es parte pregnante, con igual

¹⁹ En *AE*, vol. XXIII, 1980, pág. 70. El segundo subrayado es nuestro.

nivel de realidad que lo previamente inscrito, y recompone las líneas constituyentes al modo de una *fijación del traumatismo*, es decir, de una fijación por encadenamientos representacionales sobreinvertidos que fracturan las defensas habituales.

La elección de neurosis: relaciones entre los encadenamientos traumáticos y la estructura edípica de partida

Hemos señalado que Freud rehúsa, a lo largo de su trabajo, inclinarse por una explicación monocausal de las neurosis. Conocemos sus oscilaciones en cuanto a poner el eje exclusivamente en factores exógenos o endógenos tanto cuando teoriza como cuando analiza el material clínico en sus historiales. Desde los textos primeros sobre la histeria no sólo el traumatismo no es equivalenciado al acontecimiento, sino que debe entrar en confluencia con factores previos a su desencadenamiento. Sigamos un momento su texto de «La etiología de la histeria» para ver surgir una combinatoria que se mantendrá, de uno u otro modo, a lo largo de su pensamiento.

En primer lugar el factor «herencia parental», que no implica una derivación *de histeria a histeria*, sino el intento de demostrar que, en la generación anterior, hay ya antecedentes patológicos: «hemos introducido en la etiología de la histeria un factor que el enfermo mismo nunca aduce y sólo admite de mala gana, a saber, la disposición hereditaria que ha recibido de sus progenitores...».²⁰ Este factor, ocultado celosamente por el paciente, es algo del orden de la sexualidad de los padres: en ciertos casos se trata del lúes paterno, en otros, simplemente, del carácter perverso del adulto seductor que provoca en el niño excitaciones sexuales precoces, las cuales pueden llevarlo a transferir estos actos a otro niño: «El fundamento para la neurosis sería establecido en la infancia simple por adultos, y los niños mismos se transferirían entre sí la *predisposición* [predisposición contraída

²⁰ En *AE*, vol. III, 1981, pág. 191.

a través de actos infantiles de seducción] a contraer luego una histeria». ²¹

Extraña herencia, vergonzante para el sujeto, que da cuenta de actos que lo involucran y que no cobra el carácter de lo hereditario orgánico: se puede heredar la miopía del padre, y la hipertensión de la madre, sin que ello conduzca a un ocultamiento pudoroso... Más aún, se pueden heredar la tendencia a los desmayos de la madre y los rasgos obsesivos del padre, y ello será exhibido con cierto desafío como marca identificatoria.

Lo que da un carácter diverso a esta herencia es su carácter *factual*, el hecho de que la acción seductora del adulto ha sido capturada traumáticamente por el niño: como aflujo de excitación indomeñable, como enigma a resignificar, vale decir, a fantasmaticar.

Segundo factor, *constitucional*: «unas vivencias sexuales infantiles son la condición básica, la *predisposición*, por así decir, para la histeria [...] ellas producen los síntomas histéricos, pero no de una manera inmediata, sino que al principio permanecen ineficientes y sólo cobran eficiencia patógena luego, cuando pasada la pubertad son despertadas como unos recuerdos inconcientes». ²²

Tercer factor, el traumatismo desencadenante: «los síntomas de la histeria derivan su determinismo de ciertas vivencias de eficacia traumática que el enfermo ha tenido, como símbolos mnémicos de las cuales ellos son reproducidos en su vida psíquica». ²³

Entre el segundo y el tercer factor se juega la *sobredeterminación*; la fuerza determinadora de las escenas infantiles se esconde, y ello lleva a que uno crea haber encontrado la explicación de un síntoma en el contenido de alguna de las escenas posteriores, chocando luego, en la trayectoria de trabajo, con el mismo contenido en una de las escenas infantiles.

La conclusión de Freud asume fuerza de tesis: «los síntomas histéricos son sobredeterminados». ²⁴ Ellos no remiten linealmente a una o dos escenas, sino a una verdadera red:

²¹ *Ibid.*, pág. 207. Entre corchetes, nuestras observaciones.

²² *Ibid.*, pág. 210.

²³ *Ibid.*, pág. 193.

²⁴ *Ibid.*, pág. 214.

«La cadena asociativa siempre consta de más de dos eslabones; las escenas traumáticas no forman unos nexos simples, como las cuentas de un collar, sino unos nexos ramificados, al modo de un árbol genealógico, pues a raíz de cada vivencia entran en vigor dos o más vivencias tempranas, como recuerdos; en resumen, comunicar la resolución de un solo síntoma en verdad coincide con la tarea de exponer un historial clínico completo». ²⁵

Una revisión del concepto de serie complementaria

Con el predominio del endogenismo, del «autocentrismo» —como ha definido Laplanche esta tendencia de la obra que aborta la revolución copernicana de origen—, en el cual la materialidad del fantasma, y por ende del inconciente pierde su referencia a escenas constituyentes que remiten al otro, la *ecuación etiológica* expuesta para la determinación de neurosis en la histeria deviene, en el pensamiento freudiano, *serie complementaria*.

El arsenal teórico ha ya cuajado: el concepto de inconciente, de represión, de fijación libidinal, la teoría de las pulsiones, del yo, encuentran una forma más acabada —no por ello más perfecta—. «¿Dónde halla la libido las fijaciones que le hacen falta para quebrantar las represiones? —se pregunta sin embargo Freud en *Conferencias de introducción al psicoanálisis* de 1917—. En las prácticas y vivencias de la sexualidad infantil, en los afanes parciales abandonados y en los objetos resignados de la niñez. Hacia ellos, por tanto, revierte la libido». ²⁶

«La experiencia analítica nos obliga sin más a suponer que unas vivencias puramente contingentes de la infancia son capaces de dejar como secuela fijaciones de la libido. [...] Las disposiciones constitucionales son, con seguridad, la secuela que dejaron las vivencias de nuestros antepasados; también ellas se adquirieron una vez: sin tal adquisición no habría herencia alguna [...] Suele restarse toda importancia

²⁵ *Ibid.*, pág. 196.

²⁶ En *AE*, vol. XVI, 1978, pág. 329.

a las vivencias infantiles por comparación a las de los antepasados y a las de la vida adulta; esto no es lícito; al contrario, es preciso valorarlas particularmente. El hecho de que sobrevengan en períodos en que el desarrollo no se ha completado confiere a sus consecuencias una gravedad tanto mayor y las habilita para tener efectos traumáticos».²⁷

Completemos la ecuación entonces: «La fijación libidinal del adulto [...] se nos descompone ahora, por tanto, en otros dos factores: la disposición heredada [herencia filogenética sobre la cual volveremos más adelante] y la predisposición adquirida en la primera infancia [tempranas experiencias sexuales]».²⁸

Causación de la neurosis es efecto entonces de: *Predisposición por fijación libidinal —constitución sexual, vale decir, vivenciar prehistórico más vivenciar infantil— + Vivenciar accidental (traumático)*.²⁹

Volvamos ahora a nuestra preocupación inicial: la de determinar, en el caso que estamos analizando, la ecuación etiológica y ubicar las relaciones entre estructura e historia.

Esta definición: relaciones entre estructura e historia, propone una mutación por relación a la definición de serie complementaria clásica y nos lleva a preguntarnos cuán cerca o cuán lejos estamos de la propuesta freudiana inicial.

Nos vemos llevados, entonces, a dar un nuevo giro al concepto de *predisposición*, siguiendo para ello algunas premisas ya planteadas a lo largo de nuestro trabajo.

En primer lugar, si se sigue el planteo freudiano, la predisposición abarca lo singular, histórico, del vivenciar infantil, más lo prehistórico, vale decir, aquello que se hereda —aquello con lo cual «se viene al mundo»—. Si nos hemos definido por un inconciente determinado por inscripciones, no existente desde los orígenes, ¿dónde emplazar la herencia, si no en las condiciones de partida, en aquellas que, desde el fantasma y los deseos de los padres, dan origen a los traumatismos a los cuales es sometido el cachorro desde los comienzos de la vida? Traumatismos fundantes del inconciente, el cual no se genera endógenamente sino como efecto exógeno de las impulsiones precoces a las cuales la

²⁷ *Ibid.*, pág. 329.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, pág. 330.

cría es sometida por su indefensión y dependencia del adulto a cuyo cuidado se encuentra.

Hemos seguido, a través del discurso de la madre de Paula, los determinantes edípicos de partida: su posicionamiento no sólo en su propia estructura singular —su lugar de única hija mujer de un grupo de siete hermanos, sus rivalidades con una madre ante la cual nunca se sintió aceptada, el carácter de hija favorita del padre (obstaculizando, tal vez, la circulación de la niña hacia el Edipo positivo por temor a quedar, ella misma, emplazada en el lugar de la madre rival y desplazada en la fantasía) —aunado a una relación con la femineidad en la cual la falla constitutiva no había podido cuajar de inicio en un desplazamiento del pene al hijo —tal vez porque lo prolífico de la madre quedaba disociado, en su fantasía, de su apropiación del padre: «yo tenía un marido joven y quería disfrutarlo»—. Paula venía a ser «la gran obra» con la cual esta mujer culminara su posicionamiento ante un marido que recibía los restos hiper-críticos de su propia madre, con la cual las rivalidades edípicas habían obstaculizado la alianza y el pasaje generacional.

No era un abrochamiento «de los cuerpos» lo que estaba en juego, aun cuando este se hubiera producido al modo de una simbiosis de crianza durante el primer año y medio de vida. Si había un anudamiento narcisista entre la madre y Paula, este estaba atravesado por el narcisismo secundario, por la castración, tendiente más que a un completamiento, a un *resarcimiento*, requerido a la niña, a partir de ideales del yo que propiciaban una circulación descapturante.

Desde el punto de vista de la evolución de la niña, la precocidad de sus adquisiciones así como la importante evolución intelectual lograda daban cuenta de una constitución psíquica cuyos avatares podíamos seguir, pero que no planteaba ya los riesgos de emergencia de patologías severas de la primera infancia.

El padre no pudiendo asumir nunca definitivamente su función en razón de una rivalidad que lo lleva a intentar usurpar constantemente el lugar materno, y, al mismo tiempo, de la imposibilidad de transitar el desplazamiento edípico que posibilita al hombre pasar del reconocimiento hacia su propia madre a aquel que emplaza a la mujer amada en el lugar de madre de sus hijos.

Paula ubicada entonces en el lugar del objeto maravilloso que vendrá a colmar todas las fallas de una mujer, a la cual esta hija es cedida a cambio de la apropiación que el padre realiza de los otros hijos.

Esta estructura de partida tiene ya una historia, que no se reduce a la historia edípica originaria de los padres. Se ha complejizado a partir de los modos con los cuales esta historia edípica se engarza con los movimientos propiciados por la historia de las alianzas conyugales y filiales posteriores.

En esto se engarzan las vicisitudes histórico-traumáticas, vivenciales, de la niña, cuya serie hemos expuesto. Es aquí donde lo azaroso, contingente, deviene necesario.

Ambos elementos: estructura edípica de partida y encadenamientos representacionales previos, constituyen los factores de «predisposición». *A diferencia de la sumatoria propuesta por Freud, en la cual lo azaroso del acontecimiento se engarza con vivencias infantiles y con la disposición genética, diremos que lo azaroso de la historia singular entra ya cualificado desde el otro, implantado en el psiquismo infantil. En este sentido, y para precisar: en la primera infancia, el acontecimiento no deviene traumatismo por simple encadenamiento, sino por su ingreso significativo en la estructura deseante que precede su cualificación.*

De las entrevistas posteriores con Paula

Era ya tiempo de ver a la niña a solas. Concertamos dos entrevistas a las cuales vendría acompañada por su madre, que esperaría en una salita, a pocos metros de distancia del consultorio.

Paula entró en brazos de la mamá, las manitas aferradas a su cuello; las piernitas, a la cintura. Me miraba con cara de enojo y desconfianza, cierta rigidez daba cuenta de su intención de no desprenderse del cuerpo al que estaba adherida.

La tomé, con firmeza, de brazos de la madre, no sin resistencia de su parte. Pensé que era menos adecuado ofrecer una interpretación para obtener una conducta —manipulación verbal que consideraba más grave que la acción, en razón de que ello produciría una subversión, de inicio, de la

función de la interpretación analítica como otorgadora de sentido y despojada de toda intencionalidad— y me introduje con ella en el consultorio.

Comenzó a chillar entonces, parada ante la canasta con algunos juguetes que había preparado. Gritaba: «ya me quiero ir... ya me quiero ir». Un llanto hondo y profundo se sucedió a los gritos. Me acuclillé ante ella, y le interpreté que cuando se separaba de mamá, sentía mucha rabia porque mamá, sola, podía divertirse con papá. Respondía entre llantos e hipos «sí, sí, sí!», y, paulatinamente, se fue calmando. Le dije entonces que no podía jugar, ni conmigo, ni con los juguetes, porque jugar era pasarla bien, divertirse, y entonces mamá se iba a vengar dejándola solita. Hice un *racconto* de la situación vivida cuando mamá y papá se fueron de viaje, de su impotencia y su rabia ante esa sensación de abandono. Gritó entonces con angustia: «¡y chocó... y chocó... y se cayó de la cama, cayó... cayó... cayó!...», «el piso estaba sucio, todo sucio... y cayó... y chocó con el piso sucio...».

Cayó al piso —la madre—, acontecimiento real vivido (histórico-vivencial, siguiendo a Freud); cayó de la cama, fantasía de expulsión invertida, en la escena primaria —posiblemente presenciada, durante las vacaciones en las cuales compartió el lecho con los padres—. Suciedad anal —en una niña que ha tenido un precoz control de esfínteres, perfeccionista y obstinada—, impregnando la escena primaria. Choque de los autos y choque de los cuerpos, anudando en fantasmas mortíferos la reiteración de excitaciones traumáticas no metabolizables.

Hice entonces una intervención que podemos ubicar más del lado de la construcción que del de la interpretación: cuando durmió en la cama con mamá y papá y vio que ellos se divertían juntos, que chocaban sus cuerpos, sintió ganas de tirar a mamá de esa cama sucia. Luego la mamá se cayó y chocó, y temió haberla matado (este último agregado surge de los pocos elementos psicoanalíticos que tenemos acerca de la tartamudez y el carácter explosivo, anal, que cobran las palabras teñidas de hostilidad).³⁰

³⁰ Las relaciones entre el sadismo anal —con el pensamiento mágico que le es concomitante— y la tartamudez han sido la única línea que el psicoanálisis ha ofrecido para la comprensión de estos síntomas. Un niño

«Sí, sí —llora—, el piso sucio... la cama sucia —grita con desesperación—, y se cayó... y se cayó...». Luego, se trepa a mi falda —yo estoy sentada en la pequeña silla mecedora que tengo en el consultorio—, y se duerme profundamente hasta el final de la entrevista.

Recibí, esa noche misma y antes de la entrevista fijada para el día siguiente, el llamado de la mamá para contarme que, al salir del consultorio, Paula se había negado a contarle qué había hecho conmigo —precoz comprensión del espacio analítico, la que tienen los niños...— y que, hecho llamativo, se había enojado a la noche cuando llegó la hora de ir a dormir y había intentado morderla.

En la segunda entrevista todo se desarrolló de inicio con menos dificultad. Entró y, luego de unos minutos, dijo: «Ya me quiero ir». Comenzó a lloriquear sin demasiada convicción y, a los pocos minutos, agregó: «Tengo hambre», mientras miraba hacia la canasta con cierta desconfianza. Interpreté que está enojada conmigo porque siente que la separo de mamá, y que quería comerse a mamá para no tener que separarse nunca. Paula me mira atentamente, como expectante. Agregó: «Tal vez por eso tienes miedo de meter la mano en la canasta, porque es como una boca grandota que se la va a comer». Entonces ella responde nitidamente: «Métela tú». Yo meto entonces la mano y saco unos juguetes.

Toma dos coches, y, durante un rato, los hace rodar alternativamente hacia mí; yo se los voy devolviendo, generando entre ambas un espacio transicional de aproximación y alejamiento que permite el encuentro. Pone el coche grande, lo coloca boca abajo, y luego lo balancea; agrega otro cochecito y lo choca. Interpreto que el coche grande se balancea como mamá y papá en la cama, cuando la cama se movía. «¡Sí, sí!», responde, «¡y entró una culebra a mi cama, entró una culebra!». El tono se torna alto y monacorde, pero sin llanto. «La culebra vino de noche... se mete en la cama...» —hay un

al cual tuve ocasión de tomar en tratamiento a causa de una tartamudez, intentaba golpearme con sus puños en el trascurso de una sesión. Sosteniendo sus manos, le dije: «con palabras tu bronca, con palabras, no con golpes». Y él, en medio de la agitación, me respondió: «las palabras son golpes».

pasaje del pasado al presente, lo histórico deviene actual, el tiempo se anula, en una coexistencia ejercida bajo la compulsión de repetición, en proceso primario. Interpreto: la culebra es el pito de papá, pito malo que se mete en la cama con mamá. «¡Sí, culebra fea!», grita con enojo. Luego, se recuesta en el piso y comienza a acariciar la alfombra. Va pasando los deditos por todos los dibujos con mucha delicadeza, como ensimismada; se la ve tranquila y reflexiva.

Recibo nuevamente a la noche un llamado de la madre. Paula ha comenzado a hablar más fluidamente, e incluso con algunas personas con las cuales no tiene trato cotidiano. Esa misma tarde, después de la sesión, realizaron una visita a familiares residentes en la ciudad y la niña pasó largo rato jugando con sus primos, a los cuales no veía hacía ya algún tiempo. Aprovecho a realizar algunas preguntas: cuando Paula era chica, el hermano mayor se caía a veces de la cama —nueva representación que se anuda: caer, ser expulsado del amor del otro—. Le pregunto si ha habido algún episodio relacionado con una culebra —diciéndole que la niña había hablado de algo así en su entrevista—; responde que hace poco tiempo el hijo mayor encontró una culebra en el garage y Paula comenzó a gritar, diciendo: «¡Mata la culebra! ¡Mata la culebra!»; luego de esto, varios días tuvo pesadillas en las cuales se despertaba, iba a la habitación de los padres, y decía que había una culebra mala.

De los destinos de este «análisis»

Tres entrevistas más fueron realizadas con la niña, en las cuales seguimos, ya más tranquilamente, hablando y jugando. Fue en la penúltima de ellas cuando Paula se había constituido, realmente, en mi paciente: «¿Te cuento de mi muñeca?», me dijo, luego de explorar cuidadosamente aquellas que yo había puesto en la canasta de juegos con la cual la recibí.

El espacio analítico había perdido su carácter amenazante; parte de los beneficios obtenidos por la liberación de la angustia y la posibilidad de ligar las representaciones que conducían al desenlace sintomal habían generado una situación más benigna.

Se me demandará, y con derecho, que el tipo de intervención realizada tuvo un carácter un tanto brusco y, posiblemente, mis interpretaciones padecieron de la falta de tiempo suficiente para corroborar las hipótesis formuladas. Cierto «aire» kleiniano empapa el estilo; yo también «le enchufe el simbolismo con la máxima brutalidad» a la pequeña Paula. En mi descargo, dos reflexiones: por un lado, no fue la teoría, general, desencarnada y más allá del paciente en cuestión, lo que guió el tipo de mis intervenciones. Pienso que surge claramente del material expuesto que se anudaban en ellas los elementos representacionales encadenados a través de la historia de las vicisitudes libidinales de Paula, con una ubicación de su estructuración actual respecto de su posicionamiento edípico. Por otra parte, ¿qué hice si no fue aplicar esa regla que he formulado ya en otro capítulo: «A mayor nivel de patología, a menor nivel de estructuración, mayor peso de la teoría en nuestras intervenciones»?

Pienso, sin embargo, que lo fundamental era el ofrecimiento de la interpretación en términos de «hipótesis». En ningún momento me adherí a mis certezas, en ningún momento la posibilidad de ser rebatida por Paula hubiera sido entendida por mi parte como el ejercicio de una «resistencia».

Si la teoría está allí para marcar sus propios límites, si la interpretación era ofrecida al modo de una hipótesis y no de un apoderamiento de la subjetividad del otro, las asociaciones posteriores de Paula podrían guiarme acerca de lo acertado o desacertado de mis intervenciones.

Tuve dos entrevistas más con la madre en las cuales hablamos largamente de la crianza de la niña, de sus propios deseos insatisfechos, de su anhelo de poder encontrar una vía mejor para sus relaciones afectivas.

Era imposible mantener a esta mujer y a su hijita separadas por más tiempo de la familia, radicadas en una ciudad extraña. Convínimos en mantenernos en comunicación y sostener un diálogo telefónico para ir pensando juntas respecto a los problemas que se le fueran planteando en la evolución de su hijita, mientras buscaba a alguien —dentro de las precarias condiciones analíticas de su ciudad de origen— con quien comenzar algún tipo de tratamiento.

Conocí al padre de Paula en ocasión de un viaje mío a su tierra, cuando me solicitó una entrevista y este hombre, posesivo y supuestamente autoritario, se explayó largamente alrededor de sus propias dificultades y de las restricciones afectivas a las cuales estas lo sometían. Le pregunté entonces si pensaba que una entrevista conjunta con su esposa podía permitir aclarar algunos de los malentendidos que se habían ido generando a lo largo de casi quince años de matrimonio. En ella pudimos, por primera vez, hacer circular discursos entorpecidos y frases silenciadas a lo largo del tiempo. Esta pareja, poco habituada al diálogo, tenía al menos la virtud de que las palabras encontraban su peso exacto en el momento en que un espacio se ofrecía para permitir su ejercicio.

Por un lapso de cerca de tres años, recibí periódicamente llamados de ambos padres para relatarme acerca de la evolución de la niña y realizarme alguna consulta y, en varias ocasiones, recibí la visita de la madre con el mismo motivo. Si bien su crecimiento estaba marcado por los elementos que hemos descrito, no se produjeron graves emergencias sintomales que obligaran a una consulta. Por mi parte, me abstuve de verla, en razón de no generar en ella una modalidad «ortopedizante» del análisis, una especie de muleta a la cual recurrir periódicamente cuando las vicisitudes del crecimiento la sometieran a algún orden de dificultad. Dada la distancia y la imposibilidad de instrumentar un análisis, preferí conservar esta modalidad de trabajo «por delegación», a la espera del momento en el cual Paula pueda encarar un tratamiento analítico —sea en su ciudad de origen, sea en alguna otra cercana.

7. El psicoanálisis «de frontera»: clínica psicoanalítica y neo-génesis

En nuestro proceso de definición de lo originario hemos ido abordando los primeros movimientos de inscripción y defensa de la pulsión. Ello abre consecuencias para una metapsicología de los trastornos precoces, así como nuevas vías, en nuestra opinión, de abordaje de procesos no neuróticos en pacientes adultos.

Conocemos las dificultades por las que atraviesa nuestra clínica: dificultades de orden teórico y dificultades de orden técnico. Las unas en correlación con las otras. Sabemos de los intentos aparecidos a lo largo de la historia del psicoanálisis por remplazar ciertas formulaciones de base freudianas, y por restringir los paradigmas de partida a un campo específico —el de las neurosis—, ofreciendo otros modelos del funcionamiento psíquico. Muchos de ellos han constituido aportaciones clínicas valiosas, y han incluido diferenciaciones nosográficas que se revelan útiles en nuestra práctica cotidiana. ¿Basta esto para sustituir el *corpus* freudiano sin haber realizado una indagación sobre el lugar metapsicológico que puede ser atribuido a los nuevos descubrimientos clínicos, a partir de los principios que dieron origen al psicoanálisis?

Nuestra tarea va en esta dirección: ayudar a construir una teoría de lo originario que «haga trabajar» tanto los conceptos freudianos como muchos de los desarrollos que vinieron, *a posteriori*, a contradecirlos o a «ampliarlos»,¹ explorando las contradicciones en unos y otros, rescatando la dosis de verdad que en el cercamiento del objeto han abierto

¹ Entrecorramos «ampliar» en razón de que la metodología de base con la cual esta operación se ha realizado ha dejado de lado, en la mayoría de los casos, las contradicciones inherentes al despliegue de los conceptos en la obra freudiana misma. Esta metodología es responsable, en gran parte, de la multiplicidad de escuelas y del diálogo imposible por el cual transitan los intercambios psicoanalíticos.

—extendiendo, por una parte, nuestra comprensión práctica; siendo responsables, por otra, de la crisis a la cual esta se ve sometida.

En ese camino vamos cercando, a medida que nuestro trabajo se despliega, los tiempos de fundación del inconciente. Hemos definido el momento de instalación de la tónica que abre la posibilidad del conflicto en tanto intra-subjetivo (vale decir, intersistémico) como correlativo al establecimiento de la represión originaria.

Otorgamos así a la represión originaria un estatuto fundante de lo inconciente, y nos dedicamos a explorar sobre qué tipo de representaciones cae esta represión originaria (este verdadero «rehusamiento» de una trascripción al pre-conciente).

Lo hicimos con vistas a encontrar un ordenador que permitiera jalonar tiempos de analizabilidad en la primera infancia ubicando al conflicto psíquico (intersistémico, intra-subjetivo) como eje de la analizabilidad.

Hemos formulado a lo largo de nuestro trabajo una serie de cuestiones cuya resolución intentamos a partir de la revisión teórica y de la indagación clínica: si el inconciente no es un existente desde los comienzos de la vida, si su materialidad de base no está determinada por órdenes biológicos —genéticos o filogenéticos—, ¿cuál es la proveniencia y el destino de estas primeras inscripciones, aquellas que se constituyen en los comienzos de la vida? ¿Formarán parte, todas ellas, de lo inconciente originario? ¿Será su estatuto sepultado definitivamente por la represión? ¿Bajo qué premisas es posible la instalación de la represión originaria y qué ocurre cuando el funcionamiento psíquico queda librado a su fracaso?

Basándonos en la observación clínica y en la reformulación metapsicológica de una serie de enunciados, hemos afirmado que, en el proceso de constitución del inconciente, la represión originaria se funda sobre elementos previamente inscritos, representacionales. Estas representaciones, sin embargo, han ido sufriendo transformaciones y ensamblajes, articulaciones y recomposiciones, efecto de modos de ligazón previos; su estatuto puede ser cercado y de él dependerá la intervención clínica pertinente.

La represión secundaria, por su parte, al expulsar al inconciente representaciones-palabra devenidas representa-

ción-cosa² —en razón de que su pasaje a este sistema las desarticula del código de la lengua y las hace circular en proceso primario— ofrece el material con el cual nuevos retoños de lo reprimido se organizan por apoderamiento. Estos retoños constituyen los significantes-des-significados sobre los cuales circula la libre asociación; a partir de ellos es posible articular una nueva significación.

Pero la represión secundaria puede arrojar también al inconciente bloques enteros, articulados, que al ser expulsados permanecen al modo de enclaves cristalizados. Se trata de fragmentos discursivos que se mantienen como tales en el inconciente, pero lo que los caracteriza es la imposibilidad de des-soldamiento, y en razón de ello se rehúsan a la apertura y ensamblaje en nuevos entramados discursivos —permanecen, entonces, como bloques representación-cosa, fijando al sujeto a ciertas constelaciones fantasmáticas.

Estos últimos constituyen la materialidad de los mandatos del superyó, tanto en su carácter de prohibición como de abrochamientos al ideal, y de los fantasmas originarios como articulaciones deseantes fijas.

Varias conclusiones pueden ser sacadas de lo desarrollado a lo largo de nuestro trabajo:

1. En el inconciente, tópicamente definido, coexisten formaciones de distinto tipo. Vale decir: el estatuto del inconciente no es homogéneo.

2. Podemos diferenciar este carácter no homogéneo, a grandes trazos, y con fines ordenadores, en dos órdenes del siguiente tipo:

a. Aquellas representaciones, efecto de la represión secundaria, que habiendo sido parte del preconciente, es decir, habiendo recibido investimiento en el interior del código de la lengua, son rearticulables mediante el lenguaje —la libre asociación—, y recuperan su carácter discursivo en el proceso analítico (ellas mismas pueden ser diferenciadas al

² Concebimos la *Sachvorstellung* como «representación-cosa»: realismo del inconciente que no define la pertenencia a uno u otro sistema por el hecho de que sus elementos provengan del lenguaje o de la percepción del mundo real —de las cosas— sino por su modo de circulación realista, ajeno al sujeto en sentido estricto, cuyo estatuto podría definirse como «semejante en su ajenidad a lo real, pero un real del cual la fuga está impedida», parafraseando a Freud.

menos en dos tipos, tal como venimos de afirmarlo en párrafos anteriores).

b. Aquellas representaciones nunca pasadas por el lenguaje, nunca sometidas a la doble articulación de la lengua, nunca capturadas en una significación (incluso en una «significancia», en el sentido preciso que Lacan otorgó a este concepto para desanudar al significante de cualquier abrochamiento a un significado preestablecido) y a las cuales la libre asociación puede cercar, pero nunca restituir, por sí misma, un sentido. Ellas son efecto de la represión originaria, y su posicionamiento tópico —en los fondos del inconciente, retrascriptas posteriormente a través de nuevas inscripciones— define la posibilidad de clivaje del aparato en sistemas reglados por modos de circulación y tipos de contenidos.

En la medida en que estas representaciones son efecto de procesos de desarticulación y rearticulación singulares en la constitución de la subjetividad (vale decir, efectos de *metábola* del discurso-deseo del semejante), su sentido no puede ser buscado en otro lado —ni siquiera del lado de la madre— dado que se trata de «un sentido para sí mismo ignorado» en razón de que el otro desconoce el carácter de los mensajes emitidos, no posee las claves del código con el cual han quedado inscritos.

Dejamos abierta la posibilidad de que ciertas inscripciones, efecto de traumatismos severos, no logren el estatuto de «inconcientes» y queden libradas a una circulación amenazante por la tópica psíquica cuya estabilidad ponen en riesgo. Estas representaciones, en su estatuto de *manifiesto* aun cuando no por ello de *conciente*, obligan a un tratamiento de ligazón más que de «des-represión» en el interior de la cura. (Es posible que, a grandes rasgos, del mismo carácter sean las que dan origen a los trastornos psicósomáticos, aun cuando poseen especificidades que no hemos abordado en el desarrollo de los capítulos precedentes.)

Estas últimas dan lugar a *trastornos*, en razón de que por su imposibilidad de entrar en formaciones de compromiso, transaccionales, no permiten la formación de *síntomas* en sentido estricto.

Del trastorno al síntoma

En capítulos anteriores retomamos una diferenciación que establecimos hace ya varios años entre *trastorno* y *síntoma*. En aquel entonces ello se ofrecía como una posibilidad de distinguir, en los tiempos de constitución del sujeto psíquico, formaciones que daban cuenta del conflicto intersistémico, vale decir, intrapsíquico, formaciones de compromiso, subrogados efecto de «una rehusada satisfacción pulsional» —para emplear la expresión de Freud—, de aquellas emergencias patológicas que se producían en tiempos anteriores a las diferenciaciones entre los sistemas, a la instalación de la represión originaria. Tal el caso del trastorno del sueño que expusimos en capítulos anteriores, respecto del cual no podemos hablar, en términos estrictos, de «sintomatología» (tratándose de la compulsión efecto de una falla en las estructuraciones de base, lo cual no permite organizar vías de ligazón y repartición de investimentos en el aparato en constitución).

Trastornos del pensamiento, del aprendizaje, del lenguaje, de la marcha, que no son efecto de inhibiciones secundarias a un síntoma, no pueden ser concebidos, salvo en sentido extenso, como «sintomatología»; metapsicológicamente deberemos considerarlos de un orden distinto, no atravesados por el juego entre el deseo y la defensa, no remitiendo a fantasmas específicos, en fin, no siendo pasibles de ser resueltos mediante el acceso a su contenido inconciente por libre asociación sino por múltiples intervenciones tendientes a un reordenamiento psíquico.

Un niño que tiene alteradas las relaciones témporo-espaciales, que posee una rigidización motriz que dificulta el manejo del lápiz para escritura —no padeciendo, por otra parte, ningún tipo de lesión orgánica—, no tiene «un síntoma para el aprendizaje», sino un trastorno en la constitución de su aparato psíquico que se relaciona con una perturbación en la instalación de la tópica psíquica, la cual da origen a las relaciones témporo-espaciales que el yo instaura. Tiempo y espacio no son categorías innatas, sino construcciones del espíritu como efecto de la diferenciación que la instauración del yo —correlativa de la represión originaria— funda tanto respecto del inconciente como del mundo exterior: «La espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del

aparato psíquico [...] En lugar de las condiciones *a priori* de Kant, nuestro aparato psíquico. Psique es extensa, nada sabe de eso»,³ formula Freud en «Conclusiones, ideas, problemas».

Del mismo modo, ¿pueden ser realmente considerados «síntomas» una enuresis o una encopresis primarias desde el punto de vista psicoanalítico? ¿Es el ejercicio pulsional directo un síntoma? El hecho de que un sistema (el inconciente) goce a expensas del sufrimiento de otro sistema (el preconciente, el yo) es la regla de la formación de síntomas; se puede realizar una ejercitación pulsional directa de la micción sin por ello «padecer» un síntoma enurético en sentido estricto —para que haya «padecimiento» es necesario que el sujeto sufra los embates a los cuales su propio inconciente lo somete—. Y aun, en caso de que haya sufrimiento psíquico más general, lo que caracteriza a la represión es la repulsa de un contenido en particular, es decir que aquello que se reprime produzca asco u horror al sujeto que se viera ante la posibilidad de ejercerlo.

Las observaciones teórico-clínicas que venimos realizando en capítulos precedentes, así como las que expondremos a continuación, nos parecen compatibles con la aclaración de formulaciones cuyo sentido ha quedado oscuro a lo largo de la historia del psicoanálisis.

Uno de los conceptos cuyo esclarecimiento intentamos desde hace años, y cuya fecundidad clínica consideramos insoslayable, es el de *represión originaria*. ¿Qué lugar ocupa, en nuestra clínica, la teoría de la represión originaria que venimos proponiendo? ¿Cuál es su *interés práctico*? ¿Qué función cumple en todo este proceso que estamos tratando y sobre qué bases ella se establece? ¿Sobre qué opera? ¿Cuáles son los prerequisites que posibilitan no sólo su instalación, sino incluso su permanencia? Y ello con las consecuencias derivadas, en razón de que proponer que la represión originaria pueda desmantelarse, caer, conlleva la idea de que pueda recomponerse, vale decir, reinstalarse.⁴

³ En *AE*, vol. XXIII, 1980, pág. 302.

⁴ Como siempre, la elección terminológica es una elección conceptual. Fue el hecho de que su instalación se produjera antes de la represión origi-

Repasemos, brevemente, y en aras de ir avanzando, los elementos ofrecidos por Freud al respecto. Las referencias a esta cuestión son breves y escasas en la obra; posiblemente, porque al análisis de pacientes neuróticos le basta con su formulación como supuesto.

Aparece el concepto en 1915, en el texto sobre «La represión»,⁵ donde es acuñado por primera vez el vocablo *Urverdrängung*:⁶ «tenemos razones para suponer una *represión primordial*, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia-representante psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión *se le deniega la admisión en lo conciente*. Así se establece una *fijación*; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella [...] La segunda etapa de la represión, *la represión propiamente dicha* [*Nachdrängen*], *recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida*».⁷

Fijación de los representantes representativos pulsionales al inconciente,⁸ lo originariamente reprimido estará constituido por aquello que nunca fue conciente; por aquello que, siguiendo la legalidad de los sistemas psíquicos, el carácter específico de las representaciones que los constituyen, nunca pasó a constituirse como representación-palabra, nunca tuvo cabida en el doble eje de la lengua, nunca pasó a formar parte del proceso secundario. Se trata de las representaciones de base del inconciente, a las cuales nunca se podrá acceder, directamente, en el proceso de la cura.

na, propiamente dicha, *Nachdrängen*, lo que nos llevó a seguir la traducción de «primaria» durante algún tiempo. De todos modos, nunca pusimos el acento en su temporalidad, sino en su carácter fundante del inconciente, «que da origen a», y en razón de ello nos parece más adecuada la conceptualización de *represión originaria*.

⁵ En *Trabajos sobre metapsicología*, *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 143.

⁶ Sobre el mecanismo que constituye la *defensa primaria*, del cual Freud da cuenta en el *Proyecto*, volveremos posteriormente. En principio, pensamos que hay razones teóricas y clínicas para diferenciarlo de la *represión primaria* u *originaria*.

⁷ *Op. cit.*, pág. 143. Los subrayados son nuestros.

⁸ Un antecedente de esta idea la encontramos en el caso Schreber, si bien Freud no habla allí de *represión originaria*, sino de «*fijaciones originarias*» (véase *AE*, vol. XII, 1980, pág. 67).

Es sobre los *retornos* de lo reprimido originario donde trabaja el análisis: «si estos se han distanciado lo suficiente del representante reprimido, sea por las desfiguraciones que adoptaron o por el número de eslabones intermedios que se intercalaron, tienen, sin más, expedito el acceso a lo consciente. Es como si la resistencia que lo consciente les opone fuese una función de su distanciamiento respecto de lo originariamente reprimido».⁹

A diferencia de estos elementos primordiales, lo secundariamente reprimido ha formado parte alguna vez —antes de que la represión lo expulse a lo inconciente—, tónica y cualitativamente, del proceso secundario. Estas representaciones expulsadas del preconciente perderán su investidura preconciente al pasar a lo inconciente —recibirán una nueva investidura inconciente o conservarán la que ya tenían.

«La mayoría de las represiones con las que debemos habérnoslas en el trabajo terapéutico son *Nachdrängen*.¹⁰ Presuponen *represiones primordiales (Urverdrängungen)* producidas con anterioridad, y que ejercen su influjo de atracción sobre la situación reciente», proponía Freud, en una de las escasas referencias a la represión originaria que encontramos en la obra.¹¹

Agregando a continuación: «Es aún demasiado poco lo que se sabe acerca de esos trasfondos y grados previos de la represión. Se corre fácilmente el peligro de sobrestimar el papel del superyó en la represión. Por ahora no es posible decidir si la emergencia del superyó crea, acaso, el deslinde entre *Urverdrängung* (represión originaria) y *Nachdrängen* (represión secundaria, propiamente dicha). Comoquiera que fuese, los primeros —muy intensos— estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyó. Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la

⁹ *Ibid.*, pág. 144.

¹⁰ Para este término, *Nachdrängen*, la nueva traducción de Freud al francés, realizada bajo la dirección de Jean Laplanche y editada por PUF, ha escogido *post-foulement* (post-presión, podría traducirse al castellano).

¹¹ *Inhibición, síntoma y angustia*, en *AE*, vol. XX, 1979, pág. 90. Las otras tres corresponden a «La represión» y «Lo inconciente», en *Trabajos sobre metapsicología*, y a «Análisis terminable e interminable». Sobre estas volveremos más adelante.

protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales».¹²

Respecto a lo originariamente reprimido, el proceso será totalmente distinto de aquel que opera en la represión secundaria o propiamente dicha: «el aludido mecanismo de sustracción de una investidura preconciente no funcionaría cuando estuviera en juego la figuración de la represión primordial; es que en ese caso está presente una representación inconciente que aún no ha recibido investidura alguna del *Prcc* y, por tanto, ella no puede serle sustraída. Aquí necesitamos entonces de otro proceso, que en el primer caso [represión propiamente dicha, secundaria] mantenga la represión, y en el segundo [el de la represión originaria] cuide de su producción y de su permanencia, y sólo podemos hallarlo en el supuesto de una *contrainvestidura* mediante la cual el sistema *Prcc* se protege contra el asedio de la represión inconciente».¹³ Y agrega: «En ejemplos clínicos veremos el modo en que se exterioriza una *contrainvestidura* así, que opera en el interior del sistema *Prcc*. *Ella representa el gasto permanente de una represión primordial, pero es también lo que garantiza su permanencia*».¹⁴ Ella da lugar, entonces, a la diferenciación entre los sistemas psíquicos, al posicionamiento tónico, dinámico y económico de lo inconciente.

Del rehusamiento al autoerotismo a la represión originaria

¿De dónde extrae su fuerza la represión originaria? La pregunta resurge siempre que nos enfrentamos a fallas de su constitución —y el interés no sólo es teórico, sus consecuencias clínicas son inmediatas: la posibilidad de operar en tiempos de infancia al respecto deriva totalmente de la respuesta escogida.

Dos grandes opciones han sido ofrecidas a lo largo de la historia del psicoanálisis, a partir de propuestas de Freud mismo. Por una parte una hipótesis de carácter económico,

¹² *Ibid.*

¹³ «Lo inconciente», en *Trabajos sobre metapsicología*, *op. cit.*, pág. 178.

¹⁴ *Ibid.*

general: son las cantidades hipertróficas de excitación las que conducen a la represión. Por otra, la hipótesis identificatoria: es del otro, de la cultura, de donde el niño extrae la fuerza e incorpora las prohibiciones que llevan a la represión de aquello que será considerado posteriormente inaceptable del lado del yo. ¿Se trata de dos alternativas tan polares como parecerían de inicio o algún orden de complementariedad puede establecerse entre ellas?

La observación de la conducta infantil —no sólo la clínica— puede servirnos para buscar respuesta. Notamos, por ejemplo, que el control de esfínteres¹⁵ no va acompañado, inmediatamente, de la represión de lo anal que da origen a las formaciones reactivas concomitantes. Un niño que ha logrado la pauta cultural de la evacuación de las heces, habiendo renunciado al ejercicio directo puede permanecer, sin embargo, en el baño, observando a otro niño que esta en vías de realizarlo. Los niños comparten por algún tiempo, en los jardines de infantes, sus ejercicios de evacuación, yendo en conjunto al *toilette* e incluso charlando y jugando mientras la operación se realiza. Lo llamativo de tal situación es que no manifiestan el asco que un niño mayor o un adulto podrían sentir ante el mismo acto.

Este tiempo de rehusamiento del objeto, este primer tiempo de abandono de una satisfacción pulsional, es el prerrequisito de la represión —la cual estará vigente cuando el sujeto desconozca, en sí mismo, un deseo que ha devenido extraño formando parte, tópicamente, de otra parte de sí que ya no le pertenece.

En este primer tiempo, la renuncia estará marcada por el amor al semejante, y así como «se come por el amor de mamá», se renuncia al pecho, al chupete, a las heces, «por temor a perder el amor de mamá».

¹⁵ Y no nos referimos con ello al control de la musculatura esfinteriana. Lo que caracteriza el control de esfínteres del ser humano es su sometimiento a lo que Lacan ha llamado la «ley de la segregación urinaria», marcada por el pudor del ejercicio evacuativo en los espacios públicos y atravesada, *a posteriori*, por la diferencia anatómica de los sexos. Un ejemplo maravilloso de ello nos lo ofrece Luis Buñuel, en su filme *El fantasma de la libertad*, cuando subvierte en imágenes la ley de cultura proponiendo una evacuación pública y una alimentación privada, «segregada». Sin embargo, es de hacer notar que algo permanece en la esfera de lo oculto, y ello es del orden siempre del goce, vale decir, de lo pulsional.

En un primer tiempo es entonces desde la prohibición del otro desde donde la represión acumula fuerza de contra-investimiento. En el mensaje materno que dice «los nenes lindos hacen popó en el inodoro» está la fuerza de contra-investimiento del placer anal plasmado, por la madre misma, en sus cuidados precoces, desde representaciones inconcientes que ella misma desconoce.

Es aquí donde corresponde hablar de *rehusamiento* (*Ver-sagung*), en el sentido de una «condición del sujeto que ve rehusada o se rehúsa la satisfacción de una demanda pulsional».¹⁶ El esfuerzo del niño es entonces de magnitud. Y cualquier situación externa puede reavivar la excitación concomitante a los placeres abandonados.

Niños pequeños que padecen una enuresis o una encopresis secundaria ante el nacimiento de un hermanito, que quieren volver a tomar el pecho o el biberón, han sido catalogados, ligeramente y con simpleza, como motivados por los celos por psicólogos o analistas que tienen poco en cuenta la enorme tarea psíquica que implica el abandono del autoerotismo y lo presto que está a retornar el deseo cuanto menos retoños de lo reprimido han logrado establecerse y cuando la constitución del superyó (y la represión secundaria) no se ha aún establecido.

No es la simple «regresión» a una etapa anterior lo que el niño anhela —dado que no renunciaría a ninguna de las adquisiciones que ha obtenido con el trascurso de la vida: ir al jardín, jugar en la plaza, comer golosinas—, sino la progresión masiva de representaciones re-investidas por la observación de la realización directa de deseos rehusados que al más pequeño le están permitidos e incluso por los cuales es festejado.¹⁷

¹⁶ Véase Laplanche y Pontalis, *Vocabulario de psicoanálisis*: «Rehusamiento». Hay nuevos desarrollos al respecto: *Traduire Freud*, volumen de *Oeuvres complètes* de Freud, París: PUF, 1989.

¹⁷ Freud realiza una observación al respecto en la «Epicrisis» del caso Hans (parte 1): «Para el desarrollo psicosexual de nuestro joven revistió la máxima significación el nacimiento de una hermana cuando él tenía 3½ años de edad. Este suceso exacerbó sus vínculos con los padres, propuso a su pensar unas tareas insolubles, y su condición de espectador de los cuidados de la crianza le reanimó, luego, las huellas mnémicas de sus propias vivencias de placer, las más tempranas», en *AE*, vol. X, 1980, págs. 92-3.

Esto puede incluso convertirse en motivo de resistencias al análisis, cuando el esfuerzo de represión por parte del sujeto es muy intenso. Un niño de 5 años al cual tuve ocasión de tratar por relación a una encopresis primaria, luego de un tiempo de tratamiento en el cual se instaló el control de esfínteres se rehusaba a venir a sesión con una frase que, en primera instancia, sonaba extraña: «Yo no voy más, ¡que se cague ella...!», decía. El consultorio, lugar de activamiento fantasmático, se había convertido en un espacio en el cual el deseo se actualizaba y requería su proyección sobre el analista que había devenido el activador, mediante la palabra, de las representaciones que no encontraban aún un estatuto definitivo en el inconciente y propiciaban aún el pasaje al acto.

En este primer tiempo de rehusamiento conciente de la satisfacción pulsional, los niños presentan síntomas que se asemejan a los de las neurosis actuales: irritabilidad, expectativa angustiada, malestar. La angustia libremente flotante —vale decir, las cantidades de libido desligadas— estará presta a conectarse con algún contenido de representación que le convenga, quedará presta a ligarse, sea en la repulsa del objeto, sea en el retorno del intento de satisfacción pulsional directa.

En un segundo tiempo, lo rehusado se torna reprimido, y en este caso la economía psíquica define. Las representaciones deben ser apartadas por esfuerzo de contrainvestimento del yo incipiente en aras de evitar su perturbación constante. Es en este tiempo cuando se forma un «grupo psíquico separado» tendiente a evitar la irrupción masiva de cantidades hipertróficas de excitación.

Es indudable que no es la operancia del superyó lo que interviene aquí, al menos en el sentido freudiano del término: como residuo identificatorio a partir del Edipo complejo. Se trata, más bien, de un modo de funcionamiento caracterizado no por el par fálico-castrado sino por una polaridad vida-aniquilamiento. Es en este sentido que conservar el amor de la madre —ser— aparece opuesto a perder el amor de la madre —aniquilamiento.

Momento precursor en las relaciones entre el yo y la represión, podemos suponerlo como instalación de un «yo ideal» en el cual se realiza plenamente el deseo del otro o se corre el riesgo de no ser. No se trata de los ideales —ningu-

na madre «sueña» con un niño que controle esfínteres—, sino de los requisitos básicos de inserción en la cultura.

Tiempo de pasaje del autoerotismo al narcisismo, en este momento de la constitución del aparato psíquico ubicamos el primer tiempo del Edipo en los términos propuestos por Lacan, en el cual la madre ocupa el lugar del amo absoluto, madre fálica a cuya ley se somete el niño por amor, antes de que las inscripciones del superyó parental establezcan una circulación entre los ideales del yo y la conciencia moral.

Es también aquí donde pensamos se podría repensar el concepto de *superyó precoz* de Klein, con su crueldad extrema, su sadismo, las ansiedades que impone. En concordancia con Klein, diremos que son las mociones pulsionales, los deseos rehusados que agitan al sujeto, los que marcan la fuerza de esta instancia de contrainvestimento. A diferencia de ella, formularemos que es el clivaje de partida del semejante (el hecho de que la madre esté atravesada conjuntamente por sistemas deseantes y de prohibición contrapuestos, tópicamente instalados) el que definirá los equilibrios de fuerzas a las cuales el incipiente sujeto se verá sometido, en razón de que la fuerza de contrainvestimento provendrá, así como la inscripción pulsional, del otro.

Esta posición debe permitirnos salir tanto del mecanicismo que ve en la severidad del superyó la herencia identificatoria a los modos de ejercicio de la interdicción parental, como del innatismo que considera al superyó como una producción endógena, constituida espontáneamente en aras de proteger al sujeto del sadismo pulsional.

El sadismo pulsional es efecto del ataque interno que la pulsión realiza, una vez que hay sujeto capaz de sentirse compulsado a un goce registrado, en otro lugar de sí mismo, como sufrimiento. Esto en términos generales, y debe ser diferenciado del sadismo como entidad clínica, en razón de que este último se caracteriza por el hecho de que en la misma instancia que se sufre se goza, mientras que, en las relaciones entre el yo y el inconciente, el goce del inconciente está tópicamente diferenciado del sufrimiento del yo.

La relación de la madre con sus propias mociones pulsionales inconcientes, reprimidas, abre curso tanto a su instalación como a su represión en el niño. La madre puede haber erotizado de modo masivo una zona erógena, y a su vez prohibir brutalmente —por temor al desborde— la ejer-

citación autoerótica de esa zona. Si la ley del psicoanálisis se cumple: «lo más temido es lo más deseado», ¿cómo no pensar que detrás de una madre que prohíbe el contacto con la arena, con la plasticola, con la comida, es la fuerza anal de sus propios deseos inconcientes lo que contracarga, impidiendo al hijo establecer retoños de lo reprimido, armar cadenas que lo distancien de los representantes pulsionales, obligándolo a un gasto masivo y esforzado de contrainvestimiento permanente en el cual nada del placer pasa dado que no hay transmutación ni de la meta ni del objeto? (todos los objetos quedan cargados del mismo modo, equivalentes simbólicamente en ecuaciones que dejan al niño librado al fracaso de la simbolización).¹⁸

Pero, también, y de signo contrario, la madre puede no generar fuerza de contrainvestimiento para la constitución de los diques pulsionales parciales, y el niño quedar entonces librado al ejercicio autoerótico en un punto preciso a partir de la identificación de la madre en la realización deseante que este ejercita.

Ambos requisitos: la fuerza de contrainvestimiento proveniente del otro, y el equilibramiento intrapsíquico capaz de impedir el ingreso de cantidades hipertróficas que puedan dejar al aparato librado a su desestructuración, confluyen en la constitución de la represión originaria.

Sin embargo, su instalación exitosa requiere aun de otro elemento, y este hace a la capacidad ligadora del yo, al carácter del retículo inhibitor que podrá establecerse en el aparato psíquico a partir de los investimentos colaterales que se generan en las funciones que la madre ejerce (cuestión sobre la cual volveremos posteriormente).

Instalación de las primeras defensas

Los destinos de pulsión son destinos del aparato psíquico. La pulsión tiende a la resolución de su meta; son los diques que a ello se oponen los que van generando las transformaciones que operan en la constitución psíquica.

¹⁸ La «ecuación simbólica» de la cual Hanna Segal dio cuenta en sus «Notas sobre la formación de símbolos».

Pero estos diques no surgen como de los fondos del océano en el momento de instalación de la represión originaria. ¿Cuáles son sus precursores, de qué modo se organizan las primeras defensas? He ahí algunas de las cuestiones que hemos intentado abordar a lo largo de este libro.

Siguiendo a Freud, ubicamos en trabajos anteriores la transformación en lo contrario y la vuelta contra la persona propia como precursores de la represión originaria.¹⁹ Asentamos la hipótesis de que ambos mecanismos de defensa son estructurantes del aparato psíquico, y que su aparición marca el primer tiempo de la represión originaria, represión fundante del inconciente, y la diferenciación entre los sistemas inconciente y preconciente-conciente.

En esta dirección, analizamos la transformación en lo contrario por relación al ver-ser visto, y la vuelta contra la persona propia como el momento en el cual la pulsión se instala como cuerpo extraño interno-externo: *Schaulust* de la pulsión que opera como un retorno en dedo de guante. La transformación en lo contrario —o trastorno hacia lo contrario— se resuelve en dos procesos distintos: la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad y el trastorno en cuanto al contenido. No volveremos acá sobre la transformación de activo en pasivo que sólo puede ser pensada en términos del funcionamiento psíquico general y no como transformación específica de la pulsión: la pulsión es activa por definición.

Detengámonos en el trastorno de contenido. Este es observable en un único caso: la mudanza de amor en odio. Se odia al objeto que se había amado: ¿implica esto una permanencia de uno de ambos afectos en la conciencia o ambos se alternan? El niño que tiene un ataque de furor con su madre a la cual manifiesta sentimientos circunstanciales de odio, ¿ha sufrido una mudanza del amor en odio o está siendo atravesado por relaciones puntuales con objetos diversos?

Ubiquémonos en los tiempos anteriores a la represión originaria. El yo no está constituido; el objeto, como tal, es compuesto indiciáticamente y no ha adquirido permanencia globalizante como «objeto del mundo». Se ama a la madre

¹⁹ En los orígenes del sujeto psíquico, op. cit., cap. 3.

que alimenta y se odia a la que frustra, se ama a la madre que protege y se odia a la que ataca (aun cuando este ataque no provenga de la madre como tal, sino de los objetos representantes maternos que operan como inscripción psíquica).

En tal dirección, no hay verdadera «trasformación del amor en odio», precozmente, sino por una ilusión del observador que ve al objeto total cuando este no está aún constituido como tal del lado del niño.

La ambivalencia no es sino la percepción, del lado del yo, de la existencia de diversas inscripciones del objeto, constituidas como *imago*, del lado del inconciente. En el caso de la transformación del odio en amor, prototipo de la formación reactiva, sofocamiento de las impulsiones hostiles hacia el objeto amado, debemos inclinarnos a suponer un modo de funcionamiento ligado directamente a la represión originaria, y base de todas las formaciones morales.

El hecho de que el amor y el odio sean patrimonio del yo, «el hecho de que un sentimiento sea *sentido*, y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia»,²⁰ y de que sólo en sentido extenso podamos hablar de «afectos inconcientes» para aludir a aquellos sentimientos que «volvemos a poner en su sitio tras enderezar [*Redressement*] lo que el trabajo represivo había torcido»,²¹ nos lleva a proponer que es la represión originaria, y no sus precursores, lo que abre libre curso a la transformación en lo contrario del lado del contenido (en sentido estricto).

¿Cómo operan, en cambio, estos precursores en los primerísimos tiempos de instalación de las representaciones, cuando el aparato no se ha clavado aún y el yo no está constituido?

El concepto de *defensa primaria*, descrito por Freud en el *Proyecto*, puede abrir una vía para pensarlo.

Afectos y estados de deseo son propuestos allí como dos variedades de vivencia: la vivencia de dolor —por relación al primero— y la vivencia de satisfacción —correlativa al segundo.

²⁰ Sigmund Freud, «Lo inconciente», en *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 173. El subrayado es nuestro.

²¹ *Ibid.*, pág. 174.

«Común a ambos es contener una elevación de la tensión $Q\eta$ en ψ , en el caso del *afecto* por desprendimiento repentino, en el del *deseo* por sumación. Ambos estados son de la máxima significatividad para el decurso en ψ , pues le dejan como secuela unos motivos compulsivos. Del estado de deseo se sigue directamente una *atracción* hacia el objeto de deseo, respectivamente su huella mnémica; de la vivencia de dolor resulta una repulsión, una desinclinación a mantener investida la imagen mnémica hostil. Son estas la *atracción de deseo primaria* y la *defensa primaria*».²²

«Más difícil de explicar [que la atracción de deseo] es la *defensa primaria* o *represión* [tengamos en cuenta que *represión* está usado aquí en el sentido más general, de defensa, y que el vocablo empleado es *Verdrängung* y no *Urverdrängung*, vale decir, «represión originaria»], el hecho de que una imagen-recuerdo hostil sea siempre abandonada por la investidura lo más pronto posible. No obstante, la explicación quizá resida en que a las vivencias primarias de dolor se les puso término mediante defensa reflectoria. La emergencia de otro objeto en lugar del hostil fue la señal de que la vivencia de dolor había terminado, y el sistema ψ intenta, instruido *biológicamente* [vale decir, no determinado mecánicamente, contemporáneamente, sino genética, podemos suponer históricamente], reproducir en ψ el estado que definió el cese del dolor».²³

Investimiento de una representación placentera para huir de una dolorosa: nos parece una propuesta más cercana a las defensas precoces descritas por Klein, a aquellas que emergen en situaciones extremas, gravemente perturbadas, del funcionamiento psíquico, que al mecanismo de la represión.²⁴ A diferencia del contrainvestimiento, la representación investida por la defensa primaria es placentera,

²² En *AE*, vol. I, 1982, págs. 366-7.

²³ *Ibid.*, pág. 367.

²⁴ Por otra parte, Freud mismo, en el Apéndice A de *Inhibición, síntoma y angustia*, ha dado cuenta de que durante todo un período de su obra había utilizado *Verdrängung* —represión— en el sentido de *Abwehr* —defensa—. La introducción del vocablo en el *Proyecto* debe ser leída bajo esta salvedad; el concepto de represión, en sentido estricto, aún no había sido delimitado.

ella reproduce una vivencia de satisfacción, vale decir, una satisfacción pulsional directa. En segundo lugar, ambas representaciones operan, *tópicamente*, en el mismo sistema, implican líneas de derivación de la energía psíquica, no modelos de funcionamiento económicamente diversos y contrapuestos.

Anteriores a la represión originaria, estos modelos defensivos pueden, sin embargo, operar como clivajes yoicos, pero, en este caso, longitudinales y no transversales, una vez que el aparato psíquico esté constituido. En su forma extrema conducen a la desmentida (*Verleugnung*), como mecanismo de base de las perversiones, o al repudio (*Verwerfung*) que opera en las psicosis. En el aparato psíquico estructurado por represión y cuyo equilibramiento se mantiene sobre la base de operancia tópicamente definida, el clivaje longitudinal del aparato posibilita la formación de las fantasías y ensoñaciones neuróticas que no alteran el principio de realidad.

Es aquí donde nos parece correcto ubicar los mecanismos de disociación, conceptualizados por Melanie Klein, y replantear su estatuto metapsicológico en estos términos:

1. Disociación y represión no son mecanismos equivalentes. La distinción se basa en el posicionamiento tópico de la defensa: la represión estableciendo la diferencia entre el inconciente y el preconciente-conciente, la disociación sólo ubicable del lado del yo, intrasistémica.

2. Ubicar la disociación del lado del inconciente sería rehusarle a este su modo específico de funcionamiento: una legalidad caracterizada por la ausencia de totalidades, en la cual no hay por tanto partes sino coexistencia de elementos sólo en contradicción del lado del sujeto en sentido estricto —del sujeto de la represión, del yo.

3. En los primerísimos tiempos de la vida, cuando operan «defensas primarias» —en el sentido propuesto por Freud—, el incipiente aparato psíquico no está unificado, por tanto no es posible pensar que pueda defensivamente clivarse en sentido estricto. Las inscripciones residuales, exógenamente determinadas, desprendidas de los objetos sexuales que pulsan al bebé, abren vías de facilitación en un espacio que devendrá, *a posteriori*, un territorio, cuando la tópica se termine de fundar.

4. El entrelazamiento de representaciones entre sí, efecto de las funciones narcisizantes maternas —de la visión unificada de la madre que, atravesada por la castración, ubica al niño como significante fálico (en términos de Lacan)—, crea las ligazones de base sobre las cuales se vendrá a asentar el yo a partir de la represión originaria (tal como lo hemos demostrado en el capítulo 1).

5. El esfuerzo de *contrainvestimento* ejercido en la represión originaria debe ser considerado en dos planos: por una parte, aquello que observamos en ciertos procesos masivos y gravemente patológicos, en los cuales la precariedad de instalación de la represión originaria trae consigo el peligro de que la barrera se encuentre en riesgo de caer y deje librado al sujeto a la desestructuración (sobre estos procesos volveremos posteriormente). Por otra parte, y en razón de que «la represión trabaja de un modo altamente individual», y de que su función es mantener a los representantes representativos pulsionales fijados al inconciente, no todas las representaciones en él depositadas mantendrán lazos del mismo tipo con el preconciente-conciente. Tal es la situación de un niño que, habiendo estructurado un yo capaz de tomar a su cargo una representación totalizante de sí mismo —con la consecuente instalación del proceso secundario y de sus atributos lógicos—, sostiene aún un derivado pulsional directo no coartado en su fin.

En el análisis de niños, ver constituirse la represión *in situ*

Hemos cercado los elementos que definen la función de la represión originaria como constituyente: fijación, contrainvestimento y clivaje del aparato psíquico en dos sistemas contrapuestos (el inconciente y el preconciente-conciente). Represión que sólo puede ser inferida retrospectivamente desde sus resultados,²⁵ la clínica de niños ofrece un lugar privilegiado para explorar sus movimientos.

Javier, de 2 años y 8 meses, es traído a consulta por sus padres debido a que tanto en su casa, con los hermanitos

²⁵ Sigmund Freud, «La represión», en *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 148.

mayores, como en el jardín al cual concurre con otros niños, muerde como forma dominante de expresión de sus impulsos hostiles. Conducta no inhibible mediante el regaño, no parece estar dispuesto a ceder este remanente canibalístico con el cual da curso a su ira cuando algo lo molesta.

Hijo menor, único varón entre tres hermanos, la dedicación incondicional de sus padres, así como los celos y rivalidades de una hermanita dos años mayor, han contribuido a plasmar una serie de rasgos que lo constituyen: encantador, seductor e irreverente, es al mismo tiempo un hombrecito indomable que comienza a aterrorizar al entorno por el desenfado con el cual ejerce su motricidad produciendo la sensación de que ningún límite es posible.

Llega a la consulta acompañado de su madre, y se dirige decidido hacia la canasta con juguetes que he puesto a su disposición. He incluido en ella, no ingenuamente, un autito a cuerda que, cuando se desliza, abre la boca-capó dejando al descubierto una dentadura de latón pintado.

Después de echar un vistazo a los objetos, toma el autito y pide a su madre que le dé cuerda. Ella lo hace y Javier, aferrado con una mano a su falda, ríe gozoso cuando el vehículo se aleja rápidamente, abriendo y cerrando la boca, hacia la biblioteca que está a unos dos metros de distancia. Allí choca, deteniéndose bruscamente, y entonces él vuelve a repetir por dos veces la operación que tanto placer le produce.

Luego recorre los distintos espacios del consultorio, toma uno que otro objeto, investigando con cierta ansiedad y atropelladamente lo que encuentra a su paso.

Vuelve al juego del auto que se aleja. Hago aquí una intervención: el autito, como Javier, cuando se aleja de mamá quiere comerse todo lo que encuentra, por eso muerde lo que se le atraviesa.

Me mira atentamente, toma con fuerza el brazo de su madre y dice: «mami, vamos». Ella se rehúsa, y Javier comienza entonces a subir el tono y a intentar tironear para salir. Cinco minutos después ha comenzado a llorar a los gritos y su mamá intenta tranquilizarlo. Cuando los gritos ceden, la madre y yo intentamos intercambiar algunas palabras respecto de la situación. En algunos momentos mis palabras se dirigen a Javier: ¿qué es esto de que mami se quede, rehusándose a su pedido, haciéndole caso a esta señora que ha dicho que no se puede ir? El está muy enojado:

Silvia, como un papá, ha dicho: Javier, no se puede hacer todo lo que uno quiere,²⁶ eso es peligroso para vos y para los demás.

Pregunto a la mamá qué hacen ellos cuando el niño se torna «insoportable» —así lo han descrito para aquellas situaciones en las cuales ningún límite es posible—. Me responde que lo envían a su cuarto hasta que se tranquilice. Le señalo lo difícil que es para ella sostener al mismo tiempo la prohibición y la contención de las conductas riesgosas —mejor no ver, sacárselo de encima—, y cómo esto obliga al niño a un esfuerzo de autocontrol para el cual no está preparado, llevándolo a un movimiento que oscila entre la rigidización y el estallido. Propongo que, así como ahora ella lo ha rodeado con sus brazos y su cuerpo lo sostiene, traten de contenerlo del mismo modo cuando Javier se torne «incontenible».

En la segunda entrevista, apenas han entrado, se reproduce la escena de llanto y rabieta. Luego de un rato, el niño se acerca a un encendedor e intenta prenderlo; se lo quito con suavidad de la mano y lo enciendo proponiéndole que apague la llama. El lo hace, y yo lo festejo —luego se suma la madre—: ¡Bravo, bravo! Luego de un rato Javier también participa de la escena completa. En ciertos momentos intenta arrebátarmelo, me rehúso y el llanto reaparece. La madre lo toma entre sus brazos, y mientras lo contiene, yo enciendo la llama y el juego torna a repetirse.

Le digo entonces que algo «le quema» adentro cuando se pone a correr, a morder, a tirar cosas; que no sabe cómo calmar eso que quema adentro.

A la tercera consulta entra muy decidido; me mira sonriente y dice: «soñé... yo soñé». «¿Con qué soñaste, Javier?». «Con el cocodrilo (!!). Había un cocodrilo... la boca abierta, hamm (hace gesto de comerme)». La madre cuenta que se despertó angustiada y fue a buscarlos a la habitación, que estos días ha estado mucho más cariñoso, y que ha dejado de morder.

El sueño realizando una inlograda satisfacción pulsional... El rehusamiento del sujeto a su impulsión de morder ha dado curso a una formación del inconciente.

²⁶ «Como un papá», no «como el papá». Es la función lo que está en juego, y no el padre real (por otra parte, tan dificultado de rehusarse como la madre).

Javier se dedica a darnos el té a la madre y a mí. Nos prepara comiditas, se ocupa afanosamente de que nos gusten: «¿tiene azúcar?», «revolvélo...», dice, mientras nos alimenta. Luego jugamos al fuego y al autito. De vez en cuando se va por el consultorio y nos mira fugazmente: una de las dos se levanta a contenerlo cuando está a punto de tirar algo, de tropezar en su atropellamiento.

La *intervención analítica* se extiende por unas doce sesiones, aproximadamente, que son acompañadas conjuntamente con entrevistas de padres para recapturar, resignificar todo lo ocurrido. No describiré todos sus elementos. Quienes sigan estos párrafos podrán, lúdicamente, desplegar todas las ideas que un material tan somero y a la vez rico puede evocar. Mi intención es, simplemente, poner de manifiesto el surgimiento *in situ* de una represión que abre las posibilidades de un viraje en la instalación de los movimientos que constituyen el aparato psíquico.

«La represión trabaja de un modo altamente individual»: un niño con lenguaje constituido, control de esfínteres, noción de sí y del objeto, enlaces libidinales, queda sin embargo librado, en un punto de su constitución, a un fracaso del sepultamiento de un representante oral que lo compulsa al sadismo y le imposibilita el ejercicio de formaciones del inconsciente capaces de dar curso a la elaboración psíquica.

El trabajo analítico destinado a cercar qué es aquello que obstaculiza la instalación de la represión originaria —tanto del lado del niño como del de sus determinantes edípicos, parentales—, y a incidir en su fundación definitiva.

Un año después soy consultada nuevamente. Javier tiene ya 3 años y 9 meses y ha sorprendido a sus padres con algunas conductas que los inquietan: se ha parado ante un grupo de niñas, en el club, y ha orinado en el parque diciendo: «¡miren, miren!», con una risa desafiante y seductora. Ha levantado la falda de una joven adolescente (amiga de su hermana mayor), intentando tocarle el trasero por debajo de la ropa, carcajeándose de excitación.

Una angustia de castración intensa subyace a sus demostraciones de machismo, y ello va a acompañado de temores de pasivización de los cuales se defiende activamente. Es un niño encantador, seductor, y todo el mundo le solicita besos, lo mimó, intenta apoderarse de él.

Viene a una entrevista acompañado, nuevamente, de su mamá. «¿Y Silvia?», «¿Dónde está Silvia?», dice apenas entra. «Yo soy Silvia», respondo. «No, la otra...», insiste. Vaya a saber qué recomposición fantasmática ha establecido de nuestro encuentro anterior; en medio, la represión ha hecho su trabajo, y Javier busca a aquella con la cual estableció un vínculo hace ya —para él— tanto tiempo...

Va derecho al encendedor, me pide que lo prenda y lo apaga. «¡Bravo!, ¡bravo!», dice. La madre cuenta que en múltiples ocasiones, a lo largo de este tiempo, luego de la última consulta, el juego ha permanecido. Mientras revisa los juguetes, hablamos sobre lo que ha estado ocurriendo. En tanto, el niño se desplaza velozmente por el consultorio, toca todos los objetos, hay cierto desorden en su conducta. A medida que el relato se extiende, la mamá reflexiona: «Sabe, yo creo que Javier está super estimulado: todo el mundo lo toca, le pide besos, él es tan adorable...». «Es tan adorable —agregó— que tiene que cederse por entero...». Le hablo a Javier acerca de la propiedad de su cuerpo. El tiene derecho a rehusarse; los apretujones, las caricias desmedidas de los adultos —incluidas las amigas de sus hermanas— le hacen sentir nuevamente este fuego que quema adentro. Me está pidiendo que lo ayude a apagarlo. Dice: «Yo tengo un pito grande, grande como el de papá». Interpreto: «Es tu pito, necesitás decirle a las mujeres que lo tenés, que es tuyo, que es grande, que sos un varón».

La madre dice: «Muchas veces, cuando él no tiene ganas de dar un beso a alguien —todo el mundo lo reclama—, nosotros le insistimos, creo que no lo dejamos elegir... Es un poco el juguete de todos...».

Acordamos algunas entrevistas de padres para reubicar este momento en función de los elementos que han quedado pendientes del año anterior. El padre debe también repensar algunas cuestiones: ¿por qué cede a su hijo a la circulación femenina? ¿De qué modo, él mismo, se apropia del cuerpo seducido-seducidor del hijo sin poder arrancarlo de la posición pasiva en la cual está emplazado, dejándolo librado a grados de excitación tan elevados, correlativamente a ello, a defensas de este orden?

Se sucede otra entrevista con la madre y el niño. Javier ha comenzado a rehusarse: «Se acabaron» —dice graciosamente, mostrando las manitas vacías, cuando alguien le so-

licita un beso—. «Hoy no hay besos, otro día...», eludiendo el requerimiento. Un intercambio en el cual su propio deseo y su derecho a la apropiación de su cuerpo comienzan a aceptarse lo alivia enormemente.

En la última sesión, Javier se despide: «Me gustaba más la otra Silvia...» dice, irreductible y nostálgico, en el momento de marcharse.

Si dividimos el material expuesto en dos tiempos: el de la primera consulta, a los 2 años y 8 meses, y el de la segunda, a los 3 años y 9 meses de Javier, vemos que entre uno y otro algo ha cambiado estructuralmente en el modo de funcionamiento psíquico del niño.

De inicio, no son síntomas los que Javier presenta, sino una dificultad para la inhibición de ciertos modos de ejercicio pulsional directo y de su sepultamiento en el inconciente. La pulsión oral canibalística no aparece inhibida en su fin, dando cuenta ello de una falla en la constitución de la represión originaria. Correlativo a esto, las funciones ligadoras del yo que posibilitarían el enfrenamiento de la descarga motriz no han logrado aún que este opere como masa ligadora capaz de sostener a lo reprimido en un lugar tópico más o menos definitivo.

A partir de la intervención analítica, y de su consolidación durante el año posterior, una nueva etapa se inaugura. En ella vemos al niño habiendo sepultado los representantes pulsionales de origen, consolidado la represión originaria, e instalado en un encaminamiento edípico (en el sentido de Edipo complejo) que da curso a la angustia de castración y reinscribe lo activo-pasivo en términos de rehusamiento al sometimiento amoroso al semejante y de ejercicio de la masculinidad.

En sentido estricto, como formaciones transaccionales, ninguno de los signos que preocupan a los padres y que motivan las consultas son síntomas. Ninguno de ellos ha encajado en un encadenamiento fantasmático propicio a la iniciación de un análisis. Las intervenciones puntuales realizadas tienden, simplemente, a lograr desarticular un nudo patógeno que, de cristalizar, puede perturbar la evolución futura y desembocar en coagulaciones patológicas cuyo desmantelamiento requiera prolongados períodos de análisis.

En el segundo tiempo, una vez constituido el sujeto, establecidas las constelaciones narcisísticas que dan curso al amor y el odio en tanto sentimientos —siguiendo una dirección fecunda inaugurada por Lacan respecto de la función de la captura amorosa por relación al narcisismo— el sadismo pulsional ha sido sofocado. Aparece entonces una modalidad seductora-agresiva que puede ser concebida como la defensa que el yo establece ante sus deseos de fusión ilimitada y la agresividad concomitante que se pone en juego cuando las pasiones capturan al sujeto en el sometimiento al semejante.

La lucha contra la «servidumbre voluntaria» no tiene un lugar menor en las manifestaciones de odio que llevan a una verdadera conversión en lo contrario, defensiva del amor, y ello en razón de los abrochamientos que por relación al yo ideal se establecen en los momentos constitutivos de instalación de la represión originaria.²⁷ Ser capturado por la madre si se cumplen sus deseos, o caer al vacío si se produce una diferenciación de estos, es fuente de gran parte de la hostilidad que genera el sometimiento amoroso.

El lugar que este niño ocupaba en el fantasma parental, y las formas metabólicas de inscripción de los deseos-mensaje de ellos derivados, es lo que fue trabajado en las entrevistas realizadas. Esto no puede, en sentido estricto, ser considerado análisis. En razón de ello elegimos la denominación de *intervención analítica* para este modo de operación simbolizante que abre nuevas vías para la constitución psicosexual en la primera infancia.

²⁷ En los análisis de pacientes —niños o adultos— que inician su tratamiento atravesados por profundos sentimientos de hostilidad y rechazo manifiesto hacia el analista, es la no comprensión de este aspecto el que lleva a la cristalización de reacciones terapéuticas negativas. Un niño de cinco años que había empezado su análisis manifestando profundos sentimientos negativos hacia mí, demandaba, un tiempo después, y efecto de la interpretación de los aspectos amorosos sofocados, que me parara en la puerta de entrada del consultorio y le negara la huida, atrapándolo, mientras él hacía esfuerzos lúdicos, placenteramente simbolizados, por escapar. El juego era reclamado en estos términos: «¿Jugamos a que no me dejabas ir?».

Signos de riesgo de caída de la barrera de la represión originaria

Aparentemente alejada de la clínica cotidiana, intentamos demostrar que la cuestión de la represión originaria se revela, sin embargo, como la única vía para la comprensión de ciertos fenómenos cuya frecuencia es mayor que lo que una mirada no entrenada podría suponer.

Volvamos a fijación y conrainvestimiento, como ejes que operan en la represión originaria. Del lado del preconciente, algo garantiza que el representante pulsional permanezca del lado del inconciente, «fijado» al inconciente.

Sin embargo, la garantía no puede ser buscada sólo del lado del conrainvestimiento: «la fuerza de la represión se mide por la conrainvestidura gastada, y el síntoma no se apoya sólo en esta, sino, además, en la investidura pulsional condensada en él que le viene del sistema *Icc*».²⁸

Vale decir: el síntoma, como formación de compromiso, como efecto del retorno de lo reprimido, ofrece una cierta garantía de una ganancia de placer que reequilibra la economía libidinal.

Del modo más amplio, diremos que la garantía más general está en las sucesivas retrascipciones (*Niederschrift*), tal como las llamaba Freud en la carta 52, que puedan estructurarse al modo de retoños que permitan el distanciamiento de lo reprimido. Retoños favorecedores de un distanciamiento, conservan lo reprimido y permiten el desplazamiento de placer a través de los sistemas representacionales.

El síntoma, a diferencia del conrainvestimiento masivo, a diferencia de la formación sustitutiva simple (como las formaciones de carácter: la limpieza que se opone al placer anal), engarza siempre el retorno de lo reprimido a lo que reprime; su carácter de formación de compromiso da cuenta de una complejización importante de los sistemas representacionales en los cuales los retoños de lo reprimido ocupan una posición central.

La idea de «retrascipción» (*Niederschrift*) es retomada por Freud, bajo un modelo geológico —no «de huellas», como

²⁸ Sigmund Freud, «Lo inconciente», en *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 182.

en la carta 52— en «Pulsiones y destinos de pulsión»: «Podemos descomponer toda vida pulsional en oleadas singulares, separadas en el tiempo, y homogéneas dentro de la unidad de tiempo (cualquiera que sea esta), las cuales se comportan entre sí como erupciones sucesivas de lava. Entonces podemos imaginar que la primera erupción de lava, la más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo la vuelta a la pasividad, y se agrega con este nuevo carácter a la anterior, etc. Y si después se abarca con la mirada la moción pulsional desde su comienzo hasta un cierto punto de detención, la sucesión descrita de las oleadas proporcionará la imagen de un determinado desarrollo de la pulsión [de sus destinos en el aparato psíquico, agregamos]».²⁹

Las retrascipciones, las oleadas sucesivas que generan estratificaciones psíquicas, produciendo la distancia de lo originariamente reprimido.

A ello agreguemos el tercer elemento que hemos puesto de relieve a lo largo de nuestro trabajo: la capacidad ligadora del yo, vale decir, el entramado que posibilita la inclusión simbólica de los avatares de las diversas oleadas pulsionales (traumáticas, no necesariamente genéticas), efecto de investimentos colaterales que van tejiendo una red que posibilita a la satisfacción pulsional no quedar como único modo de evacuación de la energía sobrante.

Imaginemos al aparato psíquico en riesgo de ver caer, efecto de traumatismos actuales y de imposibilidades históricamente constituidas, la represión originaria —que deja librado al sujeto al embate masivo del inconciente con riesgo de desmantelamiento yoico—. Las compulsiones pueden ser el intento último, antes de la desestructuración y desmantelamiento, del ejercicio de conrainvestimientos puntuales y masivos por sostener a lo reprimido en su sitio.

Tal es el caso de los tiempos de irrupción de una *déclenche* psicótica, en la cual el estallido yoico es precedido por movimientos defensivos extremos ante el embate irreprimible de lo inconciente que avanza en un proceso de desmantelamiento psíquico. Cierta sintomatología de aspecto obsesivo que acompaña estos momentos (previos y posterior-

²⁹ En *AE*, vol. XIV, 1979, pág. 126.

res), tales como rituales a repetición o compulsiones de diverso tipo, son fácilmente confundidas por los analistas que a ellas se enfrentan. Estos supuestos síntomas —no transaccionales, en realidad, ya que el fantasma está allí, *en lo manifiesto*, sin que por ello sea conciente— no logran el reequilibramiento que otras formaciones posibilitan por relación a la economía psíquica.

Hace ya algún tiempo, me fue demandado un análisis por un hombre de aproximadamente cuarenta años, que llegaba a la consulta impulsado por la preocupación que comenzaba a producir en él una conducta cuya racionalidad desconocía: en varias ocasiones, luego de haber hecho el amor con una mujer, se había descubierto a sí mismo llevando las manos al cuello de ella en un impulso irrefrenable de apretárselo hasta ahorcarla. No había sentimientos de odio que guiaran sus actos —no se trataba siempre de la misma mujer, por otra parte—. Relataba esto con un tono monocorde, desapasionado, una «modalidad obsesiva» despojada de afecto, preocupado pero al mismo tiempo no demasiado conciente de lo que le ocurría.

Atravesada su vida por severos traumatismos —detenciones, tortura, exilios—, con una inteligencia destacada y realizaciones importantes pese a todas las vicisitudes transcurridas, no hubiera recurrido a un analista si no estuviera temeroso de no poder controlar un día este acto motor que se le revelaba como ajeno.

El «síntoma» no era la expresión de un fantasma sádico u homicida reprimido; si ello fuera así, si se tratara de la aparición de una *formación del inconciente* efecto de la represión y del compromiso entre sistemas representacionales en conflicto, ¿por qué no estaba inhibida la motricidad? ¿Por qué no era el sujeto afectado por una inhibición: una impotencia circunstancial, por ejemplo, que diera cuenta de su temor al ejercicio, del lado de la conciencia, de los fantasmas sádico-destructivos que se activaban en el inconciente ante el cuerpo femenino? ¿O por un desplazamiento: peleas reiteradas con su *partenaire* amoroso que permitiera el exutorio de la violencia reprimida?

Era el emplazamiento tópico, la pasivización de la cual era objeto —curiosa pasivización, que permite el pasaje a la motricidad— ante una parte de sí mismo que emergía como

«a cielo abierto», lo que me hacía deponer el diagnóstico de neurosis obsesiva con el cual me había sido remitido.

Importaba poco que, en otros aspectos de su vida psíquica, respecto de otras corrientes, más o menos neuróticas, este hombre funcionara como un obsesivo relativamente exitoso en las tareas que desarrollaba y más o menos problemático en su vida de relación. Esta «falla» en la represión, que propiciaba un pasaje a la motricidad (mucho más grave, por otra parte, pensaba Freud, esta falta de impedimento del pasaje a la motricidad, que el pasaje a la conciencia), era lo que me inquietaba respecto a un comienzo de análisis en el cual, de no abrirse nuevas vías que acompañaran la desligazón y el traumatismo que la técnica propicia con otras formas de ligazón y de recomposición psíquica, mi paciente quedara librado a una psicosis clínica.

Es el posicionamiento tópico del fantasma el que da cuenta del modo de funcionamiento de la represión en un caso así. Aquí, el deseo homicida era manifiesto, *pero no por ello conciente*. Operaba como pasaje a la motricidad, vale decir, *como compulsión, pero no como contrainvestimento compulsivo*.

La meticulosidad, el tono en apariencia obsesivo, dando cuenta de un esfuerzo general, sostenido, por mantener a la barrera de la represión en su lugar. Toda la energía psíquica destinada a contracargar el inconciente que, sin embargo, comenzaba a desbordar por este acto extraño a su condición de sujeto y a sus deseos preconcientes.

La comprensión de estos procesos metapsicológicos posibilitan un afinamiento de nuestra clínica y nuevas vías para encarar los movimientos diagnósticos y la dirección de la cura a partir de ello. Y parte de nuestros fracasos terapéuticos son debidos a la ignorancia de inicio con la cual, en múltiples casos, nos embarcamos en procesos de los cuales desconocemos los aspectos tópicos, dinámicos y económicos que dan origen a la fenomenología sintomal.

Otra viñeta clínica puede ampliar la ilustración: un joven de diecinueve años realiza una consulta a raíz de que, luego de su primera relación sexual, ha entrado en un cuadro masivo de angustia sin ningún tipo de racionalización al respecto —esta angustia no va acompañada de temores hipochondríacos ni de contagio, ni de dudas acerca de su virili-

dad, por citar sólo algunas de las más usuales—. ³⁰ En la primera consulta no aceptó sentarse en el sillón ofrecido por su analista, porque no puede soportar la idea de que este ha estado ocupado previamente por otros cuerpos. Se rehúsa —discretamente— a dar su mano al entrar o salir de las entrevistas posteriores, y presenta un discurso meticuloso y controlado. El analista que lo recibe establece un diagnóstico de neurosis obsesiva y comienza a partir de ello el trabajo. Este consiste, de inicio, en intentar cercar las defensas de aislamiento y de rigidización sobre la base de posibilitar la emergencia de lo inconciente. Poco tiempo después, comienzan a plantearse severas dificultades para el análisis: faltas reiteradas, incremento de la angustia, insomnio, ausencia paradójica de interés en el proceso propuesto; todos estos elementos manifiestos son interpretados como resistencias, y la situación se agrava.

Desde la perspectiva que estamos proponiendo, no se trata de un cuadro de intensa angustia efecto del temor a una desorganización psicótica controlada mediante contrainvestimientos masivos. Las compulsiones no eran entonces, en este caso, «síntomas» en sentido estricto, sino defensas extremas tendientes a sostener la barrera de la represión en su lugar. El temor a la «impregnación» de los cuerpos de los otros ponía de relieve el fracaso de las diferenciaciones no sólo entre el preconciente-conciente y el inconciente, sino respecto al yo y el semejante.

El diagnóstico de neurosis obsesiva obstaculizaba, en el analista, la comprensión de un proceso en el cual el ataque a las pocas defensas existentes —sin apuntar a los contenidos aterrorizantes de las cuales el sujeto se protegía, sin ofrecer una contención para el desbordamiento de angustia que ello propiciaba— dejaba al paciente en riesgo de desestructura-

³⁰ Es de señalar, por otra parte, que la experiencia clínica —y aun la vida misma— ponen de manifiesto que las angustias más intensas respecto a la sexualidad se manifiestan antes de la primera relación sexual: temor a no ser potente, a ser ineficiente, no dar pruebas suficientes de «hombría». Los cambios culturales de los últimos años han tornado mucho más angustiosa la iniciación del hombre —para aquellos sectores culturales en los cuales ya el tabú de la virginidad no se sostiene— que para la mujer. Esta no tiene que dar «pruebas de nada», ni siquiera está obligada a gozar de inicio.

ción. El intento de abandono del tratamiento no obedecía entonces a una resistencia, sino a un recurso extremo para preservarse de los procesos de desmantelamiento a los cuales el análisis aportaba su propia cuota. ³¹

La fijación de lo originario al inconciente —su constitución como «originario reprimido», no simplemente como aquello que se ha producido en los orígenes— es ya un modo de organización de lo psíquico. El inconciente tiene sus leyes: si en él hay libre desplazamiento de cargas, es en razón de que la barrera de la represión genera una pared interna que permite que los investimentos circulen; se trata de una libertad condicionada en el marco de una frontera, similar a la que se posee en un gueto: para operar fuera del territorio fijado, es necesario valerse de un disfraz o enviar un emisario capaz de burlar la guardia. Sin embargo, la «segregación» no es debida al poder o al sadismo de los represores, sino al riesgo amenazante que implican los habitantes segregados: siempre prestos a realizar desmanes peligrosos para quienes están del otro lado. La marginación misma tiene la característica, una vez producida, de ser inmediatamente olvidada; ya nadie recuerda que algo ha sido expulsado, ni tampoco las razones para que ello ocurriera. Por la noche, sin embargo, cuando la ciudad duerme, los elementos marginados podrán circular más libremente por todas partes, pero con la garantía de que su «pasaje a la motricidad» estará vedado.

¿Qué pasaría, sin embargo, si alguno —o un grupo— pasara la frontera mientras los demás están despiertos? Su carácter ora extraño, ora terrorífico, unido al hecho de su inmortalidad, de su indestructibilidad, activará defensas para volverlo al lugar de origen. Pero habrá muchos de ellos que nacieron en cautiverio, que nunca fueron conocidos, por tanto no pueden ser reconocidos. El desconcierto podrá tornarse pánico rayano en la locura, y cada habitante se dedicará, celosamente, a cerrar todas las puertas, todas las ventanas, incluso las rendijas, falto de una protección que

³¹ «Resiliencia» ha denominado Carlos Schenquerman a este tipo de defensa extrema que intenta impedir la intrusión desestructurante del analista. Véase «Para ampliar los límites de la analizabilidad», *Trabajo del Psicoanálisis*, n° 10, Buenos Aires, 1990.

dé garantías más generales para detener la fuerza atacante de los intrusos.

Los elementos que fueron susceptibles de la represión originaria, que nunca encontraron trascrición al sistema preconciente, que nunca fueron expulsados de la conciencia, operan de este modo. Es por ello que ciertas modalidades compulsivas, que ofrecen el aspecto de defensas obsesivas, no lo son sin embargo. Se trata de fallas de la represión originaria que permiten la vuelta, «en vivo», de elementos que quedaron sepultados pero sin fijación, prestos a retornar ante los embates que traumatismos severos o exigencias vitales puedan producir en el sujeto.

Por donde falla la represión originaria, la tónica se invagina

Hemos tomado, en los casos anteriormente expuestos, dos grandes cuestiones relativas a la represión originaria: por una parte, aquellas fallas que dan cuenta, en los primeros años de la vida, de un aspecto «no soldado» en la barrera de la represión, y, correlativo a ello, el no rehusamiento a una moción pulsional dando cuenta de un proceso no acabado en la constitución psicosexual del niño. Por otra, los procesos en los cuales déficit más generales de esa represión originaria, unidos a fenómenos de desligazón yoica, abren curso a desencadenamientos psicóticos que ponen en riesgo el funcionamiento psíquico más global.

La tercera vía que se abre, remite a aquellos casos en los cuales un aspecto no resuelto del autoerotismo, un modo de satisfacción pulsional primario, persiste a lo largo de la vida en un sujeto cuyas características generales cobran apariencia de «normalidad», no presentando, en lo aparente, fallas mayores del funcionamiento psíquico. Al respecto expondremos, a través de un caso de enuresis primaria de un jovencito de catorce años, los efectos de estas fallas de la represión originaria y sus consecuencias para el funcionamiento psíquico más general.

Manuel había padecido, de «toda la vida», una enuresis que llevó a los padres a realizar la primera consulta a los

cinco años de edad del niño. Habiendo suspendido, mezcla de decepción y agotamiento, su tratamiento analítico hacia seis meses —tratamiento en el cual pasó por análisis individual y grupo terapéutico alternativamente por más de ocho años, vale decir, hasta los trece años—, las razones por las cuales se me solicitó la entrevista fueron de un orden aparentemente distinto.

Dos meses antes de que tuviera oportunidad de conocerlo, Manuel se levantó una noche presa de terror y como alucinado, yendo a la habitación de sus padres y diciendo, en medio de su desesperación, que sentía «que el cuerpo se había dado vuelta». No podía describir exactamente lo que le pasaba, gritaba, balbuceaba, como que estaba del revés: lo de adentro afuera. En un gesto desesperado mostraba su superficie, diciendo: «se dio vuelta». Entredormido, no estaba claro si esto podía ser considerado como un verdadero episodio alucinatorio. De día todo había vuelto a la normalidad, pero «entre el sueño y la vigilia», Manuel conservaba un vago recuerdo de lo ocurrido, y sus padres se alarmaron seriamente decidiendo pedir la entrevista en la cual me relataron lo ocurrido.

Se trataba de un muchachito encantador, inteligente, sociable, del cual sin embargo algunos elementos llamaban la atención. Por un lado, el aire formal de adulto «de mundo» que adoptaba frente a sus pares y los mayores. Por otro lado, que estos rasgos habían plasmado precozmente, al punto de que en el relato de los padres aparecían dos episodios remarcables que nunca habían sido tomados en cuenta ni indagados en el análisis anterior: cuando Manuel tenía cinco años, estando aún en jardín de infantes, cada vez que requería a su hermano mayor, que cursaba primaria, entraba en el salón de clase de este, saludaba formalmente a la maestra con un apretón de manos, y luego le pedía ceremoniosamente si «por favor le permitía hablar con su hermano». La conducta, por inhabitual, causaba el asombro y la risa complacida de los adultos, que siempre comentaban la displicencia elegante del niño, más digna de un joven ejecutivo que de un escolar.

El segundo elemento llamativo consistía en lo siguiente: contaba Manuel ocho años cuando, estando en segundo grado de primaria, fueron sus padres a buscarlo a la escuela y, llegando, lo encontraron en la esquina, en medio de la calle,

dirigiendo el tráfico con una regla. El episodio fue contado a su analista, quien no le atribuyó mayor importancia.

El aspecto formal de Manuel se puso de evidencia en la primera consulta. Vestido con un saco *sport*, corbata y pantalón clásico —uniforme escolar, por supuesto, pero que en su atildamiento llamaba un tanto la atención más por la forma de llevarlo que por las características mismas de la vestimenta—, me saludó con un apretón de manos y se sentó en el diván, cruzando sus piernas y dando cuenta de su intención de iniciar un diálogo como un adulto que se aprestara a comenzar un análisis.

Me habló entonces de sus preocupaciones: seguía orinándose, pese a su edad, y estaba temeroso de ir a un campamento en el cual su síntoma podía dejarlo en ridículo ante sus amigos. Nunca iba a dormir a casa de nadie, si bien cuando ocasionalmente lo había hecho, nunca había tenido un accidente de tal tipo.

De repente se detuvo y me preguntó: «¿Ese cuadro que está ahí es uno de esos que se pueden mirar de dos maneras? ¿Como que puede aparecer otra imagen?» —se refería a esos dibujos gestálticos en los cuales el fondo se torna figura, y la figura, fondo (en realidad, no era este el caso: el artista había plasmado, simplemente, negro sobre blanco, la figura de un conquistador solitario apoyado en su espada y con la mirada nostálgica, perdida). Le pregunté si él pensaba que en lo que me decía también podía surgir otra figura, si su preocupación por orinarse en el campamento no podía estar dejando en las sombras otra imagen que no podía formular. Rápidamente respondió: «¿Como qué? —y como asustado—: ¿Como meterme en la carpa de las chicas, por ejemplo?».

Dos días después, en ocasión de una segunda entrevista, fui interrumpida en la mitad de la sesión con otro paciente por el requerimiento de una empleada que me dijo que debía pasarme un llamado telefónico. Esto es absolutamente extemporáneo en mi práctica, y me pregunté qué habría ocurrido para que algo de tal tipo hubiera sucedido. Se trataba de Manuel que quería, ansiosamente, saber la hora de la entrevista fijada porque tenía que decidir un programa con sus amigos y no podía hacerlo sin este dato. Volví rápidamente al consultorio, y al término de la sesión en curso

salí a preguntar qué había ocurrido para que alguien se viera en la necesidad de interrumpirme; me informaron entonces que este joven había llamado ya cuatro veces en el transcurso de media hora, diciendo con desesperación que debía hablar conmigo, y que esto había motivado tal conducta en la persona que golpeó la puerta de mi consultorio. Había emergido, *in situ*, en transferencia, ese carácter disruptivo que daba cuenta de que, tras esa fachada amable y pseudo adulta, algo incontinente y desorganizado podía emerger en cualquier momento.

El episodio pudo ser retomado para poner de relieve ese aspecto que, en mi opinión, era estructural en el niño. Una vez resituado, Manuel y yo tuvimos una serie de intercambios en los cuales se fue perfilando a través de distintos elementos la dificultad fundamental que enfrentaba: una aparente corrección, pseudo adulta, detrás de la cual se escondían profundos sentimientos de confusión y temores de desarticulación. «Es como algo en mi cuerpo», me decía, acomodando el nudo de su corbata y arreglando el botón del cuello. Le pregunté entonces si recordaba aquel episodio transcurrido esa noche en la cual sentía que su cuerpo se daba vuelta. «Muy poco —respondió—, sé que estaba muy asustado, pero lo demás me lo contaron mis papás».

A partir de esto, los temas se fueron abriendo en distintas direcciones: su sensación de no saber qué hacer en ciertas circunstancias en las cuales se veía solo en una situación; su angustia de estar sin tratamiento después de tantos años; lo que le había costado desprenderse de su analista anterior —a la cual defendía obstinadamente ante la crítica de sus padres que ponían en duda cuánto lo había ayudado—; la sensación de no saber si era chico o grande, y cómo esto le venía ocurriendo hacia ya mucho tiempo...

Una metapsicología para las patologías del pseudo *self*

No es difícil para un lector psicoanalítico entrenado teórica y clínicamente reconocer en la descripción que efectuamos la presencia, *grosso modo*, de lo que, desde hace ya años, se han dado en llamar «trastornos de la personalidad

narcisista», siguiendo a Kohut, o una patología del seudo *self*, a partir de Winnicott.

Vayamos en primer lugar a Winnicott para aproximarnos a algunas de sus ideas. En principio, y en respuesta a quienes intentan un aplanamiento del concepto de «seudo *self*», es interesante hacer notar que la categoría es más compleja de lo que aparece a simple vista: se trata de una formación *normal* del psiquismo, presente de uno u otro modo en todos los seres humanos. «Yo diría que la idea de un ser falso, idea que nos dan nuestros pacientes [vale decir, surgida de los modos subjetivos de aprehensión del ser], aparece ya en las primeras formulaciones de Freud. Lo que yo divido en un ser falso y un ser verdadero *me parece especialmente enlazable con la división freudiana del ser en una parte central y accionada por los instintos* (o por lo que él llamó “sexualidad”, pregenital y genital) y otra parte volcada hacia afuera y en relación con el mundo». ³²

Enlazable pero no superponible: si se intentara un reordenamiento en el interior de las categorías freudianas, ello llevaría, sin embargo, a un forzamiento. La tópica freudiana clásica implica necesariamente una relativa des-subjetivización de las instancias: ellas existen al margen de la percepción que el sujeto tenga de su funcionamiento. Es del lado de la conciencia desde donde el ser humano percibe los procesos de cantidad devenidos cualidad, vale decir, significantes para su existencia.

Winnicott, por el contrario, lleva la propuesta de antropomorfización de las instancias psíquicas —presente en Freud pero no dominante— hasta sus últimas consecuencias, y de ello deriva una concepción en la cual la percepción del sujeto acerca de su propio funcionamiento es parte pregnante del campo.

El seudo *self* tiene una función defensiva; esta consiste en «ocultar y proteger al *self* verdadero, sea cual fuere este». Las combinatorias entre ambos varían del extremo de ocupar en lo aparente el lugar del *self* real —hasta que su falla lo pone en evidencia— a una posición, más cercana a la salud, en la cual el seudo *self* se ocupa de buscar las con-

³² Donald Winnicott, «Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso» (1960), en *El proceso de maduración en el niño*, Barcelona: Laia, 3ra. ed., 1981, pág. 170.

diciones que permitan al ser verdadero «entrar en posesión de lo suyo», con sus consecuencias negativas, de no ser esto logrado. En estas gradaciones del seudo *self*, Winnicott llega a una afirmación que nos parece relevante: «Aún más cerca de la salud: el ser falso se edifica sobre identificaciones... En la salud: el ser falso se halla representado por toda la organización de la actitud social cortés y bien educada... Se ha producido un aumento de la capacidad del individuo por renunciar a la omnipotencia y al proceso primario en general, ganando así un lugar en la sociedad que jamás puede conseguirse ni manejarse mediante el verdadero ser a solas».

Estamos acá muy cerca de la idea de un yo como formación ideológico-identificatoria. El *self* no es entonces equivalente —en Winnicott, a diferencia de lo que ocurre en la escuela americana— en su totalidad al yo, sino al conjunto de la tópica diferenciada del exterior —y, fundamentalmente, del semejante materno a partir de la creación de objetos y espacios transicionales—. Sin embargo, las oscilaciones marcan la dificultad para sostener la búsqueda de una opción en el marco de una dominancia: una época del psicoanálisis atravesada por la idea de que lo «verdadero» del inconciente se opone a lo «falso» de las defensas contra él erigidas. Época en la cual la defensa adopta, en la ideología espontánea de los analistas, aires que la vinculan a la «mala fe» sartreana. Que todo yo sea tanto falso como posible —en razón de que el sujeto no es sino el residuo de las identificaciones con el semejante—, que en el «núcleo del ser» esté el otro, es hoy moneda corriente de nuestros intercambios. Y aun lo que se ha dado en llamar, desde el lacanismo, «alienación constitutiva» (aquel momento en el cual «el yo se precipita de la insuficiencia a la anticipación») ³³ puede ser considerado entre los elementos fundantes del malestar en la cultura con los mismos derechos que las renunciaciones pulsionales. Y ello en razón de que uno y otro están intrínsecamente ligados.

Esto es de algún modo percibido por Winnicott. Sin embargo, en sentido estricto, la categoría de seudo *self* cobrará pregnancia, del lado del sujeto, a partir del sentimiento de futilidad o de falsedad del yo como una formación diferente.

³³ Como lo formula Lacan en su texto sobre «El estadio del espejo».

En situaciones clínicas se abrirá entonces una posibilidad diversa de aquellas del tratamiento de las neurosis clásicas. Se trata, para decirlo con una imagen gráfica, del sentimiento de falsedad o vacuidad de la existencia por parte de un sujeto que está como despojado del «aliento vital» que lo haría «sentir en su propio pellejo».

Cierta influencia de la filosofía vitalista se hace presente en ello: en cada individuo existe un «principio» vital, distinto del alma pensante y de las propiedades físico-químicas del cuerpo. Rehusamiento de reducir las fuerzas de la vida a la materia inerte: «En la fase más precoz, el ser verdadero consiste en la posición teórica de donde proceden el gesto espontáneo y la idea personal. El gesto espontáneo representa el ser verdadero en acción. Sólo el ser verdadero es capaz de crear y de ser sentido como real. La existencia de un ser falso, por el contrario, produce una sensación de irrealidad o un sentimiento de futilidad».³⁴

¿Dónde buscar, para Winnicott, la etiología del seudo *self*? Básicamente, del lado de la madre: «Durante la mayor parte de dicha fase [en el inicio de las relaciones objetales] el niño no está integrado, y nunca llega a estarlo en plenitud; la cohesión de los diversos elementos sensorio-motores pertenece al hecho de que la madre contenga a la criatura, a veces literalmente, y en todo momento figurativamente».³⁵

Esta función es patrimonio de la madre «buena», «la cual responde a la omnipotencia del pequeño y en cierto modo le da sentido. Esto lo hace repetidamente. El ser verdadero empieza a cobrar vida a través de la fuerza que la madre, al cumplir las expresiones de omnipotencia infantil, da al débil *ego* del niño».³⁶

Intentamos por nuestra parte dar cuenta, a partir de las condiciones iniciales de la constitución del psiquismo incipiente, bajo qué premisas, en qué condiciones, la «madre suficientemente buena» pueda ejercer sus funciones, y de qué son ellas derivadas.

Consideramos, al respecto, que nuestros desarrollos del capítulo 1, en el cual expusimos el modo de circulación de la

³⁴ Donald Winnicott, *op. cit.*, pág. 179.

³⁵ *Ibid.*, pág. 175.

³⁶ *Ibid.*

economía libidinal en un trastorno precoz del sueño, ofrece una metapsicología del funcionamiento psíquico que dará origen, de no realizarse la intervención temprana, a la constitución de un seudo *self* en el sentido clínico por Winnicott delimitado.

La incapacidad de la madre —en razón de sus propias determinaciones intrapsíquicas— de ejercer un «*narcisismo trasvasante*», su reducción al ejercicio de pulsación sexualizante que posibilita la instalación de la pulsión sin otorgar los elementos ligadores, no estructura el entramado de base sobre el cual, posteriormente, la represión originaria vendrá a constituir las diferencias tópicas.

Una identificación viene entonces a instalarse sobre el caos de lo inligado, ella toma el carácter de una «seudo instalación identificatoria»: sin sostenes de base, en los bordes mismos del sujeto, dejándolo librado a los embates de lo pulsional; y en los límites del aparato, la corteza se cierra para impedir la efracción por la cual la falla en la constitución de la represión originaria podría emerger.

Los intercambios con el entorno se presentan así bajo dos modos: o empobrecidos por el acorazamiento defensivo mediante el cual el sujeto se protege de los embates que la presencia excitante del semejante provoca, o bajo un seudo contacto que se organiza bajo los modos mediante los cuales Winnicott nos ha descrito los caracteres de un seudo *self*.

La «*mimesis* identificatoria» dando cuenta de estos aspectos fallidos, encerrando, tras la seudo sociabilidad, el cuidado de la ropa, los modales corteses, el aspecto desenvuelto, la sensación de futilidad de un joven que no terminaba de sentirse en su propio pellejo.

La represión originaria debe asentarse sobre ligazones previas de base. Requisito entonces de ello es el narcisismo materno, pero un narcisismo capaz de hacer circular, sobre la base de la instalación de la castración, al hijo en tanto parte de sí misma —parte desprendida de sí misma—. En ese movimiento en que la madre «se identifica» e identifica al niño se generan las condiciones de estabilidad que posibilitan el funcionamiento de un psiquismo abierto a nuevas recomposiciones.

El psicoanálisis «de frontera»: clínica psicoanalítica y neo-génesis

A lo largo de nuestro trabajo hemos ido desplegando la idea de que la cura analítica no se reduce, en tiempos de infancia —ni con pacientes gravemente perturbados o atravesados por situaciones traumáticas extremas—, a la extracción de lo inconciente, sino a la recomposición de las relaciones entre los sistemas psíquicos. Es el trabajo sobre lo desligado y su recaptura analítica lo que da posibilidad al sujeto de una instalación en la tópica psíquica.

Los arrastres de un psicoanálisis en el cual el principio de placer opera desde los comienzos de la vida, en el cual lo pulsional se repliega en lo instintual —innato—, llevan a Winnicott a considerar que en el trabajo analítico, luego de un cierto período en el cual se ha ejercido un cierto trabajo, «el verdadero *self* emerge bajo el pseudo *self*». En nuestra opinión, es el analista mismo quien *ha producido* esto verdadero que cree existente *a priori*; su trabajo ha dado posibilidad, mediante intervenciones ligadoras, de recomposición de los sistemas representacionales, a que ello se haga posible. La modestia de Winnicott empalma con su vitalismo: «todo estaba allí desde la creación». Nuestro ateísmo irreductible nos lleva a proponer: el psicoanalista artesano ha creado, con los materiales existentes, algo diverso de lo que encontró de partida...

¿Puede ser considerada la cura analítica un lugar de neo-génesis de lo sexual? Esta es la cuestión que ha desarrollado Jean Laplanche en los últimos años, a partir de sus *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*: «Si admitimos, con Freud, que la energía sexual debe aparecer en un momento, y que la infancia es el momento privilegiado de ese surgimiento “en apuntalamiento”, ¿hay que admitir que los empujes adultos de libido son sólo resurgimientos, o bien que existen neo-surgimientos adultos? La idea de un neo-surgimiento en el adulto, de la aparición de una energía sexual nueva (tomamos siempre sexual en el sentido lato) es, evidentemente, una de las cuestiones de la cura. ¿Puede esta ser un “nuevo comienzo”, el lugar de un neo-surgimiento? No solamente la liberación de lo que está encadenado

desde la infancia, sino algo más próximo a lo que ocurre o a lo que nosotros suponemos que ocurre en la infancia».³⁷

Permitir a lo sexual surgir y expresarse, esto es lo que inaugura el *setting* analítico. Se trata de la *creación* de un lugar *cuasi único* de lo sexual (y ello por seclusión de lo auto-conservativo hacia los márgenes de la cubeta).

Concepción económica y tópica de la cura, nuestro trabajo va en la dirección de investigar, en los tiempos de constitución del sujeto psíquico, cómo este surgimiento de lo sexual a partir de los cuidados del semejante va encontrando destinos, *destinos de pulsión que son, a su vez, destinos del sujeto psíquico*.

Desde esta perspectiva, la cura es lugar de neo-génesis del sujeto sexuado: tanto en las nuevas vías que abre para el establecimiento de lo sexual como en su ordenamiento en sistemas que inauguran destinos diversos para el placer y la sublimación.

La cura no se limita a ir al encuentro de un inconciente que estaba allí desde siempre. En tiempos de infancia, la intervención analítica genera las condiciones de fundación misma del inconciente, otorgando las posibilidades de complejización y recomposición psíquica para que lo pulsional, insistente y «fijado al sujeto», encuentre un emplazamiento más o menos definitivo en el marco de un tiempo siempre abierto hacia nuevas experiencias, vale decir, hacia nuevos traumatismos y nuevas resimbolizaciones.

De esto se trata en *el psicoanálisis de frontera*: en las fronteras de la tópica, en las fronteras de la relación intersubjetiva con el semejante, el ser humano se constituye bajo los modos mediante los cuales el objeto ejerce su oficio no de modelador, sino de productor mismo de representaciones, y de sistemas en conflicto, de «*topos*» a los cuales fijar estas representaciones. La peculiaridad del objeto, en este caso, es que se trata de «un objeto otro», desprendido del otro, «libidinal» en el sentido más riguroso del término, efecto de introyecciones a las cuales el mismo generador es extraño en su ejercicio. El análisis recaptura estos movimientos fundacionales, y los hace circular por el interior del espacio que crea.

³⁷ Jean Laplanche, *Problemáticas V: La cubeta. Trascendencia de la transferencia*, op. cit., pág. 159.

«Destinos de sujeto»... Somos conscientes de lo somero de nuestras descripciones, de la multiplicidad de puntos que quedan abiertos. No es nuestra intención ofrecer —en este libro— una psicopatología psicoanalítica metapsicológicamente definida ni una técnica en la cual la prescripción sea correlativa a lo descriptivo, sino, a partir de la comprensión de los procesos de fundación del psiquismo, de las relaciones que esto inaugura entre *objeto* y *método*, abrir las líneas generales para que ella sea posible.

En tal sentido, arrastramos los aciertos y dificultades de una profusa acumulación de descripciones clínicas y entidades nosográficas que son efecto, por un lado, de la fina observación y de la experiencia acumulada a lo largo de este siglo por psicoanalistas que se propusieron ampliar las posibilidades de curación del psicoanálisis rehusándose a limitarlo al estrecho marco de las neurosis de transferencia. Por otro, esta acumulación responde al modo vigente de investigación derivado de la existencia de paradigmas no estabilizados en el interior del campo psicoanalítico, de la atomización en escuelas y en sub-escuelas, con las consecuencias de ello derivadas para la unificación de una psicopatología psicoanalítica.

La resolución de tales tensiones no se dará sobre la base de una sumatoria más o menos ecléctica ni por un arrasamiento mutilante del campo. Es necesario restituir a cada entidad nosográfica su especificidad: el conjunto de fenómenos que describe así como las tensiones de su propio orden teórico de proveniencia.

A modo de ejemplo: no es posible superponer sin un aplanamiento el seudo *self* descrito por Winnicott a los trastornos narcisistas de la personalidad estudiados por Kohut. En primer lugar, porque los unos no recubren a los otros; mientras el primero intenta el cercamiento de una entidad presente en el sujeto psíquico más allá de su recaptura en el interior de la cura analítica, el «trastorno narcisista de la personalidad» se define en el interior de la clínica por el modo de emplazamiento transferencial del paciente. Pero además, en el ordenamiento teórico, porque la categoría de *self* es distinta en ambos autores: en Kohut el *self* alude a los aspectos narcisistas del yo, siguiendo para ello una propuesta proveniente de la *Ego psychology* que intenta el mantenimiento de un yo-función constituido al margen de

los avatares del sujeto libidinal. En razón de ello, y simplemente a modo de ejemplo, ¿cómo sería posible hablar de «trastornos narcisistas de la personalidad en la infancia» sin discernir previamente la cuestión —aún en discusión— acerca de la transferencia en los tiempos de constitución del sujeto? Y aún más, ¿a partir de qué parámetros, de qué planteo de fundación de lo originario, tanto del inconsciente como de las instancias secundas, sería posible trasladar una categoría del análisis de adultos a la primera infancia? E incluso, ¿cómo hacerlo sin hacer jugar nuevamente la categoría del yo en Freud mismo, y las derivaciones que esta tuvo en el pos-freudismo con todas las contradicciones en juego: como órgano residual de la identificación, como órgano percepción-conciencia, como retículo ligador, como masa ideativa al servicio de la defensa, como instancia de adaptación, como paradigma de la alienación estructurante?

Por nuestra parte, sobre la base de este reordenamiento que está en ciernes, hemos intentado abrir líneas que permitan ir estableciendo los elementos de base con vistas a la construcción de una psicopatología infantil psicoanalítica y a una técnica de la clínica en la infancia.

La relación entre objeto y método, las mutaciones del objeto a lo largo de los tiempos de constitución del sujeto psíquico, marcan una vía para que la tarea pueda ser realizada. La «tarea práctica» debe recorrer, necesariamente, todas estas vicisitudes.